



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera Época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año VII, Vol. XLII, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1948).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala N° 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

AÑO VII

6

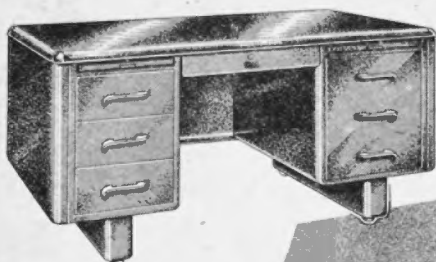
NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1 9 4 8

INDICE

Pág. IX

GRAN COMODIDAD PARA USTED...Y



PARA ENTREGA INMEDIATA

tenemos todos los modelos de escritorios académicos, recomendamos en particular los siguientes:

E-9933-CD- Escritorio académico con mecanismo "Clonca" para máquina de escribir en el pedestal derecho.

E-9933-CI- El mismo escritorio con el mecanismo "Clonca" en el pedestal izquierdo.

Si reside en el interior de la República, VISITE al Distribuidor Autorizado *Nacional* de su localidad o escribana.

SALAS DE EXPOSICION:
MADERO 22 Y BOLIVAR 25
12-00-80 Y 38-19-97 18-20-89 Y 33-65-80

TELEFONO DIRECTO AL DEPTO
DE SERVICIOS Y PEDIDOS:
17-23-51

para sus empleados

Al equipar usted su oficina con los muebles de acero *Nacional*, UNICOS BONDERIZADOS en México, obtiene la garantía de la más alta calidad, el servicio más eficaz y duradero por su magnífica construcción y... observará que sus empleados trabajan mejor y más rápidamente, porque cada mueble *Nacional*, además de cómodo, es un sistema perfeccionado de trabajo.

Eric GIRE 01 y pide:

DISTRIBUIDORA



¡SERVICIO POR NOMBRE!

MEXICANA, S. A.

ESCUCHE NUESTROS
CONCIERTOS
"HECHO EN MEXICO"
LOS JUEVES DE 9 A
9:30 PM POR XEQ-
XEQ Y LA CADENA
AZUL.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIOSOS EQUIPOS DE ACERO

Nacional

UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS

INTERESADOS DEL
EXTRANJERO, DIRIJAN
SUS SOLICITUDES A
NUESTRO DEPTO. DE
EXPORTACION.



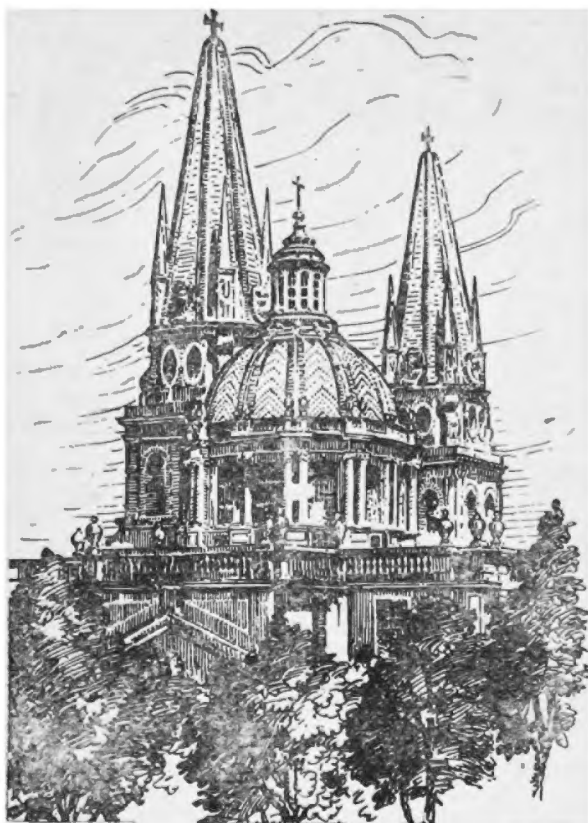
OPORTUNIDADES DE INVERSIÓN

La industrialización de México es una tarea que corresponde a la colectividad y, por tanto, requiere del esfuerzo de todos y cada uno de los mexicanos. El país necesita industrializarse, porque mediante este proceso se elevará el nivel de vida de la población. Esto implica construir plantas industriales, adquirir equipo y maquinaria y, para construir unas y adquirir otras, es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Para contribuir a realizar el proceso industrial del país, la *Nacional Financiera, S. A.*, a través de sus *Certificados de Participación*, valores con amplio mercado, garantía de primera calidad y rendimientos exentos del pago de impuestos, le brinda la mejor oportunidad de inversión. Invirtiendo en *Certificados de Participación* fomentará usted el desarrollo industrial del país y será propietario de un valor de alta calidad.

**NACIONAL FINANCIERA,
S. A.**

VEÑUSTIANO CARRANZA ORIENTE 4 No. 853
APARTADO No. 353 MEXICO, D. F.



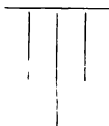
GUADALAJARA, fundada en 1541, cobró gran importancia desde luego cubriendo su suelo con monumentos de bella arquitectura y tomando parte importante en nuestra Historia.

Ha tenido fama también, tanto por su clima como por la sonrisa acogedora de sus alrededores llenos de matices musicales; pero sobre todo por el encanto de sus mujeres que llevan en la sangre y en los ojos la gracia andaluza.

Los Ferrocarriles Nacionales de México tienen a Guadalajara, diariamente un tren, coches pullman y un tren con servicios de primera y segunda clases. Este es un viaje que puede usted realizar con todo confort.

Acostumbre usted

beber cerveza después del trabajo o del deporte. Precisa renovar las energías gastadas con un vaso de cerveza; bebida que, además de ser siempre agradable y refrescante es esencialmente nutritiva.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

Distinción

BELMONT con su fina
mixtura de tabacos Virginia
Burley y Turco, va de acuer-
do con el gusto más exigente



COMPARE CALIDAD... Y PRECIO!

La pausa que refresca



S U R

DIRIGIDA POR VICTORIA OCAMPO
BUENOS AIRES

SUMARIO del No. 167:

LEON PAUL FARGUE, por Adrienne Monnier.

EMMA ZUNZ (un cuento realista), por Jorge Luis Borges.

POEMAS, por H. A. Murena y María Elena Walsh.

UN DRAMA IBSENIANO DE GALDOS, por Enrique Anderson Imbert.

LA ONTOLOGIA EN LO TEMPORAL SEGUN HEIDEGGER, por Emmanuel Levinas.

EL IMPOSTOR (conclusión), por Silvina Ocampo.

Notas sobre libros, pintura, música por Alvaro Fernández Suárez, Luis Emilio Soto, Juvenal Ortiz Saralegui, Luis Payró, Alberto Ginastera.

REVISTA MENSUAL - EN LAS BUENAS LIBRERIAS

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATO-
RIA Y COMERCIO

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

UN EXAMEN AGUDO DE LA VIDA ARGENTINA POR UNO DE LOS MAS PRESTIGIOSOS ESCRITORES DE AMERICA:

MUERTE Y TRANSFIGURACION DE MARTIN FIERRO, por *Ezequiel Martínez Estrada*.—Una obra excepcional en la Colección *Tierra Firme*. 2 vols.: 43 y 44, 1012 pp.—Dls. 5.00.

LETRAS Y HOMBRES DE VENEZUELA, por *Arturo Uslar Pietri*.—Otra nueva entrega de la Colección *Tierra Firme*, ilustrado.—Vol. 12, 180 pp.—Dls. 1.25.

EN LA BIBLIOTECA AMERICANA HAN APARECIDO:

FILOSOFIA DEL ENTENDIMIENTO, por *Andrés Bello*, vol. 7, 576 pp., encuadernado en tela.—Dls. 2.90.

EL LIBRO DE LOS LIBROS DE CHILAM BALAM. Traducción de sus textos por *Alfredo Barrera Vázquez* y *Silvia Rendón*, con ilustraciones y notas hechas por el primero.—Tomo encuadernado, 270 pp.—Dls. 2.30.

ESTADISTICA GENERAL APLICADA, por *F. E. Croxton* y *D. J. Couden*. 712 pp., con apéndices de valioso interés, encuadernado en tela.—Dls. 7.50.

CURSO ELEMENTAL DE ECONOMIA (3a. ed.), *H. M. Scott*. 200 pp.—Dls. 1.00.

CURSO SUPERIOR DE ECONOMIA (3a. ed.), *F. Benham*. 478 pp.—Dls. 2.90.

ESTUDIOS DE HISTORIOGRAFIA AMERICANA, realizados en el Colegio de México bajo la dirección de *Silvio Zavala*. 488 pp.—Dls. 1.50.

REVISTA DE FILOGIA HISPANICA, Año II, No. 2, Abril-Junio de 1948.—Dls. 1.50.

EL TRIMESTRE ECONOMICO, Vol. XV, No. 2, Julio-Septiembre de 1948.—Dls. 1.00.

DE MUY PROXIMA APARICION:

EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO, por *E. Cassirer*. Obra póstuma del filósofo alemán que significará un acontecimiento bibliográfico, inédita en todos los idiomas, que se ofrecerá en traducción de Wenceslao Roces.

CLIMATOLOGIA, por *Koeppen*. Una obra con muchas láminas y cuadros, cuidadosamente editada en versión de P. Hendrichs.

PSIQUE, LA IDEA DEL ALMA Y LA INMORTALIDAD ENTRE LOS GRIEGOS, por *E. Rohde*. La clásica obra del ilustre helenista alemán, en versión de Wenceslao Roces, integrará nuestra Colección Histórica.

LAS GRANDES CULTURAS DE LA HUMANIDAD, por *W. Turner*. Una síntesis grandiosa del proceso cultural humano, desde sus orígenes más remotos hasta la consolidación del cristianismo y la formación del hombre occidental.

EN LA COLECCION BREVIARIOS: GUIA DE LA LITERATURA FRANCESA, por *R. G. Escarpit*. **LA DIPLOMACIA**, por *H. Nicolson*.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO, 63

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre - Diciembre de 1948 Vol. XLII

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
MANUEL J. SIERRA. Elecciones presidenciales en los Estados Unidos	7
ORLANDO BARAHONA S. Hacia un incendio en el Caribe	20
MARIANO RUIZ FUNES. Alemania y la guerra	30
FERNANDO BENÍTEZ. En el principio era el mito	50
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
SAMUEL RAMOS. Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos	83
CORTES PLA. El radium y sus descubridores	98
MIGUEL HERRERA FIGUEROA. La criminología en la novela policial	124
<i>La filosofía de Andrés Bello</i> , por LEOPOLDO ZEA	137
 PRESENCIA DEL PASADO	
JUAN ROCAMORA CUATRECASAS. Patología de las brujas	143
PETER FRANK DE ANDREA. Saavedra Fajardo y su visión del gobernante	170
ROSA ARCINIEGA. Flora Tristán, la precursora	190
<i>Solórzano Pereira y su Política Indiana</i> , por RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA	203

	<i>Págs.</i>
DIMENSION IMAGINARIA	
JUAN REJANO. El oscuro límite	211
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. Situación de la literatura mexicana contemporánea	229
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. Invitación a la poesía de Alfonso Reyes	252
ALFONSO REYES. Parrasio o de la pintura moral	266
DANIEL DEVOTO. La muerte de las cosas	281

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO



Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.

Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.

NOVEDADES

- AMÉRICO CASTRO: España en su historia (Cristianos, moros y Judíos)**\$ 40.00
 Américo Castro, con su gran autoridad y saber, desentraña en un estudio tan erudito como vivaz los rasgos permanentes de España atendiendo a la presencia constante y activa de los moros y Judíos en su multiseccular proceso histórico. Un volumen de gran formato y 708 páginas con ilustraciones, encuadernado en tela.
- RAFAEL ALBERTI: A la pintura. Poema del color y la línea.** \$ 20.00
 Un libro único, maravillosa interpretación y exaltación líricas de los grandes maestros, los colores y todos los elementos del arte pictórico. Un volumen lujosamente editado e ilustrado con una lámina en cuatro colores y dieciséis bicromías.
- PEDRO SALINAS: La poesía de Rubén Darío**\$ 10.00
 Pedro Salinas estudia la poesía de Rubén Darío utilizando un nuevo punto de vista. Unificando su aparente dispersión, descubre en ella la persistencia del tema erótico y de otros subtemas cardinales que revelan su esencial unidad.
- CHARLES RENOUVIER: Bosquejo de una clasificación sistemática de las doctrinas filosóficas, 2 tomos**\$ 22.00
 Una obra de las verdaderamente fundamentales de la filosofía moderna. En ella se recaptulan los sistemas del pensamiento filosófico desentrañando sus motivos profundos y sus aportes perdurables.
- HERMANN NOHL: Teoría de la educación**\$ 6.00
 Los problemas fundamentales de esta disciplina: su posibilidad como ciencia autónoma, la educación nacional, el carácter del educador y los contenidos y formas de la educación.
- GUILLELMO DE TORRE: La aventura y el orden (Bca. Contemporánea 208)**\$ 3.50
 Segunda edición de este libro "indispensable—según un comentarista— para el conocimiento de la literatura de este siglo", aumentado con nuevos capítulos.
- GUILLELMO DE TORRE: Tríptico del sacerdocio (Bca. Contemporánea 210)**\$ 3.50
 Importantes estudios críticos sobre Unamuno, García Lorca y Antonio Machado, seguidos de otros sobre diversos problemas intelectuales del día.
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: Piedra y cielo (Bca. Contemporánea 209)**\$ 3.50
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: Diario de poeta y mar (Bca. Contemporánea 212)**\$ 4.50
 Dos de las expresiones líricas más puras y personales del autor de *Platero y yo*.
- RABINDRANATH TAGORE: Chitrá: Pájaros perdidos (Bca. Contemporánea 211)**\$ 3.00
 Incorporamos hoy estas dos hermosas obras del poeta hindú a la Biblioteca Contemporánea donde figuran ya: *El Cartero del rey*, *La luna nueva*, *Mashi*, *El jardinero*, *El rey y la reina*, *Ciclo de primavera y La cosecha*.
- MANUEL GALVEZ: Jornadas de agonía (Bca. Contemporánea 213)**\$ 4.50
 Constituye esta novela la tercera y última parte de la trilogía *Escenas de la guerra del Paraguay*, cuyos dos primeros títulos: *Los caminos de la muerte* y *Jornadas de agonía* han aparecido ya en esta misma colección.



EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

RESERVADO
PARA LA

UNION NACIONAL
DE
PRODUCTORES DE AZUCAR



COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octogonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

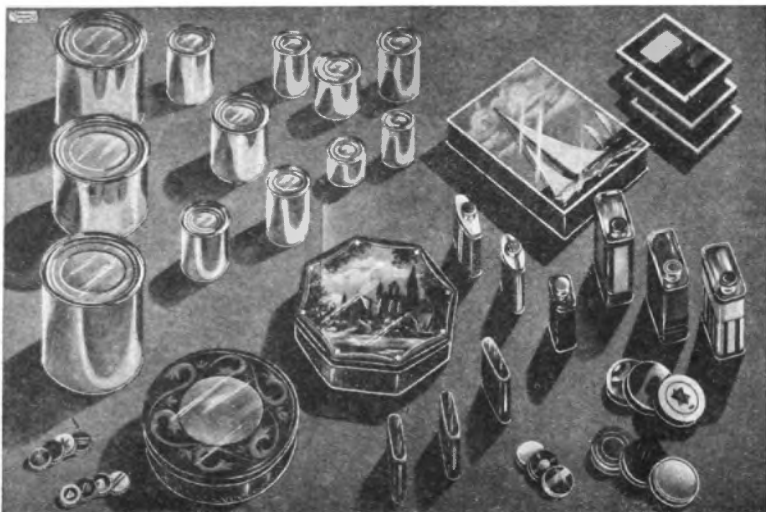
y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social
y
Oficina General de Ventas:
BALDERAS N° 68.
Apartado 1336.
MEXICO, D. F.

FABRICAS
en
MONTERREY, N. L.
Apartado 206.



ENVASES DE HOJA DE LATA...

Presentamos una amena ilustración de los principales productos que se fabrican en hoja de lata: en nuestra Patria, mediante una técnica comparable a la de los países más avanzados y con materiales de primerísima calidad, la producción de la hoja de lata de calidad insuperable se resume en ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

LA gran variedad de envases que se fabrican hoy día a base de hoja de lata, ofrece gran libertad al público consumidor actual de toda clase. Sólo mediante el empleo de hoja de lata se consiguen la calidad y las características conductivas de los productos envasados.

Esto es debido a que la hoja de lata ofrece características que la hacen adecuada por la mayor parte de las sales y sustancias, que tanto, sin disminuir los elementos más puros y los cambios más drásticos. Por esta razón y debido, además, a los excelentes conductores que presenta la hoja de lata para los diversos tratamientos mecánicos de destiende, corrosión, embudo, soldado, etc. es constantemente empleada en la fabricación, empacado, etc.

• **ENLAYADOS PARA ALIMENTOS**, entre los que se incluye fundamentalmente el ensayo de frutas, legumbres, carnes, pescados, salsas, etc. así como café, leche en polvo, leche condensada, arroz, etc., cuya adecuada conservación exige las mejores condiciones de seguridad e higiene.

• **ENVASES EN GENERAL** en una gran variedad de formas y tamaños

para contener tales como: aceites, grasas y harinas, aceites azucarados y aromáticos, tabacos, mezclas y productos farmacéuticos, grasas para aceites, jabón, etc.

• **TAPON CORONA Y CUBIERTAS** entre los que se incluye especialmente la fabricación de envases para botellas, tapaderas llaves y cremalleras, galletas de manjares, etc.

• **Y UNA GRAN DIVERSIDAD** de productos para los usos más variados entre los que se encuentran artículos para aviones, equipos de repuesto, y toda la enorme gama de juguetes, novedades, libros, litográficas e impresoras en general.

Más que nunca incrementando el sistema de envases de una producción aptitud para cualquier lugar a todos los países del país mencionado, se está formando, la cantidad de envases involucrados de alimentos, productos de almacenaje y estanda, así, los productos existentes que esto comienza. Lo que ya se puede, desde el momento en que México cuenta con la materia prima necesaria y con una técnica y una organización al servicio de la industria nacional, a empresarios que comparten, en nuestra Patria, el nombre de ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

ALTOS HORNOS, está ya en capacidad de entregar Hoja de Lata para cualquiera de sus empleos, desde un envase de aceite mineral, hasta el que se necesita para los comestibles más delicados.

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S.A.



ORIGINAL EN MEXICO, Y CARRANZA No. 25 BOP 404 A 411
TEL. BUENAVISTA 17-01 47 MEDICANA 53 58 73



PETROLEOS MEXICANOS

**PRODUCTORES, REFINADORES y VENEDORES de
PETROLEO y sus DERIVADOS.**

pone a las órdenes de los señores industriales y
demás consumidores de sus productos, la experi-
encia y consejo de sus técnicos en lubricación y
otras especialidades.



DEMOCRACIA EN FUNCIONES

LA interdependencia entre los fenómenos espirituales y económicos es tan compleja, y tan espontánea la tendencia de los pueblos a su mutuo conocimiento y trueque de valores, que todo inclina, dentro de una bien entendida democracia, a favorecer esas relaciones internacionales, a estimular, en lo espiritual y en lo económico, dichos intercambios.

Esta parece ser la razón por la que se observa actualmente en las esferas oficiales de los EE. UU., relativamente al turismo, una corriente pronunciada a favor de una tesis sostenida en México hace ya algunos años. El turismo es y sobre todo puede ser mucho más que asunto de distracción y solaz particular para convertirse en una circulación económica exigida por la salud del cuerpo de naciones. Hoy día, por ejemplo, los EE. UU. necesitan horizontes hacia donde dirigir los excedentes de su producción industrial siempre en auge. Mas para ello se requiere que los Estados clientes posean los dólares necesarios para la adquisición de tan deseables mercancías. Los préstamos de nación a nación, independientemente de sus peligros, conocen serias limitaciones en regímenes sensibles a los movimientos de la opinión pública. Por consiguiente, el crecimiento de las naciones menos desarrolladas que no se hallen dispuestas a renunciar a su propia industrialización conformándose con el papel de eternas abastecedoras de materias primas, dependerá en parte de su aptitud para recurrir a medidas complementarias en otro orden de cosas. Aquí es donde el turismo aparece como una industria básica capaz de restablecer el equilibrio de las balanzas exteriores. Es obvio que a la superproducción norteamericana en la industria manufacturera conviene que México responda con una superproducción similar en el ramo del turismo, es decir con la ampliación de su capacidad para absorber los caudales trashumantes. Porque el individuo que traspasa una frontera no es sólo un agente de conocimiento democrático, un pacífico lazo de unión entre los pueblos, sino que es al mismo tiempo un factor económico muy caracterizado que derrama a su paso la moneda de su país de origen. Gracias a la multiplicación de tan amables factores, puede un estado acogedor como México hacer cosecha de divisas que, bien invertidas, le permitan seguir adquiriendo sin interrupción, para su enriquecimiento nacional, aquellos artículos de la superproducción norteamericana que considere más útiles.

No es pues extraño que exista hoy una fuerte tendencia oficial en los EE. UU. en pro del encauzamiento de sus raudales turísticos hacia sus fronteras del sur con objeto de aumentar en su propio provecho nuestro poder adquisitivo, como existe en México una inclinación no menos declarada a mejorar nuestra capacidad colectora, viviendo en una armonía democrática cuyos beneficios materiales y morales no conocen todas las naciones

F. L. S.

*Para más informes, diríjase a la
Asociación Mexicana de Turismo.*

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUÁREZ 76.

MÉXICO, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO VII

VOL. XLII

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1948

1 9 4 8

MÉXICO, 1° DE NOVIEMBRE DE 1948

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura
Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;
Eugenio IMAZ, escritor;
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Ma-
drid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Acadé-
mico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medici-
na de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Manuel J. Sierra* Elecciones presidenciales en los Estados Unidos.
Orlando Barabona S. Hacia un incendio en el Caribe.
Mariano Ruiz Funes Alemania y la guerra.
Fernando Benítez En el principio era el mito.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Samuel Ramos* Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos.
Cortes Pla El radium y sus descubridores.
Miguel Herrera Figueroa La criminología en la novela policial.

Nota, por Leopoldo Zea.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- J. Rocamora Cuatrecasas* Patología de las brujas.
Peter Frank de Andrea Saavedra Fajardo y su visión del gobernante.
Rosa Arciniega Flora Tristán, la precursora.

Nota, por Rafael Altamira y Crevea.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Juan Rejano* El oscuro límite.
José Luis Martínez Situación de la literatura mexicana contemporánea.
Francisco Giner de los Ríos Invitación a la poesía de Alfonso Reyes.
Alfonso Reyes Parrasio o de la pintura moral.
Daniel Devoto La muerte de las cosas.

INDICE GENERAL DEL AÑO

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
GOYA. Ejecución de una bruja. Oleo. (Museo de Munich).	160
„ Linda maestra. Grabado n° 68 de los “Caprichos”.	161
Decoración de un vaso griego de fines del siglo v antes de Cristo. (Museo de Atenas)	272
VELÁZQUEZ. Retrato de una dama. Hacia 1631. Oleo. (Palacio de Madrid)	273
LEONARDO. Fragmento de la Gioconda. (Louvre, París)	276
MASACIO. Adán y Eva expulsados del Paraíso. Fresco. (Santa María del Carmine, Florencia)	277
LEONARDO. Adoración de los Magos. Oleo, inconcluso. (Museo de los Oficios, Florencia)	280
GRECO. Rostro de uno de los caballeros del Entierro del Conde de Orgaz. Oleo	281

Fotograbados de

FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.

Bucareli 24.—México, D. F.

Nuestro Tiempo

ELECCIONES PRESIDENCIALES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por *Manuel J. SIERRA*

EL encargo que recibí de mi muy estimado amigo el Profesor Silva Herzog, Director de CUADERNOS AMERICANOS, de escribir unas páginas sobre las elecciones presidenciales en Estados Unidos, pronto mostró sus dificultades pues sólo en el país mismo pueden pesarse hechos y adivinar matices imperceptibles, que determinan en su misterioso juego el resultado de las elecciones, ya que la decisión de los votantes es influenciada por numerosas y arbitrarias causas. Me he limitado, en consecuencia, a descubrir las características más salientes del clima que prevalece, de los candidatos en acción, del programa de sus partidos, aprovechando la oportunidad para hacer algunas reflexiones, sobre la posición ibero-americana frente a los Estados Unidos.

1

AL escribir estas líneas la campaña presidencial en los Estados Unidos de Norteamérica ha entrado en un período de actividad inusitada que obedece entre otros motivos a la circunstancia de que el partido republicano, aunque confiando en su triunfo por gran margen, en los comicios el 2 de noviembre próximo, no descarta la posibilidad de una sorpresa de última hora, que originada en inesperados acontecimientos de orden interno o internacional pueda, con su impacto en la opinión americana, acortar la distancia que separa a ambos candidatos hasta hacer dudoso el resultado. Dada la significación que para el pueblo americano tiene en el momento escoger con acierto al hombre que debe regir los destinos de su país, se espera que la votación alcanzará muy elevados niveles, por encima sin duda de la

cifra ya alta de 48.100,000 votos depositados en las urnas durante la última elección.

La próxima jornada electoral encuentra una nación sacudida, en el orden interno, por los más serios problemas y rodeada en el campo exterior por las más trascendentales cuestiones que se hayan presentado en el curso de su historia, unos y otros tan íntimamente ligados que constituyen un todo indivisible.

La participación de los Estados Unidos en las guerras mundiales I y II en las que fueron guiadas por los más grandes líderes que hayan ocupado la Casa Blanca en los últimos 40 años, ha acabado definitivamente con el aislacionismo y arrojado por el contrario al país en una intensa actividad internacional, con el resultado de despertar en gran escala el interés del pueblo en los negocios públicos, cuya solución equivocada o justa presente—dado que su cultura en esta materia se halla apenas en formación—, influirá de manera decisiva en el futuro del país.

Los Estados Unidos están palpando los efectos de su absorbente estructura capitalista que les ha permitido acumular el dinero del mundo, con todas las ventajas y deberes inherentes y el inmediato efecto de convertirlos en árbitros de la economía universal.

La fabulosa superproducción de que sufren y que tiende a agravar su maltusianismo, los obliga a prever, so pena de una peligrosa depresión, la forma de colocar tales productos al ritmo de su crecimiento y en circunstancias especiales, ya que los demás países no tienen dinero con que pagarles. Sabemos que uno de los caminos adoptados ha sido el de volcar esos excedentes sobre la Europa Occidental a través de los canales abiertos por el Plan Marshall, resguardando hasta donde ello ha sido posible mediante términos contractuales de orden formal, la recuperación indirecta de parte cuando menos de tan gigantesca inversión.

Ciertamente el Plan Marshall, sin precedente en la historia, aspira a convertirse también para los pueblos de la Europa Occidental en un instrumento de inmunización contra el avance comunista, que al mismo tiempo que haga las funciones de un dique, constituya la cabeza de puente destinada a proyectar más allá de la cortina de hierro, la transformación de la democracia al tipo occidental, de los

satélites de Rusia y penetrar aún más al oriente si ello fuera posible. Estrategia que se apoya en la hipótesis no totalmente fundada, de que la infección comunista no se propaga en un medio de auge económico.

La administración de tan enorme poder con el respaldo de incalculables recursos de todo orden, va orillando insensiblemente a los Estados Unidos hacia una dictadura económica mundial planeada por la nube de técnicos que han preparado el Plan Marshall, la Carta de La Habana y su anticipado corolario, si así puede decirse, la Convención de Tarifas de Ginebra.

Es de tal magnitud esta cuestión, desborda con tanto ímpetu los límites de lo que nunca pudo haber sido concebible en la materia, que los electores americanos por sobre las cuestiones domésticas, tienen dirigida su atención hacia una empresa que por sus proporciones ya no debe ser juzgada con una mentalidad republicana, demócrata o progresista, sino a través de un criterio nacional, casi mundial, y que puede encaminar a los votantes, sin tener en cuenta a su partido, hacia el hombre y grupo que les ofrezcan mayores garantías de eficiencia para hacerse cargo de una empresa tan delicada; no debe sin embargo desconocerse que la exposición de las ideas de los candidatos, sus programas de gobierno y las recíprocas críticas de que se hacen objeto tienen un valor considerable en la resolución del votante identificado así, más que con un partido, con la propia persona de los candidatos.

2

TRUMAN, Dewey y Wallace, poseen un pasado político que apenas permite en parte presagiar su acción futura y se hallan rodeados de hombres a quienes sobre todo tocará resolver los problemas que fatalmente figurarán en la agenda del próximo presidente de los Estados Unidos.

Es opinable si el conocimiento que tiene el pueblo de la capacidad de Truman por la forma en que ha actuado durante el desempeño de su encargo constituye para su elección una circunstancia favorable, ya que si ha tenido desaciertos, pueden atribuirse en gran parte a la labor pertur-

badora del partido republicano, manifestada en casos, por críticas y actos reconocidamente equivocados.

Asumió la presidencia a la muerte de Roosevelt en el preciso momento en que el ilustre prócer iba a posar la planta en el cuello del vencido; encontrándose súbitamente en el mundo de la post-guerra, inexplorado por su antecesor y teniendo que enfrentarse con las más graves cuestiones, sin contar en igual forma que antes, con la colaboración de sus aliados, a quienes por el contrario había que proteger; constreñido por último a enfrentarse con la oposición de uno de ellos, el más poderoso; oposición que se fué acentuando obstinada y fuertemente, hasta constituir una actitud beligerante en la llamada guerra fría.

Los negocios en consecuencia, tomaron un giro diverso al que se esperaba. Las tentativas de arreglo sostenidas con los dirigentes rusos mostraron la incompatibilidad fundamental existente entre las pretensiones de la U. R. S. S. y los propósitos de los Estados Unidos, la primera resuelta a satisfacer una vieja aspiración histórica, la de extender en el orden político y económico su radio de acción sobre la Europa inmediata a sus fronteras, creando un cinturón protector militar y político y a seguir organizando en los demás países del mundo, principalmente en Asia el segundo frente de penetración comunista.

Truman ideó el Plan Marshall de rehabilitación de Europa para detener el avance comunista; la fuerza de expansión rusa por una parte y la de contención americana por la otra chocaron sus antagonismos y abrieron sus trincheras frente a lo que se ha dado en llamar la "cortina de hierro". Hasta ahora los esfuerzos de Truman han tenido éxito aunque en precarias condiciones para lograr el doble objetivo de impedir en el resto de Europa la implantación del régimen comunista bajo la égida de Stalin, y mantener, ciertamente con grandes dificultades, la paz; hechos que si no son alterados por nuevos acontecimientos, tendrán que contar en su favor.

Además la experiencia de Truman y de su grupo y el conocimiento que poseen de los negocios públicos, constituye a los ojos de millones de electores, una indiscutible ventaja y un factor de éxito, al que debe aunarse el peso de la maquinaria gubernamental que en lo posible lleva

las cosas de manera de asegurar su permanencia y conservar en sus puestos a millones de empleados y sus familias que viven del presupuesto, y que por razones obvias son aliados de la actual administración.

Para un gran número de electores, Truman carece de personalidad y no constituye una figura atractiva; en su partido, que se ha mantenido en el poder durante 16 años, ha habido disensiones importantes, por una parte los "Dixiecrats" enemigos como en los tiempos de la guerra de secesión de la igualdad de derechos civiles, partidarios, sin poderlo evitar, de la persistencia de una política inhumana de segregación, que restarán votos a Truman para darlos al expositor de su tesis, el Gobernador Strom Thurmond; en cambio entre los negros mismos, en su mayoría han visto la posibilidad, en la actitud de Truman, de sacudir la humillante situación en que se encuentran. No es probable sin embargo que el cisma pese de una manera definitiva en contra de Truman en la votación del Sur, ni que lleve al partido a su disolución, que muchas veces ha sido muy a la ligera profetizada.

En lo que se refiere al alto costo de la vida, Truman ha intentado todas las medidas que la técnica aconseja, muchas de las cuales han sido obstaculizadas por la mayoría republicana del Senado, partidaria de la reducción de impuestos.

En el orden internacional los republicanos han tenido que limitar sus críticas a cuestiones de detalle ya que la política bipartidarista en esta materia ha dividido la responsabilidad entre los dos grupos, idea contraria a la realidad democrática ya que el pueblo escogió al hombre que debería dirigir las relaciones internacionales del país.

Truman es un hombre de partido y por lo tanto sujeto a la mecánica de aquél; ni sus discursos, ni sus decisiones tienen el sello superior de su antecesor, cuya figura si bien lo protege, lo mantiene en cambio bajo su sombra.

Las raíces del partido demócrata están muy hondamente arraigadas en el pueblo americano y cuenta cada vez con mayor acogida popular, aumentada por los obreros que con excepciones contadas han aplaudido la actitud de Truman en contra de la Ley Taft-Hartley, tan fuertemente lesiva de los derechos de las organizaciones sindicales.

DEWNEY tiene un breve historial, aunque de la clase requerida para satisfacer en tiempos normales el tipo de un candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Como funcionario judicial desplegó en su oficio gran energía para perseguir al crimen, particularmente los delitos contra la propiedad, inclinación característica en los que poseen, o defienden grupos que poseen cuantiosos bienes y pretenden rodearlos de las mayores seguridades. Como Gobernador de Nueva York, ha revelado dotes administrativas excepcionales dirigiendo este rico Estado de las orillas del Hudson en el que viven 11 millones de habitantes como en una activa colmena. Candidato derrotado a la Presidencia de la República, ha sido escogido por su grupo para insistir nuevamente ante la opinión americana. Resultante de un compromiso entre fuerzas contrarias del partido republicano, que tuvo en cuenta la debilidad intrínseca de su oponente, Dewey y su partido se han afanado en predicar la urgencia de dar mayor vigor a la posición de los Estados Unidos en todos los órdenes, a tal extremo, que conscientes de su fuerza no temen ni a las más graves contingencias, considerando no obstante que su principal problema es el mantenimiento de la paz.

Dewey ha insistido en la necesidad de aumentar el poder militar de su país, principalmente su fuerza aérea, y ha venido criticando la lenidad, la excesiva benevolencia de la administración actual sobre las actividades antiamericanas, implicando en este severo juicio al Presidente Roosevelt; para evitar la repetición de este criminal abandono, ofrece combatir al comunismo, preparando un servicio de "inteligencia" mejor organizado que mantenga al Gobierno al corriente de lo que pasa y puede pasar en todo el mundo.

Por lo que respecta al Plan Marshall, está dispuesto como Truman a llevarlo adelante ya que la necesidad de proveer a la rehabilitación de Europa como un medio de defensa de los Estados Unidos, se ha convertido en un axioma político. Pugna al mismo tiempo como un complemento, por la organización europea para hacer más coherente la aplicación del Plan Marshall auspiciando y apoyando una coalición militar tan importante que pueda

resistir en la Europa Occidental el primer choque. Por decir algo, ha hablado de una mayor efectividad y diligencia de parte de la administración, para atender estas cuestiones de orden internacional en las que su partido colabora con el partido demócrata.

En otros aspectos Dewey presenta puntos de verdadera divergencia con el programa de Truman como el de economizar, para lograr un superávit en las reservas del Gobierno, que permita liquidar la deuda interior, y disminuir los impuestos, lo que Truman considera que no debe hacerse mientras exista la inflación; es éste un dilema que los técnicos sin duda resolverían en favor de Truman. Dewey quiere que los estados compartan en mayor grado la responsabilidad del Gobierno aumentando su intervención en los negocios públicos; proclama la intensificación del programa agrícola y de los recursos hidráulicos, en esto de acuerdo con Truman que tiene los mismos propósitos, pues ambos desde el punto de vista político trabajan por la conquista del voto de los agricultores; por último Dewey sintetiza en un pensamiento único las verdaderas aspiraciones de su partido al manifestar que los negocios y el trabajo deben ser libres, es decir, condena la intervención del Estado.

4

WALLACE ha tratado de concentrar su programa de gobierno en lo que él llama la paz con Rusia, es decir, la paz en el mundo, y así lo hizo conocer desde su renuncia en el Gabinete originada por sus críticas sobre la política internacional de Truman en el momento preciso en que se reunía la Conferencia de París y en su famosa carta dirigida a Stalin que este último juzgó como el documento más importante de la época. A cambio de las discrepancias señaladas con el candidato Thomas Edmund Dewey, sostiene Truman un programa de orden nacionalista y social, acercándose a Wallace quien francamente apoya una política en beneficio directo del pueblo en los Estados Unidos. El actual Presidente se preocupa por el desarrollo de la asistencia higiénica y busca resolver el problema de la educación infantil y de garantizar un seguro a los parados y a

los viejos; Wallace quiere el Seguro Social para todos y la extensión de las posibilidades educacionales en los Estados Unidos. Por último Truman siguiendo la larga tradición histórica de una gran parte del pueblo americano y que se ilustra con la guerra de secesión enarbola la que en aquel entonces fué bandera de los republicanos, y pretende ahora eliminar por anti-democráticas las prácticas discriminatorias raciales. En materia de trabajo ofreció al principio modificar la Ley Taft-Hartley y en la prosecución de su campaña ha ofrecido ya, derogarla, propósitos ambos idénticos a los que Wallace hace figurar en su plataforma.

Por lo que respecta a la política internacional, Wallace sigue los lineamientos de la carta que dirigió a Stalin antes mencionada y en la que coincide con las ideas moscovitas de reducción de armamentos, prohibición de su exportación, reanudación de intercambio comercial e intelectual con Rusia y retirar, por lo que respecta al Plan Marshall, toda tendencia imperialista haciendo que la rehabilitación y la ayuda se amplíen a todos los países y se impartan a través de una institución internacional.

5

EL Partido Republicano se especializó desde su origen en la defensa de los intereses económicos del país; 16 años fuera del poder, en la oposición, ha gozado de la fama de ser un partido reaccionario, con influencia marcada de Wall Street, no obstante de que cuenta entre sus conquistas, la ley contra los trusts, de Sherman de 1890. Los últimos republicanos de importancia fueron Teodoro Roosevelt, Elihu Root y C. Evans Hughes, cuyo paso por el gobierno marca en lo que se refiere a la política internacional, el principio de la "puerta abierta" en China, de común oportunidad al comercio mundial; el de la igualdad de los Estados Americanos; su intervención pacifista en la guerra ruso-japonesa, la construcción del Canal de Panamá e independencia de Cuba; y por contraste, la política política americana. (Big Stick).

Dewey, partidario de la Ley de Derechos Civiles, trata de ponerse en buenos términos con la Federación de Trabajadores, representando el grupo liberal del partido; el

grupo antagónico llamado "la vieja guardia" es aislacionista, tiene como enemigos a los negros y a los trabajadores. T. Roosevelt nunca logró nada de su partido para los negros, a quienes llamó "el hombre olvidado". El partido disfrutó de la ayuda de los trabajadores cuando no existían organizaciones sindicales y los patronos tenían una gran influencia sobre ellos. La depresión de 1928 cambió el panorama y los trabajadores dieron su apoyo a los demócratas.

El Partido Republicano sostiene que los conservadores han llegado a un momento en que tienen que abandonar el poder por agotamiento de sus recursos para manejar los negocios públicos.

6

EL Partido Demócrata ha estado en el poder 16 años, el pueblo americano desea ya cambiar de postura. En sus filas ha habido deserciones del voto de algunos de los trabajadores; de la izquierda intelectual y de las organizaciones del Sur. El alto costo de la vida, ha minado su prestigio así como el reclutamiento universal y las patentes equivocaciones diplomáticas en los casos de Rusia y Palestina.

La inminencia de la disolución del Partido Demócrata ha sido profetizada continuamente sin que nunca haya llegado a acontecer. El Partido Republicano apareció a partir de 1868 con la alianza de los conservadores, extremistas, empresarios de ferrocarril y manufactureros. La corrupción del Partido dió lugar al nacimiento del Partido Demócrata en 1884 que asumió el poder por la fuerza del apoyo popular y desde entonces numerosos elementos han trabajado en su contra, señalándose en primer término la indiferencia de las grandes uniones de trabajadores que no pueden olvidar los sacrificios y sufrimientos que trajo la depresión de 1932.

No obstante la oposición a la Ley Taft-Hartley asegura la votación para el partido que la ha impugnado.

Los republicanos se encontraban jubilosos por lo que llamaron el cisma de Wallace, pues los obreros protestaron sus simpatías hacia el nuevo candidato, pero parece que estos sentimientos no se manifestaron en forma de una votación mantenida a costa del Partido Demócrata; es pro-

bablemente entre las mujeres donde se encuentra mayores y más sinceras simpatías hacia Wallace cuya apelación a lo emocional es evidente. Lo más probable es que la votación del nuevo partido sea a costa del voto republicano; en cuanto al grupo de los intelectuales izquierdistas divorciados de Truman y que entraron al gobierno cuando el New Deal, su número no es apreciable.

Por lo que respecta al Sur, la deserción de los "Dixiecrates" puede costar el voto de 2 ó 3 Estados que seguirán la oposición del grupo suriano complicada con la competencia para obtener el petróleo en esas regiones. Esta situación no es bien comprendida por el país, no obstante de que muchos no están conformes con los llamados derechos civiles por los que aboga Truman, pues consideran que la situación de los negros ha mejorado considerablemente. No abandonarán al Partido Demócrata porque no tienen donde incorporarse.

El Partido Demócrata a través de su largo período de Gobierno ha vigorizado su organización y la experiencia de sus líderes es una garantía de éxito; el país ha pagado ya el noviciado de los hombres que lo integran, los cuales están preparados para el gobierno y listos para atribuir al partido republicano la persistencia del alto costo de la vida y el problema de la vivienda popular, por su oposición al Gobierno en el Congreso de 1946.

7

EL Partido Progresista no tiene probabilidad alguna de triunfo. Los partidos disensionistas en Estados Unidos han sido siempre derrotados. En 1912 el Partido Progresista de T. Roosevelt obtuvo sólo 4 millones de votos y el de La Follete en 1924, sólo 800,000 más.

La idea de Roosevelt fué vengarse contra Taft reuniendo las fuerzas liberales del Partido Republicano contra las conservadoras. La Follete fué anticomunista y pro-laborista.

La situación presente es distinta, el partido de Wallace se inspira en una ideología que se considera extranjera, que el público califica de comunista y así se llama a su

partido y al mismo Wallace y a los jóvenes y super-idealistas partidarios suyos.

Anti-imperialistas los delegados a la Asamblea en donde se eligió a Wallace, en un 60% eran menores de 40 años y un 30% mujeres; todos clamaron contra la miseria y el espíritu de la guerra. Su lema es paz, libertad y abundancia.

8

SE especula, es habitual, sobre la forma en que la elección de tal o cual candidato pueda influir en la política del vecino país México y en general hacia el mundo iberoamericano.

Los tres candidatos han incluido en sus programas la intensificación de sus relaciones con el resto del Continente. Esto es natural, ya que siempre ha sido tal la política de los Estados Unidos, variando su interpretación de acuerdo con los distintos hombres que han pasado por el poder; interpretación sobre la forma, porque en el fondo "mutatis mutandis", todos han abrigado igual propósito; es decir, han perseguido como mira el beneficio de los Estados Unidos, aceptando que para alcanzarlo hay que beneficiar en muchas ocasiones a los demás.

Los países americanos están dispuestos a cooperar con los Estados Unidos, tienen una clara visión de que están ligados por un interés común. Pero los nexos económicos recíprocos se multiplican en tal proporción que reclaman una abierta vigilancia y nos obligan a reconocer como bien difícil, encontrar equivalencia a nuestras concesiones, en ventajas similares, ya que en numerosos aspectos los países ibero-americanos, por razón de la distinta etapa que han alcanzado sus economías, representan con frecuencia intereses contradictorios con los de los Estados Unidos. Ante tales e incontrovertibles hechos, las Repúblicas Ibero-americanas demandan de cualquiera que pueda ser el candidato electo y del grupo de hombres con los que gobierne, respeto recíproco basado en un concepto de igualdad, por lo que se refiere a la dignidad y a la soberanía de nuestros estados.

En cuanto a la soberanía, ello es todavía más importante para cimentar una liga de cordial amistad. La historia de las relaciones entre las Repúblicas Ibero-americanas y los Estados Unidos, es una lucha contra la intervención, de que muchas veces las primeras fueron víctimas. Por eso en el orden de los principios fué un gran día para América cuando en la Conferencia de Montevideo en 1933 por unanimidad se aprobó el principio de no intervención cuyo sostenimiento constituye la causa mejor por la que puedan luchar nuestras repúblicas.

Este principio adquirió su valor de realidad con la actitud de Roosevelt al proclamar en su doctrina del "buen vecino" la resolución de que su país cumpliría con todos sus compromisos internacionales y aunque ello en verdad era una obligación ineludible, otros los habían violado flagrantemente.

Por desgracia la bandera de la no intervención ha pretendido ser arriada en nuestra América por algunos políticos extraviados aunque, afortunadamente, sin éxito alguno, ya que olvidando nuevas y disparatadas doctrinas, el sentimiento de todos se ha mantenido incólume.

No queremos hablar de una soberanía que no tome en cuenta la necesidad de proceder en común y voluntariamente para resolver con beneficio de todos, delicadas cuestiones de interés general. Nos referimos a la que implica una cesión de la libertad interior e internacional de las naciones, de su derecho a actuar conforme a sus intereses, de cuya legitimidad cada nación debe decidir.

En consecuencia tiene que sernos indiferente el hombre que llegue a la Casa Blanca siempre que respete nuestra dignidad y nuestra soberanía como se ha indicado.

Por lo demás nuestras Repúblicas por su propio interés están dispuestas a colaborar ilimitadamente para recobrar el orden y la paz en este anárquico mundo y por ello dispuestas a los mayores sacrificios. Pero creen tener derecho a participar en la formación de este nuevo orden en el que todos representan el mismo interés esencial: la mejoría de vida de sus propios pueblos.

Están decididas a ser árbitros de lo que existe dentro de sus fronteras y desarrollar sus recursos en beneficio de su propia comunidad, lo que no excluye el que por propia

resolución recurran si así juzgan conveniente, a la ayuda financiera externa, asumiendo la responsabilidad de cuándo y cómo esa ayuda debe ser solicitada y limitando sus obligaciones en cambio a devolver el monto e intereses del capital obtenido. Si otro es el precio, y no existe un medio diferente, es preferible para el mundo ibero-americano retardar su progreso.

Sin duda que dados los requerimientos de la vida moderna no podemos dejar de esforzarnos al máximo para levantar nuestra economía y no convertirnos en una rémora o carga para el progreso general y armónico del mundo, del que depende la paz.

Parece fácil predecir el resultado de las elecciones de noviembre, pues se ha generalizado la opinión de que, pese a la recuperación por parte de los demócratas del predominio en el Senado, Dewey ganará la presidencia.

Triunfante o derrotado, la opinión culta y civilizada de los Estados Unidos y del mundo, no podrá olvidar el elevado gesto de Truman al pretender que desaparezca en su país, la ominosa discriminación racial que entre otros, tan duramente y en carne viva resienten nuestros compatriotas que se ven obligados a trabajar o residir en los Estados Unidos.

HACIA UN INCENDIO EN EL CARIBE

Por Orlando BARAHONA S.

LA revuelta armada que terminó con la existencia del Gobierno Constitucional del Presidente Picado en Costa Rica, no ha sido un cuartelazo más de los que con frecuencia perturban la vida de los países de América Latina. Los factores que han determinado mayoritariamente el serio retroceso de la democracia costarricense, han sido de carácter externo a ella y han fructificado en un ambiente interior propicio. Esos factores internacionales continúan moviéndose oscuramente y amenazan con certeza la paz del Caribe, la mediana autonomía de sus países y el logro de un futuro más humano para sus pueblos. Por eso, de lo que ha ocurrido en Costa Rica, surge una lección llameante y una voz de alerta que no debe hundirse en la incompreensión.

LA tragedia inmediata y actual de Costa Rica, que es en mucho la tragedia de México y de América Latina en general, es tener su territorio al norte del Canal de Panamá y al sur del proyectado y siempre latente Canal de Nicaragua; además, es la de poseer un subsuelo acumulado de masas de petróleo. Ambas circunstancias, en medio del rumor de tambores y órdenes militares que empieza a querer dominar el mundo como chispa de una nueva hecatombe, adquieren perfiles acusados que iluminan la verdadera naturaleza de los días en que transcurrió la guerra civil en Costa Rica y en que transcurrirá su porvenir inmediato. Y es importante observar que la histeria belicista, esconde el propósito de derribar las edificaciones populares y de mutilar la soberanía de los países, precisamente como acaba de ocurrir en Costa Rica.

El petróleo, una vez más, ha jugado un oscuro destino. Quizá responda a la realidad el aforismo hegeliano

de que la historia se repite, la primera vez como tragedia y la segunda como farsa. Pero en el caso de las riquezas petroleras de América Latina, la ambición destructiva de los grandes negociantes ha hecho hasta hoy que la historia de los países ricos en petróleo haya sido una reiterada y humillante tragedia. Ni siquiera reincorporando esas riquezas al cauce de la regulación patria, como en México, ha sido posible evadirse del cerco de atentados y limitaciones que van sucediéndose en el forcejeo por la apropiación del petróleo.

Hace muchos años, los grandes intereses petroleros empezaron a cruzar el territorio costarricense de senderos transitados por investigadores. Los resultados permanecieron callados y Costa Rica no supo ciertamente la riqueza peligrosa que escondían sus tierras. Las necesidades de la Segunda Guerra Mundial (aquella que no hace mucho tiempo se libró por las libertades y que ya algunos hombres quieren haber olvidado), consiguieron que se intensificara el esfuerzo de la búsqueda petrolera en Costa Rica. Ya para 1942, la West India Oil Company tenía en su poder datos suficientes, establecidos en mapas exactos, que le permitían determinar que las dos terceras partes del territorio de Costa Rica pueden considerarse como zona petrolera de riqueza insospechable. La culminación de la búsqueda marcó el momento en que se abatieron sobre el pequeño país crudas fuerzas internacionales, cuya primera victoria importante quedó ganada con el derrocamiento armado de uno de los pocos gobiernos de América Latina resueltamente democrático.

Fué también en 1942 cuando un Mr. Hoover, enviado de las congregaciones petroleras, inició una lucha inexorable para ganar a su favor la explotación irrestricta de aquellos yacimientos y la obtención de una concesión petrolera que abarcaba nada menos que las dos terceras partes del territorio costarricense. Los primeros pasos, ya tradicionales en la corrupción de hombres y gobiernos en América Latina, fueron los de sobornar a personajes políticos muy prominentes del país y que el tal Mr. Hoover consideraba que tenían suficiente poder como para garantizar la concesión del derecho a explotar por extraños intereses, la mayoría del territorio de un país soberano. Sin embargo, el pue-

blo vigilaba. Y cuando estaba por terminar la administración del Presidente Calderón Guardia, en 1943, a punto de concluirse la entrega del país a los conglomerados petroleros y ocurriendo ello sin tener el citado gobierno idea cabal de la magnitud del paso que iba a dar, las organizaciones democráticas costarricenses, armadas de documentación y hechos irrefutables que desnudaban el carácter monstruoso de la concesión inminente, contuvieron la mano solicitante y anularon el ademán de garra que su petición escondía. La marea popular era de tal modo poderosa que el Presidente Calderón Guardia adquirió el compromiso con la nación, respetado con firmeza patriótica por su sucesor el Presidente Picado, en el sentido solemne y digno de que no se haría ninguna concesión petrolera que, previamente discutida en público a la luz de los intereses nacionales, no fuera aprobada totalmente por las organizaciones democráticas costarricenses.

Este compromiso de tanta trascendencia, se cumplió casi correctamente. El error consistió en que el Presidente Teodoro Picado hizo saber a los representantes de las compañías petroleras, que tenía un compromiso con el pueblo y que sólo con su consentimiento iría a un arreglo petrolero. Entonces la urgencia de los negociantes cambió de frente y se dirigió a las organizaciones populares de Costa Rica. El resultado fué una declaración del pueblo: "no estamos en contra de la posibilidad de que el petróleo de Costa Rica sea explotado por empresas norteamericanas, pero mantenemos la tesis de que cualquier contratación que se haga deberá respetar, de manera absoluta todos los intereses de la soberanía nacional y, además, deberá reconocer la participación que al pueblo costarricense corresponda en la producción petrolera". Era una muralla de dignidad que se alzaba defendiendo el patrimonio nacional y que era menester pulverizar y esparcir a los vientos del Caribe, porque de habérsela sólo quebrado y roto, de cada piedra habría brotado el espíritu de la cohesión para soldar incesantemente el escudo del porvenir. En 1945 llegaron a San José de Costa Rica un grupo de abogados y representantes de las congregaciones petroleras. Su primera tarea fué la de esforzarse por sobornar a las organizaciones de trabajadores, la de tratar de comprar la conciencia de los hombres

que en sus manos, en su ejecutoria, en su combatividad, tenían el poder suficiente para vender el 66% del territorio nacional.

Solamente a un diputado, cabeza dirigente de los trabajadores organizados, se le ofrecieron 100,000 dólares por dejar hacer. Era el mismo hombre que, cuando llegó a la nación mexicana en 1944 a estudiar la rica experiencia petrolera del país y a saber hasta dónde México podría ayudar a su pequeña vecina del sur a explotar con sus propias fuerzas la riqueza del subsuelo, había sufrido, de manos de agentes secretos, el robo de toda la documentación que lo amparaba y que sustrajeron del cuarto que habitaba en el Hotel Regis de la ciudad de México.

La incorruptibilidad ejemplar, que hoy se levanta en su categoría verdadera vista al fulgor de la guerra civil que hubo de asolar al país, obligó a los intereses petroleros a obtener la intromisión diplomática. El primer paso consistió en ir directamente hacia el Presidente Picado, Embajador por delante, a gestionar la concesión; no obstante, y a pesar de los hombres corrompidos que le rodeaban y que hacían del gobernar el más desenfrenado ingreso de dineros, Picado no quiso romper con su pueblo y se mantuvo firme en la negativa a suscribir cualquier contratación petrolera que no estuviera dentro del marco que definían los mandamientos populares. El segundo paso se dice que fué pedir la abolición de la democracia en Costa Rica; que el Gobierno de Teodoro Picado declarara ilegales las organizaciones de trabajadores y las disolviera por los medios a su alcance. Ante el rechazo terminante de esa pretensión, los intereses petroleros resolvieron intervenir francamente en el proceso electoral que debería culminar en mayo de 1948, ejerciendo su tremenda fuerza de gravedad por los canales diplomáticos a su alcance.

Este fué el tercer paso y lo siguió el último: ante la derrota electoral, vino la intervención armada, aprovechando la revuelta regresiva que estalló en marzo de 1948.

COSTA RICA es un país singular que algún día puede convertirse en una isla.

Ya ruedan en sus costas los oleajes de dos océanos, el Pacífico y el Atlántico; ya el Canal de Panamá es un tajo

en la tierra americana que mezcla las aguas de esos dos mares. Y la ambición humana ha señalado desde hace mucho tiempo, que es necesario hendir a América un poco más al norte, en Nicaragua, cruzándola de otro Canal que también confunda las aguas, para que circunden los bordes de un bloque isleño formado por toda Costa Rica y la mitad de Panamá hacia el norte del Canal.

Los destinos de Costa Rica y Nicaragua están unidos por el caudal del Río San Juan, que fluye desde el Gran Lago hasta el Atlántico que es una parte de la porción que entrega la naturaleza al proyecto del Canal. El Tratado Bryan-Chamorro dió el derecho a que los Estados Unidos construyeran oportunamente el Canal. Y como la frontera entre ambos países se desenvuelve por el centro del cauce del Río San Juan, desde Castillo Viejo hasta su desembocadura en el océano, era necesario que hubiera otro tratado canalero que garantizara, no sólo la utilización de las aguas del río fronterizo, sino la apropiación virtual, según el modelo de la "Canal Zone" de Panamá, de una franja de tierras a ambos lados del río, que en ese momento dejarán de estar bajo la soberanía de cada una de ambas naciones centroamericanas. En esa forma nació el Tratado Oreamuno-Huges, que cedía el derecho inalienable de Costa Rica sobre sus fronteras norteñas y territorios adyacentes, a la misma gran potencia mundial cuya historia canalera en Panamá ha sido una de las grandes preocupaciones y amarguras de los verdaderos latinoamericanos.

El Canal de Nicaragua tiene algunas ventajas importantes. No sólo el cauce del Río San Juan constituye en su gran mayoría un canal natural y ocupa, en esa condición, la parte mayor de todo el trayecto que debe abrirse a la navegación desde el Atlántico al Pacífico, sino que significa la presencia y utilización de un gran albergue en tierra firme para la flota entera más grande que exista. En efecto, el Lago de Nicaragua otra de las porciones naturales del Canal, constituye por sus condiciones y amplitud, una gran masa de agua en donde puede encontrar, cualquier flota, el refugio y estancia requeridos para maniobras de toda índole.

Finalmente, al abrirse la tierra firme estrecha que media entre las orillas del Lago y las playas del Pacífico,

la flota de la gran nación concesionaria y dueña del Canal, podría muy fácilmente usar la Bahía de Culebra, situada en la zona norte de las playas costarricenses, inmediatas al punto de salida del Canal al Pacífico. Esa bahía profunda y tranquila, se extiende largamente con sus aguas azules hacia el interior, y ha sido, desde hace muchos años, centro permanente de operaciones, maniobras y simulacros, de los enormes blindajes que navegan bajo una estrellada bandera.

En 1941, año crucial de la guerra reciente, el gobierno de Calderón Guardia suscribió un nuevo tratado canalero, que derogaba al Oreamuno-Huges.

No era casual que quisieran modernizar y concretar, a la luz de las nuevas enseñanzas de la contienda, de la buena disposición de los pueblos en la lucha contra el terrorismo hitleriano y de una post-guerra belicosa en la cual se pensaba desde entonces, el viejo tratado canalero que, desde 1910, daba en opción una parte del territorio nacional a país extranjero y que no había querido ver aquella realidad obsesionante que imperaba en un país vecino desde 1903-1904.

En las condiciones de hoy, los Canales americanos tienen la misión de acortar las rutas del comercio mundial hacia y desde la gran metrópoli internacional, constituyendo inapreciable aparato de succión y expansión sobre todos los países menores. Pero, además, constituyen la obligada arteria por donde deben fluir bienes y hombres por millares hacia una nueva carnicería, en donde se enseñoreen los átomos desencadenados. Potencialmente, entonces, Costa Rica se convierte en una simple zona de operaciones militares para la defensa de los dos Canales.

El gobierno del Presidente Picado recibió en 1946 una notificación desalentadora: el país tendría que dar toda su cooperación para la defensa ulterior de los Canales, máxime cuando, siendo indefendible por razones militares el actual Canal de Panamá y siendo insuficiente por causas técnicas diversas, la apertura del de Nicaragua es asunto resuelto y urgente. El problema estaba, pues, en la "cooperación para la defensa", que consistía en ceder los mares y costas nacionales para las operaciones necesarias a una gran flota extranjera, el territorio del país para establecer aeropuertos, fortificaciones y obras de "defensa" en general y ceder las

tierras y caminos costarricenses no sólo para la estancia y aprovisionamiento de ejércitos extraños, sino para su libre movimiento. En pocas palabras, la cooperación necesaria a la defensa de los Canales significa la eliminación de Costa Rica como nación soberana.

Es obvio, entonces, que, si bien los costarricenses no se podían oponer a la apertura del nuevo canal en virtud del Tratado aludido, como de hecho jamás se han opuesto, sí tenían que establecer condiciones mínimas en resguardo de la autonomía del país. Y es claro también que esas condiciones mínimas no podían ser, por ningún motivo, aquellas que significaran la abolición de la independencia en el manejo de los destinos nacionales. La diplomacia supo entonces que era preciso doblegar a todo un pueblo. "No me iré de Colombia en tanto no acabe con el peligro comunista en las dos fronteras del Canal de Panamá", fué el mensaje enviado por el Secretario de Estado al Presidente Picado mientras Bogotá se encrespaba por la muerte de Elicier Gaitán y José Figueres alzaba armas contra el gobierno legal costarricense.

Y antes de ello, en 1947 Gonzalo Facio, hoy Secretario de Relaciones del gobierno de Figueres, se trasladaba a los Estados Unidos y organizaba grupos de individuos ante el Consulado Soviético que portaban carteles diciendo en inglés: "El Canal de Panamá está en peligro: los comunistas son los dueños de Costa Rica".

Tal era la forma en que llamaban a que hubiera una intervención definida en las condiciones políticas del país en general y, particularmente, en los resultados de las elecciones para nuevo presidente que debían celebrarse a principios de 1948.

MIENTRAS tanto, otras fuerzas se encaminaban hacia la intromisión en los asuntos interiores de Costa Rica. Hay hombres de la indudable democracia guatemalteca que tratan de conseguir a breve plazo la unidad política de América Central, omitiendo el hecho de que mientras la maduración de las fuerzas económicas de los países centroamericanos no culmine imponiendo la unificación política, este proceso deberá estar constituido por medidas que coordinen

eficazmente las distintas economías nacionales en el camino común de la industrialización y de la racionalización y progreso científico de las agriculturas centroamericanas. Por tanto, no se trata de unir prematura y peligrosamente, como resultado de revueltas preparadas en el exterior y que den en tierra con las sectas militares que sustentan a los tiranuelos centroamericanos. No es posible convertir nuestros deseos en una utopía que niega las realidades y salva espacios y tiempos como en el vuelo prodigioso de Tomás Moro. Es indispensable concebir la unidad centroamericana como una necesidad histórica de requisitos insalvables y acelerar su advenimiento con la sabiduría que es desbrozar su camino y estimular la rapidez de su curso.

La formulación inadecuada del gran problema práctico que es la unión de América Central en una entidad política más poderosa y defendible, se unió con otras aspiraciones confusas y limitadas, que se expresaban en aventuras armadas para derrocar tiranos, preparadas a la luz pública como aquel ajetreo expedicionario de Cayo Confite que se tejía abiertamente para dar al traste con la dominación de Trujillo en Santo Domingo. Empezó a tomar forma un bloque curioso y disímulo en el que participan millonarios dominicanos, jefes de juntas revolucionarias y victoriosas en América del Sur, secretarios de presidentes electos en el Caribe, hombres amargados que pudieron mezclar una posición de lucha contra la España de Franco con el usufructo y la protección del capital de un nazi Reimers de Costa Rica; profesores universitarios amantes de la unión centroamericana, almas limitadas por el anhelo único de destruir tiranías, señoritos que pedían a gritos la intervención extranjera en tierras de democracia y paz, y aventureros internacionales inadaptables, desplazados de su propia sociedad. En ese bloque surgió un proyecto desorbitado que se llamó la "República Socialista del Caribe" y que consistía en el derrocamiento de la dictadura de Santo Domingo, el aplastamiento del absolutismo en Nicaragua y Honduras teniendo como base de operaciones Costa Rica y Guatemala, la realización apresurada y anti-histórica de la Unión Centroamericana y, luego del triunfo de alguien que en Panamá quisiera ayudarlos, la constitución de un bloque

de países latinoamericanos que abarcara desde Venezuela hasta Guatemala, incluyendo Cuba y Santo Domingo.

La aventura expedicionaria de Cayo Confite fracasó por razones bien conocidas. Entonces, aprovechando la confusa situación política reinante en Costa Rica con motivo del proceso electoral, de las presiones exteriores canaleras y petroleras y de la ciega resolución anti-gubernamental de terratenientes, banqueros, intelectuales raros, grandes comerciantes y demás enemigos de los gobiernos de Calderón Guardia y Picado, los cerebros del "Socialismo" del Caribe resolvieron trasladar armas y aventureros para dar el golpe armado en Costa Rica. Aquellas mismas armas que no llegaron a usarse contra una tiranía deprimente y aquellos mismos hombres que siguieron insaciados de pólvora y sangre, fueron poco a poco a Guatemala y de ahí a Costa Rica en aviones. Mientras tanto, José Figueres y sus gentes, se habían comprometido ya a participar en la forma necesaria, una vez triunfante la revuelta en Costa Rica, en alguna acción liberadora de Nicaragua y Honduras, con claro apoyo de las demás fuerzas del "socialismo" caribe; al quedar victoriosa esta forma de unión de América Central; el paso siguiente era colmar las aspiraciones de Juan Bosch a la presidencia dominicana.

Cuando menos en el primer paso, han tenido éxito. El pueblo costarricense tuvo que defender sus libertades y la soberanía nacional luchando casi sin armas, porque en su oportunidad el Ministro de la Guerra, hermano del presidente Picado, había vendido todo el armamento moderno de que se disponía, al gobierno de Nicaragua. Y además, tuvo que defenderse combatiendo contra oficiales expertos enviados de países vecinos, y contra militares entrenados que vivían en el exilio y formaban un ejército de latinoamericanos diversos, afectos a la guerra y endurecidos en ella. En esa forma Costa Rica ha sufrido una agresión internacional cierta. Pero lo que importa mucho más aún, es que el juego a la guerra, a la unidad centroamericana, al "socialismo" del Caribe, a la liquidación de tiranos para cambiarlos por hombres como Emiliano Chamorro, el nicaragüense del Tratado Bryan-Chamorro que hipoteca Nicaragua a los Estados Unidos, en fin, ese juego armado teñido de utopías y coloreado de incomprensión histórica,

ha sido debidamente aprovechado por fuerzas más hábiles, más poderosas, que sí saben lo que quieren y que han logrado con ello avanzar grandes pasos en el camino de convertir a Costa Rica en una zona de operaciones militares para la "defensa" de los dos Canales y en un territorio a subasta internacional dentro del círculo de negociantes petroleros. Esa es la grande y trágica lección de la revuelta habida en Costa Rica. Se ha perdido una democracia y en la senda hacia la guerra atómica, se ha ganado una base de operaciones más. ¿Podrá esto hacer que la luz entre y llegue hasta quienes están incendiando el Caribe?

ALEMANIA Y LA GUERRA

Por *Mariano RUIZ-FUNES*

1. *Prólogo*

DESDE hace tiempo se viene deseando una nueva guerra. La propaganda de la prensa diaria la ha dado ya por declarada en varias ocasiones. Es obligado observar que esta propaganda varía según los países y los continentes. Es más aguda y espectacular en América. Tiene mayores amplitudes y sensacionalismo en Centro que en Suramérica. Se trata de hechos que voluntariamente renunciamos a valorar.

Coincidiendo con la reunión de la ONU, y a propósito del caso de Berlín, se vuelve de nuevo a agudizar la guerra de nervios e incluso parten de los candidatos a la presidencia de Norteamérica oraciones laicas de paz. Berlín sólo es un síntoma de la actuación en Alemania de los aliados enemigos. Considerado el problema en su aspecto constelativo y sin desdeñar el valor del síntoma, deseamos dedicar unos comentarios al problema general de Alemania. ¿Saldrá de allí una tercera guerra mundial, esta vez sin responsabilidad aparente de los alemanes? La lucha por el predominio en Alemania es explicable, explicable, pero apoyada en un cierto desconocimiento de la psicología del país y de su situación política. Si triunfara en ella el comunismo, adoptaría inmediatamente un carácter nacional, en pugna con la ortodoxia internacionalista que le atribuyen sus definidores. Si, en cambio, se asegurara el predominio de un capitalismo desenfrenado, ¿no podría incubarse, bajo la máscara de otra república de Weimar, un nuevo rearme que por tercera vez pusiera en peligro la paz universal? Las dificultades derivadas de la situación de Alemania y de la mentalidad de los alemanes son elementalmente simplificadas por la URSS y por los USA. La lucha

contra el nazismo ha quedado en segundo término y los nazis, que no eran sólo los muertos en la cancillería del Reich y los ejecutados en Nuremberg, aguardan, con la obligada fruición, una nueva catástrofe, o se aprestan a complicar la lucha actual con su enorme experiencia de masas, su astucia y su capacidad de simulación. Para ellos no tiene secretos la psicología política, la normal y la patológica.

2. *Las libertades nazis*

FUÉ en junio de 1943, cuando Suendermann, subdirector de prensa del Reich alemán, proclamó las cuatro libertades que servían de bandera de guerra al nacional-socialismo, en oposición a las afirmadas por el inolvidable presidente Roosevelt. Eran las siguientes:

- 1) Libertar a las naciones de la influencia judía.
- 2) Libertar al mundo de la pesadilla del sanguinario régimen soviético.
- 3) Libertar a los trabajadores intelectuales y manuales de la explotación capitalista, en beneficio de la libre expansión de todas las capacidades.
- 4) Libertar al mundo del imperialismo anglo-norteamericano.

Todo comentario es ocioso con respecto a esta respuesta nazi a las afirmaciones liberales de Roosevelt. Alemania, que había inventado la división de las naciones en ricas y proletarias, pertenecía al último grupo y luchaba contra las poseedoras y contra su acción imperialista, es decir, contra Inglaterra y los Estados Unidos. Alemania, que había engendrado el nazismo como respuesta al comunismo, y como defensa bien pagada de los privilegios desfallecientes de un capitalismo afectado por las luchas sociales, luchaba contra el régimen soviético. Adoptaba una posición de defensa del obrerismo, como la España de Franco, porque tal simulación demagógica le convenía para encubrir la esclavitud y el régimen de trabajos forzados que impuso luego a los obreros de todos los pueblos donde puso su planta asoladora. El antisemitismo no era sólo la reafirmación de su política persecutoria contra los hebreos, que encu-

bría un despojo económico: constituía a la vez un ataque insidioso a Norteamérica en sus afanes persecutorios del llamado entonces, y ahora, con grave amnesia de sus orígenes en ciertos políticos norteamericanos, el judeo-marxismo.

3. *La transición después de la victoria*

CONOCIDO o creído conocer el nazismo, se pensó más o menos durante la guerra en el régimen de desinfección pedagógica y política que habría de implantarse en Alemania al día siguiente de la victoria aliada.

Deseamos resumir una importante aportación sobre el tema: la sesión de mesa redonda de Free World, en la que participaron alemanes y austriacos, enemigos del régimen político que sostenía la guerra, complicándola con todo género de inútiles y crueles excesos. Se examinaron en esa ocasión bajo el título general de "El destino de Alemania", dos problemas: a) la posibilidad de una revolución interior que derribara el nazismo, y b) el futuro gobierno de la Alemania vencida. En las conclusiones se reconoció que no cabía abrigar esperanza alguna de una revolución en Alemania, sin que antes se debilitara el gobierno nacional-socialista; que el ejército sólo se sublevaría cuando la guerra se hallara definitivamente perdida, si bien nunca en servicio de los principios democráticos, sino con el designio de lograr condiciones más benévolas de paz. Sin desconocer la existencia dentro de Alemania de grupos democráticos, se subrayó con evidencia el carácter nacionalista del ejército y su solidaridad con el régimen político imperante. En lo relativo al gobierno futuro, la opinión se dividió: debía confiarse a esos grupos democráticos o a un control internacional dirigido por Inglaterra y los Estados Unidos, para la reeducación política del pueblo alemán. Asimismo era obligada y urgente una vigilancia sobre la industria pesada, ejercida por los vencedores, para impedir que fuera utilizada en el futuro, directa o indirectamente, al servicio, más o menos cauteloso o encubierto, de nuevos planes bélicos, y la integración de toda la economía alemana en un sistema europeo y mundial.

Las medidas contra Alemania debían limitarse a la completa eliminación de la camarilla de Hitler y de quienes le ayudaron a subir al poder, a la destrucción del espíritu nacionalista prusiano y de cualquier otra actividad capaz de favorecer la renovación de sus agresiones. En cuanto a los alemanes inocentes, los elementos integrantes de la mesa redonda pensaban que debería omitirse cualquier represalia contra ellos, respetándose su seguridad y su libertad, y hacer todos los esfuerzos posibles para atraerlos a la comunidad de las naciones civilizadas.

Algunas opiniones singulares, expresadas en el curso de la discusión, revistieron especial interés. Así, la de un pedagogo norteamericano, Shuster, del Hunter College, a propósito de la educación de la juventud nazi, a la que consideraba moralmente pervertida y hostil a todo código social y ético, del que era obligado que se sirviera cualquier sociedad democrática para poder gobernar. A ella debemos agregar la del escritor católico alemán Thormann, que pidió una política jacobina para la nueva Alemania democrática; la del pedagogo, también católico y alemán, Foerster, autor de un libro importantísimo sobre *Europa y la cuestión alemana*, que se mostró partidario de un control internacional, no para crear un nuevo modo de esclavitud, sino para evitar la ascensión al poder de otro Hitler. Y en este mismo orden político, la de Gumbel, destacado jurista alemán, resumida en estas palabras, que asumen a posteriori un duro acento profético: "Creo que la situación alemana después de la guerra será tan poco clara y tan lejos de lo que se puede imaginar en la actualidad, que es sumamente peligroso hacer un análisis que se base en los conceptos de democracia y liberalismo. Habrá ochenta millones de personas hambrientas, ochenta millones de seres llenos de odio, de deseo de dormir, comer y matar a sus enemigos personales en particular y a los nazis en general. Es imposible decir ahora qué grupos, políticos pueden surgir de tal situación. Todo dependerá de la actitud de los vencedores respecto de los distintos sectores de Alemania. *Si hay otro Chamberlain, habrá otro Hitler*".

En el orden económico, un técnico, Reveille, opinó que el sistema de la Alemania vencida dependería del general que se heredara de la guerra, si bien sería de desear la

implantación universal de una economía unificada, que suprimiera estos graves impedimentos: a) las restricciones nacionales y extranjeras para la producción, a causa de los intereses particulares monopolizadores, y b) los límites nacionales de tipo fiscal y aduanero. Debería implantarse una representación o colaboración proporcional de los diversos países de Europa en una economía común, que redujera al mínimo los incentivos y las tentaciones a comprometerse en políticas calculadas con el proyecto de producir una nueva agresión. Otro técnico económico, Inmanuel, antiguo colaborador de Schacht, el júpiter económico y financiera del Tercer Reich, declaró rotundamente que el sistema de autarquía, entronizado por el régimen nazi, había sido una de las razones principales de la guerra.

En cuanto al tratamiento político de la Alemania vencida, Dollivet se mostró partidario de la aplicación del principio contenido en la enmienda XIV de la Constitución norteamericana, puesto en vigor una vez terminada la guerra de secesión, que incapacitó para ocupar cargos públicos a cuantos los habían desempeñado durante la insurrección o tomado parte en ella.

El general austríaco Deutsch hizo notar que si Alemania era derrotada, no sería Inglaterra la única vencedora. Rusia quedaría también victoriosa y esto haría que la situación cambiara mucho. La hostilidad de las masas alemanas hacia la guerra con Rusia era un factor importante y lo que pudiera suceder después de acabada la guerra dependería mucho de una verdadera victoria rusa. A la distancia de unos años tan cargados de historia, los que separan la guerra de la paz no lograda, impresiona profundamente la lucidez de los conceptos expuestos en la mesa redonda de Free World.

4. *El vansittartismo*

LORD Vansittart ha reunido en un atrayente libro, *Leciones de mi vida*, sus experiencias diplomáticas y especialmente las logradas en las dos guerras, con singular referencia a Alemania. Lord Vansittart es un germanófono. Para él hay un gran abismo entre la mentalidad occidental y la alemana. Recuerda palabras de Thomas Mann, en

cuya opinión la cultura alemana no excluye un "salvajismo sanguinario". El pueblo alemán ha apoyado a sus dirigentes en la última guerra. El propio Mann, cuyas ideas, expresadas a veces a través de la ficción novelesca —recuérdese *La montaña mágica*—, no han dejado de favorecer una superioridad nacional, que halló un cauce fácil en el nazismo, reconoce que Alemania "ha aceptado la causa de esos hombres, que en cierto tiempo no fué más que la causa de un partido y durante los últimos seis años y medio ha dedicado toda su capacidad, energía, paciencia, disciplina y fe a este brutal y primitivo despotismo".

Lord Vansittart es partidario de que se enjuicie a la nación alemana. No sólo es justo, sino *imperativo* —tal es su tesis— "*aislar* el pasado alemán como un microbio y examinarlo a través del microscopio, esto es, acusar a la nación". Para él no hay ninguna esperanza de que después de la guerra haya en Alemania un buen gobierno, ya que un mal gobierno la precipitó en ella.

El lord irritable e inteligente proclama airado que no pasó toda su vida recogiendo datos y documentos sobre Alemania sólo por darse el gusto de obtener un triunfo dialéctico y de poder enjuiciar a una nación por sus propios actos, sino porque tales pruebas no sólo demuestran la reincidencia de Alemania en una conducta abominable contra sus vecinos, sino que ponen de relieve que no era posible esperar de ella otro comportamiento. Siempre la causa ha sido la misma: "somos moral e intelectualmente superiores a los demás y no tenemos igual".

El nacional-socialismo ha sido, en opinión de Lord Vansittart, un movimiento popular. "El alemán tiene más de movimiento que de ser vivo. Tiene que estar siempre *alcanzando* o *sobrepasando* a algo o a alguien. Es esto lo que lo ha inducido a *sobrepasarse* a sí mismo, en el mal sentido de la palabra".

"En el Tratado de Versalles —insiste Vansittart— se hablaba de la *agresión de Alemania*; no de la agresión del Kaiser o de los junkers. ¡Qué fácil hubiera sido la tarea, de ser ellos los únicos reponsables!". Se opuso a la pretensión alemana de que se suprimiera en él la cláusula relativa a la culpabilidad de la guerra, "porque sabía que dicha abrogación les daría *carte blanche* para la próxima guerra,

que ya estaban planeando". Los acentos de Vansittart se tornan trágicos. "Alemania tiene ya más de setenta años y ha pasado a ser un criminal empedernido por su vesánico deseo de guerra".

5. El bainvillismo

UNA posición próxima a la expuesta es la de Bainville. No quiere el castigo de Alemania, sino la división de Alemania, su conversión en los antiguos principados, para evitar que constituya una nación unida y agresiva.

Es interesante seguir el pensamiento de Bainville en los artículos que publicó en *L'Action Française* desde los años anteriores a la guerra de 1914 hasta la ocupación hitleriana del Ruhr poco antes de su muerte, ocurrida en 1936. Sorprende la unidad de pensamiento y la confirmación que los hechos van brindando a este pensamiento. Todos esos artículos se han reunido en un volumen titulado *L'Allemagne*, publicado durante la segunda guerra mundial.

Bainville se remonta a los galos romanos, que compartieron con Roma quinientos años de historia, mientras las tribus germanas sólo experimentaron la influencia de Roma en sus fronteras extremas. La vida germana primitiva la ha descrito Dilthey en esta forma: "mil años de vida en el bosque y en la llanura habían aguzado el ojo del germano que no vivía en ciudades, haciéndole capaz de percibir los cambios que el transcurso del año producía en su alrededor; su alma participaba profundamente en el despertar de la primavera y en la llegada del invierno". "Un rasgo peculiar —continúa Dilthey— impele al pueblo germano a actuar con la plenitud de su ser y arraigar su vida sin descanso. Su conducta no está determinada ni limitada por la fijación de objetos racionales. Tiene una superabundancia de energía que sobrepasa cualquier objetivo. Hay en sus actos algo de irracional, la locura de la pasión desenfrenada. Los germanos, al revés que los griegos, no expresan una concepción optimista del mundo, ni unos propósitos conscientemente definidos como los romanos, sino la fuerza como tal, sin limitación".

Bainville piensa que la tarea mayor del pueblo francés le ha sido impuesta por la vecindad de la raza germánica.

Han necesitado privarla de sus medios de dañar con su sociabilidad y su poder político.

Cuando Prusia crea un Estado poderoso, pesa sobre Europa. Madame de Staël, en su libro *De l'Allemagne*, al referirse a Berlín, había notado con su fino y penetrante ingenio que la capital de Prusia se parecía a Prusia misma y que en ella, como en Prusia, los edificios y las instituciones tenían la edad de un hombre y nada más, porque sólo un hombre, Federico el Grande, era su autor. El Estado prusiano, nuevamente constituido, no se fundaba sobre el tiempo ni sobre el pueblo.

Lloyd George, recuerda Bainville, era optimista cuando suponía, al término de la guerra de 1914, que la salvación de Alemania se había alcanzado al fin, al desembarazarla del militarismo, de los junkers, de los Hohenzollern. Pensaron él y sus colegas en la elaboración del Tratado de Versalles, que la habían privado de los medios de dañar. Pero Bainville sostenía por su parte que se le otorgaba o concedía el más importante de estos medios, que le serviría además para encontrar los otros, al dejarle el Estado central, el Estado prusiano con el que toda Alemania estaba confundida. La unidad salía más fuerte de la derrota.

Nos ha interesado destacar, a propósito del problema alemán en la postguerra, dos opiniones opuestas a la unidad del país y a su construcción futura como una democracia poderosa, en contraste con los lúcidos pensamientos con que durante la guerra ilustraron el futuro de Alemania los hombres reunidos en la mesa redonda de Free World, conocedores de su vida y de su política.

No hay que remontarse a la doctrina política de Lutero de la doble faz (*Zwiefesicht*) o de las dos morales, una para el Estado y otra para el hombre, que permite considerar como un ser honesto y puro al que ha cometido crímenes en el servicio del Estado. Tampoco al pensamiento político de Federico el Grande, que consideraba liberada a su Alemania del cumplimiento de todas las leyes morales y políticas. Basta a nuestro propósito recordar que ya Nietzsche hablaba del alma múltiple de Alemania y Keyserling la consideraba como el país de las personalidades excepcionales. La guerra, no hay que olvidarlo, se ha hecho contra el nacional-socialismo, pero ¿estaba éste tan íntimamente

compenetrado con Alemania que nos creamos autorizados a pensar que se ha combatido contra un pueblo y no contra un partido? Un comentarista francés, Lebegne, ha sostenido que el pueblo alemán es amorfo y soporta fácilmente a cualquier vencedor; en este caso, a los nazis que lo sojuzgaron. Spengler estimó que la revolución nacional de 1933 fué para la nación germánica una palingenesia. La paz con Alemania o la guerra a causa de Alemania encuentran su raíz no sólo en la acción diplomática, sino en el hecho de que sea o no capaz de una conversión a la democracia o de que yazgan siempre en su intimidad todas las facilidades para cualquier catástrofe bélica. La última hipótesis pesa en el ánimo de los aliados desavenidos más o menos conscientemente.

6. *El nacional socialismo y la democracia*

DURANTE la guerra, Butler, en un libro muy interesante, *Las raíces ideológicas del nacional-socialismo*, precedido con anterioridad al conflicto de otro de superiores calidades de Vermeil, *Doctrinaires de la révolution allemande*, nos demostraron que el dramático episodio de Hitler no era la obra de un partido, sino el punto de llegada de una larga elaboración teórica, de orden nacional, y en la que habían colaborado con más o menos conciencia y responsabilidad, hombres de diverso pensamiento, coincidentes todos en un sentido de patriotismo apasionado y agresivo. Estos hombres eran para Vermeil, Rathenau, Keyserling, Thomas Mann, Spengler, Moeller van den Bruck y el grupo del "Tat", aparte de los nazis ortodoxos. Butler se remonta más lejos y examina las influencias nacionalistas, de superioridad racial y de afán bélico, a partir de algunos románticos, pasando por la reacción de 1815-1848, por la unificación de 1848-1871, para llegar al Imperio y destacar en la República de Weimar algunos de los nombres seleccionados por Vermeil, con la adición del de Stresemann. Stresemann, simulador de aparente alma europea, que confiesa en sus memorias las artes de fraude con que explotó la generosidad o la duplicidad de los hombres de Ginebra.

Para nuestra posición política tienen evidente autoridad las opiniones de Franz Neumann, jurista demócrata,

autor de la mejor crítica del nacional-socialismo, que en su libro *Behemot* se cree obligado a considerar la derrota de Alemania como acción psicológica.

Neumann sostiene, en relación concreta con la victoria de los aliados, que los alemanes sabían que detrás de la democracia política se escondía la injusticia económica y que una reorganización de Europa no puede basarse en la existencia de Estados hostiles en contienda. Para él, Alemania no puede ser dividida y esclavizada. Verdad es que parte de la idea de que no existe ningún rasgo alemán al que pueda atribuirse la agresión y el imperialismo, sino que una y otro son inherentes a la estructura monopolista de la economía alemana, al sistema del partido único, al ejército y a la burocracia. Faltan los junkers, aunque pueden considerarse infiltrados y preponderantes en las dos últimas instituciones citadas. Por otra parte, Neumann hace notar que el alemán no se satisfará jamás con un *status* que lo vuelva a poner a merced de las condiciones anárquicas de una gran depresión.

La derrota del nacional-socialismo sólo se logrará en el orden político con una teoría que pruebe ser tan eficaz como él, pero que no sacrifique las libertades humanas. No hay que olvidar que la fe en el nacional-socialismo ha tenido como bases la desesperación y el temor. Ha de darse la sensación a las masas oprimidas por él, de que el sistema que se implante utiliza los fracasos cosechados por Hitler y sus hombres. Pero hay desgraciadamente un principio general de acción política: que es mucho más difícil desarrollar las potencialidades de una nación sobre bases democráticas que autoritarias. Completando este hecho, la propaganda nazi se orientó preferentemente en Alemania contra Inglaterra y los Estados Unidos, con el propósito de convencer al pueblo de que no eran verdaderos regímenes democráticos, sino que ocultaban tras una fachada de esta clase el poder del capitalismo, el hambre y sus sufrimientos, la desigualdad y la explotación.

7. *La pequeña potencia*

MEINECKE es partidario de la degradación de Alemania en su rango de gran potencia. El afamado historiador no oculta, en su libro *La catástrofe alemana (comentarios y*

recuerdos), sus simpatías por el Centro alemán y hasta llega a referir que Groener le dió a conocer su plan, favorable al compromiso de Versalles, aprobado ya por Inglaterra e Italia y pronto a ser sometido a Francia, cuando cayó en 30 de mayo de 1932 el gobierno de Brüning. El plan consistía en dejar como estaba a la Reichswehr y formar divisiones de defensa fronteriza. Meinecke afirma la posibilidad histórica de que el gobierno de Brüning y Groener hubiera restado fuerza al movimiento de Hitler a base de valiosas conquistas de importancia nacional. Schleicher estorbó la obra y dió paso a Hitler, acabando por perecer físicamente a manos del nacional-socialismo.

La posición del Centro alemán, que Meinecke alega como una manifestación de la voluntad de paz, de los elementos reaccionarios de la república de Weimar, más próximos al nazismo, la desmienten unas manifestaciones de Wirth, católico centrista y canciller del Reich, hechas en 1937, en un periódico inglés. Se refieren al rearme de Alemania, que según el ex-canciller, Hitler se limitó a continuar. El rearme había sido preparado por la República de Weimar. "Me corresponde personalmente —escribe Wirth— buena parte del mérito de esa preparación. . . La gran dificultad consistía en que nuestros esfuerzos militares habian de permanecer secretos para los aliados. Por consiguiente, siempre tuve que manifestarme *cortés y pacífico*. . . Cuando Hitler llegó al poder ya no necesitaba preocuparse por la calidad del ejército alemán y sólo únicamente por la cantidad. *La verdadera reorganización la llevamos a cabo nosotros*".

Meinecke combate duramente al hitlerismo, aunque teme que pueda resucitar, convirtiéndose en una forma de vida, que predomine en Occidente, gracias a la superioridad demagógica de su método de captación de masas. Si bien reconoce que la naturaleza resiste al abismo, piensa que el espíritu del mundo suele escalar nuevas fases superiores a base de algún purgatorio. Por eso acepta la catarsis de Alemania.

No puede comprender qué fuerzas históricas llevaron al poder a Hitler. Su nombramiento por Hindenburg no obedeció a ninguna necesidad apremiante de carácter general. La República disponía de medios suficientes para ope-

nerse al nazismo. De haberlos dejado actuar Hindenburg, el movimiento nacional-socialista se hubiera reducido a un episodio como el de Muntzer y los anabaptistas. Aunque nuestro propósito es exponer opiniones sobre el problema alemán, como ilustración de la conducta diplomática de los aliados, no podemos menos de oponer al asombro histórico de Meinecke algunos hechos muy concretos, a saber, que Hitler fué llamado por Hindenburg a propuesta de Von Papen, proclamado inocente en la sentencia de Nuremberg; que Hindenburg andaba muy preocupado por encontrar un gobierno que valorizara las propiedades rústicas de los junkers y buscaba con anhelo hombres fáciles, de escasos escrúpulos, por alto que fuera el precio político de sus complacencias; que la Reichwehr sentía repugnancia de disparar contra los jóvenes simpáticos y ardientes que formaban las escuadras del nazismo, y que los anabaptistas hicieron un movimiento de mejora agraria sin conexión alguna con las masas al servicio del capitalismo monopolista y bélico, que galvanizaban los gritos paranoicos del Führer.

Lo de Hitler no era una idea, sino un negocio, afirma Meinecke; "una empresa de especulación de un grupo de bandoleros audaces". Muchas ayudas tuvo, entre otras la coyuntura económica y el horror a una nueva guerra de las potencias occidentales. Los éxitos iniciales de la empresa se frustraron por la sobrestimación de sus posibilidades y la subestimación de los adversarios y de su potencial. Son las fases típicas de una aventura osada de fraude o de juego. El nazismo ganó antes de la guerra y durante la guerra; pero al perder el juego pretendieron los jugadores que perdiera también el pueblo alemán y los siguiera al abismo. La idea hubiera quedado servida viviendo y muriendo por este pueblo. "Arrastrarlo sin escrúpulos al sacrificio fué el modo de obrar propio del quebrado fraudulento". Tal es el diagnóstico histórico y moral de Meinecke, no muy afortunado si se le contrasta con los hechos.

El hitlerismo tenía sus conexiones, que Meinecke precisa en esta forma: "con la locura de poder de vastos sectores de la burguesía, desde la época de Bismarck, burguesía que estaba materializada y desespiritualizada, con las estrecheces y rigores económicos, que aun subsistían, y con la

pués. Todo ello se combinaba con la geopolítica en una especie de concubinato en el que actuaban como celestinas técnicos eminentes. Con todos estos medios se invadió el mundo y se incubó el nazismo. La industria pudo, además, servir a todas las maniobras del espionaje con ilimitados medios económicos y dentro del marco de cada ley nacional. El cártel fué un instrumento bélico más poderoso que el rearme.

Pero hay otro aspecto económico alemán muy interesante, que puede contemplarse a través de un hecho y de un hombre.

El hecho es que a pesar de la transcrita observación de Meinecke de que los nazis debieron vivir y morir con Alemania, aquellos que tuvieron un mayor relieve en la acción política se han suicidado o han muerto a manos de una justicia internacional. Con ellos han perecido muchos militares. En cambio, a los financieros no les ha ocurrido nada. Por el contrario, la justicia les ha otorgado, con reiteradas sentencias absolutorias, un verdadero *blanqueamiento*. Y esto ha ocurrido no sólo en la paz, sino cuando se habla de preparativos de otra guerra y pueden ser útiles y necesarios sus servicios. ¡Quién sabe si hoy se reproduciría, en cuanto a los nazis militares y políticos, la sentencia de Nuremberg! Fué en ella donde se hizo la primera proclamación de la inocencia de Schacht, que acaba de ser absuelto por un tribunal de desnazificación. El zorro financiero se ha proclamado nazi una vez que esa sentencia era firme.

No hay que olvidar que se trata del financiero representativo alemán y pudiéramos decir que universal. Sirvió a la República de Weimar y a Hitler indiferentemente y representa la continuidad del rearme y del fraude.

Schacht fué el hombre de la conversión de un marco desvalorizado en el reichsmark a la paridad con el dólar; de las reparaciones, en las que hizo la deducción de los perjuicios sufridos por Alemania, que era la nación agresora; de los planes Dawes y Yung, que concedieron créditos y préstamos a una Alemania deudora, con los que enjugó la deuda interior, recibiendo una cifra superior a la entregada por reparaciones; del marco *asti* para los extranjeros, con un valor de adquisición menor que el de compra; de la guerra

comercial en plena paz de Versalles; del rearme con violación de las cláusulas de ese tratado.

Cae la República de Weimar, después de sufrir toda suerte de desnaturalizaciones, y a la llegada de Hitler al poder, Schacht se vuelve nazi. Financia el rearme ya emprendido, fortalece la autarquía económica y puede afirmar en vísperas de la guerra que a su acción financiera, primero como director del Reichbank y más tarde como ministro de Economía y de Hacienda de Hitler, se deben los éxitos alcanzados por éste en el orden internacional.

Schacht traza los planes de la futura economía de guerra del Reich, la que encuentra, durante la ocupación de diversos países, sus realizaciones depredatorias. Esta economía puede resumirse en el saqueo de Europa. Tiene diversas manifestaciones: los gastos de ocupación; las compras, fijando el invasor con carácter obligatorio los precios de venta; la moneda de ocupación, determinando un tipo de cambio arbitrario con relación al marco alemán; los billetes para el ejército nazi, sin cobertura y con una validez circunscrita al país donde se imprimen y circulan; la inflación monetaria a largo plazo; las perturbaciones en la agricultura (talas, cultivos intensivos, destrucción del ganado).

Cuando Schacht ve venir la tormenta procura hacerse sospechoso. Hitler lo destituye de su último cargo de ministro sin cartera y la Gestapo lo detiene en 1944 por suponer que ha tomado parte en el complot de la bomba, sin duda para servir a los militares que aspiraban a destruir y a reemplazar a Hitler. Es enviado a un campo de concentración hasta el fin de la guerra. Encartado en el proceso de Nuremberg, lo absuelve la justicia de los aliados, porque aunque había favorecido el Anschluss y la política de los sudetes, tales actos no constituían una guerra de agresión, y además porque sería preciso probar que realizó el rearme, "porque éste formaba parte de los planes hechos por los nazis en vista de una guerra de agresión".

Maillaud ha dicho que Atila no tuvo un Schacht. A su política financiera se debe que los países victoriosos en la guerra estén económicamente derrotados. De nuevo se encuentra a disposición de los forjadores de catástrofes. Ha ofrecido sus servicios, a quien sea, después de declarar

que el nazismo es una buena política, a condición de que se desprenda de las preocupaciones raciales. Schacht tiene setenta años. La única esperanza que los partidarios de la paz pueden abrigar en relación con este siniestro y fértil personaje es una esperanza biológica.

9. La acción diplomática

EN la euforia del triunfo, se reunieron en Cecilienhof, cerca de Potsdam, Stalin, Attlee y Truman, en julio de 1945. Había muerto Roosevelt llevándose consigo el secreto de cómo se gana una paz. Hubo que interrumpir la reunión por las elecciones inglesas. Se reanudaron con la colaboración del laborismo triunfante. Allí se acordaron unos principios políticos para la Alemania derrotada y ocupada: su división en zonas; el funcionamiento de un Consejo Aliado de Control que, de acuerdo con el viejo dogma de la división de poderes, asumiría el legislativo y el ejecutivo, encargando del judicial a unos tribunales especiales, y el desarme, desmilitarización y desindustrialización de Alemania. Se trazaron asimismo las líneas de una acción política e incluso pedagógica. Se acordó *convencer* al pueblo alemán de que había sufrido una completa derrota militar y de que no podía eludir la responsabilidad de la misma; destruir el partido nazi; preparar la reconstrucción futura sobre bases democráticas, todo ello con el supuesto de una Alemania unificada, sin militarismo y sin nazismo, con una economía agrícola y en la que funcionarían libremente los partidos democráticos. Se consideró a Francia, no presente, como signataria del acuerdo y se estableció un Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores de los países aliados, que se reuniría periódicamente.

Francia, en comunicación de 7 de agosto de 1945, aprobó en principio estos acuerdos, formulando ciertas reservas en cuanto a la reconstrucción de los partidos políticos democráticos, porque consideraba una cuestión previa el valor de las experiencias que pudieran recoger sobre este extremo las cuatro potencias de ocupación. Se opuso a la futura creación de un gobierno central; se declaró partidaria del desarme total, de la ejecución del programa de reparaciones, de la extirpación del nazismo y de procurar

el fomento de un espíritu y de unas instituciones democráticas. Aparte definió su política en relación con el Sarre y con el Ruhr.

En la conferencia de Moscú de 1947, se examinaron en relación con Alemania los siguientes problemas:

- 1) Estado federal limitado o gobierno central poderoso.
- 2) Unidad económica: centralización de la hacienda, de los transportes, de la agricultura, de la industria, de las comunicaciones, del comercio exterior.
- 3) Reparaciones.
- 4) Asuntos territoriales.
- 5) Seguridad, mediante un tratado de los aliados por veinticinco años, para impedir una nueva agresión alemana.

La tesis de Francia fué que había de implantar una constitución democrática con un régimen de división de poderes entre los Estados y un poder central, con funciones expresamente delimitadas, un jefe de Estado y un Parlamento constituido por una cámara de los distintos Estados. La democracia se implantaría con arreglo a las siguientes etapas:

- 1a. restablecimiento de las instituciones democráticas en los distintos Estados y reorganización territorial de cada uno;
- 2a. establecimiento de administraciones centrales para las tareas más urgentes;
- 3a. consejo consultivo alemán, una vez fijadas las fronteras de la nación, compuesto por tres representantes del gobierno de cada Estado, para asesorar al Consejo Aliado de Vigilancia y elaborar los principios de una constitución provisional;
- 4a. la constitución provisional sería aprobada por el Consejo Aliado de Vigilancia y después se constituirían las instituciones parlamentarias y el gobierno provisional;
- 5a. después de un periodo de aplicación, la constitución provisional, con las rectificaciones y enmiendas que sugiriese la experiencia adquirida, sería ratificada por el pueblo alemán.

La posición soviética es unitaria, partidaria de la unidad política y económica del futuro Estado germano, sobre bases democráticas y pacíficas. Cree que el desmembra-

miento del país dificultaría su reorganización, disgregaría las fuerzas democráticas y coadyuvaría a la supervivencia del nazismo en ciertos Estados de tradición reaccionaria. Desde el punto de vista alemán esta división constituiría un arma de propaganda ideológica para los partidarios de la revancha. Los Estados minúsculos serían más aptos para que se ejerciera sobre ellos la acción del vasallaje extranjero.

Todo el resto de la historia de las negociaciones que debieran conducir al tratado de paz con Alemania gira, con mayor o menor aproximación, alrededor de estas tesis.

10. *Final*

LA incertidumbre alemana, ya señalada por Sieburg — aquel espía nazi, que presumía en París de intelectual francófilo—, ha logrado evidentes contagios. Alemania, en su incertidumbre, sabe, según un felicísimo diagnóstico del mismo Sieburg, “que es arena movediza, pero que en cada grano de ella palpita el anhelo de mezclarse con el resto, para formar una piedra sólida y duradera”.

Nunca es desdeñable Alemania y mucho menos para los malos ejemplos. Un diplomático inglés, Nicholson, en un pequeño libro que lleva el título de su especialidad, ha dicho con notoria exageración que en cada alemán hay un atacado de manía suicida. Su pensamiento pudiera atenuarse a condición de conservar la idea de que ningún alemán conoce límites en el sacrificio propio, ni en el ajeno, cuando llega la oportunidad de la retorsión.

Para Sieburg, Alemania es un destino, no una forma de vida. Bajo el imperativo catastrófico de su destino actual, contemplará las torpes maniobras internacionales para consolidar la paz. El rencor de la derrota se complace con fruición en el fracaso de los vencedores. Es un hecho psicológico, independiente de la moral.

Se ha olvidado, por lo demás, un gran concepto de Maritain: “la guerra no tiene por sí misma virtud transformadora; hace actuar los mecanismos y las fuerzas de superficie que mantenían un orden en vías de desintegración”. La victoria de las armas no crea el orden nuevo. Construirlo es la más difícil y más frágil de las tareas de la

paz. Cuando ese orden no se crea, resurgen las fuerzas históricas reprimidas, como si la guerra hubiese sido una larga pausa de matanza y de ruina. En eso estamos. El propio Maritain ha hecho durante la guerra una profecía que ya es realidad: que al día siguiente del corte de las armas resurgirían los viejos peligros de la preguerra, el egoísmo de clase, las maniobras y quimeras de ciertos grupos poseedores, los reflejos de un ciego miedo colectivo.

Hitler dijo a Rauschnig: "Venceremos, pero si nos derrotan nos llevaremos con nosotros un mundo". Hay que reconocer que ese mundo se lo han llevado. Recordamos unos versos de Rubén Darío, a propósito de la otra guerra mundial:

*... el viento que arrecia,
el viento que arrecia del lado del férreo Berlín.*

¡Que este viento no se convierta en un huracán desolador que aniquile al mundo!

EN EL PRINCIPIO ERA EL MITO

Por *Fernando BENÍTEZ*

EL mundo de nuestros días es una gran casa conocida minuciosamente en sus últimos rincones. No guarda un escondrijo, un cuarto, un desván que no haya sido explorado. Sabemos cómo viven los grandes lamas en el Tibet, cuántos leones y cuántas jirafas podemos encontrar en el corazón de Africa —previo el pago de unas libras esterlinas a la Corona Inglesa— y el cinematógrafo nos ha familiarizado desde los días de Amundsen con los desiertos helados del Polo Norte. En cambio, los moradores del mundo antiguo ocupaban una sola habitación y desconocían el resto de la casa. ¿Qué ocultará esa puerta cerrada? ¿Qué misterio encerrará el desván nunca visitado? Alguna vez un huésped audaz emprendía un viaje escaleras arriba, jugando la vida —porque se trata, claro está, de una casa encantada— y volvía refiriendo historias fantásticas.

En este sentido, el mundo antiguo se distinguía por un ambiente poético que no tiene el nuestro. La tierra conocida se contraía a unas pocas naciones bien delimitadas. Para los griegos, los bosques germanos eran ya la barbarie y para los romanos, el cercano oriente, fué un manantial de turbadores secretos. Trasponiendo las fronteras de aquel pequeño universo, se iniciaba el reinado del misterio, un misterio profundo, incitante, generador de mitos, animado con seres extraños que tenían un ojo en el pecho y llevaban la cabeza bajo el brazo. Dragones y serpientes, poblaban los mares tenebrosos. Gigantes y unicornios defendían palacios de oro y de esmeraldas, el canto de las sirenas embrujaba a los navegantes y los pájaros de roc anidaban en valles inaccesibles tapizados de enormes diamantes.

Donde hay un misterio siempre hay un poeta y donde hay una tierra virgen no puede faltar el aventurero que ofrece su vida a cambio de descubrirla. Lo que el hombre

debe a la imaginación de sus cuentistas no resulta fácil decirlo. El mundo, sin ellos, no sería tan hermoso. Son los intérpretes de los deseos confusos, los profetas, los que ahuyentan el tedio y crean el clima propicio de las grandes aventuras, los que siembran presagios que más tarde o más temprano se cumplen, los videntes y los soñadores que con sólo la palabra hacen que el hombre, olvidado de su miedo y de su pereza, se lance tras el mito creado por su fresca y poderosa fantasía.

Es así que en el principio de todas las cosas está el verbo, la palabra del cuentista, el relato que se inicia diciendo: "Había una vez. . ." Había una vez, viejecitos que no podéis andar, una fuente de aguas milagrosas que volvía jóvenes a los ancianos. . . Había una vez, muchachos de valiente corazón que os consumís en la miseria de vuestros tristes pueblos, un gran señor poseedor de un palacio de malaquita y de montañas de oro y de piedras preciosas. . . Había una vez, ardientes varones que corréis inútilmente tras el amor sin encontrarlo nunca, en una tierra de florestas y de castillos edificados sobre nubes, unas hermosas mujeres que andaban desnudas a caballo disparando flechas certeras. . . Había una vez un sabio loco que tomando un corpúsculo invisible logró por artes mágicas dividirlo, desencadenando fuerzas tan espantosas que se hizo el dueño del mundo. . .

El relator de cuentos, el inventor de *alegoriae stories* es un ser proteico. Puede tomar la figura de una anciana sentada al amor del fuego en una humosa cocina; la de un mendigo que apoyado en su bastón, a cambio de un pedazo de pan, relata a los compradores del mercado, leyendas de guerreros invencibles y romances deshechos por la mano de la muerte; la de un vagabundo que refiere su viaje por las tierras fabulosas del Gran Kan y ante la incredulidad de sus oyentes rasga sus harapos de los que escapan oro y diamantes, o la de un hombre de cabellos de encrespada plata que coronan su cabeza con una aureola de santo, vestido con un "sweater" raído y unos pantalones arrugados a quien se le ocurrió afirmar que toda la materia es energía y la energía puede transformarse en materia.

Al parecer, la magia del cuentista termina cuando la última palabra del relato muere en sus labios. El grupo

de curiosos se disuelve y el encantador de almas, tomando sus alforjas emprende un nuevo viaje. Nada más lejos de la verdad. La historia no se perdió en el aire, sino que principia entonces una nueva existencia fructificando en los espíritus que ha fecundado. El joven apoya su cabeza en el marco de la ventana contemplando el mar, camino de tantos mundos incógnitos. Bajo los aleros de las casas, las buhardillas se llenan de sueños y un día ese joven, en compañía de otros locos, se pone en marcha hacia el misterio. En el norte y en el sur, en el este y en el oeste, a la tierna luz del alba —las grandes aventuras se inician temprano—, silenciosas barcas se hacen a la mar, pequeños grupos de vagabundos se pierden entre el polvo de los caminos.

La imaginación, como un genio infatigable, acelera el discurrir del tiempo. Entonces, el comerciante no era ese sedentario personaje que pesaba el oro con sus balanzas falsas sin salir de su casa, sino un alegre marino, un aventurero audaz que cruzaba desiertos y mares en busca de raras mercancías. Cada paño de seda, cada perla y cada grano de pimienta traía consigo una historia, una huella de su lejano país de origen. Los puertos han sido siempre los grandes mentideros del mundo, las antesalas colmadas de rumores y secretesos, los dinteles donde se filtra el misterio y el perfume de lo desconocido. También el comerciante tenía su cuento y lo tenía el marino y lo oía el juglar y el relator encargados de difundirlos con sus propios cuentos a través de todos los países originándose así una marea de cuentos, un acarreo de leyendas, un círculo poético que anegaba con sus ondas los campos y las ciudades.

En Grecia, un relator de alegorías, en dos de sus libros, el "Timeo" y el "Critias" habló de una isla llamada Atlántida, habitada por una sociedad ideal. Esta isla que el poeta fijó al occidente de su patria, esta utopía platónica, se ha tomado como el primer atisbo de América. No es la única referencia a unas tierras perdidas en el misterio del Atlántico. "El Senado de Cartago, según Aristóteles, había prohibido a sus navegantes, bajo pena de muerte, las expediciones a una lejana isla del Atlántico". "Diódoro de Sicilia, también refiere que los cartagineses, tenían proyectado, en caso de un desastre en Africa, trasladar su imperio a otra isla al occidente del Océano Tenebroso. Coleo de Samos,

arrojado fuera del estrecho por una tempestad, volvió con la maravillosa relación de los Tartesios”.

Pocas gentes conocen el “Timeo” y el “Critias”, pero todos han oído hablar de la Atlántida, por estar ligada, en forma confusa, al continente americano. Mientras el apólogo moral de esa clásica “Isla de los Pingüinos” caía en el olvido, los eruditos han llenado bibliotecas tratando de descifrar el misterioso origen de la Atlántida. “Cada día —escribe Jacobo Wassermann— parece más seguro que la leyenda egipcia de la Atlántida narrada por Platón, lejos de ser mera fábula, se basaba en el confuso recuerdo de un oscuro cataclismo”. Por su parte, el maestro en toda clase de achaques de mitología americana, Enrique de Gandía, afirma: “La Atlántida no debe interpretarse como un mito, sino como la sombra de una verdad olvidada”.

El enigma creado por Platón, ha sido interpretado de mil diversas maneras. Para unos es el testimonio de un cataclismo en que desapareció un continente, para otros es el recuerdo de las historias referidas por viajeros egipcios sobre tierras fantásticas, para otros en fin, no es más que la idealizada visión del Asia presentida hacia el Occidente.

En la Edad Media, lo que pudo muy bien ser una lección de moral se tomó como una lección de geografía. La legendaria Atlántida, la Antilia, fué objeto de apasionadas persecuciones y se la representó en diversos mapas, bajo distintas formas, por más de siglo y medio. “Comenzó a figurar en el mapa de Pizigani, de 1367. Luego aparece en el Portulano de 1424, en el del genovés Becario, de 1435; en el de Andrea Bianco, de 1436; en el de Fra Mauro, de 1460, y en el del mallorquín (según Hamy) Gracioso Bonicasa o Benacaza, hecho en Ancona en 1463. Siempre en diferentes posiciones perdura, en el de Toscanelli, de 1484, y en el de Behaim, de 1492. Después del descubrimiento de América lo vemos en el mapamundi de Raysch, de 1508, y en el globo de Schöner, de 1523”.¹

Platón había hecho la primera señal del Nuevo Mundo. Prendió una hoguera, anunciando su presencia y todavía un milenio más tarde, seguía encendida en las profundidades del mar tenebroso atrayendo las miradas de los hombres.

¹ ENRIQUE DE GANDÍA. Historia crítica de los mitos de la Conquista Americana.

El descubrimiento de América descifró la señal. Platón era un profeta. Sin embargo, Colón, el propio descubridor, no le concedía al filósofo griego ningún crédito. Para él, el ángel de la anunciación americana fué Isaías. "Ya dije — escribió en su diario — que para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundos: llanamente se cumplió lo que dijo Isaías".

Platón o Isaías, lo mismo daba. Los dos presintieron la existencia de tierras al occidente de Europa y los dos visionarios tuvieron al fin razón. América se descubrió en el rumbo indicado por ellos.

¿No se cumplió también la profecía de Séneca? ¿Esa profecía clara y rotunda que ningún historiador respetable deja de citar nunca?

Son de la "Medea" estos versos:

*Venient annis
Saccula seris, quibus Oceanus,
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, tibiisque novos
Detegat orbés.
Nec sit terris ultima Thule.*

"Vendrán siglos de aquí a muchos años, en que el Océano aflojará las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra y Tifis (la navegación) descubrirá nuevos mundos y no será Tile la última tierra".² Tile o Tule, como quieren otros, había dejado de ser el confín del mundo. La profecía era más perfecta que la de Platón porque el poeta cordobés no se cuidó de indicar el lugar por el que la tierra se ensancharía.

EL SUEÑO INSULAR DE LA EDAD MEDIA

Los continentes siempre han sido vistos con un poco de temor. Son demasiado grandes, exageradamente complejos. Un continente es casi un mundo dentro de nuestro mundo, una rareza, una invención increíble. En toda la historia, sólo se registra el nombre de Cristóbal Colón como descubridor de un continente y aun ese descubrimiento fué hijo del azar y de la equivocación.

² Traducción de Gandía. Op. citada.

En cambio, una isla es una realidad claramente delimitada, una invitación al aislamiento y una manera de escaparse del mundo conocido. Una isla es también un pequeño universo original, un castillo rodeado de su foso, un lugar sui géneris, sin fronteras, sin vecinos molestos, autónomo y redondo, una feliz combinación de mar y tierra que puede ser tan pequeña como una clásica isla de naufrago del *Collier's*, tan grande como Australia, tan rica como Inglaterra y tan pobre como un islote del Mar de la China sólo habitado por gaviotas.

Desde Platón hasta Anatole France, las islas han sido elegidas como escenarios de sociedades ideales. Robinsón, el más grande de los naufragos, no hubiera existido sin una isla. Sancho Panza sólo pudo establecer su perfecto gobierno en la Insula Barataria y el más extraordinario gigante de los libros de caballería, el gigante Caraculiambro, era señor de la Insula Malindrania.

La gloria de Gauguin le viene de haber descubierto la plástica de las islas orientales y Covarrubias—nuestro "Chamaco Covarrubias"— se hizo famoso demostrando que la biografía de una isla puede ser más sugestiva que la biografía de un gran hombre. Por lo demás, ¿quién no ha soñado de niño con descubrir una isla? ¿Quién no ha exclamado alguna vez "¡Si yo fuera el propietario de una isla!"?

La Edad Media vivía soñando con islas. Le horrorizaba el vacío de los mares y se entregó al juego de poblarlas con cuentos que tomaban la forma insular. Los cartógrafos, valiéndose de los relatos de marinos y mercaderes, componen unos mapas mitológicos con sus ciudades, sus gigantes, sus enanos, sus monstruos y sus océanos habitados por serpientes descomunales y tentadoras sirenas. No hay sueño que no consigne bajo su fe el iluminado cartógrafo. La Antilia, según hemos visto, principió a figurar en 1367. Una isla extrañísima, la isla de la Mano de Satanás, figuró algún tiempo en los mares pintados desapareciendo tan misteriosamente como había aparecido. Otras islas, las del Brasil, la de las Mujeres y la de los Hombres, corrieron igual suerte. Entre 1380 y 1405, las plumas dibujan Estotilandia, en la que se ha visto la prefiguración o el recuerdo de Terranova que se dice avistaron los venecianos Nicolás y Antonio Zeno. A veces, las representaciones de los cartógrafos pro-

vocan eruditas polémicas que se prolongan siglos enteros como en el caso del Estrecho de Magallanes, conocido con el nombre de "Cola do Dragón" en Portugal, antes de 1428.

La profesión de descubridor de islas es entonces cosa corriente. Los reyes otorgan oficialmente la posesión de islas imaginarias. Muchos nobles gastan enormes fortunas en descubrir islas; los aventureros organizan expediciones frecuentes soñando en islas prodigiosas ocultas en el Atlántico y hasta se nombran gobernadores de islas que únicamente figuran en las cartas de marear.

Los cruzados forjan a su vez un personaje fantástico que por varios siglos dió mucho que hablar a los europeos. Era éste el fabuloso Preste Juan de las Indias, príncipe mogol, convertido al cristianismo, de cuya tiara cuajada de piedras preciosas algunos obispos ofrecieron testimonios detallados.

Dos productos típicos del medievo fueron las islas de San Balandrán y la de las Siete Ciudades que más tarde se buscaron en las cercanías de América. San Balandrán o San Brandán, era un ingenuo fraile que vivía entregado a la oración en un convento de Escocia. El también escuchaba los relatos de los marinos y paseaba a las orillas del Atlántico soñando con islas situadas al occidente del mar tenebroso. Pero el frailecito no pensaba en la Antilia, ni mucho menos en la isla de las Mujeres, sino en una isla donde debería encontrarse el Paraíso Terrenal. La morada de nuestros primeros padres con sus arboledas deleitosas y sus arroyos de leche y miel, guardada por un ángel, se le aparecía de día y de noche llamándolo desde el fondo del océano. San Balandrán, al fin, no pudiendo combatir el hechizo se hizo a la mar en una frágil barca acompañado de otro fraile que alcanzó la santidad, llevando la Santa Biblia como única derrota.

Después de muchos días de navegación nuestros frailes llegaron a una isla donde encontraron a un descomunal gigante dormido. Empleando eficaces exorcismos logró San Balandrán romper el maleficio ahuyentando a Morfeo. El desmesurado ser —el santo escocés no alcanzaba el tamaño de su dedo meñique— agradecido de que lo hubiera despertado de un sueño que ya se prolongaba cuatro siglos, convirtióse al cristianismo y aun se ofreció a mostrarle una isla

de oro de las cercanías. Aceptada la oferta, el buen fraile volvió a tomar su barca, esta vez remolcada por el gigante dormilón a quien llegaba el mar a la cintura. A poca distancia, San Baladrán quedó deslumbrado. Un islote de oro macizo emergía de las aguas brillando cegadoramente. Luego que la barca se deslizó en la orilla dorada y tersa produciendo un sonido metálico, San Baladrán, cayó de rodillas en el duro lingote y estaba elevando sus preces al Señor en acción de gracias cuando la isla creada por el diablo, principió a hundirse. Espantado San Baladrán dióse prisa a ganar su barca. Muy a tiempo. En un instante la isla maldita desapareció entre las olas, dejando, como una ballena que se sumerge, un leve remolino, coronado de espuma. De la misma manera la isla del gigante dormido, la isla de San Baladrán desapareció del mundo de la cartografía. Después de quinientos años de inútiles búsquedas, los navegantes terminaron por olvidarla.

La Isla de las Siete Ciudades se distingue de la de San Baladrán por su origen francamente pecaminoso. Nace del cuerpo desnudo de la Cava, la hija del Conde Don Julián que sorprendiera un día el rey Rodrigo en el baño, para desgracia suya y la de España. La imagen de la venus española, enloqueció al monarca quien se tomó por la fuerza lo que se le negaba de buen grado. La Cava, burlada, escribió a su padre el Conde Don Julián una carta célebre en la historia de la literatura en la que le hacía un relato detallado de su deshonra. Las consecuencias de esa carta son terribles. El Conde, hasta entonces fiel servidor del rey, vende su patria a los árabes, derrota al monarca que abusó de su hija y consume la pérdida de España. Don Rodrigo, sin corona, termina sus días en un sepulcro, acompañado por una serpiente que principió devorándolo

Por do más pecado había.

Estos lamentables sucesos fueron causa indirecta de que los mapas se adornaran con una nueva isla. En manos de los árabes la Península, siete obispos portugueses, que odiaban la religión del Profeta, decidieron buscar otras tierras a donde no llegara la influencia del Korán y en medio del mar tenebroso fundaron siete ciudades de prodigio, creándose la Isla de las Siete Ciudades, la mítica Cíbola,

especie de sirena que muchos oyeron cantar pero que ningunos ojos vieron nunca.

Los mapas, de los que había gran demanda, daban forma a estos cuentos, fomentando la pasión por los viajes. Una pluma habilidosa y una imaginación capaz de traducir en realidad geográfica las figuraciones de los navegantes, hacían un cartógrafo. Los había a millares en las ciudades y en los puertos. Eran marinos retirados o aspirantes a descubridores que vivían en frías buhardillas destilando alquimia mitológica o andaban en los puertos a la caza de noticias, con sus enormes rollos de pergamino bajo el brazo. Ninguno de estos notarios de sueños o de cuentos descansaba un momento. Apenas se secaba la última estrella de los rumbos, ya otros relatos llevados por marinos recién desembarcados relegaban el mapa al olvido.

Los continentes se ensanchan o se encogen, pierden golfos o ganan penínsulas. Lo mismo da vestirlos con una sierra de más o suprimir un lago por razones estéticas. Por lo que hace a las islas, éstas surgen en las obras de los cartógrafos como una estrella *nova* surge en el cielo, brillan algún tiempo atrayendo a numerosos incautos y luego se apagan sin dejar una huella de su paso.

Algunas islas persisten largos siglos. Europa no se resigna a prescindir de sus más hermosas leyendas, por lo que los cartógrafos se transmiten religiosamente de generación en generación el inapreciable legado de la fantasía popular. Pero no se crea por esto que la imaginación se ha entregado a un inútil pasatiempo. Cada isla, cada modificación de los continentes, debe tomarse como un presagio, como un símil poético de la realidad presentida más allá de las columnas de Hércules. Las islas y la Tierra firme existen verdaderamente y están reclamando a través de una premonición, de un atisbo, de un cuento, de la deformada relación de un navegante extraviado, su derecho a figurar en el mundo. Cuando los mensajes se vuelven más imperiosos y las nuevas tierras aparecen, aunque disfrazadas, multiplicándose en los mapas, es que los descubrimientos verdaderos están próximos.

Enrique de Gandía ha visto con claridad el fenómeno. "Aquellas islas —escribe— no eran un mito. Hacia siglos que el presagio de América punzaba el alma de los marinos,

llamándolos desde la lejanía del Oeste. La historia de las exploraciones demuestra que el descubrimiento de América estaba predestinado para la fecha en que se realizó". En efecto, los signos de aquel embarazo eran bien elocuentes. El alumbramiento podía anunciarse para una fecha determinada.

MARCO POLO

MARCO POLO llena con su nombre los dos siglos anteriores al descubrimiento de América. Con él, la tierra principia a cobrar forma y sentido. Las entelequias griegas, los ingenios sueños insulares de la primera edad media de pronto se convierten en alegorías y en juegos de cartógrafos imaginativos.

Marco Polo es el primero en provocar toda una revolución de la fantasía. Los aventureros, los cartógrafos, los marinos y los mercaderes tomarán su libro como un nuevo evangelio. El marca un derrotero a la vida europea: las Indias Orientales, y el mismo Colón, su antípoda, que logra alterar la corriente torciendo su rumbo al Oeste, lleva la traducción latina del libro de Marco Polo con notas escritas de su mano y muere en la creencia de haber descubierto, por rumbo opuesto, el territorio del Gran Kan.

No hay en la historia del mundo un viajero igual a Marco Polo. Todo parece convergir en él para entregarnos una figura clásica sin manchas ni deformaciones. Cuando emprende su viaje al Oriente no es un viejo amargado y fanático como Colón, ni un hombre sombrío de férreo carácter bien probado como Vasco Da Gama, sino un adolescente. Los viajes a través de los desiertos, los ríos tempestuosos, las montañas y las islas, serán sus universidades. No siendo ni un guerrero profesional, ni un hombre animado por deseos de conquista, puede realizar, en el siglo XIII, el tipo acabado del viajero moderno. Le interesan ante todo las costumbres y las peculiaridades de las naciones extranjeras que recorre y su limpia curiosidad le gana, con la voluntad del Gran Kan, el brillo imperecedero de su nombre. Marco Polo demuestra, además, que es posible salir por el mundo para entender y servir a las gentes de otros credos y de otro color sin pensar en dominarlos, y por ello logra,

aunque fugazmente, el entendimiento entre el oriente y el occidente.

Imaginemos la Venecia del siglo XIII. En el campanil de San Marcos revuelan las palomas. Los palacios de mármol se miran en el agua. De una mansión recién construida —la casa precisamente de Messer Millione el extraño mercader que ha regresado de un viaje por el Imperio del Gran Kan— sale un hombre. Lleva calzas rojas, jubón de terciopelo verde y una gorra que adorna una preciosa pluma de faisán. Echando hacia atrás los vuelos de la capa, con clara voz ofrece la función ante el encumbrado auditorio:

“Ilustres emperadores, monarcas, duques, marqueses, condes, hidalgos, burgueses y todas las gentes que sentís el hambre de conocer la cadena de las generaciones humanas y la variedad de los territorios en todo el mundo. . . He aquí este libro. Leedlo u ordenad que os lo lean. Encontraréis en él cuantos prodigios y novedades existen en Persia y en la Gran Armenia, en la Tartaria o en la India y en otras muchas provincias. Este libro os lo pondrá todo en claro, nada habrá que este libro no os lo explique con toda claridad y ordenación, tal como el sabio, el noble ciudadano de Venecia Marco Polo nos lo cuenta, tal como lo vieron sus ojos que un día comió la tierra. . .”

Abramos el libro. Nicolo Polo, un mercader de Venecia que ha regresado de la corte del Emperador de la China con cartas para el Papa, emprende de nuevo un viaje al Oriente en compañía de su hermano Maffeo y de su hijo Marco, entonces un adolescente.

Marco Polo es el héroe. Cruza, sano y salvo tierras sarracenas donde se odia a los cristianos; emplea jornadas interminables en atravesar desiertos; se escurre entre las manos de bandoleros y soldados enemigos; desafía en tierra a tigres y leones y en el mar padece tempestades y naufragios. Cuando el Gran Kan recibe a los venecianos en su palacio de Pekín, le sorprende la vivacidad de los ojos de aquel joven y pregunta a Nicolás, quién es el nuevo extranjero.

—Señor —contesta Micer Nicolás— es mi hijo y criado vuestro.

—Sea bienvenido —dijo el Gran Kan.

A Marco Polo le interesan todas las cosas. Como Embajador del Monarca visita apartadas regiones y conoce Siam, Cochinchina, Japón, Java, Sumatra, llegando hasta el misterioso imperio de Abisinia.

Al Gran Kan, que no sabe cuántos dominios tiene ni cuántos reyes le rinden vasallaje, le interesan más las historias que sabe referirle su Embajador latino, que sus informes oficiales.

Marco, ataviado con sus ricos vestidos mongoles, está de pie en la deslumbrante sala del trono, refiriendo incansable sus relatos. El Gran Kan lo escucha embelesado y la corte, inmóvil, no pierde una sola palabra. Marco Polo descubre a los chinos su propio mundo y va tomando forma en él ese rico tapiz bordado en oro y piedras preciosas con que todavía acostumbramos representarnos el Oriente.

En Armería abundan las especias, las minas de plata, los paños de seda, los brocateles, y existe una fuente de un raro aceite combustible que se utiliza para curar a los camellos; en Georgia, libran caminos frágiles que no pudieron salvar los ejércitos de Alejandro y admiran el lago del Monasterio de San Leonardo que se llena de peces durante la semana santa, mostrándose desconsoladoramente vacío el resto del año. A feroces bandidos se les mira correr como en un sueño entre muselinas y tejidos de Mosul.

De Bagdad refiere una historia que debería estar incluida en las Mil y Una Noches. Un califa avariento guardaba en su palacio una montaña de oro y de piedras. Su enemigo, Alan, gran caudillo tártaro, puso cerco a la ciudad y le hizo prisionero. Cuando Alan descubre el tesoro, le dice al califa: "¿Por qué has acumulado tesoro semejante? ¿No deberías haber obrado de otro modo?" Y como el califa no supo responder, dictó su sentencia:

"—Veo que sientes un extremado amor a tus riquezas. Voy a dártelas para comer".

El sabio Alan, lo encierra con su montaña de oro. El califa, —nuevo Midas— muere a los cuatro días entre sus tesoros, consciente de que su feo destino, a pesar de su conmovedora filosofía moral, no lograría en el futuro que siquiera un solo hombre renunciara al afán de atesorar riquezas.

Por lo que hace a materias de fe, Marco Polo es un creyente de la Edad Media. En Persia visita los sepulcros de los Tres Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar. Es tierra de cebúes, blancos como la nieve, de turquesas y de brujos que cubren con espesas tinieblas grandes provincias. Entre la historia del zapatero tuerto que movió una montaña para probarle a un rey incrédulo que la fe es capaz de realizar los mayores esfuerzos y el cuento de un viejo bandido, propietario de un jardín en todo semejante al paraíso de Mahoma a donde lleva dormidos a jóvenes a quienes después convierte en asesinos, Marco Polo escribe sus observaciones: en la provincia de Balancian, las damas se cubren las piernas con 100 brazas de tela, fingiendo así una morbidez que no tienen "porque a los hombres les gusta la mujer rolliza"; en la Meseta de Pamir, anota que "todos los idólatras del mundo son incinerados cuando mueren", y más adelante, en el Tibet, escribe que las mujeres se dedican cuanto antes a perder su virginidad, pues ningún hombre tomaría por esposa a una virgen. "Dicen que ellas no valen nada si no han conocido antes del matrimonio a otros hombres".

Largos capítulos dedica Marco Polo al Gran Kan. Su clara prosa, la sencillez de su narración, hacen recordar, hasta por la similitud de los temas, las cartas que doscientos años después enviará Hernán Cortés al Emperador Carlos V. De Kublai Kan "el señor de los señores", nos deja este retrato: "Es mediano, proporcionado, de miembros ágiles, de cara blanca y escarlata, como las rosas; de ojos negros, de nariz recta y bien perfilada".

Este ser de piel de rosa, delicado como una estatuilla china, tiene un poder que ningún rey medieval soñó disfrutar nunca. A su lado, los monarcas europeos son unos groseros y pobres señores que viven en castillos incómodos, comidos por deudas, rivalidades y guerras ruinosas. El Gran Kan, para Marco Polo representa la imagen de la felicidad humana. Es un Buda dichoso, un epicúreo fantástico que todo lo realiza a una escala gigantesca. Las pinturas del veneciano de aquella corte extraterrestre, provocan en Europa una revolución de la fantasía. El Occidente sueña con el Gran Kan, es el personaje que está de moda trescientos años, el modelo de los reyes, la visión clásica de los grandes

déspotas orientales cuyos degenerados restos podemos ver aún encarnados en los archimillonarios príncipes de la India.

Kublai Kan, posee cuatro mujeres legítimas, cada una con una corte de diez mil servidores y guardias. "Siempre que el señor —cuenta Marco Polo bien interiorizado en los secretos de alcoba de su príncipe— desea acostarse con una de sus esposas, la hace venir a su alcoba y a veces él mismo va a la alcoba de la elegida". Fuera de ésta que podríamos llamar legalidad amorosa, el Kan se hace servir cada tres días, seis mujeres elegidas entre las jóvenes más hermosas de la Tartaria. Su paternidad corre parejas con sus derroches eróticos. Tiene veinticinco hijos habidos en sus mujeres legítimas y veinticinco con sus concubinas, de los cuales, siete gobiernan dilatadas provincias y el resto lo constituyen poderosos barones.

Su palacio de Catay es único. Dos murallas inmensas, entre las cuales se levantan castillos y se extienden prados y jardines, forman el marco y la defensa de su residencia. Los más bellos árboles del oriente —los traen sus elefantes de remotos países con todo y raíces— circundan la mansión de mármoles verdes y columnas de malaquita, como una esmeralda incrustada dentro de otra esmeralda.

"Las paredes de los salones y aposentos —dice el viajero veneciano— aparecen recubiertas de oro y plata y hay en ellas pinturas bellísimas que representan dragones, bestias, pájaros, caballeros, damas y figuras de toda especie. Cuenta el palacio tantos aposentos y salones que no hay mortal que sea capaz de construir nada más amplio y mejor adornado".

Doce mil hombres de a caballo forman su guardia. "No es todo esto por temor —aclara Marco Polo—; él lo hace por demostrar su grandeza". Trece veces al año, en trece fiestas soberbias, el Gran Kan acostumbra regalar a sus doce mil guardias, trajes de ceremonias cuajados de oro y piedras preciosas, calzas de gamuza bordadas con hilos de plata, "todo tan recamado y valioso que cuando los varones se visten con estos costosos trajes, parecen, cada uno de ellos, un rey". El costo del capricho es para dar mareos. El Kan debe pagar por cada uno de los ciento cincuenta y seis mil trajes que anualmente regala, la bonita suma de diez mil bizancios de oro.

En la contaduría del Gran Kan, aquel dispendio, representa una erogación insignificante. En su palacio como a diario, cuarenta mil nobles y soldados. El príncipe, a la hora de la comida ocupa un alto estrado rodeado de sus mujeres y sus hijos, sus nietos, sus sobrinos y algunos funcionarios importantes, los cuales se sientan en lugares inferiores, conforme a su jerarquía. La vajilla —¿cómo podría ser de otra manera?— es de oro y plata. Dos coperos escancian el vino tomándolo de una enorme fuente de oro. “Cuando el Gran Kan bebe, los instrumentos se ponen a tocar, teniendo en cuenta que los hay en gran abundancia. Cuando el señor alza su copa, todos los barones y damas se arrodillan ante él”.

La pasión que siente el Kan por la cacería permite a Marco Polo hilvanar algunos de sus mejores relatos. El monarca es dueño de leones —más temibles que los de Babilonia—, leopardos y lobos cazadores. “Se sale de caza, con los leones en carretas, sin que falte un perrito. Se lleva además águilas entrenadas en la caza de lobos, y gacelas. Las águilas que luchan contra los lobos son terribles, enormes; no hay lobo que se salve de las garras del águila”.

La escena hace agua la boca a los reyes europeos. El ladrido de sus cinco mil mastines, estremece los campos. Centenares de halconeros llevan las águilas y los gerifaltes dispuestos en el puño. Los halcones sagrados que sólo cazan en los ríos, están al cuidado de los nobles. Entre aquella muchedumbre, como un navío entre las olas, avanza solemne el elefante del Gran Kan con su pabellón de pieles de leones forrado de brocatel de oro donde va el monarca. “Cuando los barones le señalan las grullas, hace que entreabran la techumbre de su pabellón y lanza sus gerifaltes y azores. Y desde allí contempla, tendido en su lecho, el lindo espectáculo del gerifalte persiguiendo a las grullas.

“Aun os hablaré de algo maravilloso —remata Marco Polo— quizá más que cuanto aquí os he dicho. Habéis de saber que traen a los pies del gran señor un gran león, y el león en cuanto lo ve, se tumba a sus pies y se humilla como si lo reconociese por dueño y señor. Y allí se queda postrado ante él, sin cadena ni ninguna atadura, lo que verdaderamente es un prodigio”.

La glosa del libro del Señor Millón, nos llevaría muy lejos. Lo que cuenta de Java, Sumatra, Ceylán, Cipango, Madagascar y Melibar representa un derroche de maravillas, un vino que emborrachó a todos, una droga a la que se entregaron los europeos ansiosos de nuevos paraísos.

Tan grande es el éxito de Marco Polo que pronto le salen imitadores. Las fantasías del veneciano se adornan con nuevas quimeras y Europa, lejos de rechazar las burdas imitaciones, las acoge con entusiasmo delirante.

Entre los seguidores de Marco Polo, figura destacadamente Sir John Mandeville. Este pintoresco inglés —el primero de una serie de estrafalarios viajeros británicos— sin salir de Palestina realiza un nuevo viaje por los dominios del Gran Kan. ¡Las cosas que imagina Sir John! Reinos cubiertos de espesa niebla de la que brotan relinchos de caballos y cantares de gallos, valles sombríos habitados por espíritus y diablos malignos, peces que viven en mares de arena. Deslumbran las montañas de piedras preciosas. El oro —como más tarde en las Indias— es un metal con que se tapizan las calles, los techos y las paredes de los palacios. No hay página donde no brille la seda y no esté perfumada con las especias y los ungüentos del Oriente.

El nombre de Sir John Mandeville era pronunciado con temeroso respeto. Una aureola de gloria lo acompañó hasta la muerte aunque el pobre no conservara el diamante más pequeño de todas las montañas que contemplara en el reino del Gran Kan. El día de sus funerales, la espada y las espuelas que usara en el viaje imaginario, seguían el ataúd, puestas sobre un caballo. La multitud conmovida que llenaba las calles veía las prendas del charlatán como sagradas reliquias dignas de figurar en una iglesia.

EL DORADO

Las tierras nuevas parecen dotadas de una voz inconfundible. Africa poseía una voz oscura y bárbara que hablaba de selvas y marfiles, de monstruos y de salvajes danzas; Asia le habló a Europa con la voz de Marco Polo que recuerda el crujir del damasco y el centellear de las piedras preciosas y en nuestros días hemos escuchado las voces blancas y heladas de los polos, penetrar como un cuchillo de hielo

en el corazón de los aventureros. América tenía una voz de oro. Sonó largos años igual que el repique de una campana áurea, aunque su tañido, muchas veces, se convirtiera en doble de difuntos.

América fué el mito del oro. Las montañas de oro. Los lagos de oro. Las sierras de plata. El tesoro de Moctezuma y el tesoro del Inca Atahualpa. Los hombres de oro. El Dorado. Con este nombre mágico se bautizaban "las regiones auríferas y diamantíferas de varias partes de América, los ricos sepulcros del Zinú, los templos del sol de los Chibchas y de los Incas, países inexplorados sobre los cuales corrían falsos rumores de riquezas y todo lo que fuese lejano e inaccesible, envuelto entre velos de ensueño".³

También nuestro continente tuvo sus relatores de alegrías, sus comerciantes y sus soldados cuentistas. La presencia de México se hacía sentir confusamente en el Caribe y en Centroamérica y el prestigio del Cuzco irradiaba desde Panamá hasta el río de la Plata. En 1508, una expedición de portugueses alcanzó a saber, en las remotas costas del Brasil, la existencia de fabulosas minas de oro y plata, situadas muchas leguas tierra adentro. Las ondas del Tahuantinsuyo, el Ombligo del Mundo, la Ciudad Santa, capital del Imperio Incaico se percibían claramente en Panamá. Las gentes de Núñez de Balboa oyeron hablar de ovejas que servían como bestias de carga —los carneros del "Cándido" de Voltaire— y se discutía si estos animales fantásticos eran "camellos o ciervos o dantas".

No se ha vuelto a repetir en la historia una chifladura de semejantes proporciones. España, Portugal están ardiendo en llamas. La fiebre del oro cunde como el cólera de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, vaciándolos en una sangría incontenible. El espectro amarillo se pasea por los aires haciendo sonar, dentro de un saco, unas monedas de oro que se oyen como música celestial.

¿A qué realidad respondían estos presagios? La realidad era el Cuzco, el Templo del Sol y el Emperador, Hijo del Sol, que gobernaba las "cuatro partes del mundo". No ha habido un templo más rico que el de Coricancha que quiere decir "cercado de oro", o "casa de oro". El sol de la mañana se reflejaba en el gran sol que lo adornaba y en sus

³ ENRIQUE DE GANDÍA. Op. citada.

frisos y cornisas de oro convirtiéndolo en una ascua refulgente. "Tenían —dice la Relación de Sarmiento⁴— un jardín que los terrones eran de oro fino y estaba artificialmente sembrado de maizales, los cuales eran de oro, así las cañas de ello como las hojas y mazorcas. . . tenían hechas más de veinte ovejas de oro con sus corderos y los pastores con sus andas y cayados que las guardaban hechas de este metal". Las paredes de los palacios estaban revestidos de labradas láminas de oro y el servicio de la casa real, sin excluir los instrumentos de jardinería era —¿hay que incurrir en otra redundancia?— de oro y plata.

Era imposible que tamaño portento permaneciera ignorado. Por sierras y bosques las noticias del Imperio del Sol se iban difundiendo como los círculos que provoca un guijarro lanzado en el centro de un estanque. Los soldados del Inca, los comerciantes que emprendían viajes interminables tras el hato de llamas, gustaban contar en las soledades de la puna, las maravillas del Cuzco. Millares de anónimos Marcos Polos, en las alturas de los Andes, en los bosques del Brasil o en las costas del Ecuador, hablaban de sierras de plata, de ciudades de oro, de un rey blanco y barbado que vivía nadando en el amarillo metal por ser el oro "las lágrimas que el sol lloraba".

Las historias de estas regiones fantásticas provocan en los indios el mismo deseo apasionado de conquistas que despertará en los blancos. Con frecuencia, numerosos ejércitos se aventuran hacia el ombligo del mundo, pero los soldados van quedando en la puna hostil y los pocos que logran llegar ante los muros de la Ciudad Santa, son fácilmente aniquilados por los incas.

El poder de fascinación del mito es increíble. En 1526, Caboto, al mando de una flota que se dirigía a las islas de la Especiería, encuentra en el Puerto de los Patos a unos naufragos de la expedición de Solís. Un barbado Robinsón, medio desnudo y hambriento, le muestra, llorando de emoción unas piedras de oro y plata, insignificantes partículas de los enormes tesoros que según sus informes guarda el río Solís. Ya pueden aguardar las islas de la Especiería; Caboto, desobedeciendo las estipulaciones del rey y contra la opinión de los tripulantes, ordena cambiar el rumbo —en

⁴ Citada por Enrique de Gandía.

realidad nadie sería capaz de precisar dónde quedaban las islas de la Especiería— y se interna por las bravas aguas del Paraná persiguiendo al Rey Blanco y Barbado.

Caboto ha partido sin dejar una huella de su paso. El río viscoso, ensombrecido de árboles fantasmales, se ha llevado a los expedicionarios entre sus fríos brazos a las selvas donde los espían millares de ojos ardientes. Al poco tiempo, Diego García, antiguo compañero de Solís y enemigo de Caboto, acierta a pasar por el Paraná con rumbo a las islas de la Especiería y otra vez el mito, por boca de los indios, le dice al oído que es inútil buscar clavo y pimienta cuando al occidente podrá hallar sin trabajo una montaña de oro que haría millonarios lo mismo al paje y al marinero que al capitán. Diego García, obediente al llamado, renuncia a la pimienta y se interna en el Paraná donde encuentra a Caboto, su odiado rival. El mito los ha reunido en medio del río, en la espantosa soledad de la América del Sur. Fernández de Oviedo se encarga de poner el epílogo a esta ejemplar historia. Caboto y Solís, reconciliados, en 1529 regresan a España con las manos vacías “codiciando lo que no hallaron y deseando lo que no vieron”. De la Sierra Encantada y del Rey Blanco—remata Enrique de Gandía— escondido al fondo del occidente tenebroso, sólo quedaron el dulce nombre del río de la Plata y la ilusionada tierra argentina”.

El registro minucioso del estado febril que viven pueblos enteros, llenaría muchos libros. Unos navegantes portugueses que desembarcaron en la isla imaginaria de las Siete Ciudades, contaban que en sus costas cogieron cierta tierra o arena para su fogón y hallaron que mucha parte de ella era de oro. El prudente humanista Pedro Mártir de Anglería, escribe el cinco de diciembre de 1494 a Pomponio Leto: “Cosa admirable, Pomponio: en la superficie de la tierra encuentran pepitas de oro, en bruto, nativas, de tanto peso, que no se atreve uno a decirlo. Han encontrado algunas de doscientas cincuenta onzas”.

La epidemia duró más de un siglo. En 1560, los españoles preguntaban a los indios si el oro “lo pescaban en redes” o “lo sembraban”. Lo veían flotando en el agua, convertido en peces de escamas de oro o crecer como el trigo a campo abierto; de día lo buscaban afanosos y de

noche se soñaban tendiendo sus redes en los ríos o cortando con una hoz las doradas espigas.

Una niebla de oro los ciega. Su imaginación, transforma en oro lo que ven y lo que tocan. Cuando el oro del Cuzco se agota, estos seres hidrónicos, inventan un nuevo mito. Como de costumbre, tiene una dosis pequeñísima de verdad y una dosis enorme de fantasía, porque la origina el deseo de riquezas, el hambre de locuras pasmosas, el cansancio de la miseria y los trabajos cotidianos. Ya no es el río, ni la sierra de plata, ni el palacio de oro del Inca. Ahora el mito cobra la figura del hombre, se antropomorfiza, creándose un ser humano, un indio fantástico, un áureo fantasma que se echa a andar entre los bosques y a quien los españoles persiguen en una alucinada cacería sin encontrarlo nunca.

Según cuentan viejos cronistas, existió una vez, un cacique colombiano al que su mujer engañó con uno de sus súbditos. La historia de estos cuernos no habría tenido mayor importancia si el cacique ofendido hubiera poseído una imaginación común y corriente, pero el reyezuelo inventó un género de venganza desusado que debía traer consecuencias inesperadas.

En una fiesta magnífica dada en su palacio, hizo que la mujer infiel comiera ante las miradas de la corte, un extraño platillo: *las partes de punidad de su amante*. Concluido el primer desagravio, el rencoroso cornudo, ordenó a sus poetas y músicos pusieran en coplas la historia de la deshonra y noche y día la cantasen frente a la casa de la mujer. Aquel tormento no pudo resistirlo la desdichada. Acosada por los malos versos, huyó de sus aposentos. Los poetas —todavía siguen esa costumbre en Colombia—, implacables la persiguieron a través de los bosques, hasta que al fin la adúltera, no pudiendo librarse de ellos, se arrojó con su hija a la laguna de Guatavitá.

Perpetrado su feo crimen, los mismos poetas, arrepentidos, convirtieron a su víctima en una diosa que vivía en un palacio de oro bajo las aguas de la laguna. El cacique, movido por la musa elegíaca de sus poetas, “entraba algunas veces al año, en unas balsas bien hechas, al medio de ellas, yendo en cueros —ha sido el primer nudista aborigen de que se tenga noticia— pero todo el cuerpo lleno

de la cabeza a los pies de una trementina muy pegajosa, y sobre ella echado mucho oro en polvo fino. . . y entrando así hasta el medio de la laguna allí hacía sacrificios y ofrendas, arrojando al agua algunas piezas de oro y esmeraldas”.⁵

El prisma de la fantasía descompone este cacique en una multitud de hombres dorados. Andan brillando al sol como estatuas vivas, navegan en balsas de oro y entre mágicas ceremonias pagan su tributo de oro y esmeraldas a los dioses de las aguas. El señor de cierta provincia en lugar de ropas se hace cubrir de oro lavándose todas las mañanas el preciado metal en polvo que lo vistiera el día anterior. El español historia y comenta: “El oro y las esmeraldas se pierden sin remedio”. Un humorista exclama: “Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe que no las grandes fundiciones de oro que ha habido en el Perú o que pueda haber en ninguna parte del mundo”.

Sebastián de Benalcázar, grita a sus soldados: “Vamos a buscar a este indio dorado”. Las expediciones de Benalcázar, Pizarro y Orellana salen de rumbos distintos, ignorándose y se encuentran de pronto en el corazón de las selvas ecuatoriales. Los tres capitanes locos y sus escuderos que han terminado por enloquecer, llegan puntuales a la cita después de cruzar centenares de leguas por tierras vírgenes de selvas impenetrables. El mito los ha congregado una vez más. Muchos caen muertos de hambre abrazados a los árboles, pocos vuelven moribundos y desilusionados, pero de la niebla dorada que ciega a los españoles va surgiendo la traza de América. Orellana, oficial de Gonzalo Pizarro, cercado por el hambre construye una embarcación, recorre el Amazonas y llega a España realizando una de las grandes hazañas marítimas de todos los tiempos.

Los historiadores como antes los cartógrafos, escriben todo lo que les cuentan los aventureros. Piedrahita afirma con la mayor seriedad del mundo: “En las provincias del Dorado eran tan poderosos y ricos los hombres que salían a campaña quinientos mil habitantes todos con armas de oro, así ofensivas como defensivas”.

El solo nombre de El Dorado enajena. Es un conjuro, un llamado que no admite demoras. Basta pronunciar la palabra cabalística para que los cojos arrojen sus muletas

⁵ Citado por Enrique de Gandía.

y los veteranos baldados se lancen rengueando tras el mito. "Está la cosa tan movida —escribe Alonso de Molina al Procurador de Puerto Rico en 1535— que el más viejo o más cojo tiene deseos de la jornada".

Muchos españoles no sienten El Dorado como una lejána realidad sino como algo ya visto y conocido. ¡Vaya usted a decirle a Cristóbal Colón que la Isla de Cuba no es Cipango o a Don Quijote que Florismarte de Hircania o el famoso caballero Tirante el Blanco sólo son un producto de la fantasía. ¡Aquellos fantasmas son para ellos, personajes más reales que los marineros de la flota o que el cura y el barbero con que a diario charla en su pueblo de la Mancha!

Juan Martínez, uno de los tantos que hechizara El Dorado, *in artículo mortis* refiere a un sacerdote su viaje por la tierra del sueño, deseoso que con él no desaparezca su secreto. El asunto debe tomarse en serio. ¿Qué español es capaz de referir una superchería a la hora suprema de la confesión? Antonio de Berrio, otro español que logró conocer las declaraciones del moribundo, durante once años, sin darse punto de reposo, persigue la sombra de El Dorado. De boca en boca se difunde el mito, rebasa la muralla china que circunda el imperio colonial, se cuela a través de una plática, de un papel que se deslizó de contrabando y llega a Portugal. Allí, un capitán inglés oye las historias de Berrio y más tarde —era un patriota— con la mayor solemnidad cede su importante secreto al Consejo de la Reina.

De pronto los ingleses principian a hablar con el mismo lenguaje desorbitado de los españoles. Los expedicionarios enviados por Dudley al Orinoco, regresan a Trinidad jurando "que el rey de los Guayanos quería obsequiarlos con una piragua de oro, pero que lo habían impedido los guerreros de Uracoa".

Un nuevo eslabón inesperado viene a sumarse a los innumerables que ya componen esta larga cadena. A fines del XVI —es decir casi un siglo después que naciera El Dorado—, Sir Walter Raleigh muere el anzuelo que desde el otro extremo del mundo le lanzara, a él, un noble protestante, el español Juan Martínez por medio de un sacramento de la iglesia católica ya desechado en Inglaterra. En 1596 publica en Londres las impresiones de su viaje al Ori-

noco con este título: "*The Discovery of the large, rich, beautiful empyre of Guiana, with a relation of the great and golden citie of Manoa, which the Spaniards call El Dorado*". El mismo Colón no se hubiera atrevido a escribir las fantasías que llenan el libro del caballero británico. "Raleigh afirmaba que en el Perú existía la profecía que los Incas serían repuestos en su Imperio por Inglaterra. Hablaba de templos, de ídolos, de sepulturas y tesoros, de las confidencias que sobre las piedras preciosas le había hecho Berrio, de una montaña de oro, de hombres monstruosos, con bocas en el pecho y cabellos en la espalda, y de la ciudad de Manoa, en la cual no había invierno y abundaban las delicias de la naturaleza. Lo más positivo parecía ser una mina llamada "Madre del Oro", en busca de la cual se organizaron otras expediciones, y que nunca se encontró".⁶

Por esos días Don Quijote recorría los llanos de la Mancha persiguiendo dragones y Otelu seducía a Desdémona refiriéndole sus aventuras por tierras donde los hombres llevaban sus cabezas bajo el brazo. En realidad la tragedia de Gualtero Rale—según escribía su nombre el Embajador de España en Inglaterra—podía ser muy bien una tragedia de Shakespeare. De regreso a su patria conspira contra el Rey Jacobo y se le encarcela en la Torre de Londres. Pero es el único inglés que posee el secreto de El Dorado y el secreto lo convierte en un ser intocable, en un ente sagrado a quien amparan fuerzas omnipotentes. El Monarca más codicioso que vengativo, en vez de enviarlo al patíbulo, lo manda al Orinoco. La expedición fué un fracaso. En 1618, Gualtero Rale está nuevamente en su patria, agobiado y sin dinero. Un hijo suyo ha muerto en el viaje. Sin la protección del mito, Sir Walter está condenado y es inútil que su mujer y sus hijos se arrastren a los pies de Jacobo pidiendo misericordia. El oro que lo sacó de la Torre de Londres y le salvó la vida, esta vez lo lleva al patíbulo y su cabeza, poblada de sueños americanos, rueda un día entre el ronco batir de los tambores.

⁶ ENRIQUE DE GANDÍA. Op. citada.

MITOLOGIA Y UTOPIA

APENAS hubo mito gestado en dos mil años que no se proyectara en América. Muerto y resucitado Platón, su utopía volvieron a dibujarla con líneas imprecisas en las aguas tropicales del Atlántico. Aquí se buscaron las islas que soñó la Edad Media, los gigantes y los pigmeos de Homero, la pimienta, el clavo, las sedas y las pedrerías de Marco Polo. Aquí también se creyó reconocer las huellas de los Apóstoles y el paso alado de las amazonas.

Siempre que españoles y portugueses se lanzan tras el mito, sus manos codiciosas tocan el desengaño. El escenario de Don Quijote no se limita a los campos manchegos. De polo a polo, sobre un mundo, en la puna, cerca de las nieves perpetuas o en las selvas húmedas y primitivas, unos estrafalarios personajes, cubiertos de viejas armaduras, andan flacos y con los ojos brillantes de fiebre, persiguiendo visiones. Toman los molinos por gigantes, las hosterías por castillos, las fregonas por maravillosas dulcineas. Las legendarias ciudades de Cibola quedan reducidas a siete miserables aldeas erigidas en un desierto del norte de México; el áureo cacique, El Dorado, se quedó, como muy bien presintió el cronista Herrera, en puro encantamiento, las amazonas, aquellas mujeres que se mutilaban un seno para extender el arco con mayor desahogo, no salieron nunca de las páginas de la mitología clásica. De todos estos desengaños, el más perfecto, a causa de su dramatismo, es el que le tocó en suerte vivir a Ponce de León. ¡Salió en busca de la fuente de la eterna juventud y encontró la muerte!

Sin embargo, el drama de España y Portugal, es todavía mucho más cruel. Las dos naciones ibéricas que un día se repartieron el imperio del mundo —“Enseñadme el testamento de Adán”, gritaba furioso Francisco I—, debieron en gran parte su decadencia y su ruina al exceso de oro y de piedras que lograron obtener de las Indias. En ellas se produjo, en proporciones nacionales, la fábula del Rey Midas. Se morían de hambre como el califa del cuento de Marco Polo sobre la montaña de oro y de perlas que sus locos aventureros y soldados arrancaron de las Indias. Ahora las vírgenes y los santos, los monarcas y los nobles, tenían coronas de brillantes y vestiduras de oro. Con los metales

preciosos de México y del Perú se hubiera realizado el sueño de Cristóbal Colón de reconquistar el sepulcro de Cristo, pero estos tesoros —gran parte caían en manos de los piratas— no bastaron a conservar los pueblos sujetos a la monarquía. Se perdieron Alemania, Flandes e Italia, se perdieron las Indias Orientales y América y por último se perdieron Cuba y las Filipinas. La España en cuyos dominios nunca se ponía el sol, sólo gobierna hoy un territorio inhóspito en Marruecos que se le dió después de la primera guerra mundial porque ningún país quiso hacerse cargo de él. Esta es una de las jugadas más siniestras que recuerda la historia.

De aquellos mitos nació América. Colón descubre las islas maravillosas del Caribe y la Tierra Firme persiguiendo Cipango y el Paraíso Terrenal; la península de la Florida sale del anonimato gracias a la fuente de la eterna juventud; un hilo de perlas muestra el camino del Pacífico a Núñez de Balboa; la leyenda de la Sierra de la Plata y del Rey Blanco y Barbado, revela la existencia del Río de la Plata y de la Argentina; el desierto del norte se explora siguiendo el miraje de las Siete Ciudades, y la América del Sur cobra realidad geográfica en las carreras, sin dirección aparente, que dan los españoles siguiendo al duende invisible de El Dorado.

El mito, fué el sueño y la locura que se apoderaron de Adán antes de despertar convertido en hombre perecedero, condenado a ganarse el pan con el sudor de su frente. Cervantes, hizo bien en matar a Don Quijote tan pronto como dejó de estar loco. ¿Qué hubiera sido del pobre hidalguelo Alonso Quijano de seguir viviendo? Sin afición a las lecturas, sin sueños de heroicas empresas, sin doctrinas de tolerancia y de justicia que predicar por el mundo, sin Quijote al fin que le moviera, andaría vigilando los huevos de las gallinas, los cerdos, la hacienda mísera, los amorios de la sobrina y sufriendo el mal humor del ama. Rocinante, uncido al arado terminaría muriéndose olvidado en un rincón del pesebre y Sancho Panza vuelto a su vulgaridad, no aspiraría más a ser gobernador de la Insula de Barataria.

El español en América, al abandonarlo la locura del mito, vió que sólo podía vivir aquí de colono, de encomen-

dero o de minero. Fué las tres cosas. Se repartieron las tierras y los indios. Floreció la agricultura y la minería. Hubo señores—unos pocos—y hubo esclavos—casi todos—. La religión le dió su tono a la Colonia. Entonces cobraron forma espiritual los Virreinos y las Capitanías en que se dividió la América Española. Algunos rebeldes siguieron pensando en tesoros ocultos, pero su testarudez, cuando no los arrastró a quemarle los pies a Cuauhtémoc, los empujó a ejercitar la magia, con tan mala fortuna, que se hicieron sospechosos ante la Inquisición.

El mito forma parte de nuestra vida. Sobre él se apoyan los cimientos de nuestras casas. Con el pasado indígena, las tradiciones españolas y los hermosos cuentos de esperanzada dicha, se ha creado la utopía americana. Y aquí estamos, reclamando nuestro derecho a que esa utopía se logre de manera más firme. Ni Platón, ni los cientistas medievales, ni los conquistadores y descubridores del siglo XVI presintieron nunca lo que iba a suponer este Nuevo Mundo que de pronto irrumpió alterando el antiguo orden que reinaba en la Tierra.

Hagamos —ya es hora— el balance de esos mitos. ¿Qué es lo que queda de ellos cuatro siglos después? Las siete ciudades que fundaron los obispos portugueses y que ningunos ojos vieron, se han multiplicado. De Alaska a la Patagonia, Montreal, Chicago, Nueva York, San Francisco, México, Guatemala, Panamá, Caracas, Bogotá, Lima, Río, La Paz, Asunción, Santiago, Buenos Aires, Cuba, Santo Domingo, forman, con millares de otras ciudades, grandes y chicas, nacidas en el centro de los altos valles o a la orilla del mar y de los ríos, en islas y en selvas, en desiertos de arena o en desiertos de piedra, una suntuosa guirnalda que adorna el cuerpo juvenil de América.

Las amazonas, de turbadora belleza, es fácil encontrarlas en cualquier parte. Por fortuna, no muestran mutilaciones criminales y sus flechas, aunque tan peligrosas como las que arrojaban sus antecesoras en la antigüedad, causan sin duda, más dulces heridas. De riquezas no hablamos. Aun los recuerdos del Potosí, de la Valenciana o de los placeres de oro de California, producen el tipo romántico del gambusino, pero nadie piensa que la riqueza de una nación deba buscarse de preferencia en los oscuros soca-

vones de las minas. Los países mineros han sido muy desgraciados. Ya lo dijo en sus versos López Velarde:

*En piso de metal vives al día
y de milagro, como la lotería.*

Por lo que hace a la fuente de la juventud debemos declararnos vencidos. A pesar de las glándulas de Voronoff y del suero de Bogomoletz —la moderna sustitución del mito que enloqueció a Ponce de León— los hombres envejecen y mueren a la vieja manera.

¿Sigue siendo América el Continente de la Esperanza, la tierra de la Utopía? Lo ha sido para muchos hombres en el pasado y bien podría serlo para nosotros, sus hijos, si tratamos de perfeccionar nuestra democracia, haciendo que el saber, los bienes materiales, la libertad y la justicia, alcancen por igual a todos, no en la ley, sino creando las oportunidades necesarias.

América en otro aspecto es aún la misma ininterrumpida extensión de tierra, la misma realidad geográfica del XVI, pero ya no es un solo mundo animado por un interés común, sino un continente dividido en dos mundos antagónicos y casi enemigos. Los mexicanos son discriminados y vejados en los territorios que fueron suyos y una guerra injusta les arrebató por la violencia.

Recuerdo una tarde de mucho calor por el desierto tejanero. Había al borde de la carretera, naufragando entre cactus y nopales, un chamizo de tablas, taberna y refrequería, que ostentaba en la puerta, bien visible este letrero: "Not color people", refiriéndose a los negros y a los mexicanos. Nos abrasaba la sed y entramos. De codos en el mostrador estaba el propietario, un repugnante bandido, prognata, de mirada innoble, muy orgulloso del vello rojizo que invadía sus atléticos brazos tatuados en algún presidio. Pensé en mis morenos compatriotas, toda buena gente y en los finos trabajadores negros. Este turbio sujeto que no era digno de descalzarlos tenía la insolencia de proclamar una superioridad sobre las gentes de color, basada en el pigmento de su piel. Da náuseas esta hiriente reversión de los valores morales.

Aquí, sobre el mismo borde de la frontera se inician las diferencias de los dos mundos en que se divide América. El mundo de los ricos y el mundo de los pobres. El mundo

de los blancos y el mundo de los morenos. El mundo de los industriales y de los banqueros y el mundo de los parias.

La América Latina vive una hora angustiosa. Somos pueblos que exportan materias primas no elaboradas, pero el precio de la plata, del azúcar, del plomo, del henequén, del hule, del algodón, de los cereales y las frutas, no lo fijamos nosotros sino los mercaderes de los Estados Unidos. Si la bolsa de New York decide comprar a menor precio la plata o el azúcar, esta decisión supone la ruina de millones de cubanos y el desempleo de millares de trabajadores mexicanos.

Nuestra moneda, sola, no vale nada. Debe estar respaldada por los dólares. Se compran unos radios, unos automóviles, unos refrigeradores, algo de maquinaria para las fábricas, se agotan nuestras divisas y ya no podemos comprar un solo objeto importado. Y si no podemos comprar maquinaria ¿cómo vamos a industrializarnos? Y si por el temor de aumentar la inflación se recortan los créditos ya insuficientes, ¿cómo es posible construir presas que lleven el agua a los campos, caminos que comuniquen al país, escuelas que reduzcan el número de analfabetas?

En lo económico dependemos más de los Estados Unidos que de España durante la Colonia. Poco es lo que dentro de nuestras fronteras podemos considerar nuestro. La minería y las principales industrias son norteamericanas, las fábricas de tejidos y el comercio de alimentos, españoles, las grandes tiendas, francesas, las fábricas de ropa, polacas, las empresas de luz y fuerza, americanas o inglesas.

Nuestra agricultura carece de valor en el terreno de la economía mundial. Es una agricultura, que apenas basta a cubrir las necesidades personales del agricultor y de su familia. Cerca de la mitad de la población es analfabeta. Nuestros ocho millones de indios no representan ocho millones de consumidores sino ocho millones de seres autosuficientes. Es decir, su agobiante trabajo les permite vivir descalzos, en una cabaña, muriéndose de hambre.

Aunque dentro de la ley todos los mexicanos somos iguales, las diferencias entre los indios y nosotros son tan grandes, como las que separan a un inglés de la clase media de un miserable indígena de sus colonias africanas. Un

sucedido podría ilustrar suficientemente este punto. Cierta vez habíamos salido a una excursión con el famoso doctor Arturo Compton, Premio Nobel de física cuyo glorioso nombre ahora está ligado al descubrimiento de la bomba atómica. Por las ventanillas del automóvil desfilaban nuestros campos salitrosos de la meseta. Una choza, un maizal, el profundo azul de las montañas, la torre solitaria de una iglesia. De pronto, en el borde de la pavimentada carretera apareció un indio cargando en la cabeza una larga viga cuya punta arrastraba en el suelo. La imagen no pasó inadvertida para el doctor Compton. Volviéndose a nosotros interroga: "¿Ese hombre, es también mexicano?"

Espantosa pregunta y todavía más espantosa la respuesta. Sí, ese hombre *también* es mexicano. Puede votar en las elecciones, representa una cifra en la estadística demográfica, tiene libertad de expresión, de reunión, de creencias, derechos respaldados por la Constitución. Es indudablemente un mexicano sólo que no sabe leer, no habla español ni vive en una casa sino en una cabaña peor que las africanas, no va al cine, ni compra periódicos, anda descalzo y vestido de harapos, de noche no tiene siquiera una vela con que alumbrarse, come exclusivamente maíz y un poco de chile y casi siempre está borracho. Podemos añadir que con frecuencia está enfermo y que practica idolátricamente la religión católica con derroche de cohetes, de cirios y de alcohol. A estos pocos datos se reducen nuestros conocimientos sobre los indios. De sus pensamientos, de sus deseos, no seríamos capaces de decir una palabra. Son tan extranjeros para nosotros, como lo son para el mismo doctor Compton.

En cambio de estos ocho millones de indios y de otros quince millones de mexicanos que viven oscura y difícilmente como obreros, empleados, maestros y modestos profesionistas y artesanos, tenemos más de cinco mil millonarios. ¿No representa un número que deba llenarnos de legítimo orgullo? Estos cinco mil privilegiados son serios y prudentes. No arriesgan su dinero en el campo —¿sabe usted, hay tanta inseguridad en el campo con los bandidos agraristas!— y pocas veces lo hacen derivar a las fábricas. Su dinero, obtenido en los monopolios, en el mercado negro, en hipotecas o sobre todo en el honesto ejercicio

de la política —los revolucionarios de ayer son los reaccionarios de hoy— se invierte de preferencia en casas, —negocio productivo que consiste en cobrar puntualmente la renta y en expulsar con mano de hierro a los inquilinos morosos—; en bancos de especulación, —los mejores edificios de la ciudad los ocupan hermosos establecimientos bancarios donde brillan los mármoles y los bronces—; en el comercio que permite cobrar el cien por ciento del capital invertido manteniendo los precios altos de las escasas mercancías que disponemos para la demanda de los consumidores; y en préstamos usurarios bien asegurados a las industrias mexicanas que no se desenvuelven satisfactoriamente por falta de crédito suficiente.

En las fabulosas tierras de El Dorado imperan la miseria extrema y el dolor del pueblo. Tenemos uno para remediar necesidades que requieren mil. De la multitud de poblaciones con que cuenta el país sólo ocho tienen agua potable abundante, el presupuesto total del Estado no bastaría para atender las necesidades higiénicas de la población, no hay escuelas ni maestros para satisfacer el hambre de conocimiento que muestra el pueblo, no hay dinero para caminos, ni para mercados, ni para construir casas baratas ni para conceder mayores créditos a la agricultura.

Los jóvenes que se malogran por falta de oportunidades representan quizá la pérdida más sensible de la Nación. El escepticismo, la rutina y la inmoralidad nos corroen hasta los huesos. Somos una nave que va a la deriva, un pueblo que salva los desastres por su increíble vitalidad, pero que no sabe imponer a sus hombres rectos y de talento en los puestos de mando, a fin de que terminen con tanta injusticia.

No hay pueblo en el mundo que no sea maravilloso y el nuestro es uno de los más nobles y admirables de la tierra, sólo que no ha tenido nunca una gran oportunidad histórica, una hora de dicha, un momento de abundancia.

Como Nación surgió a la vida bajo el signo de la esclavitud y por más que ha luchado y se ha desangrado no ha conseguido verse libre de ella. Hay demasiada ignorancia y demasiada miseria para gozar de la libertad auténtica.

El destino de México, lo comparten con variantes de poca importancia, veinte naciones americanas. En esto se ha convertido la tierra de la Esperanza y de la Utopía, la tierra que embrujó al mundo con sus dorados cuentos y sus espejismos legendarios.

¿Qué debemos hacer? Hay que luchar con renovada fe en los poderes sobrenaturales del pueblo, porque el estado de la injusticia concluya. Debemos cambiar el curso de la Historia haciendo que los pobres sean cada vez menos pobres y los ricos, menos ricos. Nos salvaremos por nosotros mismos sin ayuda de fuera, reuniendo nuestras fuerzas, conquistando para nosotros las riquezas que abundan en nuestro suelo. Esta es la tarea que nos depara el futuro. Esta es la utopía que debemos convertir en realidad.

Aventura del Pensamiento

RESPONSABILIDAD E IRRESPONSABILIDAD DE LOS FILOSOFOS

Por Samuel RAMOS

Es una cuestión del mayor interés para el filósofo averiguar lo que la sociedad espera o exige de él como filósofo y no meramente como ciudadano, ya que es fácil comprender que bajo esta última condición le tocan todos los deberes a que están sometidos el común de los hombres. Lo que en definitiva implica entonces aquel problema es decidir cuáles son los servicios que la filosofía puede prestar a la vida social. Ya Brehier en la introducción a su *Historia de la Filosofía* declara que las doctrinas filosóficas "son tan diferentes no sólo a causa de su temperamento personal (el de los filósofos se entiende), sino por lo que la sociedad, en cada época exige de un filósofo. En lo que respecta a nuestro tiempo, la UNESCO reunió en la Ciudad de México a fines del año de 1947, a un grupo de filósofos para discutir sobre el tema *El filósofo en la Ciudad Humana*. Basta tal enunciado para dar a entender qué género de preocupaciones inquietaban a ese grupo de filósofos y además puede considerarse el tema citado, así como la reunión que motivó, como un síntoma de un estado de espíritu que es general en la conciencia filosófica contemporánea.

Si se admite que la sociedad plantea ciertas exigencias al filósofo como tal, no debe entenderse la proposición como si efectivamente esas demandas partieran desde fuera, de los miembros de la sociedad que no son filósofos. En realidad es la voz interior de la conciencia colectiva del filósofo la que le impone esos deberes sociales que sólo el filósofo mismo puede decidir cuáles son. Por lo tanto la cuestión constituye un verdadero problema filosófico, puesto que su solución implica el conocimiento de lo que

es la filosofía y de las relaciones profundas que ésta mantiene con la vida humana en general. Ya en la filosofía del siglo pasado y del actual se debate este tópico como una idea capital que de hecho está presente en casi todos los problemas filosóficos, como en el problema del conocimiento, el problema de la metafísica, el de la cultura, el del hombre, etc. Es también una cuestión que puede obtener muchas luces de la Historia de la Filosofía.

LA filosofía, entendida como la multiplicidad de las ideas, doctrinas o sistemas efectivamente producidas por el hombre, tiene una historia, en donde aparecen en serie cronológica ostentando a cada paso, los rasgos fisonómicos diferentes que el tiempo ha ido marcando en ella. Esto quiere decir que el pensamiento filosófico no es ajeno a las circunstancias cambiantes de la vida histórica, en la cual tiene hundidas sus raíces. Es un hecho notorio que la filosofía ha sido concebida y realizada de maneras muy diferentes, según las distintas épocas de la historia. Basta comparar tres momentos de la filosofía en Grecia, como son por ejemplo, el de los sofistas, el de Platón y Aristóteles y el del helenismo, para darse cuenta de los cambios fundamentales que sufre en su estructura interna: diferente modo de abordar sus problemas, diferente método de tratarlos y de darles solución. Otro tanto sucede si comparamos lo que entiende por filosofía un escolástico del siglo XII con la forma en que la concibe un filósofo moderno del siglo XVII. Puede esta comparación extenderse a todos los momentos de la historia y siempre se comprobarán cambios semejantes. Mientras que las ciencias positivas tienen una naturaleza bien determinada y estable de suerte que ningún sabio tiene necesidad de iniciar su labor averiguando qué es la ciencia particular en la que es especialista, ocurre una cosa bien distinta en el dominio de la filosofía. En efecto, la cuestión que se plantea a cada filósofo, antes de ocuparse de cualquiera otra, es saber lo que es la filosofía, determinar por sí mismo, como si nadie hubiera pensado con anterioridad este problema, cuáles son sus fines, sus métodos, sus posibilidades, etc. Por lo tanto, el primer problema de la filosofía es preguntarse

lo que es ella misma, y el filósofo no podrá emprender sus tareas mientras no se haya contestado satisfactoriamente aquella interrogación. No debe entenderse por esto que el filósofo deba ignorar lo que se ha pensado sobre la cuestión antes de él, pues en tales meditaciones encuentra un modelo para proseguir sus propias pesquisas y cuando no va a ser un revolucionario de la filosofía tendrá, cuando menos, que reproducir en su particular pensamiento, las reflexiones que otros filósofos hayan hecho sobre el mismo problema. Ahora bien el auténtico filósofo es generalmente un hombre empapado en la cultura y en la vida de su tiempo, que según el momento de la historia en que vive, le crea una situación espiritual que refleja un estado de espíritu dominante en sus contemporáneos. Hay en cada una de las situaciones espirituales, un cierto número de problemas cuya importancia y modalidad dependen de las circunstancias particulares de la cultura y la vida en tal o cual momento de la historia. Es así como la concepción de la filosofía a que se llega no es resultado de un pensamiento caprichoso, sino motivada por una situación espiritual determinada tal como es vivida por el temperamento personal del filósofo. Ciertamente una filosofía es un conjunto o sistema objetivo de ideas que tiene un valor independiente de los motivos que la originaron, pero nunca será plenamente comprendida si se la toma abstractamente fuera de las necesidades espirituales vivas que la engendraron. Es tarea de la Historia de la Filosofía el explicar en cada caso cuáles son las circunstancias que determinan el carácter peculiar de una doctrina filosófica. "La historia de la filosofía —dice Emile Brehier—, si quiere ser fiel, no puede ser la historia abstracta de las ideas y de los sistemas, separados de las intenciones de sus autores y de la atmósfera moral y social en que nacieron. Es imposible negar que, en diferentes épocas, la filosofía ha tenido, en lo que se podría llamar régimen intelectual del tiempo, un lugar diferente". Este "régimen intelectual del tiempo" está constituido por las necesidades y los intereses que surgen del grado de desarrollo de las ciencias y de la cultura, así como también de los problemas concretos de la vida. Según la manera como estas diversas circunstancias están tramadas en la rea-

lidad histórica, imponen al filósofo determinadas exigencias que cambian de una época a otra.

Al subrayar este lado histórico de la filosofía, no se afecta para nada su valor teórico, pues tal hecho no implica la caducidad radical de los conocimientos que logra conquistar en cada uno de sus pasos a lo largo del tiempo. Me parece que Nicolai Hartmann tiene razón, cuando establece que corre una suerte muy distinta en la historia, la filosofía sistemática de la filosofía problemática. Por filosofía sistemática, entiende aquella que se ordena en estructuras ideológicas de una arquitectura acabada, en tanto que la problemática sería la que se desarrolla libremente sin preocuparse por encerrar sus ideas dentro de un cuadro rígido. No cabe duda que los sistemas de filosofía, son por naturaleza perecederos, como totalidades acabadas, aun cuando puedan salvarse de los estragos del tiempo, algunas de sus partes constitutivas. Hoy, por ejemplo, consideraríamos imposible adoptar íntegramente como filosofía nuestra, un sistema pretérito tal como el de Spinoza o el de Hegel. Ni siquiera estaríamos dispuestos a adherirnos al contenido integral de filosofías como las de Platón o Descartes, que distan mucho de ser sistemas cerrados. Pero si los sistemas como tales, tienen una vida limitada, algunas de sus ideas escapan a la ruina del conjunto y se integran en las adquisiciones duraderas en la evolución del pensamiento filosófico. En cuanto a la filosofía problemática, ella resulta favorecida por el hecho de que no pretende haber logrado verdades definitivas, sino soluciones aproximadas, que no impiden proseguir a los filósofos ulteriores, en el afán de acercarse a la meta ideal. Los problemas de que se ocupa la filosofía tienen cierta perennidad como interrogaciones nunca plenamente resueltas, que resurgen inquietantes en el espíritu de cada generación. Sin embargo, la historia de la filosofía muestra que los problemas mismos son afectados por los cambios de las situaciones objetivas y subjetivas de la realidad humana. En las relaciones distintas que van surgiendo entre el hombre y su mundo aparecen los mismos intereses, pero con distinto grado de urgencia, lo cual impone la prioridad de ciertos problemas sobre todos los demás. No es cierto que en el tratamiento de los problemas filosóficos, se siga de hecho en la historia

un orden lógico, tal como hace un profesor en su cátedra, obligado por una razón pedagógica. La historia de la filosofía nos muestra que en una época los filósofos presocráticos daban preferencia a la cosmología. Sócrates y Platón tenían un interés preponderante en los problemas del hombre como ciudadano. Los filósofos del helenismo hacían consistir la filosofía en la investigación de la virtud. Los escolásticos colocan en el centro de la especulación los problemas teológicos. Sólo los filósofos modernos se plantean consciente y metódicamente el problema del conocimiento. En nuestro tiempo, la filosofía tiende a poner en primer plano la metafísica del hombre. Aparte de estas diferentes prioridades que cada época asigna a los problemas filosóficos, debe observarse que un mismo problema puede plantearse de modo muy diferente. Como en la forma de plantear un problema apunta ya el sentido de su desarrollo y solución, cosa que saben muy bien los matemáticos, es claro que también esta circunstancia influye en la configuración de una doctrina filosófica. Es cierto que Descartes y Kant estuvieron preocupados por el mismo problema. ¡Pero qué diferente manera de formularlo! Para uno se trata de la certeza del conocimiento en general; para Kant de la validez objetiva del conocimiento científico. Era natural que así ocurriera no sólo por las diferencias personales y nacionales entre uno y otro filósofo, sino porque a principios del siglo xvii, en que vivía Descartes, aun no llegaban a constituirse de modo completo las ciencias físico-matemáticas. Hay que agregar además, que a una misma cuestión, a un mismo campo se puede penetrar por diversos lugares; el mismo objeto puede presentarse bajo nuevos aspectos según el punto de vista desde el cual se aborda su estudio. Los sajones dan una gran importancia al modo de aproximarse (*to approach*) a un asunto. Me parece que esta gran variedad en el tratamiento de los temas filosóficos les imprime esa diversidad histórica de la filosofía que no consiste sólo en los procedimientos sino también en los resultados obtenidos.

HAY quienes alarmados por esta heterogénea multitud de las ideas creen salvar la unidad de la filosofía, señalando como rasgo de todo pensamiento filosófico su aspiración co-

por ejemplo, desarrolla una doctrina según la cual la razón pretende sustituirse a la realidad misma, puesto que se afirma que esta última es una construcción de la actividad racional. La preocupación del idealismo es fundar los diversos dominios de la cultura, suponiéndose que basta reducir cada uno de ellos a la razón para quedar justificado, fundado.

UNO de los progresos indiscutibles, que ha alcanzado la filosofía desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días, es el descubrimiento de las relaciones profundas que tiene el pensamiento con la vida. En términos más precisos, lo que diversos pensadores han descubierto es que el pensamiento racional está originalmente destinado a servir a los fines de la vida. Sólo a través de un largo proceso de cultura logra la inteligencia apartarse de sus tareas inmediatas para contemplar desinteresadamente la vida y la naturaleza y pensar en ellas con rigor científico. Aun en su obra puramente teórica se marca todavía el interés vital que mueve a la inteligencia, si se tiene en cuenta que los resultados científicos tarde o temprano son aprovechables en beneficio del hombre. Pero una vez que la inteligencia se hace independiente, creando en cierto modo un mundo propio, se afirma a sí misma, y pretende no obedecer sino a motivos racionales que deben sobreponerse a cualquier otro interés. Al imponerse a la voluntad del hombre, puede aquélla seguir exclusivamente sus propios intereses desviándose de su función original. Es cierto que para cumplir con su fin, es condición que la inteligencia pueda abstraerse de los problemas inmediatos de la vida, y trabajar con independencia y quietud. Pero esto no significa que olvide o desconozca los objetivos que la vida le impone. La llamada *Filosofía de la Vida* ha utilizado y desarrollado en variadas doctrinas aquel pensamiento fundamental que se podría resumir en la concepción bergsoniana del *homo faber*. Sin incurrir en los excesos del anti-intelectualismo, o el irracionalismo creo que la idea de una razón que hunde sus raíces en la vida, constituye una de las verdades más importantes de la filosofía contemporánea. Únicamente los que se aferran al viejo intelectualismo, sin darse cuenta que ya ha pasado a la historia, se empeñan en una cacería de las doctrinas vitalis-

tas, las cuales pasan de largo, ilesas, dejando atrás a sus enemigos.

Con las correcciones y atenuaciones que un examen más sereno impone al vitalismo, puede considerarse que su principio esencial, la relación del pensamiento con la vida, va extendiéndose en el espíritu contemporáneo como un supuesto de todas sus especulaciones. No quiere decir este principio que el filósofo se sienta obligado a pensar en los problemas concretos e inmediatos de la vida. El admitirlo no implica un menoscabo de la libertad del espíritu filosófico. Se supone que el auténtico filósofo es siempre un hombre de su tiempo y comparte con sus semejantes los intereses y preocupaciones del momento histórico que vive, de suerte que si en la elección de sus temas, y en sus reflexiones sobre ellos es fiel a su más íntima vocación, al obedecer a su voluntad personal, coincide, sin proponérselo con la voluntad colectiva de su época. La idea que me interesa dejar aclarada es que la función de la filosofía como respuesta a problemas de las circunstancias, debe entenderse como una actividad impulsada desde dentro, por las experiencias o vivencias del filósofo. Es cierto que el filósofo recibe también incitaciones que le vienen de fuera, puesto que vive dentro de un movimiento de ideas, pero su inserción dentro de ese movimiento está condicionada por valoraciones que dependen de sus experiencias personales. Una vez que el filósofo recoge experiencias e informaciones sobre el mundo en que vive puede retirarse temporalmente de la vida para ensimismarse y meditar en un ambiente de quietud y serenidad. Es un deber de todo filósofo ser fiel a su personalidad y a su tiempo, con lo cual cumple con las responsabilidades que le corresponden ante la sociedad a que pertenece.

SIN embargo, la situación espiritual del mundo contemporáneo parece imponer mayores responsabilidades a los filósofos. Después de pasar por los horrores de una guerra despiadada, la humanidad no tiene todavía asegurada la paz. La atmósfera moral que se respira en el presente está cargada de incertidumbre, de angustia y de pesimismo. La pasión y la violencia amenazan aún a la civilización, y el

hombre atormentado por múltiples preocupaciones, parece no tener seguridad de nada, ni de su existencia material, ni de aquellos valores fundamentales que constituyen la razón de vivir. Tal vez el idealismo con su desdén por la realidad concreta sea un pretexto para buscar una salvación individual en el refugio que proporciona el mundo abstracto de la razón. Pero si el filósofo, a causa de su profesión, es el hombre mejor preparado para las tareas del conocimiento, si posee un órgano muy sensible para captar los aspectos más ocultos de la vida y una inteligencia muy lúcida para aclararlos, es natural que se piense en aquél como el hombre más idóneo para ayudar al mundo en esta hora sombría que se presta a toda clase de confusiones. La observación del momento presente nos permite comprobar que los países europeos y americanos, destacan a sus filósofos para hacerlos participar en tareas concretas, en problemas de la realidad viva que dependen de la actividad espiritual. No se deben tomar estos actos de los gobiernos u otras instituciones, como una incomprensión de la independencia de los filósofos, sino al contrario, como hechos alentadores que revelan un reconocimiento, cada vez más extendido, de que cuentan también las fuerzas espirituales en la reconstrucción del mundo y de que son los filósofos quienes, por su dominio de las técnicas intelectuales, pueden aplicarlas más eficazmente a la solución de aquellos difíciles problemas.

Hemos visto en la Conferencia de la UNESCO en México a filósofos italianos, franceses, holandeses, norteamericanos, indostánicos, latinoamericanos, etc. Este hecho revela que el mundo contemporáneo algo espera de sus filósofos y tiene confianza en ellos. Si el filósofo en medio de esta atmósfera expectante se escuda tras de las doctrinas idealistas para justificar su indiferencia por la realidad vivida, no hace otra cosa que exhibir su irresponsabilidad y comprometer el prestigio de la filosofía ante la sociedad. No se pide al filósofo que venga a justificar ideas o situaciones establecidas de antemano aunque fueran contrarias a sus convicciones, porque esto sería ofender su honestidad de pensador. Lo que se le pide simplemente es aplicar su inteligencia y sus métodos rigurosos para despejar muchas incógnitas que se levantan a causa de la crisis reinante. Es

precisamente en los momentos de crisis cuando el hombre atormentado por múltiples males, se ve obligado a ahondar sus meditaciones, sobre esos problemas esenciales de los que nunca la filosofía ha dicho la última palabra. ¿No es acaso una cuestión filosófica el problema del ser del hombre y su destino? Y así como éste surgen otros muchos, como la revisión de valores sobre los que se sustenta la civilización; el problema del sentido de la historia; sobre los fundamentos de la moralidad, de la educación y del derecho. Estos temas se citan sólo como un ejemplo, y no como una lista exhaustiva de cuestiones cuyo tratamiento es de la competencia de la filosofía. Quiero agregar solamente que en México y los países latinoamericanos es ya una costumbre tradicional encomendar a los pensadores o filósofos cargos desde los cuales deben consagrarse a alguna tarea relacionada con la cultura, la educación, etc. Por más que el intelectual, en nuestros países de habla española no tenga todavía la protección que merece, puede observarse que al menos es respetado y se le reconoce cierta autoridad moral. En cuanto a la actividad estrictamente filosófica es justa la observación de Francisco Romero de que ya va siendo aceptada como función normal dentro de nuestra cultura.

Si el filósofo reclama para sí un cierto título de superioridad intelectual tiene que aceptar por este solo hecho una mayor responsabilidad. En efecto, se supone que el filósofo debe poseer entre las capacidades que le son inherentes, una conciencia vigilante que, por su lucidez, supera a la de otros hombres. Pero también su mayor aptitud intelectual que constituye la nobleza del filósofo, lo obliga más que los otros. Y ahora volvamos nuevamente a la cuestión ¿a qué está obligado moralmente el filósofo? Estoy de acuerdo en que la sociedad, sobre todo en el momento actual, exija del filósofo, dentro de sus capacidades profesionales, una mayor contribución en el esfuerzo colectivo para solucionar urgentes problemas de la vida. Lo único que la sociedad no debe exigir del filósofo es todo aquello que dañe o perturbe su función filosófica, puesto que su obligación primordial es servir como filósofo.

Es indudable que la alta conciencia de responsabilidad del filósofo sólo se alcanza en la edad de la madurez. No me refiero únicamente a la madurez individual del filósofo,

sino a la madurez de la nación y la cultura a que pertenece. Es así como hasta nuestros días aparece aquella conciencia en América, bajo la forma de un deber que sentimos de aplicar nuestro pensamiento a problemas americanos. Dice Leopoldo Zea que "el ser conscientes de nuestras verdaderas relaciones con la Cultura europea, elimina todo sentimiento de inferioridad, dando lugar a un *sentimiento de responsabilidad*". En efecto creo que el primer paso que hemos dado hacia la realización de un ideal de cultura americana, ha sido el deslindar con toda precisión nuestras identidades y diferencias con el espíritu europeo, lo que supone ya una conciencia de lo que somos como americanos. Esta conciencia, no aparece sino en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando los habitantes de la América hispana descubren sus diferencias con los españoles peninsulares, inician la creación de una ciencia americana y más tarde, sintiéndose con el derecho a gobernar sus propios destinos, se lanzan a la revolución de independencia. Esta conciencia se debilita en el XIX, cuando los hispanoamericanos adoptan como sistema para construir sus nacionalidades, la imitación de las instituciones y la cultura de Europa. En este siglo, al llegar a la mayoría de edad, resurge aquella conciencia en el hispanoamericano que aspira legítimamente a formarse una personalidad propia como hombre de este continente. Dentro de este espíritu, algunos filósofos han hablado de la necesidad de una filosofía americana, siendo esta idea motivo de controversias. Ya en sí tal discusión es un comienzo de la filosofía americana. La demanda de una filosofía americana, no implica que sus portavoces crean posible en su aparición con sólo proponérselo deliberadamente. Sabemos que los fundadores de las filosofías francesa, inglesa o alemana nunca tuvieron en su mente la idea de crear una doctrina nacional. Por eso lo que aquella proposición significa es que los americanos deben hacer filosofía, es decir, verdadera y auténtica filosofía y no sólo una repetición de las doctrinas europeas. Naturalmente, el que se dedica al cultivo del pensamiento filosófico debe conocer y asimilar la historia de la filosofía europea. Lo que se pide en realidad es que se deje de hacer filosofía sobre libros de filosofía y se ensaye la meditación directa sobre los objetos y problemas que son de su competencia. La responsabilidad del filósofo

hispanoamericano es ser fiel a sí mismo y al mundo en que vive; pensar desde el ángulo de la tierra en que le tocó nacer y no adoptar falsamente, por menosprecio a su realidad nativa, el punto de vista del hombre europeo que aunque quiera nunca podrá alcanzar. Es cierto que no fué necesario decir en Francia que se hiciera filosofía francesa para que ésta apareciera; pero es que ningún pensador francés ha pretendido dejar de ser tal. En cambio, debemos confesar que a veces nuestros pensadores desearían descastarse para ser o parecer pensadores europeos. Esta es la razón por la que sí conviene en nuestro continente señalar el camino a nuestros filósofos, ya que existe la experiencia de que pueden desviarse de él. Sin embargo, cada día se afirma más la conciencia de su verdadera responsabilidad y disminuye al mínimo el peligro señalado. La dirección de la filosofía contemporánea viene en cierto modo a corroborar esa posición, en la medida en que hace resaltar la relación del pensamiento con el mundo del sujeto que piensa. Con la excepción del idealismo que pretende sobrevivir en México, todas las demás direcciones favorecen la aspiración de una filosofía americana.

Una de las conquistas logradas por nuestro pensamiento filosófico en el presente siglo, después de que se rechazó el positivismo, ha sido el estudio de la filosofía como actividad independiente del espíritu, libre de la servidumbre respecto a problemas ajenos. Este paso era necesario para llegar a comprender la filosofía en su más pura esencia y conseguir su plena incorporación al cuadro de nuestra cultura. Nadie puede negar que los pensadores hispanoamericanos sean capaces de entregarse a la especulación desinteresada, después de la experiencia en lo que va de nuestro siglo. No se trata ahora de volver a una etapa ya superada, privando a la filosofía de su independencia, para imponerle una nueva servidumbre. Nos parece que en estos últimos años la etapa del aprendizaje y la asimilación está terminada y el pensamiento hispanoamericano tiene la madurez necesaria para empezar a filosofar por propia cuenta. De hecho ya lo hace como lo demuestra la producción filosófica, cada vez más abundante que ha aparecido recientemente.

El temor que queremos expresar aquí es que algunos estudiosos, plenamente capacitados para la filosofía, amparados en el argumento de su independencia, en realidad se limiten a repetir las ideas del pensamiento europeo y no se decidan a pensar por sí mismos. La significación que tiene hablar de una filosofía americana no es imponer un tema concreto que prive a la filosofía de su independencia y la aparte de preocupaciones estrictamente filosóficas, sino precisamente quiere decir lo contrario; que el filósofo no será plenamente independiente, hasta que desprenda de su espíritu la idea de su inferioridad respecto a Europa, y se atreva a ser él mismo, teniendo la seguridad de que puede meditar filosóficamente, de acuerdo con su propio criterio y con sus propias valoraciones.

Pero también hay que reconocer que dentro de la libertad, hay temas que se imponen por sí mismos. ¿Quién puede negar que los hispanoamericanos debemos empezar por conocernos a nosotros mismos? Si un filósofo se opusiera a esta demanda cabría dudar de la autenticidad de su espíritu filosófico. Si bien, la investigación de este problema no toca exclusivamente a los filósofos, pues deben intervenir en él, etnólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, etc., tal vez corresponda al filósofo una vez que dispone de los materiales que aquéllos aportan, tocar a fondo la cuestión y decidir sobre la esencia del ser americano.

El tema de la responsabilidad o irresponsabilidad de los filósofos que hemos querido aclarar aquí sólo se refiere a esta solidaridad íntima que debe guardar con su comunidad o nación. Es obvio que como profesional debe guardar fidelidad a los fines y normas propios de la disciplina que ejerce. Pero como hemos tratado de mostrar en el curso de esta exposición, la actividad de la filosofía no es en el fondo una actividad abstracta sino que tiene una relación con la vida del filósofo dentro de la historia. La conclusión que parece imponerse después de las explicaciones hechas es que el filósofo que hace una filosofía abstracta no hace auténtica filosofía.

Esta actitud puede tener justificación en aquella fase en que el filósofo se limita a estudiar la filosofía ya hecha con el fin de formar su pensamiento a la luz de una amplia información sobre las doctrinas históricas. Natural-

mente el filósofo no debe ignorar el pasado filosófico y su estado presente. Pero cuando entre en la fase productiva, en que consiste propiamente el filosofar, no lo hará de modo auténtico si deliberadamente desdeña la realidad que le rodea y su experiencia de ella, para confinarse en una especulación abstracta. Las malas interpretaciones que ha habido a propósito de la idea de una filosofía americana, provienen tal vez de que no se ha distinguido entre dos actividades tan diversas como es estudiar filosofía y filosofar. Sería absurdo pedir que los filósofos de América cesaran de estudiar la filosofía europea. El deseo o la esperanza que tenemos algunos, es que cuando el filósofo americano tenga capacidad productiva y acaso, originalidad, sienta verdaderamente la responsabilidad que es para él saberse miembro perteneciente al Nuevo Mundo.

EL RADIUM Y SUS DESCUBRIDORES

Por Cortes PLA

EL 26 de diciembre próximo se cumplirá el cincuentenario de uno de los descubrimientos más sensacionales: el radium. Parece pues oportuno relatar la vida de sus geniales descubridores: Pierre y Marie Curie.

Pierre Curie nació en París el 15 de mayo de 1859. Su natural retraimiento, su irrefrenable tendencia a profundizar el análisis de cuanto observaba o aprendía, indujo a su padre —el talentoso médico Eugenio Curie— a liberar al niño del ritmo escolar, donde necesariamente la marcha debe responder a la capacidad media del alumnado. Pierre gustaba “saber” una cosa antes de iniciar el estudio de otra. Con tal inclinación difícil le resultaría —pensó su padre— acomodarse al molde de la enseñanza en común donde nunca hay tiempo para reflexionar o ahondar un tema determinado. Con tal creencia, Eugenio Curie tomó a su cargo la instrucción primaria de su hijo y secundado por maestros particulares, lo preparó para la obtención del bachillerato, que Pierre conquistó a los 16 años. Dos años después, se licenciaba en la Facultad de Ciencias de París.

Niño aún realiza sus primeras experiencias bajo la dirección de su padre y a los 15 años, ayudaba a su hermano y gran compañero, Jacques, en la preparación de las clases de física y química de la Escuela de Farmacia.

Es indudable que la decisión paterna influyó grandemente en la formación científica de Pierre. Como contrapeso, creemos que el aislarlo de los niños de su edad en los cotidianos tropiezos y alegrías del aula primaria, robusteció su natural tendencia a huir del contacto social.

La carrera científica de Curie se inicia casi simultáneamente con la terminación de sus estudios universitarios. Con el profesor Dessains, de quien era preparador en la

Sorbona, presentó a la Academia de Ciencias de París, el 28 de junio de 1880, su primer trabajo titulado: "Investigación sobre la determinación de las longitudes de onda de los rayos caloríficos a baja temperatura", cuya importancia estriba en el uso, por vez primera, de una red de difracción y de la pila termoeléctrica en la determinación de las longitudes de onda de las radiaciones oscuras caloríficas del espectro. Sin ser un trabajo extraordinario, su lectura nos enfrenta con el investigador que verifica todos los detalles experimentales y estudia escrupulosamente los resultados obtenidos.

Poco tardó el joven de 21 años en ratificar sus singulares aptitudes. El 2 de agosto, en una nueva memoria "Desarrollo por presión de la electricidad polar en los cristales hemiédricos a caras inclinadas", describe las experiencias realizadas con su hermano Jacques y anuncia el descubrimiento de un fenómeno inesperado: el llamado efecto piezo-eléctrico, es decir, obtención de electricidad por acción mecánica. En este trabajo, los hermanos Curie arriban a la conclusión de que "cualquiera sea la causa determinante, siempre que un cristal hemiédrico a caras inclinadas no conductor, se contrae, hay una formación de polos eléctricos en un cierto sentido; siempre que ese cristal se dilata, la aparición de electricidad tiene lugar en sentido contrario".

La importancia del descubrimiento los indujo a proseguir sus investigaciones durante varios años. Agotan el estudio del comportamiento de distintos cristales—especialmente, turmalina y cuarzo—, determinan la forma en que deben ser tallados, establecen que la piroelectricidad—generación de electricidad por acción térmica— y la piezoelectricidad tienen un origen común: la dilatación del cristal, y enuncian las leyes del fenómeno. Para arribar a tales resultados fué necesario que Pierre ideara aparatos capaces de acusar delicadas mediciones. Surgieron así el electrómetro que lleva su nombre, el cuarzo piezoeléctrico, que estimaba debía utilizárselo como "patrón" de electricidad estática en las medidas de carga y capacidad eléctrica muy débil, gracias a su absoluta invariabilidad. Ambos aparatos fueron luego de uso constante en las investigaciones sobre radioactividad.

En 1881, Lippmann demostró teóricamente que podía preverse la dilatación del cristal, magnitud, sentido y naturaleza del fenómeno, basándose en principios clásicos y en el de la conservación de la electricidad que él había enunciado. Para confrontar tales deducciones, los hermanos Curie realizaron una nueva serie de experiencias, aportando datos de innegable valor para juzgar la teoría enunciada.

Sin exageración puede decirse que la obra de los Curie no se limitó al descubrimiento de un fenómeno, sino que en ella se encuentra la casi totalidad de nuestros conocimientos sobre este tema. El aparentemente teórico fenómeno, singularizado por su reversibilidad, ya que una diferencia de potencial aplicada en las caras de la lámina, provoca la dilatación del cristal, encontró posteriormente aplicación práctica de gran interés, al idear Langevin su utilización para provocar y revelar ultrasonidos, descubriendo así la presencia de submarinos, arrecifes, etc., sumergidos total o parcialmente. Otra aplicación es la del cuarzo piezoeléctrico en los estabilizadores de frecuencia de los aparatos radioeléctricos.

Posteriormente, Pierre Curie concretó sus meditaciones en problemas vinculados a la cristalografía. Su brillante iniciación científica le había valido su designación, en 1882, de jefe de trabajos prácticos en la Escuela Municipal de Física y Química de París. En un galpón inhospitalario convertido en laboratorio mal equipado, un sabio, prototipo de modestia, iba a realizar trabajos cuya trascendencia resulta ocioso subrayar.

Una faceta nueva de su personalidad surgió en las investigaciones que entonces emprendió. Aparece ahora el teórico que ahonda el análisis y deduce consecuencias. Nunca fué más parco en sus escritos, ni más claro y convincente. Aborda el estudio de cuestiones de orden y de simetría, noción ésta intuitiva en él, y que gracias a sus trabajos salió del campo exclusivamente cristalográfico para incidir en la interpretación de los fenómenos físicos.

Ya en su primera publicación aparecida en 1884, introduce conceptos nuevos al afirmar: "Para estudiar la simetría de un sistema, es necesario considerar no solamente los planos de simetría, sino también los planos de simetría

alterna y de simetría traslatoria alterna, que tienen igual importancia. Un sistema simétrico limitado, posee un número determinado de transformaciones simétricas indiferentes y son todas estas transformaciones las que es preciso indicar para conocer la simetría del sistema”.

Prácticamente, elabora casi íntegra la teoría pertinente, demuestra los teoremas que la fundan y enuncia la ley o principio general de la simetría, que dice: “Cuando ciertas causas producen determinados efectos, los elementos de simetría de las causas deben encontrarse en los efectos producidos. Cuando ciertos efectos revelan una cierta disimetría, ésta debe encontrarse en las causas que le han dado origen. La recíproca de estas dos proposiciones no es verdadera, por lo menos prácticamente, es decir, los efectos producidos pueden ser más simétricos que las causas.

Este principio, conocido con el nombre de ley de Curie, juega un papel tan importante como el de la conservación de la masa en química, de la energía en mecánica, de Carnot en termodinámica o el de Lippmann en electricidad.

Como una obsesión lo persiguió siempre el estudio de este tema. Analizó las aplicaciones de la teoría en distintos campos y fenómenos, insistiendo en su último trabajo sobre el particular, en la conveniencia de introducir en el estudio de los fenómenos físicos las consideraciones sobre simetría tan comunes en cristalografía, haciendo notar que de hecho eran utilizadas sin que, no obstante, se le acordara la merecida atención. Para él, tan fundamental es el concepto de dimensión en física como la noción de simetría. Para destacar su valor, analizó distintos fenómenos e hizo ver la ventaja del método para discernir acerca de la posibilidad o no de realización de un fenómeno, evitando así pérdidas de energías y tiempo tras la investigación de aquellos que resultarían imposibles.

Desde 1892 a 1895, su actividad se concentró en el estudio de las propiedades magnéticas de los cuerpos a distintas temperaturas. “Independientemente de toda teoría—escribió— se siente que un fenómeno es conocido en sus grandes líneas, cuando podemos, entre dos casos dados, imaginar toda una serie de casos intermedios tan próximos como se quiera”. El conocimiento de las propiedades mag-

néticas de los cuerpos, distaba de cumplir ese requisito. Por ello, Curie apela a la experiencia. Investiga el comportamiento de numerosos cuerpos: agua, sal gema, cuarzo, azufre. . . , entre los llamados diamagnéticos; del oxígeno, paladio, etc., entre los débilmente magnéticos; del hierro, níquel, fundición. . . , entre los ferromagnéticos, haciendo variar la presión, temperatura e intensidad del campo magnético, logrando probar que a determinada temperatura para cada cuerpo —llamada hoy punto o temperatura de Curie—, éstos pierden sus propiedades magnéticas, deduciéndose que una profunda transformación debe producirse en su estructura, ya que simultáneamente se alteran las restantes propiedades físicas. Dedujo también, las leyes que regulan el comportamiento de los cuerpos diamagnéticos y demostró que en los paramagnéticos, la susceptibilidad está en razón inversa de la temperatura absoluta, ley que Langevin justificó teóricamente merced a una demostración termodinámica y sirvió a Weiss de “hilo conductor” en sus notables investigaciones sobre el magnetismo.

Decir que las leyes encontradas por Curie, así como sus predicciones tímidamente expuestas, fueron confirmadas posteriormente y abrieron un nuevo horizonte en el estudio de esta clase de fenómenos, es ya hacer el elogio de su aporte.

El teórico y experimentador de excepción ratificó con este trabajo sus grandes dotes. Se equivocaría quien creyera que tan destacada labor habría concitado la atención de todos los sabios y dirigentes de la enseñanza superior francesa. Para muchos, no dejó de constituir sorpresa grande que nada menos que Lord Kelvin, uno de los físicos más universalmente admirados de fines del siglo pasado, decidiera visitar París solicitando a Curie tuviera la amabilidad de recibirlo en su laboratorio. ¡El más famoso de los físicos visitando al casi ignorado jefe de trabajos prácticos de una escuela elemental! El sabio inglés, que nunca escatimó su elogio a la obra de Curie, debió quedar asombrado al constatar la pobreza de su laboratorio. Porque Curie pudo suscribir las amargas palabras de Claude Bernard: “Yo he conocido el dolor del hombre de ciencia que carente de medios materiales, no puede emprender o realizar las experiencias que concibe y está obligado a renunciar a

ciertas investigaciones o librar su descubrimiento en el estado de esbozo”.

De su magro sueldo, Pierre destinaba parte a adquirir lo indispensable para construir algunos de los instrumentos requeridos en sus estudios. Aguzó así su ingenio, depuró su técnica experimental, perfeccionó el uso de sus manos. Manos y cerebro excepcionales que aportaron nuevas ideas, descubrieron leyes científicas, idearon y construyeron aparatos como los ya citados, a los cuales añadiremos su difundida balanza aperiódica a lectura directa, el electrómetro aperiódico donde aplicó las llamadas corriente de Foucault, el electroscopio para estudios de cuerpos radioactivos.

He ahí la obra inicial de Pierre Curie, físico que había inmortalizado su nombre cuando conoció a su futura esposa.

El año 1895 se singulariza en su vida por varios hechos importantes. La Escuela Municipal de Física y Química crea una cátedra de física, cuyo dictado le encomienda; presenta su tesis de doctorado en física que versó sobre sus experiencias en magnetismo; se le adjudica el premio Planté; y el 26 de julio se unió en matrimonio con una joven polaca: María Sklodowska.

¿QUIÉN fué esa mujer que pudo llegar al corazón de este hombre abstraído en sus ideas y trabajos? ¿De ese hombre que huía del contacto social porque éste —según él— exige concesiones que terminan por anular la voluntad y, cuando se prodigan, afectan lo moral, envileciendo y desmoralizando?

Por primera vez la había visto el año anterior en un “casual” encuentro planeado por su colega polaco Kowalsky, de paso en París. María debía efectuar un trabajo sobre las propiedades magnéticas de distintos aceros. ¿Quién más indicado para asesorarla que Curie? Kowalsky idea invitarlo y aprovechar su estada para que María le plantee su problema. Lo que no sospechó es que de ahí nacería el idilio que unió definitivamente estas almas con tantos rasgos comunes.

Nacida en Varsovia el 7 de noviembre de 1867, en hogar modesto, cursó los estudios primarios y secundarios

en su ciudad natal, empleándose luego durante seis años como institutriz, destacando ya su férrea voluntad e inteligencia. Como Pierre, huía de las reuniones sociales donde sólo se oyen "chismes y más chismes. Los únicos temas de conversación son los vecinos, los bailes, las reuniones", escribía en 1886, y refiriéndose a los jóvenes, agregaba "Para unas y para otros, palabras como «positivismo», «cuestión obrera». etc., son verdaderas «bestias negras», suponiendo que las hayan oído alguna vez, lo cual sería una excepción". Se refugia en el estudio de la literatura, sociología y ciencias, apercibiéndose que su vocación la arrastra hacia la matemática y la física.

Deseó ardientemente trasladarse a París para completar su instrucción. La Sorbona era imán que la atraía poderosamente. Venciendo dificultades económicas, sometiéndose a toda clase de privaciones, logró —con la ayuda de su hermana Bronia— radicarse en la capital francesa a fines de 1891, ingresando inmediatamente en la Facultad de Ciencias. Dos años después, gracias a una vida de sacrificio, de extrema pobreza en lo económico y dedicación absoluta a sus estudios, logró la licenciatura en física, y al año siguiente, en matemática.

Curie accedió a su pedido y logró autorización para que María pudiera trabajar en su laboratorio. El ritmo de su vida, su contracción al trabajo, su aversión por la vida social y su inteligencia privilegiada, disiparon las preveniciones del sabio, que gradualmente fueron reemplazadas por un afecto creciente que culminó en el amor.

A partir de 1895, estas dos vidas marchan unidas también en el campo científico. Terminado su trabajo sobre imanación de los aceros, María piensa en su tesis doctoral. La atrae el descubrimiento de la radioactividad que Henri Becquerel había revelado el año anterior (1896).

LA historia de la ciencia se caracteriza por su marcha interrumpida donde desde los gigantes a los más modestos artesanos del pensamiento, han jugado un determinado papel. La génesis y la evolución de la radioactividad —término introducido por María Curie— confirman ese proceso histórico.

Conocer el comportamiento de la descarga eléctrica en el seno de gases enrarecidos, constituyó uno de los deseos de Faraday, a quien debemos las primeras investigaciones sistemáticas. Luego, se idearon tubos de variadas formas provistos de dos discos de metal, unido uno al polo positivo (ánodo) y el otro, al negativo (cátodo) de un generador, en cuyo interior podía enrarecerse un gas. Operando a muy baja presión, Hittorf descubrió en 1868, que el cátodo emitía una radiación singularizada por propagarse rectilíneamente, ser desviada por un imán, provocar efectos térmicos, mecánicos y químicos, excitar la fluorescencia e ionizar los gases. En 1895, Jean Perrin y J. J. Thomson en 1897, probaron que tales rayos eran electrones, esto es, partículas electrizadas negativamente, cuya masa se demostró ser más de 1800 veces menor que la del átomo del hidrógeno, el más liviano de todos los conocidos.

Cerca de veinte años después del descubrimiento de Hittorf, una nueva radiación —los hoy llamados rayos positivos para destacar su signo eléctrico— fué descubierta por Goldstein (1886).

Descifrar la naturaleza de estas radiaciones fué tarea absorbente de muchos estudiosos. Hasta que en diciembre de 1895, Röntgen anunció un hallazgo sensacional: existían radiaciones capaces de atravesar los cuerpos opacos, impresionar placas fotográficas, provocar intensa ionización, excitar la fluorescencia y no ser desviadas por una acción magnética o eléctrica. Imposibilitado de desentrañar su naturaleza, llamó a la enigmática radiación con un nombre hoy muy vulgarizado: rayos X.

Estupefacción provocaron las primeras radiografías. Profundamente intrigados, los sabios no atinaban a hallar explicación satisfactoria del singular fenómeno. Era, ciertamente, una bien incómoda situación.

En enero de 1896, H. Poincaré presentó a la Academia de Ciencias de París unas radiografías que le remitiera Röntgen. Henri Becquerel, presente en la reunión, inquirió de dónde partían esos rayos. De la parte del vidrio donde chocan los rayos catódicos, fué la respuesta. Ahí el vidrio, hizo notar Becquerel, se torna fluorescente.

El 30 de ese mes, decía Poincaré en un artículo: "Es el vidrio quien emite los rayos Röntgen y, emitiéndolos, se

vuelve fluorescente”, agregando: “¿No puede entonces preguntarse si todos los cuerpos cuya fluorescencia es suficientemente intensa, además de los rayos luminosos, no emiten rayos X de Röntgen, cualquiera sea la causa de su fluorescencia?”.

Sintetizamos así el interrogante: ¿Si los rayos X provocan la fluorescencia de ciertas sustancias, recíprocamente, pueden éstas dar origen a rayos X?

Veinticuatro días después, Becquerel anunciaba que el sulfato doble de uranio y potasio goza de la propiedad de emitir radiaciones capaces de atravesar el papel opaco a la luz y de reducir las sales de plata; y el 2 de marzo de 1896 afirmó no ser la fluorescencia quien provoca el nacimiento de los rayos X, y que el uranio emite *espontáneamente*, radiaciones invisibles que atraviesan los cuerpos opacos, impresionan placas fotográficas, ionizan los gases, excitan la fluorescencia, engendran calor y gozan de esta incomprendible propiedad: emiten energía. Con Becquerel, y no por azar como sin fundamento se ha dicho, la radioactividad había nacido.

Sin reponerse de la anterior sorpresa, sin que el asombro se hubiera disipado, los físicos se encontraban frente a un nuevo fenómeno, que parecía querer burlarse de la solidez de las teorías tan penosamente elaboradas.

NADA extraño pues, que Marie Curie se sintiera atraída por la inusitada novedad. Un campo virgen se presentaba a la meditación y a la investigación experimental.

¿Los rayos de Becquerel, eran privativos del uranio? ¿No existirían otros cuerpos que gozaran de la misma propiedad? Los interrogantes atenaceaban su mente. Y en 1897, emprende la búsqueda experimental que resuelva sus dudas. Opera primero con compuestos de uranio —como Becquerel— verificando su propiedad radioactiva y ampliando su conocimiento al obtener las primeras determinaciones cuantitativas. Constata luego que los productos puros, metales, sales y óxidos, carecen, por lo general, de esa propiedad. Prosiguiendo sus investigaciones, descubre que los compuestos del torio se comportan como los del uranio. Simultáneamente, Schmidt arribaba a igual resultado.

Mme. Curie avanza todavía más. Con el sencillo dispositivo que imaginara: condensador plano sobre el cual colocaba la sustancia a analizar, finamente pulverizada, el electrómetro a cuadrantes y el cuarzo piezoeléctrico de Curie, logró demostrar esta importante consecuencia: la radioactividad aumenta con la proporción de uranio contenida en el compuesto.

En el curso de estas investigaciones le sorprende un hecho inesperado: algunos minerales—especialmente la pechblenda (óxido de uranio)—acusaban una actividad mayor de la correspondiente al porcentaje de uranio que contenían. “Pensé entonces—escribió—que el exceso de actividad de los minerales naturales debía ser determinado por la presencia de una pequeña cantidad de una sustancia muy radioactiva, distinta del uranio y del torio y de los cuerpos simples actualmente conocidos. Pensé también que si esto era así, yo podía esperar extraer esta sustancia del mineral por los procedimientos comunes del análisis químico”.

A pesar de que su convicción es firme, obsesionante, en el primer informe presentado a la Academia de Ciencias de París el 12 de abril de 1898, expone los primeros resultados y tímidamente se aventura a expresar que “estos minerales pueden contener un elemento bastante más activo que el uranio”.

Pierre Curie comparte la audaz hipótesis. Abandona sus propios trabajos y desde ese instante resultará casi imposible distinguir la parte que corresponde a cada uno en las nuevas adquisiciones. Con inconcebible tenacidad, trabajan sin descanso. Tres meses después, el 12 de julio, pueden comunicar al mundo que la hipótesis se ha transformado en realidad. En un breve informe titulado: “Sur une substance nouvelle radioactive contenue dans la pechblende”, recuerdan la anterior comunicación de María, describen el procedimiento seguido en sus búsquedas y afirman haber obtenido una sustancia 400 veces más radioactiva que el uranio. “Creemos—decían—que la sustancia que hemos extraído de la pechblenda contiene un metal todavía no conocido, próximo al bismuto por sus propiedades analíticas. Si la existencia de este nuevo metal se confirma,

Agreguemos que al enfocar Mme. Curie un problema físico con recursos de la química, no sólo provocaba aparentemente justificado recelo, sino que proclamaba lo arbitrario de la frontera tendida entre ambas ciencias.

Por todo esto, poner en duda la validez de los trabajos de los Curie, debió ser la reacción íntima de muchos científicos. Prueba palpable que no por todos se estimó justiciaramente la trascendencia de los descubrimientos del célebre matrimonio, es que vacante ese año de 1898, la cátedra de Físico-Química en la Sorbona, Pierre Curie cediendo a instancias de sus amigos, se presenta optando a ella. La decisión le fué adversa.

Ni la estrechez económica a que se los condena, ni la imposibilidad de obtener un laboratorio mediocre, ni la poca estimación conferida a sus trabajos mellaron el espíritu de Curie y su incomparable compañera. Ningún decaimiento ni amargura podían desviarlos de la ruta elegida. Con tenacidad ejemplar se abocan a la tarea de aislar el precioso elemento. Sabían en qué ínfima proporción se encuentran los compuestos radioactivos en la pechblenda. Para llegar a tener un compuesto de radio en cantidad inferior al tamaño de una cabeza de alfiler, habían debido remover y tratar grandes masas de los residuos de pechblenda que, gracias a las gestiones del profesor Suess, les facilitara el gobierno austríaco, que controlaba las minas de Joachimstad (hoy Checoslovaquia).

Para dar una idea de la titánica tarea que debían emprender, bastará recordar que se necesitan de 100 a 200 toneladas de las más ricas pechblendas, para obtener 30 gramos de radio puro.

La nueva empresa demandaba pues, toneladas de residuos. Imposible adquirir el material necesario con los propios recursos. ¿Pedir al gobierno una subvención? Comprenden que sería perder el tiempo. Desgraciadamente, los gobiernos franceses han sido siempre reacios a suministrar fondos suficientes para investigaciones científicas. A lo sumo, habrían obtenido la promesa de una resolución favorable, después de ambular por ministerios y oficinas. ¿Si no conseguían un modesto laboratorio, sobre qué podían fundar esperanzas de obtener el dinero requerido para adquirir cantidades tan elevadas del material necesario?

Apelan nuevamente al profesor Suess y gracias a su intervención y a la de la Academia de Ciencias de Viena, el gobierno austriaco autorizó el envío gratuito de una tonelada de residuos de pechblenda de Joachimstad. En el desmantelado galpón que les servía de laboratorio en la Escuela Municipal de Física y Química, comienzan el fatigoso trabajo. Qué importa que en él, no estén al abrigo de las corrientes de aire o de la lluvia. Lo importante, lo único que cuenta, es que el polonio y el radio deben ser presentados al mundo.

En un patio adyacente, depositan la pechblenda. Ocho toneladas obtenidas por la contribución de un anónimo donante y por el aporte de la Academia de Ciencias de París y la Sociedad de estímulo a la industria nacional, debieron manipular durante cuatro años de rudo trabajo manual y de elaboración de ingeniosos nuevos dispositivos y procedimientos de análisis, hasta llegar a la meta ansiada. Esto sólo, subraya la inconvencible fe que los animaba.

El empeño no fué inútil. En 1902, Mme. Curie obtuvo cloruro de radio puro. Era ya el triunfo. Pero, incompleto. Cinco años después, podría exclamar: He aquí el radio metálico.

Paralelamente a este fatigoso trajinar residuos de mineral, los Curie prosiguieron sus investigaciones de las propiedades de los compuestos obtenidos y, con notable espíritu científico, cedieron a otros investigadores parte de sus preparaciones, para que éstos realizaran las experiencias que juzgaran convenientes.

Correspondió a ellos, llegar a un nuevo descubrimiento: el de la radioactividad inducida, comunicado a la Academia de París el 6 de noviembre de 1899: "Estudiando —dijeron— las propiedades de las materias fuertemente radioactivas preparadas por nosotros (el polonio y el radio), hemos constatado que los rayos emitidos por ellas, actuando sobre sustancias inactivas, pueden comunicarles la radioactividad y que esta radioactividad inducida persiste durante un tiempo bastante largo", y luego de describir el método operatorio, agregaban: "Hemos sido muy sorprendidos al no encontrar diferencias en el orden de magnitud de la radioactividad inducida en estas distintas sustancias (se refieren al aluminio, cinc, latón, plomo, bismuto, pla-

tino, níquel, etc.) que se comportan en forma análoga". Es decir, bastaba la simple presencia del radio en la proximidad de estas sustancias naturalmente inactivas, para que adquiriesen una radioactividad que perduraba durante horas y días, contados a partir del instante en que se retiraba el radio. Lo mismo ocurría con el polonio, pero su efecto era menor. Comprobaron además, que esa radioactividad inducida crecía con el tiempo de exposición del radio, hasta alcanzar cierto límite. Retirada la sustancia inductora, la actividad de la inducida decrecía primero rápida y luego lentamente, siguiendo una ley asintótica. Al año siguiente, Sir Ernest Rutherford revelaba el mismo fenómeno en los compuestos del torio.

El 20 de noviembre de 1899, los Curie describieron los efectos químicos provocados por estas radiaciones, afirmando que el oxígeno se transforma en ozono.

Por su parte, André Louis Debierne, instigado por ellos, triunfa en descubrir la tercer familia radioactiva: la del actinio, "nueva sustancia cien mil veces más radioactiva que el uranio".

El análisis de la radiación de los cuerpos radioactivos, concentró la atención de numerosos sabios: Becquerel, Giesel, von Schweidler, Rutherford, Villard, los Curie... Se evidenció su complejidad y su generalidad. Por la acción de un campo magnético, la radiación de cuerpos provenientes de cualquiera de las tres familias radioactivas, revelaba en la placa fotográfica tres trayectorias perfectamente definidas, correspondientes a partículas alpha (α) y beta (β) y rayos gamma (γ), como se los llama actualmente, siguiendo la notación sugerida por Rutherford.

La radiación alpha (α) constituida por partículas electrizadas positivamente, se desvía hacia la izquierda de la placa; la beta (β) desviable hacia la derecha, resultó estar formada por electrones con velocidades variables entre 90,000 a cerca de 300,000 kilómetros por segundo; y los rayos gamma (γ) caracterizados por no poder ser desviados, se pudo comprobar luego que no eran sino rayos X muy penetrantes (los rayos gamma del radio C pueden atravesar placas de plomo de 22 cm. de espesor).

Al tratar los residuos de pechblenda, los Curie notaron el desprendimiento de un gas fuertemente radioactivo, cuya

actividad se extinguía completamente al cabo de cierto tiempo. Para dar cuenta del fenómeno de la radioactividad inducida y del hecho que los cuerpos electrizados negativamente presentaban una actividad superior a los restantes, teniendo en cuenta el fenómeno recién enunciado, Rutherford postuló en 1900 que la "emanación" desprendida por las sustancias radioactivas era un gas real, singularizado por la propiedad de hacer radioactivos los cuerpos ubicados en el espacio donde se expandía. En 1902, con Soddy, logró probar en forma indiscutible su hipótesis al poder condensarlo a 150° C. Más tarde, se determinó su peso atómico, próximo a 222, se reveló su espectro visible y, desde el punto de vista químico, pudo ubicarse entre los llamados gases inertes. Hoy, esa "emanación" propia a todas las familias radioactivas, la conocemos con el nombre de radon.

En 1903, Ramsay y Soddy realizaron una experiencia trascendental. Introdujeron en un minúsculo tubo espectral, la emanación previamente bien purificada. Al comienzo, no se observó en el espectro ninguna traza de helio, pero a los tres o cuatro días, desintegrándose la emanación gradualmente, el hermoso espectro del helio apareció íntegramente. ¡Producción de un elemento químico a partir de otro! Esto era tan insólito que provocó la realización de numerosas experiencias destinadas a ratificar o desmentir la extraña conclusión. Mme. Curie y Debierne arribaron a igual resultado operando con el polonio; este último obtuvo helio partiendo del actinio; Boltwood, del ionio; Giesel logró espectrogramas notables empleando radio. El hecho era indiscutible. Lo difícil, resultaba su explicación teórica. Hasta que Rutherford, como consecuencia de una ingeniosa experiencia que realizó con Rodys, dió la clave diciendo: la partícula alpha (α) es un átomo de helio.

Por adversa que tal conclusión resultare a las bases clásicas de la ciencia, lo extraño debió admitirse como un hecho experimental exhaustivamente verificado.

Recordemos que Pierre Curie demostró que las radiaciones del radio comunicaban a los dieléctricos líquidos cierta conductibilidad eléctrica, sugiriendo la utilización del fenómeno radioactivo para definir un patrón de la medida del tiempo; proporcionó las fórmulas fundamentales

que rigen estos fenómenos; y que Mme. Curie, tras pacientes búsquedas logró determinar el peso atómico del radio, y que, en fin, varias decenas de comunicaciones científicas, todas ellas con nuevos aportes, produjeron los Curie en el intervalo comprendido entre 1899 y 1905.

Lo natural es pensar que obra de semejante envergadura habría proporcionado a los Curie satisfacciones de todo orden. No fué así. Por lo menos, en cuanto concierne a Francia. Verdad es que la Academia de París confirió a María y a Pierre varios premios, pero no lo es menos, que optando a la cátedra de mineralogía en la Sorbona, no obstante la jerarquía de sus trabajos, fué nuevamente derrotado, debiendo proseguir con su cátedra elemental en la Escuela Municipal de Física y Química, y desde 1900, con el curso preparatorio de física en el anexo de la Sorbona; y que María a pesar de haber resultado primera en el concurso de agregación a la enseñanza secundaria en 1896, recién en 1900 fué nombrada en la Escuela Normal de Sèvres.

Quizá para brindarle una compensación por la derrota que su candidatura experimenta en 1902 en la Academia de Ciencias, Paul Appell, encargado de dar los nombres de los candidatos a la Legión de Honor, pide insistentemente a Curie le permita indicar el suyo. La terminante respuesta refleja la obsesión de su vida: "Le ruego tenga la bondad de dar las gracias al señor Ministro y de informarle que no siento la necesidad de ser condecorado, pero que tengo la mayor necesidad de poseer un laboratorio".

El homenaje a la labor realizada procedió del extranjero. Fué primero la Universidad de Ginebra que ofrece a Pierre crearle una cátedra, designar a María como su colaboradora principal, asignarle ayudantes e instalar un laboratorio, pero ni la retribución económica varias veces superior a la que juntos percibían, ni el despecho de su postergación, pudieron torcer la ruta que se marcara. Proseguiría al lado de sus jóvenes discípulos. Más tarde, 1903, la Sociedad Real de Londres les otorgó la codiciada medalla Davy, y casi al finalizar ese año, llega la máxima distinción científica: el premio Nobel de Física que comparten con H. Becquerel.

Fué necesaria tal distinción para que Francia girase su mirada hacia esos modestos sabios que estaban colmándola de gloria. Se les adjudican medallas, se otorga a María el premio Osiris de 1904, compartido con Branly, y. . . en la Sorbona se crea una cátedra para Pierre.

¡He ahí, al fin, el sueño materializado! Su primer acto es indagar con qué laboratorio contará. Imaginemos su desencanto cuando se entera que no se había pensado en eso, pero quizá luego. . . Con profunda amargura escribió a un dilecto amigo: "Pido un laboratorio y me dan una cátedra".

Con no disimulada pena el flamante profesor universitario abandonó el miserable galpón donde tantos descubrimientos lograra en 20 años de ininterrumpida tarea. Más de una vez, y especialmente en ocasiones solemnes, sus palabras traducirán su cariño hacia el mísero local y su agradecimiento a la modesta escuela municipal.

Liberados de la estrechez económica, Pierre y María, que lo secunda como jefe de trabajos en la Sorbona, no cejan en el anhelo de contar con un laboratorio. En Pierre es ya torturante obsesión. Poco le interesa que en la Academia de Ciencias sea presentada nuevamente su candidatura que resulta triunfante —¡por un voto!— en la sesión del 3 de julio de 1905. Tan poco, que días después escribe a Gouy: "Me encuentro miembro de la Academia, sin haberlo deseado y sin que ella haya querido incorporarme". Cual si previese su próximo fin, clama más que solicita, se le asigne un laboratorio donde poder trabajar. Su sueño no se verá satisfecho. En la lluviosa tarde del 19 de abril de 1906, esa excepcional cabeza es aplastada en un accidente de tráfico.

La consternación fué mundial. Tanto que Bordeaux en su "Histoire des sciences au XIX^e siècle", escribe: "Encontrándome cerca de San Francisco en el momento del famoso terremoto, recuerdo que un diario americano declaraba que la muerte de Curie era para la humanidad, una pérdida más grande que el desastre de California".

La universal congoja debió gravitar en los dirigentes universitarios para decidirse, tras notoria indecisión, a romper con las tradiciones seculares e incorporar una mujer como profesora de la Sorbona en reemplazo de Curie. Esa mujer no podía ser sino aquella cuyo prestigio se respal-

daba en sensacionales descubrimientos, en su actuación docente en la escuela de Sèvres, en su magnífica tesis doctoral presentada y publicada en 1903 con tanto éxito que debió reeditarse al año siguiente, en aquella mujer, en fin, que era un Premio Nobel. El 14 de mayo, María escribía en su Diario: "Te quiero decir también que me han concedido tu cátedra y ha habido imbéciles que me felicitaron por ello".

No debieron arrepentirse quienes propiciaron su nombre. Sobreponiéndose a su dolor, buscando quizá en agotadora tarea el lenitivo a su pena, María se entregó íntegramente a sus lecciones y a la investigación. El laboratorio, tan inútil como persistentemente reclamado por Pierre, debía ser realidad, debía ser el centro de la actividad científica en la rama por ellos creada.

Con devoción, ordenó y publicó en 1908, los escritos de Pierre precedidos por una semblanza del sabio.

En 1910, editó su "Traité de radioactivité", en dos gruesos volúmenes, conteniendo sus lecciones, modelo de didáctica y seriedad científica.

Prosiguió el estudio de los fenómenos radioactivos, con tal brillo que el Comité Internacional le encargó en 1910 la preparación del "patrón" internacional de radio; construyó tablas de constantes radioactivas; dedujo, en colaboración con Debierne (1914), el número de Avogrado contando durante 587 días las partículas alpha emitidas por una fuente de polonio y midiendo el volumen de esas partículas, es decir, del helio desprendido; ideó casi toda la terminología usada actualmente en radioactividad; formó discípulos y mantuvo ininterrumpidamente un centro de investigación mundialmente famoso.

El maestro había dejado en su esposa su mejor discípula. Su labor individual acusa contornos sobresalientes. En 1910 imita a Pierre rechazando la Legión de Honor y accediendo a instancias de colegas amigos, presenta su candidatura a la Academia de Ciencias, quizá con la secreta convicción de reeditar en ella la misma trayectoria de su esposo. No faltó académico que horrorizado exclamara: "Las mujeres no pueden formar parte del instituto". Su voz no era expresión aislada. María fué derrotada.

Y, curiosa coincidencia, nuevamente el reconocimiento mundial de su obra, procede del exterior. Por segunda vez, caso único, en diciembre se le otorga el premio Nobel de Química de 1911.

Es sintomático que poco después se desatara en Francia una campaña que afectaba el honor de María. Pareciera —he dicho alguna vez— que siempre que una mujer se destaca por sus dotes intelectuales, debe sufrir la afrenta de ser denigrada, cual si el hombre quisiera en tal forma hacerle sentir su estúpido orgullo de presunta superioridad. No podía eludir la mención de este lamentable episodio, pues el silencio podría ser interpretado como asentimiento a la versión propalada. No quiero darle, tampoco, mayor trascendencia. Bastará que recuerde que uno de sus más tenaces defensores fué Jacques Curie, para significar así cuán infundada me parece la especie difundida.

VOLVAMOS a la radioactividad. El cúmulo de conocimientos adquiridos, obligó ya en 1901 a Pierre Curie y Debierne a esbozar una teoría general de la radioactividad. Luego, Rutherford estructuró su famosa teoría de la desintegración atómica.

Con Soddy enunció la ley de las transformaciones radioactivas: El número de átomos de un cuerpo radioactivo, que se desintegra en la unidad de tiempo, es proporcional al número total de átomos en el momento considerado. Esa constante de proporcionalidad se llama constante radioactiva de la sustancia, y su inversa, suministra el valor de su vida media.

Vida media del elemento radioactivo viene a tener un significado similar al que damos cuando hablamos de la vida media del hombre. Un átomo o un hombre podrán desaparecer en tiempo distinto al fijado por esa vida media resultante del estudio de los conjuntos respectivos, pero considerando la totalidad de hombres o átomos, se constata un acuerdo perfecto con la ley probabilística. En los átomos de los cuerpos radioactivos, Rutherford sospechó la existencia de esa ley de probabilidad, admitiendo que algunos átomos se singularizaban por poseer cierta inestabilidad regida por una ley de ese tipo.

La diferencia que podemos establecer entre vida media del hombre y del átomo, es que la del ser humano varía con las condiciones de higiene, alimentación, trabajo, etc., mientras que la de los átomos radioactivos es característica de cada tipo de átomo sin conexión con el exterior. Nada puede alterar el ritmo de esa emisión de energía. La radiación, inmutable, cumple su ciclo.

Muchas veces se habla del período en lugar de la vida media de la sustancia radioactiva. Por período se entiende el tiempo requerido para que el número de sus átomos se reduzca a la mitad. Como dato ilustrativo, diremos que el uranio tiene una vida media de 6,300.000,000 años y un período de 4,400.000,000 años; el radio, 2,295 años de vida media y 1,590 de período, mientras que las cifras respectivas son de 0.2 segundos y 0.14 segundos para el torio A y un millonésimo de segundo es el período del radio C'. Como se observa, toda una extensa gama de valores que han permitido a la radioactividad zanjar el problema de la edad de nuestro planeta.

Lo notable de las trasmutaciones naturales verificadas en las familias radioactivas es el hecho —constatado tras pacientes investigaciones donde Mme. Curie jugó papel destacado— de que la sustancia hija de una desintegración, da origen a un nuevo elemento de vida media diferente, también capaz de desintegrarse más o menos rápidamente, prosiguiendo la secuela de transformaciones hasta llegar, en todas las familias, a un plomo estable. Por ejemplo, ya en 1920 pudo afirmarse que la cascada de transformaciones del uranio seguía el siguiente orden: uranio, ionio, radio, radio A, B, C, C', D, E, F o polonio, plomo.

¡El sueño de los alquimistas lo venía realizando la naturaleza desde millares de siglos atrás! Esta sola consecuencia sería suficiente para inmortalizar los nombres de H. Becquerel, Pierre y María Curie, a quienes debemos el nacimiento de la radioactividad.

Arrolladora, la cascada de trasmutaciones derribó la idea fuertemente adherida en los espíritus de la inmutabilidad e indestructibilidad del átomo considerado no como compleja estructura sino como ente indivisible, único. Hasta entonces todo parecía ratificar la antigua concepción.

¡Y ahora, todo el edificio se derrumbaba! Era preciso formarse una nueva imagen atómica.

Las tentativas de Becquerel y J. J. Thomson en ese sentido, cedieron paso a la hipótesis emitida por Rutherford en 1911, quien concibió al átomo como constituido por un núcleo central, electrizado positivamente, a cuyo alrededor giraban en distintas órbitas tantos electrones como corresponden al número atómico del elemento considerado. Su fascinante imagen, similar a nuestro sistema planetario, conquistó rápidamente el favor de los científicos. En 1913, Niels Bohr presentó su célebre teoría, cuyo significado fundamental finca en la introducción de los "cuanta" de Planck y en la emisión y absorción de energía solamente en el instante en que un electrón "salta" de una órbita a otra.

El descubrimiento de los isótopos por J. J. Thomson, el impulso dado a este hecho por Aston y otros, eran pruebas concluyentes de que se seguía una senda segura.

Obsesionante, vibraba en los espíritus una idea: si la naturaleza transmuta un elemento en otro, por qué el hombre no podría acelerar el lento proceso. Y en 1919, Rutherford glorificó su nombre con una experiencia trascendental. Bombardeando, con rayos alpha del radio al nitrógeno, pudo transmutarlo en oxígeno con desprendimiento de un núcleo de hidrógeno y aparición de cierta cantidad de energía. ¡La alquimia moderna triunfaba!

A la técnica que había permitido "ver" al átomo, se le exigió entonces, poderosos bombardeos. Y surgieron el generador de Van de Graaf, el ciclotrón. . . Ese avance técnico permitió revelar la existencia de nuevas partículas. El hombre se adentró en el seno mismo del núcleo atómico.

Los avances se precipitaron. Recordemos la experiencia de Irene Curie —la célebre hija de Pierre y María y también premio Nobel— y de su esposo Joliot, en que bombardeando con partículas alpha del polonio lograron radioactivizar al boro, magnesio, aluminio, creando así artificialmente elementos radioactivos que, en muy pocos años, sumaron centenares.

Avanzando más, Hahn y Strassmann lograron la "fisión" o "partición" del átomo de uranio, arranque de las investigaciones que condujeron al descubrimiento del nep-

tunio y plutonio, y más recientemente, del amerícium y del curium —en homenaje a los Curie— y, finalmente, a la bomba atómica.

Así, en ininterrumpida sucesión, se fueron acumulando nuevos hallazgos a partir del instante en que H. Becquerel, en pobrísimo laboratorio, descubrió la singular propiedad del uranio de emitir intensas radiaciones, cuyo estudio condujo a Pierre y María Curie hace medio siglo, a descubrir los primeros elementos radioactivos: polonio y radio.

Centenares y centenares de investigadores, gloriosos unos, casi ignorados otros, fueron los artífices de este extraordinario ejemplo de inteligencia y voluntad. En cinco décadas el hombre ha dado uno de los más formidables pasos que registra la historia hacia la obtención de la verdad. Al referirnos a dos de sus grandes propulsores, no olvidemos el aporte de los otros investigadores. Cada vez más, la ciencia es tarea de equipo, de acción internacional.

Si gigantes fueron Pierre y María Curie por sus aportes a nuestro saber, no menos grande es su perfil moral y humano.

Singulariza a ambos un auténtico espíritu científico que llega al sacrificio de goces materiales y hasta al exponerse continuadamente a la acción de las potentes radiaciones de los cuerpos radioactivos.

He aquí un bello ejemplo: en 1900, Walkoff y Giesel observaron que el radio ejercía una cierta acción fisiológica. Pierre Curie aplica sobre su brazo una sal de radio que mantiene 10 horas. Durante cerca de dos meses, observó atentamente la evolución de la quemadura experimentada, comunicando sus observaciones a la Academia de París, el 3 de junio de 1901, en colaboración con Becquerel, que había experimentado similar quemadura al llevar en un bolsillo una preparación de radio. Luego, Curie experimentó con ratas y cobayos.

Así nació la curiterapia. No faltó la proposición tentadora para comercializar la técnica de obtención del radio. Era la fortuna lo que se les brindaba. El soñado laboratorio. Pero era también, privar parcialmente, a la huma-

nidad de los beneficios terapéuticos de la aplicación del radio. Ello repugnaba al célebre matrimonio. Olvidándose de sí mismos, no sólo se niegan a patentar su descubrimiento, sino que publican con todo detalle el método operatorio para obtener radio y facilitan a todos los interesados cuanta información podía ser útil al progreso de la nueva industria que, gracias a tan desacostumbrado desprendimiento, progresó rápida y notablemente en todo el mundo.

Gesto magnífico realizado sin jactancia ni exteriorización. Gesto que rubrica la límpida trayectoria moral de estos seres para quienes, como creía Pierre: "la conducta que consiste en estar siempre de acuerdo con un ideal moral elevado, es, precisamente, la conducta más razonable y útil desde el punto de vista social".

Al fallecer Pierre, un clamor general reclamó el laboratorio tan infructuosamente pedido. Parecía ser realidad para su viuda, pero de no mediar su tenacidad, quizá no habría llegado aquel día de julio de 1914 en que el Instituto del Radium estaba listo para iniciar su obra.

¡Julio de 1914! Estalla la guerra. La polaca de nacimiento y francesa de adopción, no titubeó en aprestarse a la defensa nacional. Pronto se apercibe que Francia está desprovista de estaciones radiológicas tan imprescindibles en esos casos. Ahí está su tarea. Con ejemplar dedicación, venciendo las dificultades de corrientes y voltajes distintos en las diferentes regiones de Francia y también la incompreensión burocrática, organiza un equipo de servicios portátiles que ella misma condujo a través de los campos de batalla. Incansable, se la ve en todos los frentes, en hospitales, atendiendo heridos, sacando radiografías, instalando equipos —varios centenares— secundada desde 1915 por su hija Irene —¡17 años!— con absoluto desprendimiento de lo material, dona el gramo de radio que había preparado con Pierre —valuado entonces en un millón de francos oro—, el importe de su segundo premio Nobel, sus medallas, todo cuanto de valor poseía, para hacer frente a los gastos que demanda su empresa. Designada Directora de los servicios radiológicos, se prodigó hasta el fin de la guerra, con riesgo de su salud y seguridad.

En 1921 publicó un libro: "La radiologie et la guerre" donde expone sus observaciones sobre el particular y del

cual sólo recordaremos su juicio sobre el valor de las especulaciones aparentemente abstractas. Dice: "Tal nueva fuente de luz, fruto de pacientes esfuerzos del sabio en su laboratorio, extenderá un día su brillo sobre la humanidad, aportará el consuelo y alivio de sus sufrimientos; tal otra contribuirá a facilitar la vida y el esfuerzo pacífico hacia un mayor bienestar físico, moral e intelectual. Las repercusiones del pensamiento fecundo son ilimitadas. Su campo de acción excede todo horizonte conocido. Toda colectividad civilizada tiene el deber impcioso de velar por el dominio de la ciencia pura donde se elaboran las ideas y los descubrimientos, de proteger y estimular a sus obreros y aportarles el concurso necesario. Es a este precio solamente, que una nación puede engrandecerse y proseguir una evolución armoniosa hacia un ideal lejano".

El proceder de Mme. Curie pretendiendo aliviar el dolor del prójimo, tiene cierta similitud con el de Pierre que, temperamentalmente poco adaptable a la actividad febril de la política, a pesar de vivir concentrado en sus investigaciones, no dejó de interesarse en los problemas sociales, confesar sus ideas colindantes con el socialismo y vencer su huraño natural para alistarse claramente entre los defensores de Dreyfus, no obstante la ola de chauvinismo que imperaba en su patria.

Terminada la guerra, el Instituto del Radium, bajo la dirección de Mme. Curie inició una actividad aún hoy ininterrumpida. Imposible referirnos aquí al contenido de sus obras y trabajos que publicó. Bastará decir que de 1919 a 1934—año de su fallecimiento—483 comunicaciones, entre ellas, 34 tesis, salieron de su Instituto donde se formaron investigadores de reputación mundial.

Aureolada por la gloria pudo palpar el reconocimiento a su infatigable y valiosa labor. Ello no quebrantó su natural modestia. Nuevas pruebas de su desinterés por lo material, dió con motivo del gramo de radio que le obsequiaron las mujeres de Estados Unidos en 1921, que donó a su Instituto, gesto que repitió en 1929 al recibir nuevamente de las mujeres norteamericanas otro gramo de radio que, esta vez, donó al Instituto de Varsovia, cuya dirección ejercía desde París.

Así fueron estas dos vidas. Entregadas incondicionalmente a un ideal superior de bien colectivo. Supieron de grandes satisfacciones y también de amarguras e incomprensión, pero fueron capaces de superarlas abroquelados en un ideal auténticamente sentido y honradamente practicado.

Modificando un tanto el lema que Pierre señaló como norma de su vida, diríamos: "Hicieron de la vida un sueño y del sueño una realidad".

LA CRIMINOLOGIA EN LA NOVELA POLICIAL

Por Miguel HERRERA FIGUEROA

LA importancia sociológica de la "novela" ha quedado evidenciada una vez más, en el auge triunfal de la literatura policiaca y más aún en los nuevos rumbos de la misma, es decir en el paulatino tránsito operado dentro de la novelística policiaca, de su primitivo tinte *criminológico* estrecho al subido sesgo *criminológico* que acusan las últimas producciones del género.

Dos palabras de aclaración caben aquí. La criminológica es la disciplina de orden preferentemente técnico que se ocupa de la verificación científica del delito y sus autores, el descubrimiento del crimen y la identificación de los delincuentes. Sus primeros pasos, que fueron dados por las disciplinas de orden técnico-naturalístico o físico que la componen, han sido hoy dejados en segundo término y sus buceos hunden preferencias en los despliegues de orden psicológico, afirmando sus explicaciones en los aportes que le ofrece la criminología.

Esta disciplina, que constituye una teoría de conductas criminógenas, se ocupa del estudio del o de los orígenes del delito, de sus causas y motivos determinantes. Tres ramas confluentes en estructura abarca la criminología, a saber: la sociología criminal que estudia el mundo circundante; la biología criminal que sumerge su afán científico en el desentrañamiento de la disposición o tendencia y la psicología criminal, rama troncal del estudio de la personalidad delincuente. Las tres concebidas estructuralmente en un armónico todo de carácter dinámico y sintético.

Dado en forma poliédrica el delito, interesa su conocimiento a tantos órdenes de investigaciones como caras tiene el supuesto cuerpo geométrico. Así, apasiona al cri-

minólogo desde el ángulo de su "porqué" y al criminalista desde las perspectivas del "cómo", "cuándo", "dónde" y "quién" del delito. Otros ángulos y vértices de conductas criminales, son estudiados por disciplinas como el Derecho Penal, la política criminal, el Derecho procesal penal, la moral, la filosofía jurídico-penal, etc., pero a no dudarlo, ninguna está en mejores condiciones para abordar en una forma integral y compleja la conducta delictiva que la literatura, que la mera literatura de sesgo artístico, y nada más cercano al hombre que el arte.

De todas las disciplinas penales, la criminología, es la que estudia más de cerca esa realidad polimorfa, y múltiple en su unidad, que se llama Hombre.

La criminología, disciplina científica eminentemente empírica, se ocupa de fenómenos, de hechos, tomados con determinada representación conceptual que atañen al ser del delito en su faz causal. Trabaja el enfoque etiológico de las conductas criminales sin despegar la vista del hombre y de su esencial unidad, que sabe es coexistencia.

El calar en la existencia humana, el inquirir por el ser del hombre, la búsqueda de una ontología fundamental, es misión preminente del afán intelectual de la época que nos toca vivir.

Con estas necesidades de la época, la criminología tiende a convertirse en la niña mimada del grupo de las disciplinas penalísticas. Acapara para ella el centro de todas las meditaciones sobre el crimen y ella sirve a su vez para alumbrar y vivificar a las otras disciplinas sus hermanas.

Siempre, la literatura estética sobre el crimen, había logrado conmover al lector pero sólo con el advenimiento de la novela policíaca al campo literario, irrumpen los problemas de orden *criminalístico* en la literatura. La primitiva novela policial fué, puede decirse, casi absolutamente literatura criminalística.

Es recién en los días que corren, coincidiendo con el auge de la teoría criminológica, que la tónica general de la novela policíaca, acusa un predominio del matiz *criminológico*. En su gran mayoría, el detective de ficción del relato policial de nuestros días, trata de penetrar en la psicología del autor del crimen a través de la del acto criminal que tiene ante sí, vale decir, de sumergirse en el

pensamiento del ser criminal —con el objeto de individualizarlo— esclarecer las materialidades del hecho delictuoso para ponerse frente a la psicología del autor del acto.

Este trabajo exige profundo conocimiento de la criminología. Buenos ejemplos nos ofrece en la novelística la famosa escritora inglesa Agatha Christie cuyo pesquisante Hercules Poirot hombrecillo de buen humor e irónico, contrasta con los investigadores de las novelas norteamericanas, relámpagos en la acción, incansables en su movilidad y sorprendentes por su desparpajo y relumbrones. Poirot que trabaja en base de sus conocimientos de la naturaleza humana, no hace alarde de tonos teoréticos en sus explicaciones caracterológicas. Sus juegos de inteligencia dan la impresión de haber sido extraídos más que de los libros, de la vida misma. También Silas Van Dine, hace trabajar a su personaje central Philo Vance con fuertes acentos criminológicos, tanto de biología como de psicología criminal, trasuntando sus esquemas esbozos más acusadamente científicas que los de la Christie.

Manfredo Lee y Federico Dannay los creadores del inefable Ellery Quin, hacen desenvolver a su laborioso pesquisante con algún bagaje de conocimientos de criminología. Idéntica cosa podemos decir de reputados literatos que han incursionado por el campo policiaco como Eden Phillpotts, Nicolas Blake, Graham Greene, John Dickson Carr, Patrick Quentin, etc.

Algunos de mayor reciedumbre literaria, como Anthony Gilbert que exorna su producción de talentosos rasgos poéticos; Gilbert K. Chesterton el impagable misticador paradójico y parabólico; Michael Innes el lúcido, inmerso en su complejidad efectista y llena de brío; Antón P. Chejov, pintoresco y profundo maestro, Jorge Luis Borges la primer pluma del género del habla castellana y otras muchas nuevas figuras, prefieren trabajar el armado de sus tramas, con olvido total de la faz científica criminológica que, a no dudar, conocen y respetan como se demuestra en sus producciones.

En la difícil tarea de alumbrar sectores criminógenos, autores del género, de la talla de James M. Cain, se han atrevido, fieles a los valores de "ansiedad" y "suspense", característicos de la novela policiaca, a describir el delito

por anticipado. Adelantar el desenlace; sin por ello resentir el entretenimiento apasionado del lector, cuyo interés por las fisuras criminológicas hace cobrar a estos relatos inusitadas consecuencias. Esta especie de fenomenología de los móviles del crimen obtiene dramático creciente desarrollo en sus novelas como puede especialmente palpase en dos de ellas, que incluso han sido llevadas a la pantalla cinematográfica. Me refiero a "Pacto de sangre" y "El cartero llama dos veces". En ambas el autor del delito es conocido por el lector, o espectador en su caso, desde los primeros pasos del desarrollo, sin que por ello sus notas dejen de encuadrar plenamente dentro del género policial. Vamos a ver por qué. La novela policial descansa en la intriga del lector por conocer el desenlace. Este desenlace, no parece ser necesariamente la respuesta al *quién* cometió el delito? Va un poco más allá. Del interrogante por el delito en sí, por su autor o autores, se pasa al interrogante por su total comisión, por el "*cómo*", por la manera en que se cometió, y la ansiedad por el descubrimiento no se circunscribe al conocimiento de su autor sino también a las secuelas justicieras que necesariamente apareja el mismo, amén de que el "suspenso" ansioso que por lo general mantiene el secreto del *quién?* acá queda reemplazado por una mejor misión del juego antitético de tipo agonal que etablan delincuentes y policías. Las fisuras de esta competición que es de la esencia de esta clase de literatura, reemplaza gananciosa con la tensión e incertidumbre que promueve, lo jeroglífico o prestidigitador del clásico relato policíaco. La más clara pintura de la antagonica porfía entre criminal y detective, lograda en las obras de Cain citadas, acerca más al peligro, al reto; deja más al azar la proeza y miseria del hombre criminal, porque permite ver nítidamente en juego coexistencial los factores del mundo circundante, que le empujan al torneo y desencadenan pensamientos críminosos en personas que nunca pensaron en tenerlos, la buena o mala suerte queda mejor evidenciada para bien o para mal de los protagonistas.

El deseo de evidenciar las raíces profundas del alma humana, constituye una necesidad del moderno pesquillante. Sólo conociendo las capas instintivas profundas de la naturaleza humana se podrá actuar con alguna seguridad

ante la oscura nebulosa del crimen. El desencadenamiento de una acción criminal obedece a motivos azarosos en ocasiones, pero en las más, sus causas conectan los registros varios y complejos del ser humano en sus planos filogenéticos. La capa de los instintos constituye una especie de dinamo central al que hay que ir a bucear, *a fondo*, para ponerse en el hilo de actuar del hombre. La criminología estudia en nuestros días muy fecundamente estos impulsos y tendencias. Lo hace desde una altura crítica, curada de los excesos de otras épocas.

De las nuevas conquistas de la ciencia criminológica, está saturada la novela detectivesca de nuestros días. Más de una docena de pesquisantes de ficción, son en su esencia íntima viviente, hombres, hombres como otros cualesquiera, como tal vez hubiera podido ser algún delincuente. Hasta en el mundo de la fantasía el *tipo criminal* "specie generis humani" ha periclitado definitivamente. La moderna criminología a lo sumo, reconoce tipos de *orientación criminal* y su afán por el "por qué" del delito la desentiende en cierto sentido de cuestiones teóricas alejadas de lo propiamente etiológico de la conducta criminal.

Estas conclusiones han abierto rutas maravillosas en el mundo de la fantasía literaria. La explicación de los motivos del hecho criminal nos sitúa en el centro de lo que técnicamente en derecho penal se llama "culpabilidad". En esta materia jurídica, la tónica valorativa: "del resultado" ha pasado a la "persona del autor". Desde luego, hay una gran dosis de certeza en querer aclarar el crimen a través de la cadena de los "móviles", de sus "causas", pero en realidad, no salimos del campo de la criminalística aunque estemos trabajando con materiales criminológicos.

Es cuestión de tónica, la novela policial de exclusiva proyección *criminalística* desemboca en el enigma. La de proyectiva *criminológica* en el misterio. Este, tiene un particularísimo valor que de por sí conecta con los afanes criminológicos, que son los de los motivos del crimen. El motivo es un manantial humano vivo y como tal es esquivo, escurridizo, inabordable o cuando menos de muy difícil explicitación. Cuando el *motivo* es lúcido conocido por todos, no transparenta sugerencias, pero como cuando casi siempre acontece, el *motivo* apunta polimorfo, con él trans-

parece el misterio. El mismo *motivo* como hecho, conocido o no, tiene idéntica naturaleza. Lo que se transforma con su luz o con su sombra es su valor, su significación. En la novela cobra inusitados caracteres y al renovarse su sentido toma creciente eficiencia.

En todos los relatos donde el misterio se resuelve por vía criminológica, las causas primeras y fundamentales del delito recién toman luz en las páginas finales. Incluso en las apuntadas obras de Cain, el *quién* del delito se conoce desde el vamos, pero los últimos *porqué*, van espigados como postres. No podría ser de otra manera.

El ser conocido o no, nada cambia ningún objeto. Si un hecho es conocido no hay problemas. Si no lo es y tampoco se sabe de él, lo mismo. La cuestión se plantea cuando se tienen barruntos del hecho y se le quiere clarificar exhaustivamente. Lo que no es conocido como misterioso no participa en ninguna forma en el misterio. La idea de valor de éste, adquiere relevancia en la medida en que se muestre captable, como así también, en la profundidad en que lo sea. En todo caso la esencia del misterio está en lo entrañablemente humano, y la de lo enigmático es la coloración mecánica. El *motivo* y el *misterio* aparecen estrechamente emparentados, marchan de las manos.

Es fácil darse cuenta de la enorme complejidad e innúmeras proyecciones que entran a tallar con los problemas de los "motivos". Acótese lo gigantesco de la labor de un pesquisante que desandara el camino del crimen cometido por una personalidad psicopática, o lo ciclópea que sería su tarea en un caso donde se dieran múltiples "causas" como tan a menudo ocurre. Amén, de suyo, en el caso más vulgar, donde también como siempre nos enfrentaríamos ante una estructura humana hecha conducta delictiva, que a más de sus complejidades entreveradas con distintas aptitudes espirituales, vitalmente hundidas en lo profundo del mundo biológico, estaría cualificada por una creación del mundo de los valores, el delito. Así la aparición y desaparición de las infracciones penales de los ordenamientos legales, supone la más amplia confirmación de que las figuras delictivas no tienen la pretendida índole naturalística y permanente que se le quería asignar, sino una substancialmente valorativa, compleja, de orden netamente empírico

cultural y humano, donde lo propiamente "natural" reduce sus contornos a un mínimun de mínimun.

En la primitiva novela policial, la personalidad del delincuente por fuerza debía aparecer en segunda línea pues, en realidad no interesaba su desentrañamiento. El misterio que envolvía el delito, difícilmente iba a poder develarse a base del conocimiento de la psicología de su autor. Recién la novela de fines de siglo, trabaja —todavía parcialmente— con el hombre autor de delitos, y las descripciones responden en un todo a la psicología lombrosiana y post-lombrosiana que poco podía alumbrar, en realidad, la excursión desde la psicología del acto hacia la del autor. Con todo, los primeros pasos autentican que es por la fuente de la criminología que nace el relato policiaco. Primero fué judicial. Los primitivos relatos de crímenes fueron meras crónicas tribunalcias de delitos juzgados y sancionados en los estrados legales. Quisieron proscribir los juegos de imaginación en estos relatos oficiales, pero lo sugerente del crimen, aparecía con agobiante crudeza y por allá se colaba la angustiada atmósfera que posteriormente sería la esencia del género.

En ocasiones, los relatos sin quererlo, daban tónicas mágicas, por lo extraño del espíritu de los protagonistas. En procura de una mejor fotografía judicial verbal de los hechos, la crónica del crimen mostraba significativos detalles y asomando así en alguna forma, el problema de los orígenes del delito. Alumbrando la fuente de su nacimiento, de los motivos determinantes del mismo, se hacía presente por fuerza lo abismático y asombroso.

Llegadas las cosas a esta altitud, el paso a lo jeroglífico del género propiamente policiaco había de ser corto.

Tardó bastante en darse y como siempre sucede, necesitó la opresión del rígido ambiente intelectual cientificista del siglo XIX, para que los taponés saltaran y apareciera la literatura criminalista que nos ocupa, juguetera, preñada de toques insólitos y burlescos, cabalgando las últimas ornamentadas monturas románticas. Toda la literatura ochocentista mostraba un crudo estiramiento de clerecía, cuando subrepticamente emerge de su mismo seno este género que lo es de la más genuina juglaría. Sus retazos fascinantes vienen a entretener alborotando todo el ambiente

literario serio que puja por su exclusión. La novelística policial está encarnada en el pueblo. El se puede decir que impuso la caridad que hoy ostentan estas producciones y es que no podemos negar por evidente, que el acto delictivo, inescindiblemente unido a la persona de su autor, por constituir una estructura, como lo enseña la escuela egológica del Derecho, es realidad en todo tiempo y en todo pueblo.

Literariamente considerados, estos relatos fueron pobres en su comienzo y, posteriormente, gran número de escritores industrializaron el género en franco detrimento de la calidad. Fué el lector quien al empezar a seleccionar la producción hizo mella en la baja "industria" y logró que calificadas plumas tomaran estas labores profesionalmente. Este tipo de literatura entró en Universidades y centros eruditos impuesto desde "abajo". Por otra parte y en la contracara de la misma medalla tenemos que los científicos de las disciplinas penales acuden muy frecuentemente a los clásicos modelos que les brinda la literatura. Es el secreto de las letras, del arte en general como dijimos. En lo estético se escudriñan mejor los meandros profundos de lo humano. Estas raíces ópticas suelen mostrarse esquivas e impenetrables a la ciencia. Por vía artística hay más fácil acceso. Es una verdad harto conocida por los científicos. Como todo hecho esencialmente humano, el crimen hunde sus entrañas en lo social. En todo tiempo ha existido y alguien pudo decir que sigue a toda sociedad como la enfermedad al cuerpo. Ese hecho tan sustancialmente humano logra desentrañamiento de más álgidas perspectivas en el campo de lo literario de tipo estético.

El género que nos ocupa nace a la luz literaria a mediados de la pasada centuria conjuntamente con nuestra ciencia de los orígenes de la conducta delictiva; la criminología.

Creando hacer Derecho Penal, a mediados del siglo pasado, tiene sus primeros buceos nuestra disciplina, la criminología. El maestro César Lombroso, no importa por qué equivocados derroteros trae al campo científico los graves problemas del origen de lo delictivo. La era del positivismo conquista una cantera que con el tiempo había de resultar la más rica y duradera: el positivismo penal. El

empirismo de tipo naturalístico domina todas las cátedras, y el panorama científico general que tenía enterrado a Manuel Kant estaba teñido del causalismo de tipo naturalístico. En este clima y con estos cartabones, Arturo Conan Doyle crea el primer pesquiasante de tipo científicista natural, en contraposición al de Edgar Poe, de subido tipo científicista, matemático. Sherlock Holmes con su lupa y sus inducciones saturadas de realidades biologists, reemplaza a Dupin el detective de Poe, tan apegado a sus elucubraciones abstractas embebidas por el racionalismo logístico deductivista que caracterizaba y coronó el siglo dieciocho insertándose en el diecinueve bastante avanzado.

Es así como la era positivista nos alumbraba una ciencia que con el tiempo llegaría a constituir quizás la más importante disciplina del lote penalístico y también una literatura, heredada del viejo laureado género de caballería que vendría a ser la mayormente leída en la época contemporánea y, lo que es más, adquirir la alta jerarquía que hoy caracteriza a buen número de su producción. En esta materia el siglo del positivismo aparece rubricando duras paradojas. Quiso el XIX ser el siglo más serio y de su seno nace el más burlesco de los géneros literarios: La novela policiaca. Los valores agónicos que le caracterizan, clásica lucha de pesquiasante y delincuente, lleva ínsita las formas del juego. Juego serio, grave en ocasiones, dramático, trágico en otras, pero en las más, divertido, bromista y en todo caso juego al fin. Juego de prestigio, de lauros no solamente para pesquiasantes en singular sino para todo el grupo a que pertenece el ganador, que siempre lo es el policía, y consecuentemente el grupo que representa, el orden y la seguridad hecha estado.

Los elementos lúdicos agónicos del género literario criminalístico, conquistan prestigio a los cuerpos representantes del orden, en detrimento de los elementos turbulentos, para quienes ineludiblemente existen sanciones, humanas algunas veces, divinas otras. Resulta interesante puntualizar, que los valores jurídicos, confluyen en los armónicos desenlaces con caracteres de necesidad. El triunfo policial califica la estructura de la novelística policiaca. No sería concebible una novela policial en que el pesquiasante fuera derrotado.

El juego de la novelística policial coquetea a dos puntas. Lo hace con el problema enigma de su trama y con el del misterio que envuelve su "clímax". La resolución de su problema jeroglífico, o propiamente estructural, responde al orden científico criminalístico. El abordaje de su contenido misterioso suele serlo criminológico, saturado de filosofía más que de científicismo. Las raíces criminológicas sólo a una criminología trabajada en plano metafísico muestra sus entrañas. El misterio que envuelve toda buena obra policíaca no sólo está en las molduras de su trama, trasciende éstas y se entronca en el ser de los personajes que la protagonizan. La solución que nos ofrece a la postre el autor, resuelve o descifra el enigma propuesto. La excelencia del misterio que es otra cosa que el enigma, no liquida la aureolada venturosa penumbra, que en definitiva es la que mantiene viva la llama del lector de estos relatos. Este entusiasmo calará en profundidad conforme el cultivo propio del lector. El de nuestros días exige, más y más penetración, en la individualidad y fenomenología del delincuente y del delito y la lucha que entablan delincuente y policías servirá ese fin. Nunca vamos a agradecer lo suficiente a los autores de tramas policíacas por haber satisfecho en el plano imaginativo el ansia de juego y de misterio que domina todo nuestro horizonte existencial.

El elemento lúdico en la novela policial, se mantiene intacto, pletórico de contenido agonal, aunque en ocasiones aparezca disimulado y circunscrito a las reglas de la estructura de la novela. La lucha cruenta que entablan policías y delincuentes, si bien reconoce algunos límites de parte de los componentes del orden, desde el ángulo delincencial aparece impío y desbordando todo marco de piedad humanitaria. El mero cumplimiento ha sido dejado de lado en la novela policial actual. El intercambio de nobles cortesías y honorables retos, de las novelas de caballería de la era romántica, fué sustituido por tácticas y estrategias falaces y sucias que acrecientan las posibilidades de lo descomunal y lo descabellado.

El honor, es un lujo demasiado costoso entre el elemento delincuente. La porfía honrosa carece de sentido frente al crimen, que es de suyo, un algo audaz y arcano, donde toda lógica se pone a prueba.

De su faz lógica abstracta, conforme Edgar Poe nos expuso los primeros relatos del género, pasó con Arturo Conan Doyle a una era nítidamente materializada. El caviloso Dupin meditativo, matemático en sus aciertos, es superado por Sherlock Holmes, popular detective apegado al principio de causalidad, que ostenta como bandera, los triunfos de las ciencias naturales, tan empenachados como él, por aquel entonces.

Estos descifradores de enigmas, centran toda su atención en el enigma mismo, en el delito. Los protagonistas no aparecen aún con la nitidez deseada. Lo formal prima sobre lo sustancial. Los elementos místicos que un tanto resabiados muestra Poe, en Conan Doyle se esfuman casi por completo y, recién en nuestros días reverberarán con el reencuentro del hombre en el estudio de la psicología.

La primitiva novela policíaca nos había acostumbrado a delinquentes fríos y calculadores. A matemáticos de la acción, de inteligentes programaciones delincuenciales con exactas calculadas realizaciones. Estos delinquentes tan distintos de los de la vida real, fueron suplantados en la moderna literatura policíaca por otros de más sentido viviente; temerosos de sus acciones, indecisos en ocasiones, llevados en otras por el azar de las circunstancias a precipitar o postergar su delito, creando con la descripción de estas conductas, a la vez que una mejor pintura de la realidad existencial, una tensión mejor calibrada en el relato mismo.

A verificar el sentido interior de una conducta, aprender íntegramente su sentido, comprender el hacer humano, sólo se logra desde el supuesto que describe la moderna novela policial. Desde el supuesto de aquella primitiva, a todas partes era factible llegar, menos al torreón inescrutabile para ella, de los motivos del comportamiento humano tan caros a la psicología que emplea el criminólogo de nuestros días.

La psicología del positivismo, de tinte naturalístico estricto, había conseguido expulsar el alma de sus estudios, para mejor clasificar al hombre. Logró formular sus minuciosas clasificaciones pero extravió el objeto de su estudio, el hombre; que recién en nuestros días, la filosofía exis-

tencial le restaura como entidad sustantiva y pensante, estructural y dinámica única en su cuidado.

La psicología que emerge hoy, levantando su cabeza después de una cruenta crisis en que treinta escuelas procuraban para sí la verdad científica haciendo de ella un campo de Agramante, reconoce que sólo una misión sintética que una los divergentes derroteros puede conducir al puerto deseado, que desde luego no es el del triunfo de tal o cual escuela sino el del conocimiento del hombre, procurado desde todos los caminos. La complejidad humana, sólo complejamente se muestra, aunque paradójicamente sólo en su unidad es abordable.

En la literatura moderna esto se conoce muy bien hoy y se hacen enfoques de psicología que en otro tiempo hubieran parecido poco serios como si el hombre fuera sólo seriedad, o gravedad, o risa, o fantasía. Lo es todo y mucho más. Dueño de tantos fines, espoleado por tantas apetencias, el hombre, nos ha dicho Carlos Astrada —no se aviene con la definición clásica que hace de él, el “homo sapiens”, u “homo faber” de los positivistas, o “economicus” de los marxistas, ni tampoco con el “homo libido” freudiano. Rebasa todas estas definiciones con que en el curso de los tiempos se intentó apresar su variada e inestable personalidad. De todos estos moldes demasiados estrechos, meros aspectos parciales de una ingente posibilidad en desenvolvimiento, propiedades aparentemente fijas de un proteico contenido esencial que ellas no agotan, él escapa ágil, aguzando el interrogante acerca de sí mismo y dejándonos la punzante sensación de una mayor amplitud de su ser y del misterio de su rumbo. Este conocimiento de la problemática del hombre ofrece fecundos contornos. El ignorarle era lo peligroso.

Esta es otra dura paradoja del siglo del positivismo. Creó una criminología de rígido corte científico, tendente a una plenaria exactitud y a medida que avanzaba y avanzaba en sus estudios, más y más se alejaba del ser objeto de su conocimiento. Nació con ímpetus de inflexible rigidez, conceptuándolo todo en cartabones mecanicistas, para llegar como hoy lo presenciamos, a descreer en absoluto de tales gollerías, superando su crisis transida de anhelos,

esperanza y angustia por una acabada biología de la contracara de la santidad y la bienaventuranza.

El existencialismo estructural que constituye el enfoque mejor logrado sobre el hombre integral, sin residuos, ha abrevado fecundamente en el arte para proyectar mejor luz sobre los misterios de la vida y del hombre, para conectar en la medida de lo modestamente posible la existencia objetiva y el comprender, separados hasta ayer por la sobrenatural inexplicable o pseudo conectado por lo mecánico imposible. Sin la chispa de lo figurado impreso en espiritualidad, el concepto encapsulado en palabras, resulta ajeno, extraño, inadecuado a la fluencia de la corriente vital.

La novela policial va empujando esta corriente y no es mera coincidencia la de que entre los mejores cultivadores del género figuren inspirados poetas. Ello sin duda responde a que la vida se entrega más acabadamente al lenguaje poético y las imágenes de la moderna novela policial aparecen como jirones de vida, donde el crimen, la lucha que él desencadena, y, el juego que sigue a toda lucha, transparentan con bastante exactitud el clima existencial de nuestro tiempo, transido de audacia, delirio, ensoñación, fantasmagoría, alucinamiento y deseos de vivir con intensidad desesperada.

LA FILOSOFIA DE ANDRES BELLO

“**S**i Bello hubiera sido escocés o francés, su nombre figuraría en las Historias de la filosofía universal como uno más en pie de igualdad con los de Dugald Stewart y Brown, Royer Collard y Jouffroy, si es que no con los de Reid y Cousin”. Tal es lo que afirma José Gaos en el magnífico prólogo que acompaña a la obra de Andrés Bello, *Filosofía del Entendimiento*.^{*} El pensador hispanoamericano se muestra en esta obra a la altura de muchos de los más distinguidos filósofos europeos de su siglo. Sin embargo, apenas si su obra filosófica es conocida o tomada en cuenta. Antes de que se la conozca ya se piensa en ella como una “mala copia” de la filosofía europea. ¿Para qué leer a Bello si podemos leer a Reid o Cousin? “Pero es un tema para la filosofía de la cultura —dice Gaos— el hecho de que ni siquiera los historiadores de la cultura dejen de ignorar la existencia de los «valores» de los pueblos o naciones con los que, al no ser protagonistas de la historia política, los historiadores de ésta no se ocupan sino secundariamente... Incluso los historiadores políticos y culturales de los pueblos o naciones en dicha situación, cuya aceptación de la visión y valoraciones de los historiadores de aquellos otros pueblos o naciones es uno de los hechos constitutivos de la hegemonía de los protagonistas de la historia política en los demás sectores de la cultura”. Los hispanoamericanos supeditamos la valoración de la obra de nuestros hombres de cultura a la situación especial en la cual nos encontramos dentro de la historia política del mundo. Nuestra situación de pueblos coloniales nos hace ignorar la obra cultural de nuestros mejores hombres como si su pensamiento estuviese necesariamente ligado a esta misma situación.

Mientras Europa valora y revalora la obra de sus hombres de cultura potenciándola continuamente, los hispanoamericanos partimos del prejuicio de que todo lo hecho por los nuestros en el mismo campo sólo podrá ser una mala imitación de lo realizado en Europa o un conjunto de disparates y absurdos producto de una calenturienta mente “tropical”. En Europa, como en el caso concreto de Francia, nada o casi nada escapa a esta valorización potencializadora. Hay que

* Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

ver sus Historias de la filosofía, en ellas se encuentran tanto los más grandes genios de su filosofía como las figuras más secundarias, incluyendo simples expositores. Cada uno tiene su puesto: lo mismo el genio creador que el expositor que hace conocer la obra de éste. En estas historias nada sobra ni nada falta. Todas sus figuras forman parte importante de la cultura del hombre europeo; forman la más segura de las bases sobre la cual puede sentarse confiando en su firmeza. Los grandes maestros creadores toman de este todo indiscriminado el material sobre el cual continuar su obra creadora. Nunca se les plantea el problema de si una parte de ese todo será una mala imitación de otra cosa. Este peligro no existe. En la valorización que continuamente se realiza, las malas copias no pueden ser potencializadas, no existen de hecho. Este es sólo un problema que se plantea a pueblos coloniales como los nuestros. Mientras el europeo ha partido, hasta ayer, de la segura creencia en la universalidad de su cultura; nosotros hemos partido de la no menos segura creencia en la insuficiencia de la nuestra. Mientras Europa crea sus clásicos nosotros ignoramos a los nuestros. Y los ignoramos porque partimos de un falso supuesto comparativo mediante el cual queremos, no tener *nuestros* clásicos sino los clásicos de Europa. Nos quejamos de las malas imitaciones realizadas por nuestros pensadores porque quisiéramos imitaciones perfectas. Nos quejamos de que varios de nuestros filósofos sean, por ejemplo, malos imitadores o seguidores de la filosofía de un Comte, porque posiblemente quisiéramos que cada uno de ellos fuese otro Comte. Nos quejamos de que sean *distintos* en vez de ser semejantes a sus modelos. O en otras palabras, nos quejamos de que tengan personalidad, de que a pesar de seguir a determinado filósofo, su obra resulte distinta de la de éste. Nos negamos a tener "clásicos" porque no son semejantes a los clásicos europeos.

De aquí la importancia de la obra que se encuentra realizando el Fondo de Cultura Económica. Alguna vez la historia de nuestra cultura habrá de valorar debidamente esta obra. Al lado de la publicación de las grandes obras de la Cultura Universal los hispanoamericanos vamos teniendo a nuestro alcance las obras de nuestra cultura. La Biblioteca Americana, como la Colección Tierra Firme, habrán de ayudar en mucho a la toma de conciencia de nuestra realidad y a la valoración de lo nuestro, única base para alcanzar la universalidad por la cual suspiramos desde hace mucho tiempo. A nuestro alcance se van encontrando nuestros "clásicos" cuya universalidad depende sólo de nuestra capacidad para sacar de ellos lo que de universal existe en toda obra humana realizada con autenticidad. Por lo que se refiere

a la *Filosofía del Entendimiento* de Bello, ya José Gaos expresa lo que de su publicación espera: "Si en los pueblos de lengua española cultivásemos nuestros clásicos como debiéramos, aunque no fuesen comparables a los clásicos de otros pueblos, en las clases de Filosofía deberíamos preferir a cualquier traducción numerosos pasajes de Bello para ilustrar las exposiciones o practicar el comentario de textos. Que esta edición nueva a ello y sirva para ello".

La *Filosofía del Entendimiento* de Andrés Bello, al igual que otras muchas obras de varios de nuestros pensadores, no es ninguna mala copia de las obras realizadas por el pensamiento europeo. El filósofo americano utiliza este pensamiento en filosofía en la misma forma que lo puede hacer cualquier filósofo europeo que recoge todo lo realizado para continuar lo propio. En un estilo claro, llano, fácil y sin pretensiones, Andrés Bello va exponiendo su filosofía. Su obra no pretende ser otra cosa que simples lecciones. Pero son lecciones en las cuales el espíritu creador se va haciendo patente. Al lado de la exposición de la filosofía de su época va surgiendo la interpretación personal, el claro atisbo y el afán por exponer lo propio, sólo contenido por la seguridad de que aun le faltan informaciones.

Un ejemplo de cómo es posible crear nuestros "clásicos" lo da José Gaos en el Prólogo que acompaña a esta obra. Con gran minuciosidad va descubriendo y desentrañando la obra personal del filósofo venezolano. Con una atención que hace pensar en la minuciosa labor del relojero va desarmando la obra y separando sus piezas. De un lado van destacándose las múltiples influencias, la insuficiencia de muchas de ellas, la falta de algunas. Por el otro lo original, sus más brillantes atisbos. Los ingleses Bacon, Hobbes, Locke, Berkeley y Hume aparecen destacadamente en la obra de Bello. La Escuela Escocesa influye poderosamente en su filosofía. Pero allí están también los franceses D'Alembert, Rousseau, Condillac, Laromiguière y Victor Cousin. Poderosamente, unas veces y otras insuficientemente, la influencia de Kant. Leibnitz tiene también un importante papel en la obra de Bello. Al lado de estas influencias Gaos señala sus brillantes atisbos. Entre éstos el que se refiere al "temporalismo" de boga en nuestros días. El rechazo de Bello al "realismo volitivo" que surge en Maine de Birán, su contemporáneo y es restaurado en nuestros días por Dilthey y Scheler. En la parte que se refiere a la psicología se encuentran también brillantes atisbos sobre una psicología descriptiva y la fenomenología.

Andrés Bello es a veces consciente de esta su capacidad creadora, pero siempre le detiene la conciencia de no estar suficientemente

equipado. Donde su personalidad se hace más patente surge este temor y con ella el abandono de la labor creadora que termina con un "La materia es vastísima. Cada una de las causas enumeradas pudiera dar asunto a una larga y curiosa investigación. Pero esta empresa es muy superior a mis fuerzas". Pero pese a este sentimiento de insuficiencia la originalidad existe, y esto se ha encargado de demostrarlo José Gaos. "El lugar que su sistema en general—dice— y tantos puntos particulares dan a la *Filosofía del Entendimiento*, condicionando su valía, es desde luego excepcional en la historia del pensamiento de lengua española, pero incluso no infimo en la universalidad de la filosofía".

Bello es en el campo de la filosofía un espíritu creador. Aunque no el espíritu creador que posee la audacia del que sabe ha asimilado perfectamente su pasado y pretende seguir adelante. Bello es un *espíritu creador cauto*. Un espíritu que se sabe heredero de la gran tradición cultural europea, pero que también se sabe desprovisto de todos sus medios. Un espíritu creador cauto que teme "descubrir mediterráneos", porque aún no se considera suficientemente informado para descubrirlos. Un espíritu creador que se asimila la filosofía de su tiempo y que se va permitiendo pequeñas, pero seguras audacias. Tal es Bello. Es el mismo espíritu que anima a muchos de los pensadores hispanoamericanos del pasado siglo, en una época en que se empezaban a levantar las bases de una Cultura independiente, personal y propia de nuestra América. Andrés Bello era bien consciente de la tarea que a su generación correspondía. Su cautela fué sólo expresión de un afán por realizar una obra firme y segura sobre la cual los hispanoamericanos pudiesen en lo futuro asentarse, con la misma firmeza como se asienta el europeo en lo que llama su cultura. En un pequeño artículo publicado por Bello en *El Araucano* de Santiago de Chile en 1848, decía: "Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formará de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestra filosofía y no se apropia su espíritu. Su civilización es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene".

Leopoldo ZEA.

Presencia del Pasado

PATOLOGIA DE LAS BRUJAS

Por *Juan ROCAMORA CUATRECASAS*

DEBO confesar ante todo, antes de intentar la observación del período histórico de la medicina en que tuvo máximo auge la demonología y la brujería, que soy un leal admirador y amigo viejo del diablo. La parcialidad que me impulsa en su favor, me hace contemplarlo siempre como un héroe poético, al que perdono por adelantado todas las picardías. Desde que tengo uso de razón me ha preocupado su presencia, y una de mis mayores aspiraciones fué la de llegar, a costa de cualquier pacto o combinación, a tener con él una verdadera conversación; ello sobrepasaba incluso, el temor bien inculcado al pecado y al fuego eterno del infierno. Confieso lealmente que no he podido conseguir mi aspiración, a pesar de mi buena voluntad. Repasando su larga historia, he envidiado a todos aquellos iluminados varones que pudieron percibir de cerca su presencia real; a los magos, alquimistas, brujas, hechiceros o adivinos, que en épocas pretéritas mantuvieron tratos directos cordiales y repetidos con Lucifer.

Porque aunque el diablo en nuestra época está en aparente decadencia y como dijo un día Alejandro Casona (que tiene por el diablo un poético respeto digno de toda alabanza): "Satanás se ha retirado a la vida privada", permaneciendo en un orgulloso y ofendido retiro lejos de las miradas de los infelices mortales, todos sabemos que está presente en espíritu en todas partes, manifestándose más o menos veladamente a través de cosas, hechos e individuos. De ahí mi desolación por vivir precisamente ahora, en que sólo podemos deducir su influjo a través de vulgares impresiones desprovistas de todo ropaje sobrenatural. Otra cosa era en aquellos gloriosos siglos de la Edad Media, que voy a recordar hoy, cuando el demonio campaba en el mundo por sus respetos, y su figura elegante y flamígea,

podía ser percibida por los elegidos, no sólo como tal, sino bajo los aspectos más raros, ligeramente disimulado en forma de íncubo, súcubo, o en el cuerpo de animales e incluso personas, gracias al sutil poder de la floreciente licantropía, que poblaba los campos de hombres aulladores y seres misteriosos.

Quisiera reivindicar para nosotros las virtudes y excelencias del vilipendiado Lucifer, a quien los actos de los hombres han adjudicado toda la malignidad que sólo podría atribuirse en justicia, al desorbitado deseo de extremar hasta límites inconcebibles el cumplimiento de leyes, que se atribuyeron con ilusoria certidumbre a la voluntad del Creador, y que no reflejaban más que el terror y la desorientación de los hombres que las impusieron, complicaron y multiplicaron, pervirtiéndolas y deformándolas al paso de los siglos, y haciendo de ellas horribles palancas rituales movidas al impulso del instinto defensivo ante lo desconocido y que mostraban como una de sus más importantes facetas, el odio misógino y triste al sexo y a la representación carnal del mismo en la mujer.

Así el hombre, echando en las espaldas del vituperado diablo toda la carga subconsciente de sus terrores y fobias, creyendo estar en el camino cierto del autoconocimiento, construyó el macabro edificio medioeval que culmina en una obra llamada *MALLEUS MALEFICARUM* o *MARTILLO DE LAS BRUJAS*, fruto concienzudo de dos frailes inquisidores alemanes, *Sprenger* y *Kramer*, quienes estaban provistos de las más amplias autorizaciones papales y seculares, entre ellas una importantísima bula de *Inocencio VIII*, a la que me referiré enseguida, y otra de *Maximiliano*, Rey de Roma; lo cual reunía —como siempre— a la Iglesia y el Estado; también consiguieron obligar a los representantes de la ciencia —si es que podemos llamar así a las autoridades de la Facultad de Teología de Colonia— a dar su aprobación a las tesis expuestas por los dos dominicos, convirtiéndolo en libro de texto de la demonología a su tratado.

Voy a referirme a tan importante libro, ya que el mismo informó la vida cotidiana durante varios siglos, y de sus páginas salió el impulso principal para extender por todo el mundo la persecución más exterminadora; y porque en ellas se condensó todo el pensamiento y conoci-

miento demonológico, que tan caro estaba costando a la humanidad y cuyas consecuencias están todavía presentes en la época actual. Dicho libro, verdadero tratado de patología brujeril, de tesis tan sencilla como cruel, se divide en tres partes principales: en la primera se demuestra irrefutablemente, con razones contundentes y definitivas, la existencia de las brujas y además, el error y la herejía en que caen quienes se atreven a sospechar de la misma; podríamos decir que trata de la *etiología* de la enfermedad; una vez bien sentada esta premisa, el libro en su segunda parte describe los diversos tipos, clases y escalafones en que las brujas se dividen y los diversos procedimientos de identificación: corresponde por tanto al *diagnóstico* de la brujería. La tercera parte, la más catastrófica, es la consecuencia lógica de la etiología, patogenia y diagnóstico: el *tratamiento*, con las formas legales de examinar, torturar, sentenciar y suprimir a las brujas, con todos los detalles relativos a dichos procedimientos legales y que dada su espantosa crueldad pueden pasarse por alto, bastando saber que después de las técnicas siempre fracasadas, para librar a una bruja del diablo, el *tratamiento* terminaba en la hoguera.

Este funesto libro puso en manos de la Iglesia y el Estado un mecanismo legal que les permitía actuar en forma enérgica y violenta, sin limitaciones de ningún género, ante el malestar y la inquietud política crecientes en la Europa cristiana, crisol donde se fraguaba el futuro desenvolvimiento libre de la ciencia. Del mismo, un profesor alemán del siglo XIX dijo lo siguiente: "Un pesado volumen en cuarto, tan loco vulgar y cruel y llega a tan terribles conclusiones, que nunca antes o desde entonces una combinación semejante de características horribles salió de la pluma humana. Muchos sentimientos se agitan en el lector, que se esfuerza en penetrar sus textos; sentimientos de opresión, disgusto, tristeza, y vergüenza nacional".

Hasta la publicación de este notable libro, en el año 1484, simultáneamente con la bula de *Inocencio VIII*, titulada "Summis desiderantis affectibus" conocida como "Bula de las brujas", los hombres podían tener sus dudas y vacilaciones con respecto a lo que eran las brujas y a su existencia misma. Desde el momento en que se publicó

ya no podía tolerarse la incertidumbre, puesto que había un texto oficial y aprobado que las describía autorizadamente, con sus características, detalles y crímenes. Con su magna obra a cuestas, *Sprenger* y *Kramer* recorrían la Germania dejando tras de sí un reguero de hogueras en que ardían sin discriminación hombres, mujeres y niños. Los enfermos mentales constituían en primer lugar el pasto propicio para aquella apocalipsis inquisitorial. La tenebrosa historia de la psiquiatría, cuyo cortejo de torturas físicas a los pacientes hace tan poco que se ha extinguido, escribe en estos siglos de oprobio espiritual y material, sus páginas más negras. Gracias a la demonología, el terror colectivo ahogaba la herejía creciente y con la Inquisición, la Iglesia y el Estado luchaban avasalladoramente y con aparente éxito, para obstruir la eclosión del pensamiento libre que germinaba bajo la confusión colectiva.

El *Malleus Maleficarum* o *Martillo de las Brujas*, condensa el criterio de la Iglesia y el Estado ante la incógnita demoníaca; sintetiza y lleva a situaciones de legalidad, toda la deformación psicológica del mundo, en una época de evolución de la mente humana, que todavía perdura y que va moviéndose lenta y trabajosamente hacia su perfeccionamiento, sin que su progresión signifique precisamente una ascensión positiva aunque lenta, sino que se desvía, se desorienta, vuelve atrás o toma largos caminos difíciles que desembocan en callejones sin salida, de los que hay que librarse deshaciendo todo lo andado, pero que aún así dejan su huella de rémora espiritual, de lastre para el futuro, lleno a su vez de desvíos y errores. *Hogdon Bradley* en su magnífica "Autobiografía de la Tierra" dice que: "La insensatez humana no es el único fenómeno de la Naturaleza que se repite a sí mismo. El Universo entero se mueve en un monótono ritmo". Y más adelante añade: "...el cambio es una de las aversiones más pertinaces del corazón humano".

El *Martillo de las Brujas* además de la ley dogmática, interpreta el sentir de las masas de aquella época. No es tan sólo la ley antisexual, draconiana y brutal al servicio de una minoría, sino que, salvo contadas excepciones, sus dogmas son acatados y aceptados de buen grado, convertidos de antemano en artículos de fe por el pueblo, que

sólo al principio protesta de su aplicación cruenta, pero que ve en esta ley oficializada la interpretación exacta de sus creencias más arraigadas. Las leyendas de brujas y hechiceros formaban parte del substratum mental de las multitudes y ni la misma minoría que explotaba la superstición entronizada escapa a la explosión de esta locura colectiva. El juicio público y final de la bruja antes de ser quemada, seguía un ritmo ceremonial escrupulosamente establecido y por el cual, la bruja era llevada de espaldas al Juez, para evitar que su mirada pudiera transferir a éste algunos de los muchos diablos que llevaba puestos. En tal caso, si se producía el fatal cruce de miradas, el Juez podía acabar sometido a los mismos *tratamientos* anti-diabólicos que terminaban con la pobre mujer.

No es posible hacer aquí, ni tan sólo un esquema histórico de las leyendas de brujas y hechiceros. Las hubo en las edades más remotas. El primer hechicero de que se tiene conocimiento perteneció a la raza de Cro-Magnon y vivió hace por lo menos 20,000 años. Las pinturas rupestres de las cuevas de los "Tres Hermanos" en Ariège (Francia) que corresponden a dicha época y en las cuales se han encontrado una serie de testimonios de aquella raza, presentan a este hombre en pleno baile ritual, ataviado de una manera fantástica con la piel de un animal, llevando en la cabeza cuernos de reno, con orejas parecidas a las del oso, guantes con largas y afiladas garras, larga barba serpentina y una cola de caballo. Según la descripción de Haggard, este mago, el primero en la historia del mundo sería también el primer médico. Agachado como dando un paso de baile en una danza ritualica y rodeado de pinturas de animales prehistóricos.

Los antiguos griegos y romanos mencionaban con frecuencia a las brujas y tienen además en su favor la gran belleza de casi todas ellas, como *Circé* y *Canidia* o bien la muy hermosa *Panfilé* que enamoró locamente a un tal *Lucius*; quien obsesionado por la muchacha, cansado de rondar la casa de la bruja sin poder acercarse a ella y desesperado por las negativas de la ingrata, sobornó a la doncella para que lo introdujera en su cuarto por la noche. Allí el enamorado galán vió con asombro que *Panfilé* se untaba con una pomada mágica, lo cual produjo inmediatamente

el desarrollo de plumas en todo el cuerpo desnudo de su adorada, que transformada en buho desapareció por la ventana. Cuenta *Major* que *Lucius* convenció a la doncella para que le diera un poco de ese unguento, que le permitiría transformarse a su vez y seguir así a la mujer de sus sueños; la muchacha se equivocó de frasco y *Lucius* al aplicarse la pomada se transformó en un asno, cuyas aventuras relata *Apuleyo* en la novela "El Asno de Oro".

El concepto cristiano de las brujas era mucho menos poético y carecía en absoluto de toda belleza; las brujas debían seguir los cánones y ser invariablemente feas, desdentadas, encorvadas y viejas. Aunque la práctica de la hechicería y el embrujo eran un crimen horrible castigado con la muerte, las dificultades para discernir si una bruja lo era realmente disminuyeron durante varios siglos la gravedad del caso, y fueron relativamente pocas las brujas quemadas hasta la aparición del *Malleus Maleficarum*, que puso de nuevo en todo su vigor el versículo veintisiete del duodécimo capítulo del *Levítico*: "El hombre o la mujer que tiene un demonio familiar, o que es un hechicero, será condenado a muerte; será apedreado con piedras, y su sangre correrá."

La Iglesia aceptaba en sus dogmas la existencia de brujas y sus poderes sobrenaturales, aunque su posición inicial con respecto a la magia era indecisa, dada su condenación expresa de cualquier manifestación que significara un culto pagano a la naturaleza; sabemos que la creencia en el demonio era entonces universal; había sido determinada expresamente su confirmación en las palabras y las obras de Cristo, según el Evangelio de San Mateo y como señala *Sherwood Taylor* los teólogos "admitían generalmente que estos diablos poseían poder y su invocación por medios mágicos era considerada como eficaz, aunque pecadora". Ante dicha creencia y aun en peligro de pecar, las invocaciones al diablo con fines curativos del hombre o del ganado, o con cualquier otro objeto menos humanitario y en consecuencia más frecuente: envenenamientos, venganzas, trampas, hechizos, maldiciones, etc., etc., florecían de una manera extraordinaria.

La estructura social de la Iglesia era la única que proporcionaba ciertas seguridades para la integridad física del

hombre estudioso: éste debía luchar como los demás, tenazmente, para subsistir en un mundo convulsionado, descrito por *Zilboorg* con estas inspiradas palabras: “un período en que se jugaba, se comía, se oraba y se moría intensamente, en que se asesinaba y se robaba, magníficamente”. Era un mundo en que el hombre culto se sentía desplazado y en el que un fanatismo intransigente y progresivo pisoteaba sus intereses; *George Fort* en su obra “La Medicina de la Edad Media” dice que: “la espada y no la pluma reinaba, y por esto el conocimiento y con él la medicina, se refugiaron dentro de las paredes de los monasterios”. La medicina y toda la ciencia conocida, fué concentrándose así en los monasterios, pervirtiéndose o quedando reducida a un esqueleto teológico, perdido todo interés en la investigación o experimentación, y limitándose en realidad a una labor de pseudoestadística, copia, conservación y plagio de textos antiguos, mientras los pensadores se sumían en los piélagos inconmensurables de las discusiones teológicas más abstrusas, como la de la transubstanciación, que consumió la materia gris de tantos eruditos, quienes rebullían, se agitaban y se quemaban las cejas, tratando de saber si el cuerpo de Cristo, presente en la hostia consagrada seguiría sin alterarse ni perder la personalidad cuando esta misma hostia fuese comida por un ratón; o bien daba lugar a elucubraciones como las de la abadesa *Hildegarda*, aquella mujer tan leída, amiga y consejera de Papas y Emperadores, que vivió en el siglo XII y escribió tantos libros, entre ellos alguno de medicina, y que poseía una cultura que rivalizaba con la de sus contemporáneos más importantes del sexo fuerte. *Santa Hildegarda* dominada por la astrología y la magia cuyos detalles conocía, llegó tras sus estudios, meditaciones y éxtasis a la conclusión —que escribiría razonándola en sus libros— de que el primer período menstrual de nuestra madre Eva, se debió única y exclusivamente a su caída moral. Seis siglos antes de escribir estos conceptos la notable abadesa, el papa *Gregorio El Grande* había declarado en una epístola, que “un conocimiento de la gramática, incluso para un laico, tenía que ser indecoroso, mientras que para un obispo, tal conocimiento era repugnante.”

Después de la toma de Alejandría por los árabes en el año 640 y con la destrucción de su fantástica biblioteca,

el olvido de los clásicos griegos y romanos de la medicina se consumó, haciendo posible esta evolución regresiva en que el monje reemplaza al médico, especialmente en lo que se refiere a la psicopatología, es decir la misma fuente de la medicina, que desde las edades más remotas se venía arrebatando al hechicero de la tribu para entregarla al médico, su heredero científico y objetivo. Este retroceso se produce gracias a ese clima mental del hombre en la época sombría del medioevo y da lugar a exponentes de ello como *Miguel Psellus* que vivió en el siglo onceavo y describió en su obra médica enciclopédica, toda una clasificación de las jerarquías de los demonios que “traban y vician el funcionamiento del alma humana”, sin que en la misma aparezca ninguna huella de las ideas higiénicas psicopatológicas de los griegos. Gracias a *Psellus*, poseemos hoy una sistematización de la demonología, que en su época sirvió de base fundamental a la psiquiatría. La postración mental en que cayó la humanidad entera, se condicionaba por el delirio místico antisexual y el desconsuelo de la impotencia ante la acción sobrenatural y demoledora que adjudicaban al diablo en su obra; *Inocencio VIII* que escribió la “Bula de las Brujas” para que sirviera de prólogo al *Malleus Maleficarum*, y que debía abrir todas las puertas a sus autores, los inquisidores dominicos *Sprenger* y *Kramer*, ha sido un hombre muy discutido por los historiadores. Según *Montague Sumners* se trataría “de un verdadero cristiano, si no inculpable por completo, sucesor de San Pedro” y añade “a pesar de sus faltas, Inocencio VIII fué un pontífice que, en una época difícilísima, llenó dignamente su dignidad apostólica”. Otros lo han descrito como un fanático, corrompido, lujurioso y feroz. *Ralph Major* se limita a consignar que “al comienzo de su carrera tuvo un asunto amoroso con una dama napolitana, de la que tuvo dos hijos”; lo cual considera que no era un escándalo extraordinario en aquella época. Además tuvo el buen tino de remediar sus *indiscreciones* anteriores —dice *Major*— casando a su hijo con una hija de Lorenzo de Médicis y a su hija con un hijo de Gerardo Uso de Mare, Tesorero Pontificio y uno de los hombres más opulentos del mundo.

La bula antibrujeril a que nos referimos no fué la única de este tipo, según otros historiadores católicos, que afirman en descargo de Inocencio VIII que existieron otras bulas de brujas tanto o más importantes—según ellos—que ésta, en la que no se hace más que ratificar los poderes conferidos a Sprenger y Kramer. No se trata ahora de acusar o defender a Inocencio VIII —¡que Dios tenga en su santa gloria!— y me limitaré a transcribir algunos de los párrafos, los que considero más jugosos, de la Bula que tanta polvareda había de levantar.

Dice así: “Muchas personas de ambos sexos indiferentes a su propia salvación y apartándose de la fe católica, se han abandonado a los demonios, íncubos y súcubos, y por sus encantamientos, hechizos, conjuros y otros encantamientos y artificios malditos, enormidades y delitos horribles, han dado muerte a niños aún en el vientre de la madre, como también a la prole del ganado. Han maldecido los productos de la tierra, las uvas de la viña, las frutas de los árboles; más aún a los hombres y a las mujeres, las bestias de carga, los animales de rebaño así como los animales de otras clases, los viñedos, los huertos, las praderas, los pasturajes, el maíz, el trigo y todos los demás cereales; estos miserables han afligido y atormentado a los hombres y las mujeres con terribles y lastimosos sufrimientos y enfermedades dolorosas tanto internas como externas; impiden a los hombres realizar el acto sexual y a las mujeres concebir, de lo que resulta que los maridos no pueden conocer a sus esposas y las esposas recibir a sus maridos”. Y más adelante dice Inocencio: “Por lo tanto nosotros estando completamente deseosos de alejar todos los impedimentos y obstáculos por los cuales pueda ser demorada la buena labor de los inquisidores, nuestros queridos hijos, Enrique Kramer y Juan Sprenger, profesores de teología de la orden de los frailes predicadores. . . , por el contenido de estas presentes, en virtud de nuestra apostólica autoridad, decretamos y ordenamos que los susodichos inquisidores sean autorizados a proceder a la justa corrección, encarcelamiento y castigo de todas las personas, sin obstáculo o impedimento de ninguna clase. . . No sufrirán ellos por obedecer al tenor de las presentes molestias u obs-

táculos por cualquier autoridad, sino que serán amenazados todos los que se opongan a ellos, todos los rebeldes de cualquier rango, clase, posición o preeminencia, dignidad o cualquier condición que sea o cualquiera sea el privilegio de excepción que puedan reclamar, con la excomunión, suspensión, interdicción y aún más terribles penalidades, censuras y castigos, según pueda parecer conveniente para ellos, y esto sin ningún derecho de apelación, y si pudieran ser agravadas y renovadas estas penalidades por nuestra autoridad, pueden recurrir si les place al auxilio del brazo secular". La Bula acaba con una invocación de gran efecto e indudable resonancia: "Pero si cualquiera se atreviera a hacerlo, que Dios no lo permita, sepa que sobre él caerá la ira de Dios Todopoderoso y de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo".

En un mundo mental como éste sólo podían sobrevivir aquellas disciplinas del conocimiento que pudieran aprovecharse para mayor ilustración y complicación de los dogmas cada día más rígidos de la Iglesia. A tal extremo se llega, que el compendio de la ciencia total conocida en la época pudo ser expuesto por el sabio sevillano San Isidoro (600-650 d. C.) en una enciclopedia de trescientas páginas. Otro ejemplo ilustrativo del grado de retroceso cultural alcanzado es el *Physiologus*, especie de historia natural que fué uno de los libros más difundidos del mundo y en el cual, entre otras monstruosas bestias perpetuadas por los arquitectos en las catedrales de toda Europa, se describe, por ejemplo, a la *Hormiga-león*, animal extraordinario con cabeza de león y cuerpo de hormiga, cuya triste suerte determinaban sutiles leyes de la herencia: siendo hijo de padre carnívoro y madre vegetariana no podía comer una cosa ni la otra y perecía de hambre, según describe este original tratado.

El ambiente popular en que se oficializó el dogma de la persecución legislada de la brujería, estaba profundamente impregnado de los conceptos sobrenaturales, que abarcaban la tradición, la medicina astrológica, la alquimia, y la mezcla de ritos paganos y creencias milagrosas del cristianismo, por citar sólo algunas de las premisas mentales que condicionaban la superstición de las masas. Esta misma supers-

tición que perdura más o menos desdibujada en nuestros días, y que se deriva en una serie de fobias y manías más o menos inofensivas y de uso cotidiano, junto al curanderismo tan arraigado aún.

El asalto eclesiástico a la débil medicina medioeval proporcionó al mundo una oración para cada enfermedad y para cada síntoma, del hombre y de los animales. No se olvidó ningún cuadro patológico en este conjunto de oraciones, conjuros, bendiciones y exorcismos, algunos de indudable valor humorístico, aunque no sea más que en su título y que comprenden desde los exorcismos para la sal y el agua, hasta los conjuros para duendes, brujas y demonios, con oraciones curativas contra la peste, el mal de orina, las anginas, contusiones, relajamientos del pecho, malos gestos, ojeriza, males inmundos, contra la nostalgia, la parálisis, la catalepsia, la hinchazón del ganado, la lombriz solitaria, la apoplejía y una infinidad más, imposible de detallar. Son oraciones llenas de fe inocente mezclada al paganismo y que son exponente de la interpretación sobrenatural de la ley cristiana, con todos los atavismos de la tradición ancestral. Pero dentro de esta enciclopedia mística, la parte más importante es la dedicada a los maleficios y a la expulsión de diablos y malos embrujamientos. Parece que tal como ocurre en algunas enfermedades crónicas, cuando la imposibilidad de curación hace recurrir a toda clase de pruebas y medicamentos, en el caso de los maleficios o de la expulsión de diablos, la terapéutica incruenta, limitada a la acción ritualica, resultaba bastante ineficaz y en consecuencia se multiplicaban las oraciones dirigidas a estos fines, para ser utilizadas sucesivamente. Sus términos varían también y van desde la suave admonición llena de citas bíblicas, hasta el insulto violento al diablo renuente, para que ofendido, abandone el cuerpo del poseso. Pero por si esto también fallaba, había una *oración-recurso*, cuyo título original es: "Conjuro para cuando el exorcismo se suspende para otro día". Dice así: "Puesto que vosotros todos, malditos diablos existentes en esta criatura, que por vuestra soberbia no cesáis de vejarla; os manda Dios por nuestro ministerio que inmediatamente os separéis de todo lugar y miembro de su cuerpo y pongáis vuestras fuerzas en el pulgar del pie izquierdo

privándolo de todo sentido y que de allí no podáis en modo alguno apartaros hasta que por mí o por otro exorcista seáis librados. (Dele a besar un santocristo, mientras se le ata fuertemente un hilo al dedo señalado del pie izquierdo). Id malditos al lugar que os ha sido señalado y dad señal de vuestra reclusión levantando el cuerpo del suelo. Os pongo freno por cuya virtud fuertemente os ato y os mando que no subáis a la cabeza de esta criatura, ni a sus miembros, ni la espantéis despierta ni dormida, ni sentada ni de pie; antes bien le permitáis orar, comer, beber, trabajar, andar, descansar y hacer. . . todo aquello que atañe a la honra de Dios y a la salud de su alma y de su cuerpo”.

Había también conjuros con etapas, durante cuyos intervalos se vigilaba atentamente las señales de fuga del espíritu maligno, y si ésta no se producía, seguían insistiendo con el exorcismo. Transcribo como ejemplo el siguiente: “Te conjuro, espíritu seductor, lleno de todo dolo y falacia, enemigo de la virtud, ingrato a tu creador para que salgas inmediatamente de esta criatura. Haz sitio impiísimo y espureísimo, haz sitio a Cristo de quien nada encontraste en tus obras, etc. Por qué te resistes villano rústico? Por qué temerariamente te resistes, bestia escabiosa? Culpable eres para el Dios omnipotente cuyas órdenes traspasaste, culpable eres para su hijo Jesucristo a quien osaste tentar y presumiste crucificar, culpable eres aun para el género humano a quien con tus persuasiones propinaste el veneno de la muerte. Márchate pues villano, rústico y espureísimo, márchate. . . Nuevamente te conjuro dragón muy malvado, en nombre del cordero inmaculado que caminó sobre el áspid y el basilisco, y holló al león y al dragón. . . Huye pues villano al oír el nombre de aquel señor a quien tiemblan los infiernos, a quien las virtudes de los cielos, las potestades y las dominaciones están sujetas. . .”. Otra mirada al poseso y no viendo salir aún al espíritu del mal, seguían así: “Sal espureísimo, sal de esta criatura, te lo manda Dios, te lo manda el verbo hecho carne, Jesús Nazareno que como despreciaste a sus discípulos te mandó salir humillado y confuso del hombre: en cuya presencia y como te hubiese separado del hombre ni te atrevas a entrar en una manada de cerdos: duro es para ti el resistir, porque cuando más tardes en salir tanto más crece el su-

plicio para ti, que no desprecias al hombre sino a Aquel que es dominador de vivos y de muertos. . . Levantaré en ti aquel muy infame Lucifer que fué echado del cielo armado con toda su indignación a quien conjuro y mando que te arroje y te precipite en el fetidísimo lugar de Judas Iscariote, donde seas atormentado hasta el día del Juicio. Así sea”.

No es posible seguir relatando la insistencia con que se conminaba en todos los tonos al diablo para que abandonara su presa y si alguna vez consideraban que se había logrado este empeño, tenían preparado un conjuro cuyo título es: “Precepto para los que salieren”. Y dice así: “A todos vosotros, espíritus inmundos que habéis salido de este cuerpo, os mando en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que no volváis a él sino que seáis sacados y privados del poder de mostraros a esta criatura y de hacerle *ilusión alguna, tanto fantástica como real*, y que no la podáis ofender ni dañar en el cuerpo o en el alma: ni volver de nuevo para vejlarla, ni enviar a otros demonios en lugar vuestro, si no que por el sobredicho precepto seáis obligados a ir a las mansiones infernales. . . o a lugares que por Dios os fueren asignados”.

Todos estos conjuros y exorcismos culminaban con el de la “Santo Nomina”, de ritual más complicado y literatura confusa y misteriosa, para la cual se utilizaba una cruz rodeada de inscripciones e iniciales, también misteriosas. Se la empleaba sólo en las grandes ocasiones y como recurso final; algo así como la estreptomycin de nuestros días. En ella se echan sobre los malos espíritus las maldiciones y excomuniones de todos los santos y en especial mención de San Atonio Abad, San Antonio de Padua, San Benito y San Cipriano, aparte de las trascendentales de San Pedro y San Pablo. Por si ello fuera poco se añadía el nombre de Dios en todas sus variantes, a saber: “Agius, Solder, Mesías, Emmanuel, Sabaoth, Adonay, Athanato, Ischiro, Eleysón, Otheos, Eley, Saday, Agla, Alfa et Omega, Jehová, Profeta, Camino, Verdad, Vida, Eternidad, Gloria y Tetragammathon. “Haciendo una cruz en el cuerpo del poseso al pronunciar cada palabra. De la inacabable Santa Nomina transcribo solamente el siguiente conjuro: “Os conjuro a vosotros, demonios

infernales, espíritus malignos cualesquiera que seáis, presentes o ausentes, bajo cualquier pretexto que seáis llamados, o combinados o por vuestra voluntad o por fuerza, por amenaza o por artificio, de hombres o mujeres malas para morar o habitar. Yo os conjuro otra vez por temerarios y obstinados que seáis de obedecer y dejar a esta criatura; os lo mando por el Dios viviente, por el verdadero Dios, pero principalmente por Jesus Autem, por Jesus Superautem y por Superautem Jesus. Y si sois forzados a hacer mal por algún fuerte y expreso mandato ya sea dándonos culto o adoración y perfumes, o que se hayan echado alguna suerte de palabras o por magia, sea sobre hierba sobre piedras o en el aire, o en el agua de las fuentes, riachos, lagunas, estanques o en el mar, o que en eso se haya hecho natural o sencillamente o con composición, y que esas cosas sagradas aun que se hayan empleado en el nombre de Dios o de su ángeles; que se hayan servido de caracteres que hayan examinado las horas, minutos, días, semanas, meses o años lo mismo, aun que hayan hecho con vosotros algún pacto tácito o manifiesto, aunque haya sido con juramento solemne: Yo rompo y destruyo y doy por nulas todas estas cosas”.

Esta “Santa Nomina” es uno de los conjuros más típicos y completos que he transcrito, ya que es interesante señalar su enumeración detallista análoga al conjuro que se describe en un manuscrito del siglo x, y que está dedicado al “Utero Errante”, citado por *Zilboorg* en la “Historia de la Psicología Médica”. El útero errante era considerado productor de la histeria, creyendo que la viscera se desplazaba a cualquier región del cuerpo femenino, dando lugar con ello a una serie de complejos trastornos. Este conjuro dice así: “Al dolor de la matriz. ¡Oh! Matriz, matriz. matriz! Matriz blanca, matriz cilíndrica, matriz roja, matriz carnal, matriz bendita, matriz grande, matriz neufrénica hinchada. ¡Oh! ¡Matriz demoniaca!” Sigue con una larga invocación que revela la simbiosis de la vieja teoría del útero errante, con las concepciones demonológicas y en la misma se conjura a la matriz a no moverse; termina así: “Yo te conjuro a no perjudicar a esta sierva del Señor, a no alojarte en su cabeza, garganta, cuello, pecho, oído, dientes, ojos, ventanillas de la nariz, omó-

platos, brazos, piernas, manos, corazón, estómago, bazo, riñones, espalda, articulaciones, ombligo, intestinos, vejiga, muslos, fémur, espinillas, talones, uñas sino a permanecer tranquila en el sitio que Dios te ha designado.”

Este detallismo en las enumeraciones de los lugares, similar al de la Santa Nomina, y a la mayoría de conjuros, era una premisa establecida tácitamente como indispensable para el buen éxito de la terapéutica, ya que el olvido de algún detalle podría permitir al diablo alojarse cómodamente en dicho lugar dándose por *no aludido*. Se establecía así una competencia entre el espíritu diabólico y el del exorcista con el compromiso tácito por ambas partes de cumplir las reglas del apasionante juego. A pesar de ello parece que a veces fallaban todas las previsiones, seguramente por alguna trampa imprevista del diablo juguetón, y la epilepsia, la parálisis, la tifoidea o el “útero errante”, seguían haciendo de las suyas. La supresión de la medicina no implicaba desgraciadamente, la desaparición de las enfermedades y las mentales especialmente, aumentaban de manera alarmante. Por esto lo que al principio había sido visto con espíritu generoso y cristiano, aun cuando se considerara al enfermo como poseído por el diablo, fué pasando a la eliminación violenta de la enfermedad junto con el paciente, previas las torturas de rigor.

Cita Sprengel en su “Historia de la Medicina” el caso siguiente: “Godehardt caminaba un día a lo largo de las calles del municipio y encontró a un personaje muy afligido. Un examen e interrogatorio atentos revelaron al santo la inmundicia presencia de un demonio, al cual por el irresistible poder de la divinidad, arrojó del cuerpo de la bruja, que recuperó completamente la salud”. Por desgracia, las cosas no resultaban casi nunca tan fáciles y se impusieron cada día más los métodos cruentos. El campo de operaciones de las brujas se ampliaba a su vez, abarcando toda la patología. *Trithemius* en su libro “Antipalus Maleficiorum” escribe lo siguiente: “No hay punto de nuestro cuerpo que las brujas no puedan dañar. Durante la mayor parte del tiempo se posesionan de los seres humanos, que entregan a los diablos para que los torturen con dolores extraños. También entran en relaciones carnales con ellos. Desgraciadamente el número de tales

brujas es muy grande en cada provincia, más aún, no hay localidad por pequeña que sea, donde no se encuentre una bruja. Sin embargo los inquisidores y jueces que pueden vengar estos delitos manifiestos contra Dios y la Naturaleza, son pocos y están muy distantes entre sí. Hombres y animales mueren como resultado del mal de estas mujeres, y nadie piensa en el hecho de que estas cosas son perpetradas por brujas. Muchos sufren constantemente de las más severas enfermedades y no tienen siquiera conciencia de que están embrujados". El reclamo de *Trithemius* para una mayor eficacia en bien de la salud pública se vió satisfecho seguramente con la aparición del "Malleus Maleficarum" antes citado, y con él a la culminación de la demonología. En el Malleus aprende el lector las seis maneras que tiene el diablo para perjudicar a la humanidad, y que comprenden como dice Zilboorg todo el campo de la sexología, la psicopatología y la criminología; estas seis maneras son las siguientes: La primera es provocar en un hombre un amor malo por una mujer o en una mujer por un hombre. La segunda es inculcar odio o celo en alguno. La tercera es hechizarlos para que un hombre no pueda realizar la copulación con una mujer o inversamente, una mujer con un hombre; o mediante diversos medios, producir un aborto. La cuarta es causar alguna enfermedad en uno de los órganos humanos. La quinta quitar la vida. La sexta privarlos de razón.

¿Cuáles son los factores profundos que rigen el retroceso global del pensamiento humano, destruyen la visión objetiva y científica de la naturaleza, pervirtiendo la medicina y reduciéndola de nuevo a un conjunto de absurdas fórmulas mágicas? El hombre vive aferrado a un complejo mundo fantasmagórico. *Ernst Cassirer* se pregunta: "¿Por qué no enfocan directamente la realidad de las cosas y se enfrentan a ellas cara a cara; por qué prefieren vivir en un mundo de ilusiones, de alucinaciones y de sueños?" La psicología y la antropología modernas señalan un nuevo camino para responder a estos interrogantes. El esclarecimiento de los mitos va estrechamente ligado al concepto de la importancia de los ritos. El rito, absorbe de tal manera la mente del practicante que su estado emocional al envolverse en el ambiente sa-

cramental y tenso del rito, le imposibilita entrar en un análisis objetivo y va ocupando progresivamente su pensamiento, anulando toda voluntad de raciocinio.

El rito pasa a ser lo importante, lo determinante de las esencias religiosas, y por esto persiste por encima de ellas. Dice *Doutté* en su libro "Magia y Religión del Norte Africano" que "mientras que los credos cambian el rito persiste, como los fósiles que nos sirven para fechar las épocas biológicas". Así podemos ver al rito como elemento dramático activo de la vida religiosa, en que se manifiestan apetitos, tendencias; traducidos en oraciones, bailes, movimientos, actos rituales que van desde la fiesta orgiástica primitiva hasta el ordenado detallismo bajo la influencia de la religión oficial de la Iglesia. Desgraciadamente la palabra misma *antropología* no apareció hasta el año 1501, cuando *Magnus Hundt* la utilizó por primera vez en su libro "Sobre la Naturaleza del Hombre". Y la psicología permanecía en embrión en manos de los humanistas, ya que los médicos, cuando con el Renacimiento recuperaban lentamente el ejercicio de la medicina, se dedicaron al estudio de los muertos y no se interesaban todavía por el espíritu de los vivos. Las fobias y tabús impuestos por los autores del "Malleus Maleficarum" regían todavía, trecientos años después de la muerte de Sprenger y Kramer. El médico se ha desentendido, quizá por peligroso, del estudio de la psicopatología y son los humanistas los que van progresando en el conocimiento del alma humana. Aun así, *Giordano Bruno* que pertenecía a la misma congregación religiosa de Sprenger y Kramer, fué quemado vivo a fines del siglo XVI por defender a la Ciencia en voz demasiado alta.

Se estaba intentando separar de una manera definitiva a las enfermedades *naturales* o físicas de las *espirituales* o sobrenaturales. Pero la dificultad radicaba en el diagnóstico diferencial. Así vemos que cuando un enfermo presentaba por ejemplo, convulsiones, se le recitaba en voz alta al oído, un pasaje de la Biblia. Esta lectura debía provocar una respuesta, lo cual demostraba que se estaba en presencia de un poseso; un enfermo *sobrenatural*: ya que el diablo molesto o asustado con la lectura, daba lugar a dicha respuesta. Pero si a pesar de la Biblia, el en-

fermo no reaccionaba, quedaba demostrado que la enfermedad era *natural*. Esto acabó de llenar de posibilidades el campo de la medicina sobrenatural. La obsesión imperante en la Iglesia que impregnaba todos los pensamientos en la tendencia de salvar sólo el alma, despreciando en absoluto la vida terrena y por tanto el cuerpo humano y sus dolencias, se adueñó definitivamente del hombre. Esta hipertrofia del renunciamiento a la vida transitoria terrenal, esta definición del mundo como "un valle de lágrimas", resucita en la España de hoy. Quiero citar un caso entre millares, que me impresionó extraordinariamente al conocerlo por boca de un testigo presencial, y que es trágicamente descriptivo: En un pueblecito del pirineo Navarro, el año 1937, apareció una mujer desconocida que blasfemaba violentamente; desgreñada, con las ropas destrozadas, sucia y gritando por los caminos. Fué apresada y según contaban de manera confusa quienes la detuvieron, llevaba escondido en el pelo un mensaje en clave de los "rojos". A la mañana siguiente la mujer fué fusilada. Al llevarla a las afueras del pueblo el jefe de requetés del pelotón al escuchar las blasfemias e incoherencias que profería a desgraciada, y ver sus ojos extraviados, llenos de furor, se sintió acometido por terribles dudas. ¿Acerca de la salud mental de la condenada? ¡No! Quizás aquella mujer no hubiese conocido siquiera el sacramento del bautismo y su alma no podría salvarse. La duda teológica se resolvió mojando una ramita en agua del arroyo y bautizándola sumaria y cristianamente en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La brevedad de la ceremonia se disculpaba al realizarse "in articulo mortis". Hecho esto se procedió a la ejecución; la misma mano que la acababa de bautizar disparó el tiro de gracia, definida ya la duda religiosa, y con ella el destino celestial del alma de la pobre loca, que era a fin de cuentas, lo único que podía importar. El rito, el bautismo, era —como siempre— lo esencial y lo determinante. Ello se llevó a cabo con la misma seguridad infalible de los tiempos medioevales. Las confesiones de la pobre mujer enloquecida, si las hubo, no tenían la menor importancia para sus captores. Como hace quinientos años, lo único que interesaba era el rito y la salvación del alma.



Goya. Ejecución de una bruja.



Linda maestra!

En la época de Sprenger y Kramer el auge de la demonología se fomentaba además, por las confesiones de las mismas brujas. Si tomamos en cuenta la ignorancia absoluta de todo conocimiento relativo a las enfermedades mentales, comprenderemos la aceptación de las raras explicaciones que daban las detenidas a sus actos más o menos sobrenaturales. Así como la mujer de Navarra no dejó de blasfemar, gritar y gesticular, hasta su asesinato en plena fase delirante, las brujas del medioevo daban pábulo a los inquisidores y a la fácil credulidad del pueblo, contando las historias más fantásticas, completadas en el potro del tormento y redactadas con toda la salsa necesaria por los escribanos del Santo Oficio. El "Malleus Maleficarum" no olvidaba la posibilidad de que algunas de estas relaciones podían ser resultado de ilusiones o alucinaciones de las brujas. Nada escapa a esta obra; no se deja ningún resquicio por donde pueda desviarse la infalibilidad dogmática; ante las posibles dudas, todo se resuelve rápidamente, con la siguiente argumentación: "algunas brujas son realmente transportadas de un lugar a otro por el poder del diablo; otras brujas creen solamente que ellas fueron transportadas; es decir imaginan algo que realmente no ha acontecido. Tienen una ilusión, pero esto no tiene realmente relación con el asunto pues aunque estas mujeres imaginan que cabalgan (según piensan y dicen) con Diana o con Herodías en realidad cabalgan con el diablo que se da a sí mismo tal nombre pagano y arroja un hechizo ante sus ojos. El acto de cabalgar puede ser meramente ilusorio puesto que el diablo tiene un poder extraordinario sobre las mentes de aquellos que se han entregado a él, de manera que lo que hacen en la pura imaginación creen haberlo hecho real y efectivamente con el cuerpo". Con lo cual ni las ilusiones—*reales* o *ficticias* como reza el conjuro que cité anteriormente—reconocidas como tales por los inquisidores salvaban de la hoguera a las dementes. *Bartholomeus* profesor de teología perteneciente a la Orden Dominicana sancionó con sus escritos—a los que se concedía la más plena autoridad—las tesis sustentadas en el Malleus. Sostuvo y demostró que los posesos y brujas estaban en el pleno dominio de su razón dando la más absoluta confianza a las declaraciones de los

mismos. Dejó bien sentado, como hecho indudable, que las brujas se reunían en realidad con los diablos y que éstos mantenían con ellas relaciones infames y orgiásticas. Por supuesto era corriente además el uso entre ellas de diablos domésticos, que las aconsejaban en los problemas menores. Es conocida la historia del labrador de Basel, en Alsacia, quien después de discutir violentamente en el campo con una mujer que le amenazó, cayó enfermo con un grano en el cuello. el cual después de frotado se transformó en una gran hinchazón difusa del cuello y de la cara. Denunció aterrado a la mujer y ésta declaró a las autoridades que "enojada por los insultos del hombre, pidió a su diablo familiar que la vengara haciéndole hinchar la cara. Y el diablo se alejó y produjo daño al hombre más allá de lo que yo deseaba: pues no esperaba que le infectara con semejante lepra". Y la mujer fué quemada, según reza la crónica.

Todos estos relatos compaginan muy bien con las apariciones de Satanás en forma de hombres oscuros que asaltaban y violaban a las muchachas en los caminos. *Bodin* relata muchos de estos casos de violación demoniaca, así como los de las brujas que compartían su cama con el diablo. En este *Bodin*, que nació y vivió en Angers del 1530 al 1596, encontramos un polemista formidable en defensa de los dogmas demoniacos, contra los primeros balbucesos del renacimiento médico y psicológico. En sus escritos se preconizaba de nuevo con ropaje pseudo-científico la tradición misógina del tabú antisexual y antifemenino. Para defenderlos tenía argumentos tan peregrinos como los siguientes: "La Ley de Dios exige que se pruebe que los hombres están en menos infectados del mal (de la brujería), que las mujeres. Hay cincuenta brujas por cada hechicero. Quintiliano decía que las mujeres son peores que los hombres. Platón mismo decía que la mujer es una etapa transitoria del animal salvaje al hombre. Las mujeres son embusteras. Sus intestinos son más largos que los de los hombres; la sabiduría nunca viene de las mujeres". En sus ataques a su contemporáneo *Weyer*, padre de la psiquiatría y paladín de la naciente medicina científica u objetiva, que tuvo en un hombre como *Bodin* al enemigo más enconado, este último decía: "¿Cómo se

atreve *Weyer* a afirmar que las brujas son sólo mujeres melancólicas? Como médico tiene que saber que los hombres pueden tornarse melancólicos, pero no las mujeres. Las mujeres son por naturaleza frías y húmedas y nunca sufren de artritis; la melancolía viene del calor y la sequedad". Este buen *Bodin* no hacía más que comentar y ampliar las tesis del "Malleus Maleficarum", que también dedica un capítulo especial a demostrar la mayor participación de las mujeres en las cosas de la brujería, con argumentaciones del estilo de las que acabamos de anotar, para señalar y resaltar los numerosos defectos femeninos, a todos los cuales añaden Sprenger y Kramer, dos argumentos convincentes y definitivos: "Hubo un defecto—dicen en la página séptima del Malleus—en la formación de la primera mujer, ya que fué formada de una costilla doblada, es decir una costilla del pecho que está doblada en dirección contraria a un hombre. Y desde entonces por este defecto es un animal imperfecto, y siempre engaña. Además, hasta la palabra que significa mujer, *fémínia*, se deriva de *fe* y *minus*, menos, menos fe, y en consecuencia son desviadas más fácilmente por las tentaciones del demonio".

Bodin estaba entusiasmado con el dogma de la despreocupación por el cuerpo y se interesaba sólo por la salvación del alma. Reconociendo la imposibilidad física de llevar a Satanás en persona ante un tribunal, y considerando el enorme poder del diablo, propone lo siguiente: "Los Jueces pueden disminuir el alcance de su poder (del diablo), tomándole las brujas que le ayudan, le rezan, le prestan obediencia y llevan a cabo sus instrucciones". Se insistía pues en catalogar a los enfermos y visionarios como colaboradores del diablo y por tanto pasibles de todo el rigor de la Ley, que hoy se llamaría seguramente "de Seguridad del Estado".

Una ley insensata, con procedimientos e indicaciones para el Juez del tenor del que aconseja a "un juez prudente y sensato" para que se cerciore de la culpabilidad de la presunta bruja, "tomando nota de si puede derramar lágrimas cuando está en su presencia o cuando se la tortura" porque "si es una bruja no podrá llorar, aunque asumirá un aspecto lloroso y se mojará los ojos y las mejillas con saliva

para aparentar que está llorando; por lo tanto deberá ser observada de cerca por los ayudantes". O bien se aconsejaba practicar además, pruebas como las que se reproducen en la "Demonología" escrita por el Rey Jacobo de Inglaterra, y que es la versión inglesa del *Malleus Maleficarum*; en dicho libro se proponen como pruebas de brujería las "marcas de bruja" y la "prueba del agua". La presencia de zonas insensibles en el cuerpo femenino, tan frecuente en la histeria, era buscada por los especialistas, llamados "pinchadores", que recorrían el país punzando a las presuntas brujas para ver si tenían puntos sensibles o insensibles al dolor. La prueba del agua era más definitiva: la persona sospechosa era echada al agua; si flotaba, se estaba en presencia de una bruja, y se la ahorcaba como a tal, ya que el agua pura rechaza a los que han renunciado al bautismo; y si se hundía —por cierto definitivamente— señal de que era inocente. Pero cuando esto se descubría, la interesada ya había pasado a "mejor vida". De tan justiciera, esta prueba empalidece hasta el mismo juicio de Salomón.

La fantástica cohorte de brujas que fueron quemadas vivas por millares, respondían a las instigaciones de 7.405,926 diablos, que administraban la tierra, según la estadística realizada por *Weyer*, aquel genio incomprendido que inició la lucha contra estas creencias en el principio de las sombras. Ante tal cantidad de diablos rasos, pues aparte de ellos estaba la oficialidad, compuesta por 70 príncipes del Infierno, es lógico pensar que el hombre no podía vivir tranquilo en ninguna parte, y que todas las hogueras que se multiplicaban para corregir en el cuerpo mismo de los alojadores de Satanás, resultarían insuficientes. Por suerte, estos siete millones y pico de diablos actuaban a veces en grupos numerosos y concentraban en un solo cuerpo humano sus múltiples personas: así pudo *San Fortunato* trabajando con denodado empeño, extraer 6,670 diablos del cuerpo de un solo poseso, tal como describe *Moray*.

Es lógico por tanto que se prodigarán las bulas papales, las ordenanzas reales y que las órdenes eclesiásticas en competencia con la de los Dominicos, que monopolizaba oficialmente la Inquisición, multiplicaran su celo, excitado por la nueva ley del "Malleus Maleficarum", extendiendo

con mayor rigor la persecución de todo aquel que fuese sospechoso de tratar con un poder sobrenatural, que hoy podríamos llamar "de izquierdas", para distinguirlo del oficial y aprobado, "de derechas", que utilizaban los santos y príncipes de la Iglesia, para la confección de sus milagros. Esta distinción, además, es tan vieja casi, como la humanidad. En el libro "La Fe que Cura", señala *Ralph Major* que desde la antigüedad la adivinación o predicción del futuro, una de las formas más comunes de brujería, cuando se realizaba en nombre de la deidad establecida, era *profecía*; cuando se realizaba por un adepto a un dios pagano, era *brujería*. El mismo "Malleus Maleficarum" que estamos comentando, dedica una parte a diferenciar las voces de los ángeles de las voces del demonio, para evitar confusiones peligrosas. Lo mismo ocurrió en otro campo, al producirse la escisión protestante del cristianismo, en las épocas de *Calvino* o de *Martín Lutero*, quien por cierto, afirmaba rotundamente: "Yo no tengo compasión por las brujas; las quemaría a todas". Y así se daba el caso curioso, dice *Ralph Major*, de que los católicos consideraban a los protestantes y herejes como una variedad de brujos, mientras que muchos protestantes se hallaban convencidos de que los ritos de la Iglesia Católica, eran una forma de brujería. Para los protestantes la brujería era una "práctica pontificia". El libro de *Lutero* titulado: "Contra el pontificado de Roma, fundado por el demonio", señala bien este concepto ya desde su mismo título; en una de sus láminas se ve al Papa, sentado en su trono, con la triple corona de San Pedro sostenida por un diablo, rodeado de brujas, hechiceros y otros engendros infernales, todo ello entre las llamas que salen de la boca del infierno, que en forma de monstruo está recibiendo en sus fauces al pontífice romano.

El hombre, en su ineptitud, avanzando y retrocediendo en el camino de la civilización, cayó en errores como los que comentamos, fomentando la adjudicación de un nombre, una etiqueta, que entonces era la de brujería, para sancionar una persecución cualquiera: política, social, racial, pseudo-científica o antiherética, con la anuencia de la opinión pública, que sin la seguridad del título, de la denominación es decir, sin la "faja de garantía" de

nuestros productos comerciales, quizá no las habría aceptado tan fácilmente. Este es un error que estamos pagando todavía.

El odio antisexual, el tabú demoníaco, dieron lugar a la máxima degradación histórica de la mujer. Jamás se ha perseguido, envilecido y ultrajado tan refinadamente a la divina creación femenina, como cuando, bajo la acusación de brujería se la entregaba a los "pinchadores" o a los buscadores del "Sigillum diaboli", otro signo que manifestaría su relación con el diablo. Perpetuado en un lienzo célebre, podemos ver a los discípulos de Sprenger y Kramer tratando de hallar en el desnudo cuerpo de la mujer posesa, en pleno ataque de gran histeria, el lunar, la zona insensible, la señal, que bastaría para que la infeliz fuese objeto de todas las torturas que cabían en la mente aterrada de los carceleros. Como señalé anteriormente, la bruja torturada, golpeada, era llevada a la presencia del juez, con las ropas hechas jirones, mostrando a los curiosos sus heridas, marcas y señales, con la cabeza y órganos genitales afeitados, en previsión de que algún demonio se escondiera en el pelo, y de espaldas, para que su mirada no pudiera hechizar a los miembros del tribunal o al mismo Juez.

Lo que había empezado por ser una prohibición de las costumbres paganas en la práctica de la magia, so pretexto de combatir la ignorancia popular, se convirtió en la aceptación oficial y dogmática del éxito de estas mismas prácticas secretas y sobrenaturales, y fué la palanca que devolvió al sacerdote la práctica teúrgica de la medicina, que tantos esfuerzos costaría recuperar para la Ciencia.

La imaginación fecunda, agudizada y siempre propensa a lo maravilloso de las masas, captó y asimiló rápidamente el rito y la concepción demoníaca del bien y el mal. Y con ella, la facilidad para dar con un solo calificativo, con el casillero clasificador de sus semejantes. La historia de las brujas es la primera piedra de la historia moderna de los *ismos*". En nosotros queda de aquellos monjes alemanes que escribieron el "Malleus Maleficarum", el instinto de la clasificación apriorística de nuestros enemigos bajo un "ismo" cualquiera. El espíritu verdadero

de los inquisidores que buscaban el *Sigillum Diaboli* en el cuerpo de las mujeres, está vivo y clama insultante y cínico sus dogmas desvergonzados y anticientíficos, por boca de los pontífices y de los obispos, y se impone como entonces al pueblo a través de los entorchados franquistas; los genuinos herederos de la lucha contra la herejía están presentes en España; aunque quizá no sea esto lo peor, siendo tan grave. Aun entre los que nos creemos liberados de toda superstición religiosa o política; entre los que arrastramos con orgullo por el exilio la etiqueta de "rojos", hecha a medida para substituir a la de hereje o brujo, y que autoriza por sí sola a todos los desmanes del dogma entronizado por el *Malleus*, para perseguirnos y destruirnos; entre nosotros, repito, hombres demócratas y libres, quedan todavía vestigios de lastre medioeval y gustamos de clasificar, etiquetar y proscribir con "ismos" a los que se apartan de nuestra detallada y establecida manera de ver los problemas políticos o sociales. La sombra fatídica de aquella época que tan exactamente reverdece en nuestra patria desde hace diez años, nos alcanza también a nosotros. Cada grupo político o circunstancial de nuestro exilio, se ha erigido en poseedor de la verdad revelada, de la panacea misteriosa, de la terapéutica mágica y del conjuro milagroso, que han de resolver el problema trágico de España. Y una vez sentado esto, queda también establecido el dogma infalible y la ortodoxia. Todo aquel que no la siga con exactitud milimétrica es condenado y apartado con la misma ferocidad e intransigencia medioevales que criticamos en nuestro verdadero y único enemigo: el régimen franquista. antiliberal, teocrático, filipista, militaroides y monarquizante, con o sin Franco a su cabeza visible.

Montaigne, definió con perfección y en toda su magnitud a la legislación demonológica, con las siguientes palabras: "creen que dictan leyes a la Naturaleza y se asombran de que la Naturaleza ignore estas leyes". He dicho que actualmente hay ya otros nombres, otros "ismos" para substituir al diablo y a la etiqueta de "brujería". La demonología ha cambiado su forma, se ha modernizado; pero el odio, el rencor, la ignorancia y el dogmatismo ortodoxo y cerril, luchan con el mismo empeño, como en-

tonces, bajo las mismas banderas y por las mismas causas, contra los mismos hombres y los mismos principios que nunca lograron avasallar. Nosotros ya no necesitamos pactar personalmente con el demonio, para congradarnos la animosidad de los modernos inquisidores. Si las etiquetas han cambiado, el fondo de la lucha es idéntico. Con un simple dictamen de "bruja", la mujer era echada viva a la hoguera. Hoy nos colocan un "ismo", una etiqueta, una marca, y todo el horror de España puede pasarse por el mundo sin hacer pestañear a los grandes Inquisidores de la Tierra.

Por otra parte, está vivo aún en el hombre el odio y el terror al diablo. Todavía persistimos en el error y le adjudicamos, como en el medioevo todas las desgracias imponderables que nos ocurren. Sigue la difamación y el descrédito del demonio. Algunos pocos elegidos han llevado al teatro y a la pantalla, la vanguardia de una tímida reivindicación del diablo, que deberíamos emprender como una campaña, o como dicen en España ahora, como una "cruzada". Debemos descubrir a todos la verdadera y única personalidad del diablo: este ser lleno de humanas flaquezas, que nos invita a vivir plenamente la vida y a sentir la alegría de la Naturaleza. Que nos enciende el alma en anhelos de libertad. El diablo es el inventor de la alegría; la alegría despreocupada y profunda, la alegría cósmica de vivir, la alegría de la luz y del amor. El es un gran enamorado, es el primer entusiasta, sensual, irresponsable y alocado, que prende el fuego en los ojos de las mujeres y mueve el motor pasional del mundo, dando un motivo único y permanente a todo lo que vive, para seguir haciéndolo.

El diablo nos empuja a la felicidad a pesar de nosotros mismos, y rompe las leyes que fabricaron hombres necios sin alma. con un grito revolucionario tan viejo como la humanidad. El diablo nos invita a gustar los sentidos y a percibir en cada uno de ellos lo bueno y lo bello que la vida puede ofrecernos. El diablo, sátiro dionisiaco, inventor de la luna y la primavera, que nos hace ver las cosas de color de rosa, hasta que nosotros las ensombrecemos apartándonos de sus sanos consejos. El diablo, buen bebedor y algo bribón, sabio y humanista, que hace soporta-

ble la seriedad y la monotonía de nuestra vida de tristes vertebrados. El diablo, que odia a la virtud por aburrida, insulsa y estéril, pero que nunca deja de predicar la bondad verdadera.

El había hecho a la vida digna de ser vivida, y nosotros la hemos pervertido con nuestras leyes. El inventó la risa y nosotros pretendíamos encarcelarla. Dice *Lin Yu Tang*, que no debemos fiarnos del hombre que nunca se ha emborrachado, del hombre al que no se le conoce ninguna debilidad. Y después añade: "el mundo se salvará por el bribón". Así reivindicó el filósofo orientalista el verdadero espíritu eufórico, débil y bueno, del diablo en el hombre. Este espíritu liberador del diablo, que no significa más que el instinto profundo y eterno de la Santa Rebelión, ante la injusticia divina y humana.

A combatir este germen revolucionario del espíritu del hombre, dedicaron siglos de terror la Iglesia y el Estado. Luchaban con furor contra el diablo, porque en él perseguían a todo lo libre que palpitaba en el alma humana.

La lucha contra el demonio, es, en realidad, la lucha contra la Libertad, la Razón y la Ciencia.

SAAVEDRA FAJARDO Y SU VISION DEL GOBERNANTE

Por Peter FRANK DE ANDREA

"Toda la ciencia política consiste en saber conocer los temporales y valerse d'ellos; porque a veces más presto conduce al puerto la tempestad que la bonanza".

SAAVEDRA FAJARDO.

a) *Ubicación del pensador*

1648. . . en un "hospital" madrileño, las parcas cortaban afanosamente el hilo vital del máximo pensador político del barroco español: Don Diego de Saavedra Fajardo. A trescientos años de su muerte, el abandono y la crítica adversa, aún, no han logrado eclipsarse. Sin embargo, a última hora, su personalidad bifronte —estilo y pensamiento— ha ido dibujándose con mayor diafanidad debido a los estudios de Vicente García de Diego,¹ Francisco Ayala,² y Angel González Palencia.³

De todas suertes, razones de índole político-económica y el éxito negativo del destino histórico de España han influido considerablemente en relegar al olvido a este tratadista, merecedor de mayor relieve en la historia de las ideas. No hay duda que Saavedra Fajardo meditaba en su propio sino, al escribir amargamente que son "infelices los sujetos

¹ Prólogo a *Republica Literaria*. Madrid, 1922, y Prólogo a *Idea de un Príncipe Político*. . . , Madrid, 1927.

² Prólogo a *El Pensamiento Vivo de Saavedra Fajardo*. Buenos Aires, 1941. (Los que deseen estudiar las ideas de Saavedra Fajardo, tendrán que tomar en cuenta, singularmente, —como lo hemos hecho nosotros— este enjundioso prólogo).

³ Prólogo a *Diego Saavedra Fajardo, Obras Completas*. Madrid, 1946, y *Del Lazarillo a Quevedo*. Madrid, 1946.

grandes que nacen en las monarquías cadentes; porque... no pueden resistir el peso de sus ruinas y envueltos en ellas caen miserablemente sin crédito ni opinión”.

Los que estudian las ideas, ignoran fácilmente, los ingredientes que las alimentan. El erudito tiende a recopilar únicamente la documentación positiva. “Fausse méthode, méthode dangereuse qui pour mieux sauver les faits élimine peu à peu les consciences dont ils procèdent” ha apuntado con suma razón el profesor Pierre Mesnard.⁴ De allí que toda una pléyade de pensadores políticos españoles hayan quedado “pasivos”, aparentemente al margen de las corrientes de las ideas. No han sido, por lo general, valorizados de una manera objetiva.

Basta dar una ojeada a las historias generales de las doctrinas políticas —las de Janet, francés; de Redanó, italiano; de Sabine, norteamericano; y de Mayer, alemán, para darse cuenta del reducido espacio que se dedica a las figuras españolas cimeras como Vitoria, Mariana, y Suárez. Es más, algunos historiadores las ignoran completamente.

Es difícil, sin embargo, creer que un pueblo como el hispánico, que había recogido tantas experiencias y tanta cultura durante los siglos de oro⁵ hubiera perdido, después de Suárez, toda virtud especulativa en materias políticas. Es necesario, por ende, indagar cómo y por cuál sendero se dirigieron las elucubraciones estatales. Veremos que ello nos llevará no solamente a un mejor conocimiento de las ideas españolas sino que se aclararán, también, algunos aspectos de la cultura europea.

Precisemos. En una Europa en la cual el humanismo erasmiano quedaba ya desde algún tiempo impotente frente al cataclismo de una política reducida a una ciencia del vencer y dominar, por la fuerza y por la maña, una miríada de pensadores españoles trataron de detener esta embestida “maquiavélica”, esforzándose en conciliar los intereses políticos y la ética del gobernante. Fué éste el último intento en *gran escala* —no hay que olvidar, en este sentido, a los italianos Botero y Boccacini— de sincronizar las dos posturas antagónicas en el *ars gubernandi*.

⁴ *L'Essor de la Philosophie Politique au XVIe Siècle*, Paris, 1936. pág. 675.

⁵ Véase A. F. G. Bell, *El Renacimiento Español*, Zaragoza, 1944.

En lucha desigual esta pléyade de tratadistas —Gurmendi, Madariaga, Mendo, Mut, Zeballos, Mártir Rizo, Quevedo, Blásquez Mayoralgo, Saavedra Fajardo, Gracián, Palafox y Mendoza, etc. . .— desafiaron la arrolladora marcha de las doctrinas “maquiavélicas” triunfantes en toda Europa. Cuando, al cabo, en un esfuerzo supremo este núcleo de tratadistas sucumbió, cayó con él el último baluarte antimachiavélico. Desde aquella coyuntura histórica, las máximas del autor de “El Príncipe”, consciente o inconscientemente, y querámoslo o no, perduran incontenibles, y siguen dirigiendo los procedimientos políticos en los asuntos de Estado.

Ahora bien, entre este núcleo de tratadistas españoles, que se esforzaron en compaginar los dos polos opuestos, el oportunismo y el doctrinarismo en el gobierno de los pueblos, no había surgido la obra típica de aceptación general. Y eso, tal vez porque algunos de ellos se ceñían a especulaciones teológicas y metafísicas algo alejadas de las realidades prácticas. Acaso otros no tuvieron la experiencia necesaria en las justas políticas, resultando de este modo un desajuste entre lo especulativo y lo práctico. Sea como fuere, no había aparecido el tratado paradigma, el tratado que sintetizara la asimilación doctrinal con el pragmatismo político, y todo ello envuelto en excelencia estilística.

b) *Una obra básica*

PUES bien, el prototipo de estos doctrinales fué precisamente el escrito de Saavedra Fajardo: *Idea de un Príncipe Político-cristiano Representado en Cien Empresas*.⁶ Varios son los tratados estatales del murciano —tendremos que tomar en cuenta sus *Introducciones a la Política y Razón de Estado del Rey Católico Don Fernando*⁷— pero con sus *Empresas* logró inmortalidad. En nuestros días, hay quien las considera en su conjunto, “el miglior trattato

⁶ La primera edición de las *Empresas Políticas* es de Münster, 1640. Para este ensayo nos basamos en la reimpresión hecha por la Bibl. AA. EE., Tomo 25. Indicaremos las *Empresas Políticas* con números romanos.

⁷ Bibl. AA. EE. Tomo 25.

político spagnolo del seculo xvii”, lenguaje de la responsable enciclopedia italiana Treccani.

Las *Cien Empresas* pueden dividirse en seis partes:

1a.—De la I a la VI se trata de la educación del príncipe.

2a.—De la VII a la XXXVIII se ocupa de cómo se ha de desenvolver el gobernante en sus acciones.

3a.—De la XLIX a la LXXII se refiere a la conducta del titular del poder con sus ministros.

4a.—De la LXXIII a la XCV se expone cómo se ha de desenvolver el rey en los males internos y externos de sus estados.

5a.—De la XCVI a la XCIX traza el proceder del soberano en las victorias y tratados de paz.

6a.—De la C a la CI aconseja cómo ha de portarse el monarca en la vejez.

En suma, su tratado es un manual de conducta desde el nacimiento del gobernante hasta su muerte. “Toda la obra —nos descubre el mismo autor— está compuesta de sentencias y máximas de Estado, porque éstas son las piedras con que se levantan los edificios políticos”. Considera de manera especial la función magistral de la historia y hace hincapié en la enseñanza que de los acontecimientos se deduce.

Hace gala de una gran erudición, casi increíble en nuestros días de relativo olvido de los clásicos griegos y latinos. A cada instante cita a Tácito, a Aristóteles, a la Biblia, a Alfonso el Sabio, al Padre Mariana y muestra particular predilección por ciertos poetas, tales como Petrarca y Tasso.

En las *Empresas Políticas* no hay realmente una trabazón, una conexión de capítulos. Se nos antoja, más bien, una serie de ensayos que un verdadero tejido hilvanado de doctrinas. Es que Saavedra Fajardo trabaja casi por impulso natural sin una cabal perspectiva metódica ordenada. Exterioriza ciertos rasgos de descuido deliberado, que nace del horror a lo mecánico y que brota del instinto artístico de amalgamar la más fina sutileza con la mayor naturalidad. Pero la elegancia, concisión y robustez al presentar sus elevados pensamientos compensan de sobra la tendencia a deshilvanar de su obra, imputable en parte,

al poco rigor sistemático de toda ciencia en su estado de formación. No se sabe qué apreciar más en él, si la profundidad de su análisis psicológico, sus sabias y perspicaces advertencias políticas, o bien su prosa elegante, ceñida y castiza, que hace de su obra no solamente un notable tratado de ciencia estatal, sino “uno de los libros más finos de la literatura castellana”.

En este ensayo, compararemos a nuestro tratadista con otros escritores —particularmente con Maquiavelo y Quedo— para que ello sirva de contraste y relieve en la apreciación exacta de la ideología del murciano.

Ahora bien, ¿qué decir de la vigencia actual de Saavedra Fajardo? El oficio de gobernar en estos días adquiere importancia excepcional. Los aciertos y las torpezas del gobernante tienen actualmente dimensiones y repercusiones sin precedente en la Historia.

Los titulares del poder de las tres o cuatro potencias que hoy ocupan posiciones predominantes en el mundo, cargan en sus hombros una responsabilidad pavorosa: el destino del universo. De los aciertos o desaciertos de sus decisiones depende todo el bienestar o malestar de la humanidad.

Sin embargo de ello, la ciencia política moderna propende a ignorar el estudio de este “poder social”. Y así ocurre que sin saber la historia de las doctrinas políticas, los estadistas frecuentemente giran alrededor de grandes dilemas sin tener una idea respecto de su trascendencia. Dudan, titubean, meditan, tornan a dudar, titubear y meditar, sin saber cómo proceder, cuando muchas veces la solución del problema está ya dada en las meditaciones de grandes pensadores del pretérito. Otras veces, en lugar de titubear, el político se lanza a la más descabellada aventura, sin entender que esa drástica decisión ha sido ya purgada con angustias en el pasado.

En resumen, el difícil y sempiterno arte de gobernar a los hombres y a los estados, el arte de sincronizar y de armonizar los intereses políticos con las leyes morales, ha sido, generalmente, relegado al olvido. De allí lo oportuno y candente —aparte de su importancia en la historia de las ideas políticas— de analizar la elaboración del *ars gubernandi* de Saavedra Fajardo.

c) *Pensamiento político*

¿CUÁL es, en general, el ideario político de Saavedra Fajardo? Hay que confesar de inmediato que sería tarea poco fructífera buscar en el murciano sistemas completamente revolucionarios de política, sin que por esto podamos afirmar que no se encuentran en sus obras múltiples ideas preñadas de futuro. Varios de sus pensamientos jurídicos⁸ y económicos,⁹ habrán de ser desenvueltos en posteriores edades con brillo y relieve por escritores de otras tierras con el correspondiente "acaparamiento de toda la gloria". Pero Saavedra Fajardo no anhelaba ecuménicas y radicales innovaciones en el campo político, pues afirma que no hay que buscar "esta o aquella forma de gobierno, sino en la conservación de aquél que constituyó el largo uso y aprobó la experiencia, en quien se guarde justicia y se conserve la quietud pública" (LXXVIII). El interés de sus lucubraciones tiende a concentrarse en dar reglas morales y psicológicas para formar un príncipe prudente que sepa evitar lo que es dañoso para él y sus Estados. El hombre político es su principal preocupación.

Como Quevedo, Saavedra Fajardo, espíritu cuajado en la erudición clásica y medieval, se atiene básicamente a la visión ético-política del Estado. Es decir, que don Diego se aviene, como muchos de sus coetáneos españoles, a la sistematización del Estado tomista,¹⁰ pero su tomismo es, en primer lugar, atenuado por la aportación de principios renacentistas italianos y, en segundo, modificado por el

⁸ Francisco Ayala en su valiosísimo y agudo prólogo, comprueba esta afirmación con el siguiente "detalle concreto": "la frase de Montesquieu que, con tanta ponderación han destacado algunos comentaristas a propósito del poder judicial, según la cual el juez sería *bouche qui prononce la parole de la Loi*. Pues bien: Saavedra Fajardo escribe: "Y porque (las leyes) no pueden darse a entender por sí mismas, y son cuerpos que reciben el alma y el entendimiento de los jueces, *por cuya boca hablan...*"

⁹ En cuanto a su anticipación a famosos economistas, consúltense los estudios de Javier Márquez: *Saavedra Fajardo: Un Político Economista* en CUADERNOS AMERICANOS, No. 6, 1942, y *El Mercantilismo de Saavedra Fajardo en Trimestre Económico*. Vol. X, No. 2. México, 1943.

¹⁰ FRANCISCO AYALA, Prólogo citado.

espíritu y la volición nacionalista que en aquella época privaba en la formación de los Estados independientes y fuertes de Europa. Resulta de este atenuante y de esta modificación del pensamiento estatal de Santo Tomás, que Saavedra Fajardo acepta y defiende la Razón de Estado, —concebida como un complejo de arte política— que con tanta vehemencia combate su coetáneo Quevedo. De esta aceptación de la Razón de Estado se desprende que la política, para Saavedra, no es una ciencia de absolutos, sino que “consiste en saber conocer los temporales, y valerse d’ellos porque *a veces* más presto conduce al puerto, la tempestad que la bonanza” (XXXVI). En otras palabras: a veces hay que navegar por encima de medios malos para llegar a fines buenos, lo cual constituye un claro viraje hacia el realismo político, hacia Maquiavelo.

En efecto, en todas sus obras se pone de manifiesto el afán de realizar “no un príncipe fingido o ideal, sino verdadero”. Condena y juzga con aversión los tratados “en que obra más el entendimiento especulativo que el práctico” (XXX). Posteriormente, discutiremos con más amplitud este sentido utilitario y pragmático del pensador murciano.

d) *Su forma predilecta de gobierno*

SAAVEDRA Fajardo profesa la doctrina escolástica,¹¹ del origen del poder. De allí, que juzgue la monarquía como la forma más sabia de regir el Estado.

Su concepción del pueblo, como estamento dentro de la nación, es pésima. Escuchémoslo: “la naturaleza del vulgo es monstruosa en todo y desigual a sí misma, inconstante y varia. Se gobierna por las apariencias, sin penetrar en el fondo. . . es pobre de medios y de consejos. . . una misma hora, le ve vestido de dos afectos contrarios. . . ni sabe ser libre, ni deja de serlo. En las amenazas es valiente y en las obras cobarde. . . es presuntuoso y vario. Por instante, muda colores, como el camaleón, según se le ofrece delante la fortuna próspera o adversa. . . se alimenta con la mentira y aborrece la verdad. Con facilidad cree lo malo, con dificultad lo bueno. . . soberbio en mandar y humilde en obe-

¹¹ FRANCISCO AYALA, Prólogo citado.

decer" (LXI). Siendo éstas, según Saavedra Fajardo, algunas de las condiciones y cualidades de la multitud, es fácil imaginar que no confía *totalmente* en ella, como medio de gobierno. A la par es "dañosa la elección que sin distinción ni examen de méritos, pone los ojos solamente en la nobleza para los cargos de la república, como si en todos pasase siempre con la sangre la experiencia y valor de sus agüelos" (XVII). Afirma que la verdadera nobleza está en la inteligencia, saber y mérito personal.

No obstante su pésimo concepto de la multitud, su perspicacia política le sugiere que, ignorando al pueblo, se procura el descontento en el Estado. Por tanto, en el fondo, aboga por un justo medio. Esto es, por un reino que tome en consideración al pueblo y a la nobleza, puesto que "no es durable la monarquía que no está mezclada y conste de aristocracia y democracia" (XLI). No sólo se desprende, entre líneas esta preferencia suya, sino que, repetidas veces, discurre favorable y laudablemente acerca de las Cortes: "En España —nos dice— con gran prudencia están constituídos diversos consejos para el gobierno de los reinos y provincias y para las cosas más importantes de la monarquía; pero no se debe descuidar en fe de su buena institución. . . Parece conveniente que de diez en diez años se forme en Madrid un consejo general, o cortes de dos consejeros de cada uno de los consejos, y de dos diputados de cada una de las provincias de la monarquía, para tratar de su conservación y de la de sus partes, porque si no se renuevan se envejecen y mueren los reinos" (LV).

No obstante estos rasgos muy democráticos, su verdadero ideal es la monarquía, no la del tipo absoluto, sino, como veremos, una monarquía que se asemeja a la que hoy llamáramos "constitucional". A través de todos sus escritos, tiende a considerar al príncipe, no como entidad divina insustituible, sino humana. Recuérdese el terceto con que pone fin a las *Empresas*:

¿Qué os arrogáis, ¡oh príncipes! ¡oh reyes!
Si en los ultrajes de la muerte fría
Communes sois con los demás mortales?

Prefiere la monarquía, por ser la forma de gobierno que ofrece —opina él— los menores inconvenientes porque,

“reducida a uno la suma de las cosas, ni emula ni codicia (males intrínsecos de las demás repúblicas), y libre de pasiones ejercita la justicia; en uno están más unidas las fuerzas y con mayor majestad y respeto”.¹² Pero rechaza la monarquía absoluta, opuesta a “la libertad natural a que tanto aspiran los hombres”.¹³ Y decididamente opta por una monarquía moderada, cuyo rey debe gobernar “según las leyes y fueros del reino”.¹⁴ Queda, por lo tanto, limitado el poder real “que pende de las cortes generales”. Es evidente, que su concepto monárquico no es el semiendiosado *Del Rey abajo ninguno* de Rojas.

No cree Saavedra Fajardo que sea posible la realización de una forma gubernativa perfecta, pues “todos los gobiernos padecen achaques”. Su sentido realista lo hace *renunciar* a la posibilidad de una perfección estatal y lo mueve a optar por una situación aceptable. Al príncipe de este Estado —no caracterizado por lo que debiera ser, sino por lo que tangiblemente puede ser— dirige sus máximas y preceptos.

e) *¿Qué son los gobernantes?*
¿Cuál es su misión?

SI para Quevedo el monarca es una estrella que alumbra a los súbditos, para Saavedra Fajardo “son los príncipes muy semejantes a los *montes* no tanto por lo inmediato a los favores del cielo, cuanto porque reciben en sí todas las inclemencias del tiempo, siendo depositarios de la escarcha y nieve, para que, en arroyos deshechas, baje d’ellos a templar en el estío la sed de los campos y fertilizar los valles, y para que su cuerpo levantado les haga sombra y defienda de los rayos del sol”. . . (xx). Fácil es deducir que la corona para Fajardo, como para el autor del “Marco Bruto”, no es una delicia sino un pararrayos, un escudo que debe exponerse a los peligros en beneficio de la comunidad, puesto que —y aquí afirma a la manera de Dante— “no nacieron los súbditos para el rey, sino el rey para los súbditos” (xx).

¹² *Razón de Estado del Rey Don Fernando.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

Más que una dignidad, el reinar es un oficio, un oficio cuyas "fatigas han de ser descanso del pueblo, su peligro, seguridad y su desvelo sueño" (xx), y no basta haber trabajado "necesaria es la continuación" (LXXI). En verdad "para el trabajo nacieron los principes, y conviene que se hagan a él" (xx).

El hombre de Estado ha de procurar sofocar y dominar sus afectos, sus simpatías y sus antipatías. Toda su conducta debe transfundirse en misión positiva, para el bien de la comunidad. El odio y la venganza —como había de confesar posteriormente Bismark— son pésimos consejeros en la política. Todas las *acciones* y todos los *deseos* del gobernante "más han de nacer del corazón de la república que del suyo" (vii). Deben subordinarse a la Razón de Estado.

Ahora bien, ¿cuáles han de ser estas *acciones* y estos *deseos*? ¿Cuál ha de ser el *ars gubernandi* del titular del poder para acertar en su actuación como suprema potestad del Estado? Todo ello nos conduce a analizar más concretamente los deberes, las cualidades y las condiciones de que el gobernante ha de hacer gala, según Saavedra Fajardo, para regir sabia y efectivamente a su pueblo.

f) *Advertencias de indole ético-política*

MUCHAS de las *Empresas* son, en apariencia, una vehemente diatriba contra los "impíos e imprudentes consejos" de Maquiavelo y de su escuela, los "políticos".¹⁵ Pero, pese a su "exaltado" antimachiavelismo —ya que las doctrinas del toscano le parecían dañosas para la educación del gobernante—, muchas son las afinidades que median entre el florentino y el murciano.

Coinciden en el punto inicial del *ars gubernandi* —el pesimismo antropológico— pues los dos afirman la inexorable lucha de los seres humanos. "Ningún enemigo mayor del hombre que el hombre", nos dice Saavedra Fajardo, "no acomete el águila al águila, ni un áspid a otro áspid, y el hombre siempre maquina contra su misma especie. Las

¹⁵ Concerniente al descrédito de los "políticos" en España, consúltese *El Príncipe Cristiano*. . . de Pedro de Rivadeneyra y Werner Kraus *Gracians Lebenslehre*. Frankfurt am Main, 1947, pág. 79.

cuevas de las fieras están sin defensa, y no bastan tres elementos a guardar el sueño de las ciudades, estando levantada en muros y baluartes la tierra, el agua reducida a fosos y el fuego incluido en bombardas y artillería" (XLVI). Por consiguiente, no se fíe el gobernante en las demostraciones y en las reverencias de los que lo rodean por que "todo es fingimiento y diferente de lo que parece. . . todos velan por vencerle con el ingenio no pudiendo con la fuerza" (XLV). Estos engaños y disimulaciones se pueden solamente descubrir con el conocimiento profundo del hombre que "es el más inconstante de los animales. . . con la religión disfraza sus desinios, con el juramento los acredita y con la mentira los oculta. . . los favores le hacen ingrato. . . la fuerza vil. . . escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en mármol. . ." (XLVI).

Supuesta esta índole perversa del hombre, el príncipe que quiera acertar en el gobierno debe armarse contra esta malicia que lo circunda. Sus armas favoritas han de ser el artificio y la prudencia, "áncora de los estados y aguja de marear de los príncipes". Es verdad que la médula de esta prudencia contiene una rectitud ética, pero esta idea central se reviste a veces de una manera escabrosa. En primer lugar tiene sesgos de una cierta contemporización que es únicamente un freno circunspecto con muy leves rasgos espirituales. En segundo término, pone de manifiesto una desconfianza extrema en los seres humanos, lo que denota, a veces, escasa magnanimidad.

Pero Saavedra Fajardo, al darse cuenta que está pisando terreno peligroso, se apresura a adelantar que si observamos esta ética y atendemos solamente a nuestras conveniencias, "esta política sería opuesta a la caridad humana. . . y a las virtudes más generosas" (XLVII) y que la virtud no debe tener en cuenta "las demostraciones externas; de sí misma es premio bastante" (XLVII). Estos escrúpulos sin duda atenúan su ínsito pesimismo, aunque veremos que su concepto de la perversidad de la naturaleza humana repetidamente matiza muchos de sus consejos del *ars gubernandi*.

Sin embargo, su pesimismo no llega a los extremos de Maquiavelo y su visión política lo sitúa en el justo medio; esto es, "la compañía civil consiste en que cada uno viva para sí y para los demás" (XLVII). Por consiguiente su go-

bernante ha de hacerse fuerte, sí; pero, en última instancia, es para gobernar con más acierto en beneficio de sus súbditos, siendo ésta la verdadera misión del gobernante.

Todas sus minuciosas advertencias acerca de las virtudes de los príncipes —la liberalidad, el valor, la justicia, el sigilo, la ira, la murmuración—, están desenvueltas no sobre las pautas trilladas por otros tratadistas, sino que casi todas son evaluadas y analizadas con aguda psicología. Todas están acondicionadas por la prudencia, que es “la regla y medida de las virtudes” (xxviii).

Origina interior y profundo placer estético el ir constatando a lo largo de las *Empresas*, los meandros del pensamiento del diplomático murciano en su análisis de las virtudes consubstanciales del gobernante. Avanza lenta y suavemente, retrocede en sus pasos, sigue con lentitud y prudencia, fija sutiles distinciones, da agudas vueltas y revueltas a una idea, establece distingos casi imperceptibles, de un discurso; en una palabra, se es testigo de la mecánica de su pensamiento. Con muchísimo fundamento ha dicho Azorín que “nadie en el gran siglo, ha plasmado en efecto el idioma, y le ha hecho cobrar tantos matices sabios y tornasoles sutiles como Saavedra Fajardo. Lope en la poesía trabaja paralelamente a Saavedra en la prosa”.¹⁶

La ira es una de las pasiones que analiza con detenimiento. Empieza aconsejando al príncipe que no se deje llevar de la ira, porque pondría “en la mano de quien lo irrita las llaves de su corazón y le da potestad sobre sí mismo” (viii). No es laudable que la persona que debe mandar a todos obedezca a esta pasión. Si los príncipes pudiesen contemplarse en sus momentos de enfado, se darían cabal cuenta de que la ira es descompostura indigna de la “magedad cuyo sosiego y dulce armonía de las palabras y de las acciones más ha de atraer, que de espantar” (viii). Con todo, la ira no siempre es censurable en el príncipe y, lo que es más, a veces es digna de alabanza, “cuando la razón la mueve y la prudencia la compone”, porque la demasiada paciencia a veces aumenta los vicios en el Estado y permite que se atreva la obediencia. Asimismo, es de apreciar en los gobernantes aquella ira, “hija de la razón

¹⁶ De *Granada a Castelar*, Buenos Aires, 1944. Pág. 9.

que estimulada de la gloria obliga a lo arduo y glorioso” (VIII).

Pasamos al análisis de la liberalidad. Comienza abogando por ella, porque si el príncipe es liberal “la obediencia es más pronta, porque la dádiva en él que puede mandar hace necesidad o fuerza la obligación. . . aun la tiranía se disimula y sufre en un príncipe que sabe dar, principalmente cuando gana el aplauso del pueblo, socorriendo las necesidades públicas y favoreciendo las personas beneméritas” (XL). Hasta aquí coincide con el pensamiento de Quevedo sobre la misma virtud. Pero mientras que en don Francisco descuella el matiz satírico, en don Diego sobresale la profundidad del análisis. Para Quevedo, un vicio se ha de rechazar siempre, y una virtud se ha de cultivar en todo tiempo, pues el *ars gubernandi* para él es una ciencia de absolutos. Una virtud es siempre una virtud y no se ha de mudar con las circunstancias. En cambio, Saavedra Fajardo, espíritu ecléctico y pragmático, vislumbra las posibles complicaciones que pueden presentarse al querer obrar siempre con rigor respecto a una excelencia moral. Sabe que ella es laudable en determinado lugar y momento, y no lo es en otro, porque sucede a veces que, con una misma virtud, el gobernante es tenido por malo y otras veces por bueno, a causa de los tiempos. Quevedo no emplea en sus advertencias esta relatividad de los valores éticos en función de lo histórico. Es digno de subrayar este concepto de Saavedra Fajardo, por ser uno de los problemas que inquietan a los pensadores modernos. Por todo esto, al seguir su análisis de la liberalidad, no se queda donde se detuvo Quevedo, sino que sigue más allá. Afirma “que ninguna cosa más dañosa en quien manda que la liberalidad y la bondad si no guardan modo” (XL). Pues la prodigalidad a veces puede acercarse “a ser rapiña o tiranía”, porque es natural que si por la ambición se consume el erario, se llenará de nuevo con malos medios. El príncipe que regala más que lo que puede, “no es franco, más es gastador” y habrá que recurrir a lo ajeno. Además, no ha de ser largamente liberal, porque los erarios “son depósitos de las necesidades públicas” y no propios suyos. Coincide otra vez con el pensamiento de Maquiavelo.¹⁷ Aún más, no siempre es amado

¹⁷ *El Príncipe*, Cap. 12.

el gobernante pródigo porque los hombres estiman más a los príncipes "por los tesoros que conservan, no por los que han repartido; más por lo que pueden dar, que por lo que han dado, porque en los hombres es más eficaz la esperanza que el agradecimiento" (XCI), brota de nuevo, con esta agudísima observación psicológica, el fundamental pesimismo en los móviles de los humanos.

El príncipe ha de ser amado y temido al mismo tiempo. Es imperativo que el gobernante sea advertido en sus palabras pues por ellas se conoce su ánimo; no han de adelantarse al entendimiento, sino que han de salir después de la meditación. Ninguna cosa más propia del oficio de rey, que hablar poco y oír mucho: "los locos tienen el corazón en la boca y los cuerdos la boca en el corazón" (XI).

El titular del poder precisa tolerar la murmuración, porque aunque en sí misma es reprochable, es benéfica para la república, "debe oíllas y examinallas bien, estimándolas por advertimiento necesario al buen gobierno y a la seguridad de su persona" (XIV). Si es verdad lo que se murmura del gobernante, debe deshacerlo con la enmienda; si es mentira, sola se deshará. Cuando la murmuración no es libelo y causa escándalo y sediciones, "es argumento de la libertad de la república, porque en la tiranizada no se permite" (XIV). Manera curiosa y circunspecta de abogar por la libertad de expresión. Concluye democráticamente, "feliz aquella república donde se puede sentir lo que se quiere y decir lo que se siente" (XIV).

Contrariamente a Quevedo y a Maquiavelo, encontramos en Saavedra Fajardo, una invencible aversión a la guerra. Pero no llega a esta resolución definitiva, sin haber examinado y dado vueltas y revueltas al tema con su manera característica. Empieza consignando que los conflictos armados se hicieron indispensables "para la defensa natural" (LXXIV). En seguida, afirma que "en el contraste de las armas se mantienen más firmes y seguras las Monarquías" (LXXXIII). Termina en la misma *Empresa* titubeando, "aunque conviene tener siempre prevenidas y ejercitadas las armas, son más seguras las artes de la paz".

Sin embargo, en definitiva, ante el último símbolo —la imagen de la calavera entre columnas rotas— proclama terminantemente que encima de la tumba de los

príncipes “se ponga el arco iris, señal de paz a los sucesores, y no la lanza fija en tierra, como hacían los de Atenas para acordar al heredero la venganza de sus injurias”. Y es que en el fondo, Saavedra Fajardo, siente honda antipatía por las justas bélicas. A ellas atribuye la decadencia española: “Si en España hubiera sido menos pródiga la guerra, y más económica la paz, se hubiera levantado con el dominio universal del mundo”.

“La guerra es un monstruo que se alimenta con la sangre humana” (LIX). Por consiguiente, el gobernante no ha de escatimar esfuerzos para evitarla.

Saavedra Fajardo —al igual que Cervantes¹⁸— reduce las justas causas de la guerra a las de legítima defensa (LXXIV-LXXXIII).

Ningún atributo tan substancial al arte de gobernar del autor de las *Empresas* como la realización de la justicia. El titular del poder, en la aplicación de la ley, debe ser cauto, sí, pero justo. Las leyes han de ser pocas, pues la multiplicación de ellas es muy dañosa a las repúblicas, “porque en siendo muchas, causan confusión y se olvidan o no pudiendo observarse se desprecian” (XXI).¹⁹ Advierte al rey que bastan pocas leyes para los casos graves, dejando las demás al juicio natural y a las costumbres,²⁰ que “son leyes no escritas en el papel sino en el alma” (XXI). Suficiente es obrar éticamente, puesto que más eficaz que la ley es la recta conducta. Si la comunidad es, en sus entrañas, inmoral, leve es la efectividad de las leyes escritas. El gobernante, en su misma persona, debe tener rotuladas las “pragmáticas de reformatión”. “La lisonja o la inclinación natural de imitar el menor al mayor, el súbdito al señor, obrará más que el rigor” (XXI). He aquí, un reproche, en sordina, de la irresponsable conducta de Felipe IV.

Tras de analizar las múltiples virtudes que debe lucir el gobernante, concluye advirtiendo “que aún en ellas hay

¹⁸ Véase nuestro estudio *El gobierno de la insula Barataria, Speculum Principis Cervantino*, en *Filosofía y Letras*, México, 1947. No. 26.

¹⁹ Compárese con los consejos de Don Quijote en el gobierno de *Barataria*.

²⁰ Este *dictum* de Saavedra Fajardo tiene plena realización en Inglaterra y en Canadá, pues el “Common Law” no se rige tanto por leyes escritas, como por convenciones y tradiciones firmemente arraigadas.

peligro; estén todas en el ánimo del príncipe, pero no siempre en ejercicio”, el rey ha de saber disimular. Este último vocablo tiene particular predilección para Saavedra Fajardo. Salpimienta con ello constantemente su obra: “con sagacidad disimular”, “que sepa contemporizar y disimular”, “en los casos que conviene disimular”, “para saber reinar sepa disimular”. . . y así repetidamente. El disimulo es recurso político que coadyuva al éxito.

De ello, se desprende que Saavedra Fajardo reconoce la existencia de unas virtudes *sui generis* y particulares del gobernante. El monarca debe hacer gala de virtudes morales, comunes a los demás hombres, pero a éstas debe añadir aquellas de índole propia del oficio de gobernar. Y esta característica es la que matiza precisa y singularmente la visión del *ars gubernandi* de un grupo muy nutrido de tratadistas políticos del siglo XVII español —en particular Mártir Rizo en su biografía de *Rómulo* y Gracián en su *Oráculo Manual*. Mantienen que el monarca debe proceder éticamente, pero al mismo tiempo la dura implacable y eficaz realidad histórica los obligan a aceptar en parte la nueva tendencia de su época: *los artificios políticos por razones de Estado*. Saavedra Fajardo, prototipo de este grupo, se queda a la mitad del camino entre la visión tomista y la “maquiavélica” del gobernante. De allí que en varias de sus *Empresas* (VII, XLIII, XLIV, XLV, etc.), encontremos consejos al príncipe, que no son del todo contrarios al practicismo maquiavélico: la disimulación “en los particulares es doblez, en los príncipes es Razón de Estado”; “el mayor monarca con mayor cuidado ha de coronar su frente no con la candidez de las palomas sencillas, sino con la prudencia de las más recatadas serpientes”; “decir siempre la verdad, sería peligrosa sencillez”, etc.

Su predilección por el *ars gubernandi* del rey Don Fernando el Católico, coincide asimismo con la admiración que para el sagaz aragonés tenía el florentino.

Para Quevedo, el maestro de los reyes es el Sol. Saavedra Fajardo, más realista y pragmático, nos da un verdadero gobernante como espejo de príncipes: Don Fernando el Católico. Hace un vibrante panegírico del aragonés, que al mismo tiempo nos sirve como síntesis de su visión del gobernante.

“Fué señor de sus afectos —narra Don Diego en su última *Empresa*— gobernándose más por dictámenes políticos, que por inclinaciones naturales. Reconoció su gloria de las acciones propias, no de las heredades. Tuvo el reinar más por oficio que por sucesión. . . Levantó la monarquía con el valor y la prudencia. . . Fué tanto rey de su palacio como de sus reinos y tan ecónomo en él, como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia. . . Sirvióse del tiempo, no el tiempo de él. . . Se hizo amar y temer. . . No se fiaba de sus enemigos y se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia, su parentesco, Razón de Estado; su confianza, cuidadosa; su difidencia, advertida; su cautela, conocimiento; su recelo, circunspección. . . No engañaba, pero se engañaban otros en lo equívoco de sus palabras y tratados, haciéndolos de suerte (cuando convenía vencer la malicia con la advertencia) que pudiese desempeñarse sin faltas a la fe pública. . . Se valió sin valimiento de sus ministros. D’ellos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. . .” Tal es, en resumen, el dechado perfecto del *ars gubernandi* de Saavedra Fajardo.

g) *Conclusión*

QUEVEDO —hemos afirmado anteriormente²¹— tiende hacia lo metahistórico y lo trascendental. Saavedra Fajardo, más político que místico, se vuelve no tanto hacia Dios, como hacia un mundo antropocéntrico: “parte somos, y no pequeña, de las cosas” (LXXXVIII). De allí se desprende que un aspecto muy importante de su obra, es aquel en que su perspicacia se ejercita en descubrir los móviles de las acciones humanas; esto es, los vínculos de las pasiones con los actos de los hombres.²² Es aquí donde se muestra psicólogo sagaz, fino y profundo —tomando en cuenta, claro está, las limitaciones propias de su tiempo.²³ Su aguzada inteligencia no pasa por alto ningún factor.

²¹ CUADERNOS AMERICANOS, No. 6, México, 1945.

²² Véase la psicología profunda con que analiza la “pasión” de la vergüenza y las consecuencias que acarrea (VII).

²³ Por ejemplo, es cuestionable su aforismo: “nace el valor, no se adquiere; calidad intrínseca es del alma, que se infunde con ella y obra luego”, con que empieza su obra.

Sabe que, "de causas pequeñas, nacen los mayores movimientos de las cosas". Resulta, pues, escudriñador agudo de la psicología humana, y esto unido a su conocimiento de los hechos, lo hacen de tal manera positivo, que sus advertencias del *ars gubernandi* son todas de índole realista y práctica, observación que hemos hecho patente en las páginas anteriores.

En efecto, en todas sus obras, juzga con poco aprecio los tratados teóricos de política "en que obra más el entendimiento especulativo que el práctico" (xx). Reiteradas veces se burla de los teorizantes que con la sola erudición bíblica e histórica, osan "abrogarse así la teoría y práctica de la política". En todas sus lucubraciones se destaca un afán de tratar, "no un príncipe fingido o ideal, sino verdadero",²⁴ y manifiesta igual aversión para los que "escribieron la vida de un príncipe, no como fué, sino como debía ser, intento que les salió vano",²⁵ pues "no ha de ser la entereza del gobierno como debiera, sino como *puede ser*; aún en Dios se acomoda la flaqueza humana" (xli), y no se le puede atribuir a Saavedra Fajardo el haber escrito este aforismo de pasada, pues lo vuelve a repetir con casi idénticas palabras en la *Empresa* LXXXV: "no ha de ser el gobierno como debiera, sino como *puede ser*; porque todo lo que fuera conveniente no es posible a la fragilidad humana".

En vista de todo ello, no acertamos a explicarnos cómo Ludwig Pfandl, crítico tan responsable en lo demás, pueda afirmar que Saavedra Fajardo "nos refleja un monarca imaginario de tan idealizado que resulta, y el cual, en cuanto a su pensamiento es casi siempre todo lo contrario del príncipe de Maquiavelo".²⁶

²⁴ Proemio a la *Política y Razón de Estado*.

²⁵ Dedicatoria a Felipe IV, en *Política y Razón de Estado*.

²⁶ *Historia de la Literatura Nacional Española en los Siglos de Oro*, Barcelona, 1933, pág. 597.

Igual aberración había cometido un "esclarecido publicista", el cual declara que "Las *Empresas* de Saavedra Fajardo son el antítesis de la obra *El Príncipe*, escrita por Maquiavelo", citado y apoyado por un autor de *Saavedra Fajardo. Sus pensamientos, sus poesías, sus opúsculos*, Roche y Tejera, Madrid, 1884, pág. XII. Ya Azorín, García de Diego y Francisco Ayala han indicado aspectos "maquiavélicos" en Saavedra Fajardo.

El sistema ético-político del *ars gubernandi* de Saavedra Fajardo, no es lo contrario del de Maquiavelo —ya hemos visto que en varios problemas fundamentales piensan lo mismo. La única diferencia es de límite; esto es, Saavedra Fajardo no llega a las últimas y extremas consecuencias del florentino.

El gobernante del murciano ha de aprovechar todos los medios posibles, pero siempre dentro del cuadro de la moral cristiana. Es verdad que a veces resulta una moral *risquée*, que se desprende de su conocimiento de los métodos poco escrupulosos de la diplomacia de sus días, lo cual lo impulsa a escribir aforismos dudosos y a menudo no muy evangélicos, que digamos. Pero tan pronto como se da cuenta que ha ido demasiado lejos, quizás, su apegado idealismo y su innata convicción en un mundo regido por firmes principios de valores eternos y ecuménicos, lo detienen. Así que nunca llega a dar consejos verdaderamente execrables. Hay algunas durezas en varios de sus preceptos pero sólo las que exige una justa conveniencia. Permite a su gobernante el uso, en política, de toda prudencia —una prudencia *sui generis* si se quiere—, pero sin llegar al extremo de algunos aforismos de Maquiavelo. No se puede excusar la maldad, pues “ningún caso será tan peligroso que no pueda excusarlo la virtud gobernada con la prudencia sin que sea menester ponerse el príncipe de parte de los vicios” (xviii).

Don Nicolás pecó en la manera absoluta de escribir. Trató de distinguir entre lo que *debe ser* y lo que *es*. Descartó al primero y optó por el segundo. Saavedra Fajardo también descartó la primera posición pero optó por una tercera —que Maquiavelo ignoró— y que consiste en lo que *puede ser*. Lo que hace a Maquiavelo inaceptable a veces, se vuelve humano y social en Saavedra Fajardo.

De allí que, aunque su estatura de pensador sea menor que la del secretario florentino, con todo y ello, su filosofía del *ars gubernandi* se coloca en un plan superior a la del autor de “El Príncipe”. Es verdad que Maquiavelo había afirmado el valor singular de la política en cuanto a ciencia. Pero se había ceñido a ella tan estrechamente que no la relacionó con la conciencia moral. Sólo fugazmente sintió la inquietud de esta relación. Ni tuvo, por lo tanto,

que formular los problemas correlativos, que surgen del roce político de ciencia y conciencia. Saavedra Fajardo por otro lado, tuvo que enfrentarse con esta angustia. Sabía que los patrones políticos ya no podían retroceder a la escueta posición universalista de la *humana civitas* tomista, pues la política también sigue su marcha. Ni podía detenerse a las proposiciones amorales que Maquiavelo había planteado al diseccionar la realidad de la anatomía política. Era necesario compaginar el *ser* y el *debe ser*, el individualismo y la universalidad, *cratos* y *ethos*, *pleonaxia* y leyes morales. Era imperativo conciliar el idealismo desorbitado con el realismo inescrupuloso.

Es mérito de Saavedra Fajardo haber equilibrado estas fuerzas, construyendo sobre una base positiva de normas éticas su realismo integral. En una obra más ingeniosa que coherente, logró compaginar la dicotomía "maquiavélica" y antimachiavélica, coonestando en un esfuerzo supremo, el arte político y las doctrinas morales. Es verdad que este esfuerzo, este principio de armonización, fracasó. No eran —ni han sido— los tiempos para ello. Pese a esto, la elaboración ingeniosa de Saavedra Fajardo fija una importantísima etapa en la historia de las ideas políticas y debe tomar su sitio en el sistema del espíritu humano.

FLORA TRISTAN, LA PRECURSORA

Por *Rosa ARCINIEGA*

LA reciente recordación del centenario del nacimiento de Paul Gauguin —conferencias, artículos, ensayos; en Francia, exposiciones de muchos de sus cuadros— impuso a sus comentaristas la obligación ineludible, para explicar su “caso”, de hacer repetidas alusiones a su abuela, a aquella Flora Tristán, más peruana que francesa, cuya patética existencia, espíritu andariego, rebelde carácter y extraña psicología rebrotaron, como un sorprendente parecido físico de familia, en su nieto genial. De Gauguin podría decirse, con la expresión popular, que fué la viva estampa de su abuela.

Pero ¿quién y qué fué, en realidad, Flora Tristán? “Su nombre, su apellido, dice —y dice con razón— el escritor francés que más apasionadamente la ha estudiado, Jules L. Puech, no parece ser de los que se oyen por vez primera al escucharlo, nos “sucna”; mas ¿qué es lo que se sabe acerca de esta mujer que tuvo su hora de triunfo y a quien la posteridad tendrá que rendir un tributo de admiración?” He ahí la ventaja y la inconveniencia de esos nombres y apellidos que nos “suenan”, que nos resultan familiares por ser comunes a diversos personajes populares, artísticos o históricos. La lista de los “Tristán” —ya como nombre propio o como apellido— que exigen recordación resultaría interminable, y el mismo de los antepasados y directos parientes de Flora, el de los Tristán y Moscoso, es uno de ellos. Según el árbol genealógico de la casa, los Tristán y Moscoso, del Perú, descendían, por una de sus raíces, del propio emperador mexicano Moctezuma y, por la otra, de los Borja valencianos; y por sus actuaciones militares y políticas figuran con notorios relieves en la historia peruana y argentina. Deslindar, pues, los terrenos en evitación de confusiones y situar a la abuela de Gauguin en el

exacto marco que le corresponde es tarea previa a todo intento de investigación sobre ella; tarea doblemente inexcusable en el "caso" de esta mujer cuya vida es inseparable de su obra. Porque como lo quiere el ya mentado J. L. Puech, Flora fué "un profeta más" de los que a mediados del pasado siglo, anunciaron el movimiento obrerista, pero distinguiéndose de todos ellos por "su vida novelesca". Trágica, patética, desgarrada resultaría, acaso, más exacto.

Flora-Celestina-Teresa-Henriette Tristán, nacida el 7 de abril de 1803 y muerta el 14 de noviembre de 1844 —su jornada por la tierra iba a ser breve como quiere la leyenda que lo sea la de todos los escogidos— era hija de don Mariano Tristán, primogénito de la familia Tristán y Moscoso, de Arequipa, en el Perú, y de una bella e innominada francesita: Teresa Lainé o Laisney, con quien don Mariano contrajo matrimonio subrepticio —esto es: sin pedir el consentimiento que, como súbdito americano, estaba obligado a demandar al Rey de España— en Bilbao, donde se hallaba residiendo a la sazón. Trasladados a Francia, se instalan en una pequeña quinta de los suburbios de París y allí, en aquella ciudad que señorea el continente con sus armas y cuando los tiernos soles de abril hacen florecer los primeros tímidos rosales, nace Florita. Todo canta una alegre canción en torno suyo al despertar a la vida. En el jardín de la casita del peruano don Mariano hay caprichosas veredas de fina arena, cuadriláteros de verde césped, flores y árboles frutales; pero, sobre todo, se respira allí libertad —esa libertad orgiaca que, más tarde, perseguiría Flora incansablemente por la vida. Los días de visita acuden personajes de renombre a charlar con don Mariano y acariciar a su hija. Uno de ellos se llama Simón Bolívar, el "pauvre petit Bolívar", como le decían cariñosamente en el hogar de los Tristán por su taciturnidad y su menuda figura. A todos estos visitantes oye hablar Florita —con los ojos agrandados por la curiosidad y el ensueño— de un continente remoto llamado América y de un país: el de su padre, el legendario Perú donde corre el oro a manos llenas, donde está el blasonado hogar de sus mayores y donde su rico e influyente tío, el coronel don Pío Tristán y Moscoso administra las extensas propiedades familiares de que ella será heredera.

Pero un día, minado por misteriosa enfermedad, muere su padre; se extingue también su hermanito menor cuando apenas rebasaba los diez años y Flora y Teresa —se dirían hermanas antes que madre e hija— se encuentran solas frente a la vida. Porque es preciso advertir que, realista hasta la médula, el coronel don Pío, cuya espada, a las órdenes de Liniers, ya se ha medido con la de los ingleses invasores de Buenos Aires, se niega a reconocer la legalidad del matrimonio de su hermano don Mariano y, por lo tanto, a enviar aquellas periódicas remesas pecuniarias con que desde el lejano Perú atendía a las erogaciones de su familia en París. ¿Qué hacer? ¡A trabajar! Era el primer zarpazo de la vida clavado en un alma ultrasensible.

Flora, la "jolie petite espagnole", según la apodan en seguida sus conocidos y vecinos parisienses, entra a trabajar como obrera en un modesto taller de grabado y litografía de propiedad de André Chazal, con quien se casa cuando apenas frisa en los 18 años. Segundo zarpazo de la vida, éste directamente clavado en su corazón. A los cuatro años de convivencia con Chazal, Flora confía ya al papel: "mi marido me inspira tal repulsión que he pensado resueltamente pedir mi libertad, ser libre en toda la extensión de la palabra". . . Un día, con sus hijos Ernesto y la dulce Alina —la futura madre de Gauguin— en los brazos, más un tercero en las entrañas, Flora abandona el domicilio conyugal y se marcha a reunirse con su madre. Otra vez las dos mujeres a solas frente a la vida. Y ahora, con dos, con tres seres más, inocentes e indefensos, que dependen de ellas y que el despechado Chazal intenta arrebatarles por procedimientos gansterianos. Flora tiene que entrar a trabajar como empleada de mostrador de una confitería y, más tarde, que viajar como dama de compañía al país de las brumas: a Inglaterra.

A su regreso, quiere obtener el divorcio. No lo había en Francia desde 1816. La vida se cerraba en torno suyo. Perseguida por Chazal, abandonada por su tío, el millonario del Perú, sin caminos, escribe por esos días en uno de sus cuadernos: "sólo yo sé lo que está condenada a sufrir una mujer en medio de una sociedad que, por la más absurda de las contradicciones, conserva insalvables prejuicios contra ellas".

Es la primera voz de rebelión societaria que resuena en los labios de la futura agitadora. El sentimiento de "paria", que más tarde acabaría por concretarse en calificativo por antonomasia aplicado a sí misma, comienza a perfilarse en lo hondo de sus psíquicos estratos.

Le faltaba, empero, ensayar una última tentativa: refugiarse en el Perú, en la remota tierra de su padre, en aquella patria legendaria que sentía desde niña en su conciencia con amor entrañable —¿no llamaba a los peruanos "mis compatriotas" y se consideraba más peruana que francesa?—. Iría a buscar al tío Pío Tristán hasta la blanca Arequipa dormida al pie del nevado Misti, a la vera de los Andes, y aquel personaje de leyenda, apiadado de sus cuitas, le entregaría su herencia, la tan soñada fortuna de los Tristán y Moscoso. ¡Tercer gran fracaso de su vida! Flora llega al Perú al cabo de aventuras novelescas, vive en Arequipa, luego en Lima —en el Perú y en Lima viviría también su nieto Pablo Gauguin— y tiene que retornar a Francia sin haber obtenido de su tío otra cosa que la vaga promesa de una pensión anual de 2,500 francos. Pero entre su exiguo equipaje, llevaba, eso sí, un enorme rimero de cuartillas con memorias y apuntes sobre el Perú, que más tarde se trocarían en las vibrantes páginas de sus *Peregrinaciones de una paria*.

Ahora sí; ahora su destino estaba claro precisamente porque apuntaba con inflexibilidad inesquivable hacia lo más negro y horrendo de la tempestad que la amagó desde su infancia. Era la "paria", la mujer sin patria, sin hogar, sin asidero: espuma del oleaje social que el viento arrojaba a la deriva. Pero entre la cárdena cerrazón de este horizonte vital, una luz, un agudo chispazo de deslumbradora claridad iluminó su conciencia. La vocación, una vocación largo tiempo indecisa o reprimida —fenómeno exacto que se reproduciría en su nieto Gauguin cuando rompe sorprendentemente sus ligaduras de burócrata y familiares— encarna de improviso en el espíritu de Flora. De todos sus dolores y sus ansias, de sus experiencias y fracasos, de su "muerte civil", de su sino de madre perseguida, de su vagabundeo por el mundo y quién sabe si, también, de un resentimiento explicable y concentrado, surge en ella una voz potente que la llama hacia el más duro apostolado:

el apostolado societario, iniciado por Roberto Owen, por Saint-Simon, por Fourier y los demás precursores y creadores del llamado "socialismo utópico". "Este proyecto —escribe Flora— penetró tan súbitamente en mi espíritu que me pareció que una voluntad superior a la mía me mandaba obrar". Y otra vez: "la fe en mi grandioso proyecto me mueve a hacer cosas maravillosas".

Lo que en el nieto Gauguin sería conciencia de su potencialidad creadora, en la abuela es conciencia de una fuerza poco común para su misión de agitadora social. En carta dirigida a Fourier le ofrece su ayuda en estos términos: "os ruego que os acordéis de mí cuando tengáis necesidad de una persona *entusiasta*; encontraréis en mí una fuerza poco común en mi sexo".

Su lanzamiento a la arena de la publicidad lo realiza con un folleto que es ya un grito de combate: *Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères* (1835). ¿Qué pide allí Flora Tristán? Pide una pronta justicia contra una larga injusticia; pide apoyo para la mujer vencida, para la paria explotada, para la mísera extranjera o provinciana a quienes la ciudad y el capital acosan por medio de la más sucia de las hambres. En su condición de mujer bonita y codiciada —las descripciones y dibujos que de ella se conservan lo comprueban—, Flora sabe qué clase de arteras trampas acechan el tránsito femenino por la vida y cuán difícil les resultará eludirlas mientras no se opere un cambio en la sociedad y se reglamente el trabajo de acuerdo con las teorías socialistas. "¿Por qué —escribe— no se les conceden todos los derechos a la mujer y por qué se les paga a éstas salarios de hambre. La prostitución es una monstruosa consecuencia del estado social imperante y no desaparecerá mientras éste no se modifique. Si admitierais a la mujer a recibir la misma educación que el hombre, a ejercer las mismas funciones y empleos, no se vería arrastrada a la prostitución por la miseria".

Todo esto pueda parecernos hoy trivial por haber pasado a constituir lugar común en el campo de la sociología, pero no lo era en 1835, hace ciento trece años, cuando ni siquiera el socialismo utópico o romántico había apenas aflorado a las conciencias más esclarecidas; y lo era todavía

menos en labios de una mujer alejada por su nacimiento y educación de los medios proletarios.

En su primer escrito público, Flora Tristán, la "intrépida peruana", destacaba ya dos hechos cuya trascendencia sólo alcanzaría a sopesarse en el futuro: el Feminismo y el Internacionalismo. Para Flora no hay fronteras. "Los límites de nuestro amor —escribe— no pueden ser las tapias de nuestro huerto, las murallas de nuestras ciudades, las montañas o los mares que circundan nuestros países. Desde ahora, nuestra patria debe ser el universo".

¿Cuáles son los enemigos de este ideal?: "El egoísmo y el individualismo desmedidos". La panacea estará en la unión de todos los trabajadores, en la ayuda mutua, en el socialismo. Flora traza las bases de la futura asociación obrerista y hasta redacta los estatutos. Ante nuevas necesidades hay que emplear nuevos métodos. Todavía no se siente revolucionaria y emplea sentencias cristianas. "Todos somos hermanos sin distinciones nacionales o raciales". No duda de que Luis-Felipe patrocinará sus ideas porque, "habiendo sufrido prolongado exilio, comprenderá mejor que nadie los pensamientos que el dolor nos ha sugerido".

El sufrimiento es, en efecto, la torva sombra que cabalga a la grupa del caballo de Flora. Mientras redactaba su alegato, Chazal, su implacable marido, le ha arrebatado a sus hijos Ernesto y Alina tras una física lucha que adquiere densos contornos dramáticos. Su nombre, su reputación y sus angustias de madre ruedan por las páginas escandalosas de los diarios y por los tribunales de justicia. Su hija Alina le informa, con el consiguiente horror, de ciertas persecuciones incestuosas de su padre, que éste niega, pero que no destruye, ante los jueces. Flora Tristán no cede. Lanza entonces su segundo alegato que cobraría celebridad en la prensa y en la cámara de diputados: *Petición en favor del restablecimiento del divorcio*.

Un año después, 1838, aparece en las librerías su obra capital: *Peregrinaciones de una paria*, mezcla de autobiografía y estudio sobre el Perú. Son dos volúmenes henchidos, donde la "apóstol errante", la "paria" —por antonomasia ya— recoge crudamente, acerbamente, todas sus pasadas y sangrientas experiencias en el mar, en Arequipa, en Lima, en el Perú. . . Flora se las dedica "a mis compa-

triotas, los peruanos". Resultado: cuando llegan a Arequipa, los libros son quemados en la plaza pública —tardío auto de fe—, y don Pío, escandalizado, suprime a su sobrina la pensión de 2,500 francos. Mas nada de todo aquello amilana, por previsto, a la heroína societaria. Su nombre es ahora famoso en la capital de Francia y, mientras litiga con su marido por los hijos, escribe en "Le Voleur" y "L'Artiste" críticas, artículos, ensayos; publica su novela *Méphis*, de neto corte social aunque romántica, y alterna con los jóvenes hegelianos alemanes que elaboran el socialismo científico.

Una tarde, su marido, loco de despecho, la espera en plena calle y cuando la tiene a tiro, dispara sobre ella su revólver. Flora se desploma con un balazo bajo el seno, casi a la altura del corazón. Por error, aquella noche se pregonaba en París que Jorge Sand, la novelista famosa y partidaria del divorcio, como Flora, había sido asesinada por su esposo. Pero actitud inusitada: apenas mal repuesta de su herida y cuando aquél puede correr el peligro de la pena capital por su atentado, la "paria" se dirige a la cámara de diputados y presenta su famoso folleto: *Pétition pour l'abolition de la peine de mort*. Le basta con verse libre del tirano familiar, con recobrar legalmente su apellido y poder transmitírselo a sus hijos. "Es admirable —escribiría "Le Journal du Peuple"— que una petición como esa venga de una víctima de nuestro contrasentido social; por sí sola revela un corazón en el que se alian el sentimiento religioso y el amor a la humanidad".

En 1839, Flora viaja por cuarta vez a Inglaterra —es la misma fiebre viajera y aventurera que retoñará en Gauguin— y lo que allí descubren sus ojos es lo mismo que lo que descubrirían los de Engels: miseria, dolor, lágrimas, injusticias sociales indecibles, obreros sin derecho al sufragio. . . Ve las fábricas de Birmingham, Glasgow, Sheffield; conoce el dantesco infierno proletario y el risueño paraíso de los nobles y burgueses; y su supremo comentario queda resumido en estas palabras: injusticia, hipocresía.

A su regreso a París (1840), escribe su libro más fundamental desde el punto de vista sociológico, aunque no sea el más célebre: *Promenades dans Londres*. En *Promenades* no hay ya meros sentimentalismos y en muy poco se dife-

rencia del que, escrito por Federico Engels sobre la misma materia, serviría de tábano espoleador a Marx para redactar "El Capital". Es un libro realista, crudo, vibrante, cuyas páginas son como linternas que esclarecieron submundos oscurecidos y velados hasta entonces. A partir de este momento, para Flora Tristán no hay ya obreros franceses o ingleses. La idea nacionalista se extingue por completo en su cerebro para dar paso al franco internacionalismo. En Inglaterra o en Francia, en el lado de acá o en el lado de allá del canal hay sólo una masa de trabajadores oprimida por el capitalismo. Es urgente libertarla. "Trabajadores —les dice en la dedicatoria— a todos vosotros y a todas vosotras va dedicado este libro; lo he escrito para ilustraros sobre vuestra situación. Por consiguiente, os pertenece".

Todo esto podrá ser "socialismo utópico" o "socialismo pequeño burgués" para el marxismo dialéctico, pero sin él no habría sido posible Marx. Hoy vemos el triunfo del autor de "El Capital", pero olvidamos sus fracasos iniciales. ¿Qué repercusión tuvo, por ejemplo, el Manifiesto Comunista en Inglaterra? ¿Se ha reparado en que, no obstante ser escrito en Gran Bretaña, sólo se tradujo al inglés tres años después y en que al mismo "Capital" le costó largos años abrirse senda? Sin Owen, sin Fourier, sin Flora Tristán y los demás precursores, ¿habrían acogido los corazones obreros el evangelio marxista? Los trabajadores entendían aquel lenguaje emotivo de la "petite espagnole" y así lo declaraban en su periodiquito "La Ruche Populaire". Flora era una obrera más y sus dos hijos se ganaban la vida trabajando manualmente (Alina, como modistilla en un taller). También los periódicos contemporáneos de derecha llamaban a Flora "utopista", pero ella replicaba sin inmutarse: "¿Por qué? ¿Es utópico trabajar por la unión obrera?".

Y su libro de ese título: *La Unión Obrera* sería, por así decirlo, su caballo de batalla y la coronación de una existencia que iba a apagarse bruscamente en plena flor. Especie de catecismo revolucionario, en él se proclamaba por vez primera la tesis de la *lucha de clases* y la ineludible tarea de fundir a los trabajadores de todo el mundo en un bloque para oponerlo a las otras.

Esto era en 1843, es decir, cuatro años antes de la publicación del Manifiesto Comunista —lo que basta para aquilatar el papel de precursora que le corresponde a Flora Tristán.

En la lucha de clases, más intuída que deducida por Flora, el obrerismo deberá empezar por exigir: a) Derecho al trabajo, al voto y a la instrucción; b) representación o participación en el gobierno. Ya no se tratará de Asociaciones benéficas o mutuas para cubrir urgentes necesidades materiales, sino de una unión total que elimine de raíz esas necesidades. Mientras el obrero no se una, no habrá defensa posible y la lucha de su clase será vana.

He aquí cómo entreveía la dinámica de la Historia esta mujer: “Con la Revolución (francesa), la burguesía ha ocupado el puesto privilegiado de los nobles y ahora oprime al proletariado. Es preciso hacer girar la rueda evolutiva y desalojar a la burguesía de ese puesto de mando. El trabajo ha sido hasta ahora el *brazo*; en lo sucesivo, será la *cabeza*”.

Tales eran sus ideas —hoy corrientes—; pero hay que tener en cuenta que esto se decía hace ya más de cien años y que, por consiguiente, la postura mental de Flora Tristán presuponia cincuenta veces más audacia que la de la más avanzada revolucionaria de hoy. Veamos cómo resumía ella misma sus conclusiones: “La clase obrera *tiene derecho* a existir como tal y a que las demás la respeten. Reconocimiento de la *propiedad de los brazos*, pues, en Francia, veinticinco millones de trabajadores no tienen otra propiedad que esa. Derecho al trabajo para todos los hombres y todas las mujeres. Reconocimiento de la igualdad de derechos para el hombre y la mujer como medio de constituir la *unidad humana*. La emancipación de los trabajadores será la obra de los propios trabajadores”.

Su grito de combate y, por así decirlo, su estribillo era: “hermanos y hermanas: unámonos”. (“Proletarios de todo el mundo: uníos”, sería el de Marx y Engels). Y con este título y basándose en esa idea, pide un himno a varios poetas, entre ellos a Beranger; un himno que fuese una *Marselesa de la Paz*.

Como al auténtico apóstol, nada la descorazona y, para ella, su idea cobra los contornos de una verdadera religión.

“Mi religión —dice— es amar a mis hermanos en la humanidad y mi fe no puede ser inferior a la de los católicos”. Apenas publicado su libro *La Unión Obrera*, Flora concibe el proyecto de lanzarse a través de Francia como peregrina de la idea. No tiene recursos; para hacer la segunda edición se ve obligada a recurrir a las suscripciones, que consigue personalmente a punta de visitas y de insistencias; pero ningún obstáculo material basta para contener sus entusiasmos de “evangelizadora”. “En las Cámaras —escribe—, en las Asambleas y en el teatro se habla *de los obreros*; pero nadie ha tratado todavía de hablar *a los obreros*. Pues bien, yo iré a buscarlos a sus talleres, a sus bohordillas, a sus tabernas y allí, frente a sus miserias, les forzaré a salir, *malgré eux*, de esa miseria que los degrada y los mata”.

Y, en efecto, en abril de 1844 —sería el último de su vida— inicia su “tour de France”, que se convierte para ella en un calvario. Los trabajadores de provincias se muestran reacios a escucharla, los periódicos burgueses la fustigan, la policía la persigue. “Tengo a casi todo el mundo contra mí —dice Flora—: a los hombres porque pido la emancipación de la mujer; a los propietarios porque reclamo la emancipación obrera”.

Es evidente que muchas de las ideas sociales de Flora Tristán estaban inspiradas en las de Saint-Simon, Owen, Fourier y demás “socialistas utópicos” y que, respondiendo a los dictados de su hora, su estilo era el de la exaltación y el sentimentalismo. Pero nada de ello obsta para que su visión del panorama de la historia fuese en muchos aspectos cierta; e igualmente resulta innegable que oteaba también con exactitud el porvenir. He aquí uno de sus más felices atisbos, referente a un problema que por aquellas fechas no se columbraba todavía con la debida claridad y que hoy ha rebrotado bajo un moderno disfraz: “Los acontecimientos de la Revolución (francesa) son tan imponentes que los hombres se sienten aplastados por ellos. Napoleón la traicionó para implantar el absolutismo. Pero ¿cuál fué su obra? Encadenar la libertad que la Revolución había introducido en 1789; no dejó en libertad acción alguna de la vida; toda su centralización administrativa sólo tuvo por objeto restringir la libertad; había que extirparla hasta del fondo de las almas; el espionaje estaba en el ejército,

en el santuario, en la enseñanza, en todas partes. Nada prueba mejor que ese espionaje inmenso la agitación que alentaba en el alma del emperador y la conciencia que tenía de su impotencia para ahogar los principios revolucionarios. El absolutismo está condenado en la vida moderna. Waterloo, ese hecho providencial, ha representado el segundo triunfo de la libertad. La demencia imperialista de Napoleón le llevó a su ruina. Los pueblos libertados por Francia y a los cuales impuso Napoleón amos, fueron los que, irritados por tan enorme decepción, respondieron al llamamiento de los reyes a quienes humillaba la superioridad del *parvenu*. No fué la derrota que le infligió Rusia lo que derrocó a Napoleón sino *el espíritu de libertad*, que aprovechó la primera coyuntura para sacudir su yugo. Si Napoleón hubiese sido el agente del principio revolucionario, habría rechazado a los ejércitos reales hasta más allá del Dnieper”.

En 1843, el joven hegeliano de izquierda, Arnold Rouge, va a ver a Flora y, en el transcurso de la entrevista, ésta le manifiesta: “el vergonzoso sistema monárquico bajo el que respiramos se hundirá ante la ira del pueblo. No le concedo ni dos años de vida. Sus días están contados; la nueva generación está resuelta a limpiar el nido de la Revolución de la nidada de cuervos que en él se han introducido”.

Flora prevé —y así se lo dice al joven marxista germano— que si se abandona a los obreros a su miseria e ignorancia “se convertirán en un cuerpo formidable del que se aprovechará el primer intrigante político que quiera perturbar el orden; lo mismo que los esclavos en la sociedad romana, los obreros irán entonces a alinearse bajo el estandarte de cualquier Catilina que atacara a la sociedad”. El golpe de Estado de Luis-Napoleón probaría pronto este aserto, y determinados y funestos movimientos de nuestra contemporaneidad lo demuestran igualmente.

Otro de los claros atisbos de Flora Tristán fué el de que sería vano alzar gran clamor contra las guerras mientras, por otra parte, se siguiera atizando el fuego de la mística nacionalista, causa de ellas: “Los pueblos —dice— sólo piden vivir en paz. Pero los han envenenado exacerbando el amor propio nacional, que nos lleva a desear que

el país donde hemos nacido prive sobre los demás de la tierra. Este es el fruto amargo que producen las luchas”.

Por razón de su doble nacionalidad —la peruana y la francesa— y en su condición de “paria”, el espíritu de Flora estaba preparado cual ninguno para acoger y hacer germinar la semilla del internacionalismo. “En Francia todos son franceses sin acepción de provincias. Se acerca el día tan deseado en que todos seremos *bombres*, hermanos, sin diferenciarnos por el nombre de ingleses, franceses o alemanes. . . Lo esencial es hacer comprender a los niños que nuestro planeta es un gran cuerpo humanitario y que, odiando y haciendo el mal a nuestros hermanos, somos nosotros mismos quienes nos odiamos y hacemos el mal. Hay que anclar en los espíritus esta doble noción, esta unidad del gran cuerpo humanitario y esta solidaridad de naciones e individuos”.

Las ideas de Flora acerca del problema de la prostitución, del religioso y del educacional están también, en muchos puntos, absolutamente acordes con los de nuestra época, lo que revela su carácter de precursora, de mujer extraordinariamente anticipada a su tiempo. La falta de espacio nos impide analizarlas aquí una por una, pero no podríamos eludir la tentación de citar algunas de sus palabras acerca del régimen carcelario y su punto de vista —no-vísimo en aquel entonces— sobre la pena de muerte. “A los criminales —dice— hay que aislarlos y reeducarlos. La pena de muerte es absurda hasta *desde el punto de vista económico*, ya que priva a la sociedad de individuos que un régimen racional sabría aprovechar”.

Durante su “tour de France” —Dijon, Chalon, Saint-Etienne, Mâcon, Lyon, Marsella, Burdeos—, siente a veces terribles desfallecimientos, pero se repone de ellos diciéndose a sí misma: “Creí que estaba cansada de mi misión de apóstol errante. No, no; lo estoy sólo físicamente. Jamás me fatigaré de ella. Siento que amo a la humanidad más que nunca”.

Sí, físicamente, aquella mujer está agotada —aunque sólo tenga cuarenta y un años— y al llegar a Burdeos, a aquel Burdeos desde el que un día partiera ilusionada hacia el Perú, cae en cama abrasada por la fiebre. Los obreros que vienen a trabajar en la construcción del hotel, todavía

inconcluso, donde se aloja, la despiertan a las cinco de la mañana con sus martillazos y Flora Tristán, semi-agonizante ya, escribe: "Cuando oigo sus martillos, me digo: *allons*: he aquí a mis pobres hermanos que vienen ya a dejar sus vidas al servicio de la humanidad; es preciso que yo siga su ejemplo, que me levante y trabaje también por ella".

A las 10 de la mañana del 14 de noviembre la congestión cerebral se precipita, rompe los diques interiores de aquella ardiente cabeza que tanto había pensado e hilvanado y Flora Tristán, la luchadora, la sorprendente precursora, cierra los ojos para siempre. Una voluntaria y espontánea suscripción de los trabajadores logra reunir, *son* a *sou*, la suma suficiente para el entierro y para erigir, en el propio Burdeos, un sencillo monumento en recuerdo de la "santa desaparecida", de la "abuela del obrerismo". "A la memoria de Madame Flora Tristán, autora de la Unión Obrera, los trabajadores reconocidos. Libertad, Igualdad, Fraternidad, Solidaridad", reza la dedicatoria de ese monumento que consiste en una columna trunca rodeada de laurel.

La memoria de Flora Tristán no se ha extinguido, en efecto, ni es probable que se extinga. El 7 de noviembre de 1922, durante la discusión del sufragio femenino en Francia, el senador Louis Martin, tuvo para ella este recuerdo: "Si madame de Staël supo combatir la tiranía; si madame Beecher-Stow desacreditó la esclavitud, Flora Tristán alimentó la idea de unir en un bloque potente al proletariado del mundo entero; Flora Tristán es la verdadera iniciadora de la Internacional Obrera".

Tal es, a grandes trazos, la silueta vital y espiritual de la "intrépida peruana" cuyo destino novelesco nadie habría sido capaz de prever en los plácidos días de su infancia dorada, del mismo modo que nadie habría podido vaticinar el de su nieto Paul Gauguin hasta el momento de su violenta y extraña ruptura con su plácido mundo circundante de burgués.

SOLORZANO PEREIRA Y SU POLITICA INDIANA

LA conmemoración del insigne jurista español D. Juan de Solórzano Pereira que celebramos actualmente, da oportunidad para exponer cuál sea la situación de nuestro conocimiento en punto a la biografía y a la bibliografía relativas al autor de la célebre *Política indiana*, publicada en Madrid en el año de 1647.

Consideraría poco leal por mi parte, la repetición, más o menos aderezada literariamente, de lo que sobre aquellas cuestiones escribí y publiqué en junio de 1940 con el título de *El primer proyecto de Recopilación de Indias* hecho por Solórzano. No creo que sea difícil a los lectores de los "*Cuadernos Americanos*" encontrar un ejemplar de aquella monografía, puesto que el *Bulletin Hispanique* de la Universidad de Burdeos (Tomo XLII, No. 2, páginas 97 a 122) tuvo siempre, y merecidamente, una gran difusión en todos los países cultos y, es de esperar que exista en las bibliotecas de la América de lengua castellana, así como en las naciones en que se cultiva el hispanismo (Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Portugal, etc.).

Las diferentes facetas que ofrece la personalidad de Solórzano, todas ellas interesantes, las estudié en aquel artículo. No creo que se pueda decir más de ellas tal como las expuse entonces. Pero sin quitar un adarme al valor histórico y jurídico de ninguna de ellas, para mí hay una que excede en importancia a las demás. Cierto es que toda la actividad intelectual de Solórzano estuvo encaminada a explicar el aspecto legal de nuestra colonización y a redactar la Recopilación de las leyes de esta especie lo más completa y ordenada que le fuera posible. Consiguió su deseo, puesto que fué él quien escribió aquel código y a él pertenece el texto que se imprimió en 1680. La Recopilación era necesaria a los gobernantes, a los jueces en particular (Audiencias y Tribunales en sus varias formas y jurisdicciones), y a los abogados. Por consecuencia, caracterizar a Solórzano principalmente como legislador de nuestras Leyes de Indias, no es más que señalar la preferente dirección de su propósito; o mejor dicho, la total aspiración a que conducía finalmente toda su obra. Quitando algunos retoques de Paniagua (último interventor en el texto de Solórzano; pero no sabemos exactamente en qué medida: yo la creo diminuta), la Recopilación impresa

y promulgada en Madrid el día 18 de mayo de 1680 fué obra exclusiva de Solórzano.

Esta conclusión a que llegué en 1940, y que ratifiqué en otros trabajos míos, pudo ser durante algún tiempo obscurecida o puesta en entredicho por las pretensiones repetidas de otro jurista, también español, y constante ensalzador de sus obras: León Pinelo. Ya en aquel citado año recelaba yo de las pretensiones de este polígrafo, que tuvo otros méritos, pero no el que pretendía con el énfasis que le fué peculiar. Mis sospechas tenían más antiguo origen, puesto que ya en 1915 las expuse, tal como eran entonces, en mis *Notas sobre la Recopilación de las leyes de Indias por Solórzano y Pinelo*, publicadas en las Actas del IX Congreso internacional de Americanistas¹ celebrado en Washington. "Los documentos —dije en 1940— que incluí en esas *Notas* fueron reproducidos por Torre Revello en su citado *Ensayo biográfico*, acompañados de muchos otros referentes a la participación de aquellos dos recopiladores en los proyectos de las épocas de Felipe III y Felipe IV.² Esas notas aportadas por Torre Revello en el *Ensayo* y las históricas antes mencionadas, me afirmaron las sospechas que ya abrigaba en 1915.

"Era indudable, sin embargo, que toda esa documentación y la mía no daban luces más que sobre las relaciones entre los trabajos de Solórzano y de Pinelo, particularmente en cuanto a la parte que a cada uno correspondió realmente en el proyecto que a la muerte de Pinelo (en 1660, cinco años antes de la de Solórzano) volvió al Consejo de Indias y, constituyó, verosimilmente, la base del texto definitivo preparado por el Licenciado Ximenes Paniagua. Pero como no faltaban los textos legales, no sólo del proyecto que llamaremos provisionalmente de 1660, sino también el de los trabajos personales de Pinelo, carecíamos ambos del principal cimiento para estimar qué fué lo que, de la labor de Solórzano (y respectivamente, la de Pinelo) se aprovechó para el texto definitivo de 1680".

Esta incertidumbre me empujó a continuar mis investigaciones; las cuales han producido la confección de un libro titulado *La extraña historia de la Recopilación de Antonio de León Pinelo*, incorporado primeramente a uno de los dos tomos de la *Parte Quinta* de mis *Estudios sobre las fuentes de conocimiento del Derecho Indiano*; hoy es una nueva *Parte* en esa serie, muy aumentada con mis constantes búsquedas y reflexiones. La contextura de ese libro comporta los siguientes ca-

¹ *Proceedings* del Congreso, publicadas en 1917.

² Ver mi *Análisis de la Recopilación de Indias de 1680*, capítulo segundo. Buenos Aires, 1945.

pítulos que copio del *Índice analítico*: I. Fuentes de conocimiento.—II. El proyecto inicial (1604?-1622).—II. Pinelo, Zorrilla y Aguiar (1622-1628).—Pinelo y Solórzano (1628-1664).—Pinelo solo (1644-1660).—Conclusión provisional.—La concepción recopiladora de Pinelo.

En esos seis capítulos, hay párrafos o secciones (como se prefiera bautizarlos) que señalan problemas de especial importancia. Sirvan de ejemplos los siguientes. Capítulo III, número 3: Cantidad y calidad de la colaboración de Pinelo.—a) Testimonio de Pinelo; b) Testimonio de Aguiar; c) El elogio de Pinelo por Aguiar; d) Cómo interpretó Pinelo el elogio.—Capítulo IV, número 2: Antecedentes de Solórzano. Versiones de Pinelo. Dictamen de Solórzano sobre el proyecto de Recopilación de 1634-35. Número 4: Cuestiones críticas.—Capítulo V: Pinelo solo (1644-1660). Número 2: El *Aparato político de las Indias Occidentales* y el nuevo proyecto de Pinelo (1653).—Capítulo VI (el de la conclusión provisional), Números 1 y 2: Hechos, razonamientos y consecuencias.—El Decreto de nombramiento de Cronista de Indias a favor de Pinelo.

Dado el hecho de que lo que celebramos actualmente es la fecha de publicación del libro de Solórzano, *Política Indiana*, que se publicó en 1647, natural parece dejar a un lado todas las otras actividades jurídicas de aquel gran político y legislador. Pero el libro que acabo de citar es tan conocido y ha sido tan estudiado que, en realidad, sería superfluo repetir ahora lo que todos los hombres cultos en estas materias saben bien. Yo mismo he tratado esa faceta de Solórzano, y nada sería más fácil que copiar lo que he escrito: cosa enfadosa en los más de los casos; no quiero decir con esto que la copiosa literatura sobre la *Política* haya agotado el estudio sobre esa interesantísima obra. Merece, sin duda, ensalzarla cada vez que haya ocasión, como actualmente ocurre; pero no obstante las varias ediciones (más o menos críticas) que se han impreso en España, no puede decirse que sería inútil emprender una más en que, como ya lo he dicho en varios escritos, se acometiese el estudio comparativo del texto español con el latino de los dos tomos en latín (*De Indiarum Iure*); y a la vez el inventario de las palabras y frases jurídicas usadas por el autor, en una forma igual que la adoptada en mi *Diccionario de voces jurídicas y técnicas de la legislación indiana*, que es la Parte novena de la Serie de *Estudios sobre las fuentes de conocimiento del Derecho indiano*, y que aun está inédito. Confieso que la empresa de tal nueva edición me viene tentando hace tiempo; pero mientras no pueda reunir todos los elementos necesarios (singularmente los textos latinos), sería imposible hacer nada sólido y completo. Desde luego, quiero decir que en el citado

†
Señor

Por carta de 8. de Abril del año de 1618. ofreci a V. M. unos libros Latinos, en que comprehendo todo lo que toca al derecho particular de estas Indias Occidentales, y una recopilacion en romance de las cédulas, cartas, y provisiones Reales, que para su gouierno se han despachado despues que se descubrieron. Siruiose V. M. de admitir este ofrecimiento, y honrarme con mandas: Le lleuase adelante; y assi lo he ydo haciendo: pero por ser tantas las ocupaciones de esta plaza en que siruo, no he podido cumplirle tan presto como deseaua. Ahora embio puesto en orden el primer libro de la recopilacion, para que por el se conozca mejor, si los demas pueden ser de importancia; y para el año que viene con el fauor de Dios embiare los libros Latinos. Suplico a V. M. honre estos estudios con su acostumbrada grandesa, y me dé ocasiones, en que poder servir, y merecer mas con ellos, pues en las que he tenido, he procurado cumplir con mis obligaciones, como V. M. podra ser informado. Dios guarde la Católica persona de V. M. en los Reyes. 8. de Ma. yo de 1622. años.

Juan de Solórzano Pereira

Diccionario hay un esbozo del estudio a que me referí antes, pero muy insuficiente; porque dado el gran volumen del *Léxico*, se hubiesen recargado demasadamente las 900 páginas que llevo escritas.

Sin duda, hubiera sido un gran agasajo a la memoria de Solórzano poder imprimir, para presentarla ahora, esa edición de su *Política*. Es lástima que no se nos haya ocurrido esta idea; claro que con gran anticipación, porque es tarea para ser emprendida un año, o poco menos, antes de la celebración presente. Pero pienso que no está perdida la ejecución que ahora no podemos ofrecer al público. ¿Por qué no buscamos un editor capaz de interesarse por esa obra, y hacemos del día o mes de ahora el punto de partida de esa empresa? Estoy seguro de que sería bien recibida y apreciada. México obtendría, una vez más, un mérito que añadir a los que le debemos españoles y americanos.

Para reforzar esta sugestión, es oportuno, antes de terminar este artículo, citar la *Dedicatoria* que Solórzano dirigió al rey en 8 de mayo de 1622 (cinco años antes de dar a conocer su *Política*), con motivo de presentar su primer proyecto de Recopilación de Indias que indico anteriormente. "Señor. Por carta de 8 de Abril de 1618 ofrecí a V. M. unos libros latinos³ en que comprehendo todo lo que toca al *derecho particular de estas Indias Occidentales*, y una *recopilación en romance* de las cédulas, cartas y provisiones Reales que para su gobierno se han despachado despues que se descubrieron. Sirviose V. M. de admitir este ofrecimiento, y honrarme con mandar le llevase adelante; y así lo he ido haciendo: pero por ser tantas las ocupaciones de esta plaza en que sirvo, no he podido cumplirle tan presto como deseaba. Ahora envío puesto en orden *el primer libro de la recopilación* para que por el se conozca mejor, si los demás pueden ser de importancia: y para el año que viene, con el favor de Dios enviaré los *libros latinos*. Suplico a V. M. honre estos estudios con su acostumbrada grandeza, y me dé ocasiones en que poder servir, y merecer más con ellos, pues en las que he tenido, he procurado cumplir mis obligaciones, como V. M. podrá ser informado. Dios guarde la católica persona de V. M. En los Reyes, 8 de Mayo de 1622 años. Doctor Juan de Solórzano Pereira.—Rúbrica".

Los lectores habrán advertido cómo, en el pensamiento y el deseo central de Solórzano, estuvieron siempre enlazadas las dos formas jurídicas de la *Política* y la *Recopilación*. Para mí, esta última fué siem-

³ Son los que formaron la obra *De Indiarum Iure*, impresa años después en Madrid (1629-1639), origen de la *Política indiana* en romance. El subrayado de este documento es mío, no de Solórzano. También he reducido el texto, conforme a la escritura de entonces, a la actual. En mi monografía de 1940 lo presenté tal como el autor lo redactó.

pre lo principal para él; pero no quiero distraer la atención sobre aquélla, puesto que es la que ha engendrado esta celebración del ilustre autor. Cuando se publique *La extraña historia de la Recopilación de Antonio de León Pinelo*, se verá en qué razones me apoyo para sostener esa opinión preferente, que no quita un ápice al gran valor de la *Política*.

Rafael ALTAMIRA.

Dimensión Imaginaria

EL OSCURO LIMITE

Por Juan REJANO

A Arturo Souto.

... y no bebáis las aguas del olvido

LOPE DE VEGA.

PERSECUCION Y DESALIENTO

Es lo mismo que un nido
inanimado, yerto,
que entre oscuros ramajes
sin edad ni memoria
conservara la huella
de su calor antiguo.
Es como un nido yerto.

Es igual que la piedra
confinada en lo inerte,
madura de silencio
en el cumplido éxtasis
y sin embargo viva
en la sangre del tiempo.
Es como tiempo y piedra.

Es como el agua insomne
cuando del mar se evade
y en el cielo reclina,
ave oculta y dispersa,

su impalpable mejilla
que no cabe en la muerte.
Es como el mar y el cielo.

Es igual que el espectro
conmovido de un sueño
que en la noche atesora
las palpitantes gemas
yacentes en el alma
y luego nadie sabe
a dónde va a ocultarlas.
Es lo mismo que un sueño.

Es semejante al polvo,
fecundo, feroz padre
que a su mesa consume
los vinos silenciosos
de la vida, los senos
de errantes primaveras,
y sólo muestra al mundo
un rostro cadavérico.
Es semejante al polvo.

Es igual. . .

(Ay, olvido,

nido,
piedra,
mar,
cielo,
sueño,
polvo,
no puedo,
no, no puedo encerrarte
en mi débil palabra
para hundirte en ti mismo)

CANCION PRIMERA

CAMPANAS *mudas*
te anuncian.

Te velan
antorchas ciegas.

Desde una torre sin muros,
bajo una noche infinita,
en no se sabe qué mundo.

Piedras de silencio
levantan las sombras
de tu reino.

En tu corazón
se abre un pozo seco
sin fondo.

Y el eco
de ninguna voz.

AGONIA

LA noche del olvido
me está esperando, abierta,
quiere acoger mi sombra
como una inmensa tumba.
Su aliento me aproxima
no sé qué enervadora
fragancia y siento el roce
de su aterida forma
cual si el borde de un ala
monstruosa, invisible
pasara desgarrando
la piel de mis sentidos.

No sé cómo evadirme.
No sé si abrir los brazos
y aprisionar en ellos
el mundo fugitivo,
lo que ahora late y crece
corriendo hacia las sombras,
aquello que me brinda
el hálito más tierno
antes de abrirse al polvo.

¿Dejaré que esta presa
deslumbrante se pierda
cual río que agoniza
en las fauces de un túnel?
¿Tendré yo que entregarme,
desnudo como un niño,
a esa corriente impávida
que no deja su orilla?

¡Ay, si esta inalterable
soledad que me ciñe
pudiera ahondar su seno,
ser como negra sima
sin fin donde mi cuerpo
no se saciara nunca!
Entonces, qué relámpago
perpetuo en la memoria,
qué cárcel venturosa
de seres consagrados
para lo eterno mío.
Nada hallaría su término.
Cada imagen sería
como una rosa en sueños
sin crepúsculos fijos.
Cada instante tendría
todo el fluir del tiempo,
tal si un espejo innúmero
multiplicase el mundo.

Pero, mientras se agita
la rebelde arboleda
donde estoy delirando,
la noche del olvido
me espera, me reclama
y yo busco asideros,
desesperado náufrago,
en el torrente humano
que pasa y no me advierte.

CANCION SEGUNDA

VAN cuatro jinetes
por la lejanía.

*Largas capas negras,
negras sombras íntimas.*

*(Si yo me alejara,
¿tú me olvidarías?)*

*Se oscurece el campo
bajo la llovizna.*

*Altas sierras negras,
negras las encinas.*

*(Si estuviera ausente,
¿tú me olvidarías?)*

*Tañe la campana
de una vieja ermita.*

*Campanadas negras,
negra despedida.*

*(Si yo me muriera,
¿tú me olvidarás?)*

*... Los cuatro jinetes
por el campo oscuro
bajo la llovizna.*

LA FRONTERA

PIENSO en ti y me imagino
cautivo en tu redoma
donde flotan los mundos
que una vez fueron labios
florecidos de gozo.
Pienso en ti y me contemplo
corpúsculo apagado,
ya ni recuerdo apenas
de lo que fué dejando
su huella apasionada
sobre lechos en fuga,
como el que esculpe rayos
y los cede a lo eterno.

Pero también, a veces,
penetro en tu morada
sin notar el camino,
como el aire en el llano
o el sonido en el aire,
y entonces ni yo mismo
puedo decir quién soy:
siento que el duro espacio
que me cerca y define
contiene de mi ser
lo que en mi ser ignoro:
una cierta penumbra
de mi boca, un impulso
de crueldad vacilante.

Espejo sin recodos,
el mundo me refleja,

despierto e impasible,
me entrega su tranquilo
secreto, lo que guarda
de nuestra vida, aquello
que en vagos limbos yace,
lo radiante, lo turbio,
y yo dejo ganarme
por estos ojos fértiles,
me inundo de luz nueva
cual si viera a mi alma
cobrar figura, abrirse
otra vez desde el fondo
de su lejana aurora.

Sólo cuando a mí vuelvo
y hacia mis huesos miro,
angustiado custodio
de mi débil riqueza,
dejo de ser tu víctima,
dejas de ser mi sombra,
necesaria amenaza
que entre sus brazos lleva
con la muerte el efluvio
de un alba perfumada.
Mas, ¿de qué vale entonces
mi pequeña victoria
si su estéril conquista
se asemeja a las tuyas,
a esos velos densísimos
tras los cuales escondes
la esperanza del mundo
o mi mundo sin ella?
¿De qué me vale asirme
a mis propias cadenas

si la ausencia está ciega
lo mismo que tus ojos?

¡Ay, olvido, occidente
del afán, de la injuria,
de la inútil constancia,
dime, dime en qué cruce
de caminos no abiertos
podré hallar horizonte
seguro, lo contrario
de una rosa que muere!

CANCION TERCERA

JUNTO *al agua*
nace el fuego.

He de olvidarme de mí
para no olvidar lo ajeno.

Y por estar en mí mismo,
dejo de estar en los otros.
¿Nunca acabará este abismo?

¿No alcanzaré esa frontera
donde la luz es memoria
sin cadenas?

Si vivir es olvidar,
quién sabe si morir sea
recordar.

Memoria que se recrea.

COMPENSACION

NIEBLA fija, arboleda
de fundidos ramajes,
vegetal nebulosa
que en su vientre guardara
la jubilada imagen
de todo el universo.
Así tu forma vana,
tu firme incertidumbre,
medusa de mil sierpes
flotando en las orillas
donde la nada empieza.

Nos robas, nos ocultas,
te llevas lo soñado,
la sangre y su ceniza
quemada entre delirios,
el esfuerzo, el milagro.
Te llevas y devoras
los soles que se apagan
detrás de cada frente
y luego les das vida
de nuevo en tu regazo,
secreta vida inútil
que a nadie pertenece,
tal si se derramara
sobre un mundo de arena
la estremecida savia
de cada ser creado.

Como una ciudad triste,
como una derribada

ciudad que perdurase
en lo más hondo y yerto
de un mar siempre enlutado,
tu negra fortaleza
se esparce, presentida
en cada sien, por valles
de soledad perpetua.

Por ti dejan de oírse
los himnos matinales
que a plenitud convocan,
y ciegan sus pupilas
los encendidos mármoles
donde el deseo rige;
se arrastran los inviernos,
la espiga se calcina
y los racimos trémulos
en que el amor palpita
se secan como ubres
que la aridez maldice.

Pero por ti podemos
también unir las horas
que bajan al abismo
y suben a lo inmenso.
Por ti, de cada llanto
brota una rosa niña
y del laurel deshecho
un fulgor de esperanzas.
Por ti puede esta llama
que en las entrañas llevo,
crecer o fatigarse,
morir por un momento
para nacer más alta,

sin agotar el ritmo
en que vacila y cree.

—Ven, acércate, llega. . .

No, no, huye. . .

Te amo
y te odio, lo mismo
que tú alientas y escondes
el pensamiento mío,
sus ceñidas creaciones
que al fin sólo son tuyas.

CANCION CUARTA

1

ENTRE los laureles
y los jazmineros,
qué pena, qué pena
siento.

*Llebadme hasta las arenas
del desierto.
Lunas malas
se desangren en mi cuerpo.*

*Entró la muerte en mi casa
y me dejó sólo un eco.
Qué pena, qué pena
siento.*

*Dejad que mis ojos cieguen
sin consuelo.
Que mi corazón se hunda
en un pozo de silencio.*

*Qué pena,
qué pena siento.*

*Entre los laureles
y los jazmineros.*

2

LUNA nueva,
mírame lleno de pétalos
de la primavera.
Mira el tallo de mi alma
brotar con las rosas frescas.

—¿Y aquella sombra que amaste? . . .
—La luz, la luz me embelesa.

—¿Y aquel dolor de agonía? . . .
—Se abrió una flor en mi pena
y cayó un dulce rocío
sobre ella.

Mírame lleno de pétalos,
luna nueva.

MAS ALLA DEL LIMITE

TODO, todo en mi frente!
Lo inasible y lo dócil,
esa estrella, estos labios
que a los míos deslumbran,
el rumor que se esparce
con pasión por la tierra.
¡Pronto! ¡Pronto! ¡A mis sienes!
Que no escape una fibra,
un latido, un aroma.
¡Qué me están invadiendo
los helechos sombríos
y ya siento en el aire
los sonidos que emergen
de las negras pisadas!

¡Todo, todo en mi frente!
La campana, el otoño,
los destellos del héroe,
aquel árbol humilde
que doraba mi infancia,
el clavel, los estío
silenciosos, la calle
con su cal religiosa,
el gemido del niño
que se hundió en el remanso.

¡Todo, todo en mi frente!

Quiero asirme a la vida,
para siempre, tenerla,

retenerla en mis brazos
como un solo racimo,
no dejar que se agosten
sus hermosas mejillas,
detener el ahora
hasta ahogarlo de gozo,
devolver al pasado
su estación deslumbrante
y arrojarle cadenas
que a mi sed lo sujeten.

¡Todo, todo en mi frente!
El color de la lluvia,
ese viento que muerde
las desnudas esquinas,
el mendigo, las sombras
que en la noche se abrazan
blasfemando, la herida,
su temblor aterido,
ciertas lívidas tardes
que en el alma se posan
como la piel extraña
de un cuerpo abandonado.

¡Todo, todo en mi frente!

Quiero alzar hasta el vértigo
los fragmentos que huyen
a su fin doloroso,
atraer hacia un vórtice
donde nada perezca
los luceros que viven
en la tierra creando
a la vez dicha y duelo;
reunir en un instante

las más distantes horas,
sus pobladores múltiples,
y contemplarlo todo,
radiante, desde un cielo
que el mismo cielo envidia.

¡Todo, todo en mi frente!
(Tú también, vasto olvido
que me estás destruyendo).

SITUACION DE LA LITERATURA MEXICANA CONTEMPORANEA

Por José Luis MARTINEZ

QUIEN haya concedido alguna atención a la vida de la literatura mexicana contemporánea, habrá advertido que en los últimos años esa vida ha dado muestras evidentes de una situación que, sin exagerado pesimismo, puede llamarse letárgica. No creo que fuera más exacto hablar de una crisis o de un decaimiento. Crisis viene a significar un debate interno, previo a la determinación en este o aquel sentidos; decaimiento implica un principio de ruina, de descomposición, y no pueden registrarse en nuestras letras actuales ni huellas de aquella lucha ni cenizas de este menoscabo. Sí pueden encontrarse, en cambio, señales de un estado letárgico. Los impulsos y tendencias que animaron a la literatura mexicana en los años anteriores a 1940 han sido agotados y su vigencia ha concluído; ningún otro camino, ninguna otra empresa suficientemente incitantes han tomado su lugar; no han surgido personalidades literarias de fuerza creadora y, frente a esa escena cada vez más vacía, todos los elementos exteriores parecen confabulados cuando su actitud no es más que una consecuencia de aquella inercia.

Si recordamos la animación de los años que vieron aparecer las obras de madurez de la generación del Ateneo de 1910 y de las promociones inmediatas y que asistieron al desarrollo de los novelistas de la Revolución y de los poetas y prosistas reunidos en la revista *Contemporáneos*, y comparamos aquella actividad con la de nuestros días, reconoceremos hasta qué punto se encuentra adormecida la vitalidad de nuestras letras. No modifica esta situación el hecho de que escritores de algunos de los grupos citados continúen publicando obras que reiteran su maestría o registran el curso de su decadencia, y la existencia de algunos

jóvenes que han rendido ya obras valiosas y de quienes se esperan otras superiores. Aquéllos prolongan el esplendor de otros días y éstos —su persistencia o su esperanza— no consiguen, con todo, llenar un escenario que se mira si no vacío de personas, sí de una actividad literaria fecunda.

Porque indudablemente siguen profesando o cultivando las letras muchos escritores. Considerando aparte aquellos sectores cuya actividad se ha mencionado antes y que constituyen la base de nuestra literatura contemporánea, los brotes que van surgiendo de aquel tronco no pueden ser más desalentadores. Los que escriben versos, llenos los oídos de la música de sus antecesores, componen variaciones de una lección aprendida a la que no añaden sino su carencia de originalidad; los que escriben novelas, exhaustas ya las fuentes de la Revolución, no aciertan a satisfacer al mismo tiempo las exigencias políticas y las literarias o exploran con indecisión nuevos caminos que hasta ahora no han logrado conquistar del todo, y los muy contados que han hecho sus primeras armas en el teatro padecen aún de mayores confusiones y debilidades, acaso por la madurez que exige este género; los ensayistas y los críticos, finalmente, salvo algunas excepciones que se encuentran sobre todo entre los escritores cuyo ejercicio principal no es literario, padecen no sólo de concepciones estrechas cuando no sectarias sino de insuficiencias técnicas en todos los grados. Puede encontrarse quizás exageradamente sombrío este panorama de nuestras letras contemporáneas. Pero téngase en cuenta que me refiero, fundamentalmente, a la producción de los escritores surgidos en los años siguientes a 1940, y que tomo en cuenta el término medio de esa producción, sin desestimar por ello la existencia de obras destacadas, piedras blancas casi perdidas en el páramo.

Considérese también, como un nuevo síntoma de este letargo, la inexistencia y la desaparición de medios de expresión literaria. Los libros de escritores mexicanos, maduros o jóvenes, significativos o insignificantes, son cada vez más escasos. No existe en la ciudad de México ninguna revista que pueda considerarse representativa de nuestras letras; han desaparecido publicaciones que subsistieron por varios años, ahogadas, más que por motivos económicos, por la pobreza de textos; las revistas que aparecen en al-

gunos estados, aun contando con todas las limitaciones que las cercan, no pueden considerarse más que esfuerzos beneméritos para mantener una tradición. Y si todo ello puede hacer pensar —a quien no se detenga a meditar en los motivos que los editores tienen para considerar inversión riesgosa la publicación de obras literarias mexicanas y en las causas verdaderas de la desaparición de las revistas— en la existencia de una confabulación contra las letras contemporáneas, en realidad esta limitación de los medios publicitarios no es más que una consecuencia del letargo en que se encuentra nuestra literatura actual. Ahora bien, ¿en dónde residen las causas de semejante situación? Creo que radican, algunas de ellas, en ciertas deformaciones y estrecheces que hemos impuesto al ejercicio literario y que otras tuvieron su origen en épocas más o menos remotas y las hemos heredado, en ocasiones ignorándolas, sin procurar enderezarlas. Las reflexiones que siguen son un esfuerzo por aclarar, con lealtad y sinceridad, la situación de la literatura mexicana actual y mucho me confortaría poder reconocer que en esta o aquella observación pesimista, la realidad o su esperanza son mejores que como yo he creído verlas. ¿No soy acaso también responsable en una parte modesta del estado en que se encuentran nuestras letras?

VIDA Y ACTIVIDAD LITERARIA

A lo largo de la historia y aun dentro de cada una de sus épocas, la literatura ha sido ejercida en todas las formas posibles que caben entre la entrega apasionada y total y la ocasional experiencia. Las obras maestras no surgen necesariamente de los escritores que pueden llamarse totales; pero es difícil que una literatura vigorosa sea creada por una generación de aficionados a los que, por lo general, no ha sido deparada una gran dosis de talento.

Una de las peculiaridades más visibles de la actividad literaria de los escritores mexicanos que han aparecido después de 1940 es precisamente cierta forma limitada de diletantismo. Les interesa ciertamente la literatura, pero sólo en cuanto es un ejercicio distinguido y un medio para con-

seguir o justificar algunas libertades. Y han llegado a ella, por otra parte, por una pendiente engañosa: la necesidad de expresión de una carga sentimental. Cuando la han satisfecho, unos permanecen anclados en este lirismo primitivo, retocándolo aquí y allá con un barniz de modernidad, y otros, que han comprendido su incapacidad poética, derivan a otras formas literarias que consideran de fácil acceso o abandonan la literatura. Con todo, algunos de estos escritores poseían una calidad espiritual susceptible de cultivarse y desarrollarse; pero abandonados a su propio curso y consumida aquella calidad por todas las inercias, sus obras naturalmente permanecerán insignificantes.

Mas cuando se ha ingresado en la literatura por esta puerta falsa se está más dispuesto a adoptar los supuestos privilegios de la nueva profesión que a reducirse al rigor de su disciplina. Incitados por algunos ejemplos memorables, los nuevos escritores aplican su primer esfuerzo a liberarse, hasta donde alcanzan sus fuerzas y su audacia, de la sujeción a una moral y a unas costumbres, buenas sólo para el hombre común, pero inoperantes para quienes, como ellos, son los depositarios del espíritu. Y a tal punto han llegado a considerar conceptos correlativos literatura y amoralidad que, invirtiendo los términos, no ha faltado quien, después de conquistada una perversión o una simple "liberación" de la moral común, pretenda adornarla con el ejercicio literario, como si al apartarse de la naturaleza y de los códigos se hubiera adelantado un paso hacia la literatura. Poco importarían al punto de vista del presente examen estas particularidades si sus resultados hubieran sido obras de mérito literario y si no implicaron uno de los factores primordiales del letargo de nuestras letras. Pero ocurre que quienes así confunden el espíritu y la misión de las letras, cuando llegan a producir alguna obra, ésta, minada desde su nacimiento, lleva en sí misma los signos de su esterilidad y no logra ser más que eco de los modelos ambientes. Pueden recordarse ciertamente ejemplos de obras maestras creadas por escritores que han prescindido de la moral pública; pero, en todos los casos, aquel amoralismo ha sido algo más que frivolidad o beneficio de las letras: ha sido un destino o una doctrina. Y aquellos es-

critores no han sido eminentes precisamente porque eran amorales.

En cualesquiera de los sentidos en que se opere esta confusión, sus resultados suelen ser un divorcio entre la vida y la literatura. Es grande la dosis de valor o cinismo necesarios para llevar hasta las obras escritas la materia turbia o inconfesable de la vida y, cuando no se tiene esa audacia, como sucede en la mayoría de los casos, la solución es crear un mundo separado para el arte. Un mundo que comienza por enrarecer y extenuar sus savias y acaba por ser inocuo. Un mundo también que comienza apartándose de la propia vida del escritor y concluye por apartarse de la realidad. En las obras de estos escritores, el mundo se habrá reducido a ideas y doctrinas literarias, a ejercicios puros de la inteligencia y análisis cautelosos del movimiento de los sentidos, cuando no a manifestaciones y defensas encarnizadas de unos ideales no profesados más que con las palabras. Pero les falta aquella substancia persuasiva que sólo puede dar la conformidad entre la vida y el espíritu, aquella pasión lúcida y total que hace de nuestras obras algo más que juegos estériles o prédicas vacías.

Será empresa ardua la de transmitir a nuestros escritos esta intensidad y esta virtud si emprendemos la literatura como una frívola afición. Aquí, como para todas las artes y todos los oficios humanos, es necesaria también una vocación profunda que nos aliente a perseverar en las arideces antes de alcanzar la conquista de nuestros propios dones y, si se quiere, los privilegios de la profesión. Sin embargo, aun entre estos casos en que la necesidad de expresión literaria aparece suplantada por muchas otras que sólo artificialmente tienen relación con la literatura, pueden encontrarse, a pesar de la deformación y el abandono a que se las ha sujetado, algunas auténticas vocaciones. Pero sus poseedores, con un concepto típicamente romántico del arte, esperan poder extraer sus obras de su genio y de la inspiración que los transporta y, abandonándolas a su propia ventura, procuran disfrutar alegre y despreocupadamente la vida mientras llega el momento de proferir el mensaje divino. Si alguno llega a recibir la visita del ángel, el mayor número, en cambio, permanece inútilmente en su espera. El destino de esta mayoría vocada hacia la litera-

tura —y aun el de los inspirados— es el de edificar dentro de sí al escritor del que no han recibido más que el asiento. Edificarlo con la intensa y larga paciencia necesaria para explorar el mundo visible y el de las ideas, para reconocer las luces y las sombras de nuestra intimidad y para labrar un instrumento capaz de expresar fielmente nuestro testimonio.

LITERATURA Y ACTIVIDADES CERCANAS

EN nuestro medio, como en tantos otros, aquellos que profesan de nombre o de hecho la literatura encuentran desde luego que esa actividad no les permite subsistir. Muchos se complacen en analizar su infortunio, acusando al Estado, a los libreros, a los editores o a las instituciones culturales de la miseria que se les depara. Círculo vicioso. ¿Por qué no acusarse a sí mismos por no crear una literatura buena y viva para el pueblo y para la realidad en que viven? Pero el hecho es que no pueden vivir de ella y, siguiendo una tradición, buscan un acomodo en actividades cercanas a las letras: periodismo, magisterio, cinematógrafo o labores técnicas y administrativas. El hecho en sí mismo es no sólo justo sino también necesario y debiera, además, no ser nocivo para el ejercicio literario. ¿A qué se debe, entonces, que lo sea en nuestra realidad actual?

Si bien se mira, cada una de estas actividades en las que suele refugiarse el escritor, podrían proporcionarle una disciplina provechosa para su formación literaria. Del periodismo podría recibir, como ha ocurrido en tantos casos, un dominio del oficio y una agilidad de espíritu; en el magisterio ganaría una sistematización de sus conocimientos, un sentido armónico de la mente y aun aquella humildad que se impone en nuestro medio al maestro; el cinematógrafo podría enseñarle un dominio técnico capaz de aprovecharse con éxito en la literatura, y de las labores técnicas o administrativas, de cualquier especie que sean, podría obtener la lección de un rigor o de un método o, en el peor de los casos, la conciencia de poseer un mundo propio, más puro y amable que aquel en donde paga su tributo.

Y otro tanto podrían ganar del escritor literario cada una de estas actividades. La finura del espíritu, la educación de la sensibilidad, la precisión de la mente, la curiosidad intelectual, que en mayor o menor grado distinguen al escritor, pueden ser aptitudes excelentes en aquellas actividades. Pero, salvas las consiguientes excepciones, la actuación de nuestros escritores contemporáneos en las profesiones que le permiten subsistir ha sido muy diversa a esta posibilidad teórica. Antes que ganar una lección y una disciplina en las labores que deben cumplir y antes que aportar a ellas sus propios dones, optan por otras soluciones. Unos, sospechosamente conscientes de la calidad de su genio, creen que el resto del mundo tiene la obligación de conservarlos y alentarlos y no llevan a las tareas que se les confían más que su disciplina y su orgullo; otros, más ávidos de fortuna que de gloria, prefieren dejar a un lado lo que tienen de escritores y, con esa flexibilidad típica del carácter mexicano, se adiestran rápidamente en todas las perezas mentales, trucos efectistas y aun malas artes que suelen ser los caminos conocidos para conseguir el éxito en cualquiera de las profesiones a que se han acogido.

Para nuevo infortunio de las letras, son más numerosos los escritores convenencieros y corruptibles que los orgullosos. Estos, al menos, procuran conservar y defender la virtud de su espíritu, mientras que aquéllos la cambian fácilmente por pocas o muchas monedas. Con la actuación de estos últimos, además, se ha perdido la posibilidad de elevar los instrumentos de cultura para el pueblo o los servicios sociales a un decoro y a una eficiencia de que carecen. Examinemos, para comprobarlo, lo que ha ocurrido con la actuación de la mayoría de los escritores mexicanos contemporáneos en algunas de estas actividades. Quienes han conquistado el periodismo, antes que llevar a él la elegancia de su lenguaje o de sus concepciones, la verdad de su sabiduría o la justicia de sus convicciones, han aprendido allí el arte de la venalidad, la calumnia, la agresión o la irresponsabilidad moral. Sus ideas políticas pronto son substituídas por otras más productivas o menos peligrosas; su oficio literario no sólo no gana aquella agilidad que proporciona el ejercicio diario de la pluma sino que pierde sus antiguos recursos para mantenerse en el anquilosamiento

de las fórmulas hechas a prostituirse con el empleo de los recursos de éxito conocido.

La acción de los escritores dentro del magisterio, con menos posibilidades de abyección, cuenta, sin embargo, con la pereza mental, la mecanización de los conocimientos y el empleo de métodos más o menos turbios para la adquisición de posiciones ventajosas.

En las actividades relacionadas con el cinematógrafo, de reciente conquista para nuestros escritores, la obra de éstos se ha reducido a la propagación de la vulgaridad. Algunos realizan un primer intento para imponer al *film* su sentido y su experiencia artísticos o sus convicciones sociales, pero, ilustrados con el fracaso, ingresan pronto al servicio organizado en pro de la mediocridad, de la irritación sexual o nacionalista y de todos los tópicos de seguro éxito económico. Nuestro cinematógrafo, antes y después de la invasión de un grupo numeroso de escritores mexicanos, ha sido el mismo. Su acción es invisible porque ellos han aceptado las reglas establecidas de un juego sin tratar de imponer con acierto sus convicciones estéticas o morales. Pocos espectáculos poseen una influencia más extensa y más profunda sobre el pueblo y en pocos países el cinematógrafo ha sido utilizado con tanta ceguera y torpeza como en México. Sus dirigentes han llegado a hacer inoperantes, a fuerza de coacciones, las tentativas del gobierno para hacer un instrumento civilizador de lo que hoy es sólo un instrumento excitante, y, dueños de una casi completa libertad de acción, se sirven de ella en provecho exclusivo de su economía. Padecen una estrechez de visión y una inconsciencia de su responsabilidad social que nadie mejor que los hombres de letras que intervienen en la elaboración de los *films* o comentan asuntos cinematográficos podrían enderezar lenta pero eficazmente. Pero, con excepción de esporádicas reflexiones, no se ha advertido hasta ahora su propósito claro de convertir en realidad los que acaso sigan siendo sus ideales. Se han dejado convencer con excesiva facilidad de que el pueblo sólo pide excitantes y, a toda costa, reducen su inteligencia y su sensibilidad artística a las fórmulas de éxito económico ya probado. Al renunciar así a emplear sus mejores armas en bien de la cultura y la educación populares, nuestros escritores contemporá-

neos han incurrido en una abdicación de grave responsabilidad. Atentos sólo a su provecho y al de sus empresarios, olvidan el más importante que es el del pueblo y contribuyen al mismo tiempo a retardar el crecimiento cultural de la nación y con ello la posibilidad de vigencia real de la literatura que escriben.

La intervención de los escritores contemporáneos en las labores técnicas o administrativas y en los servicios públicos, finalmente, puede decirse que se ha mantenido sin evolución visible en la situación creada durante el porfirismo y que puede resumirse como una situación de provecho antes que de servicio. Durante la época de Juárez, por ejemplo, escritores como Ramírez, Altamirano, Riva Palacio o Prieto concebían los cargos públicos o privados como un medio de servir a la patria y a un gobierno al que respetaban o censuraban abiertamente; pero cuando la instauración de la dictadura porfirista creó la necesidad de comprar adeptos y corifeos, aquellos cargos se convirtieron en prebendas y oportunidades de lucro. En cambio de la adhesión a la dictadura, en nuestros días sirven la adhesión a la ideología oficial del momento, la amistad de los poderosos o las complicidades políticas, pero los resultados siguen siendo los mismos y los escritores se comportan, con honrosas excepciones, como el resto de los ciudadanos. Con una conversión oportunista semejante a la que ocurría en los casos de los que participan en el periodismo, en el magisterio y en los oficios relacionados con el cinematógrafo, los que viven de trabajos técnicos, administrativos y de servicio público han adoptado todas las lacras, inercias y perversiones endémicas de esas profesiones, renunciando a imponer en ellas la marca del espíritu armonioso y lúcido que debía distinguir a los escritores en todas sus actividades pero cuya constante ausencia pone en duda su realidad.

EDUCACION Y PRACTICA DEL OFICIO

DE las generaciones literarias del pasado inmediato, el escritor de nuestros días ha recibido dos modelos de actitudes frente a la literatura. Los poetas del grupo modernista —particularmente los de segundo plano— crearon un tipo

de ejercicio literario, tardía supervivencia romántica, conocido con el nombre de "bohemio". Placeres más o menos refinados, de acuerdo con las posibilidades de la bolsa, abandono, preocupación por distinguirse del resto de los mortales, veneración obsesionada por lo que se considera lo nuevo en literatura, exclusión casi completa de cualquier otro conocimiento y confianza en las espontáneas aptitudes propias, conforman sumariamente este tipo de ejercicio literario. Se salvaron con él, dentro del Modernismo, quienes tuvieron auténtico talento y supieron usar las dosis tolerables de estas drogas; pero a él debe achacársele también la inconsistencia humana de toda esa época de nuestras letras y la endeblez de la obra de tantos escritores que, sujeta a una disciplina menos destructora, podría haberse transformado en decoro si no en grandeza.

La generación de 1910 o del Ateneo, que siguió en México a la modernista, gracias a la lección de maestros como Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, se empeñó en substituir aquel ocio lírico y privilegiado por una disciplina que nacía de la conciencia de la responsabilidad histórica que les tocaba. La determinación de conquistar dominios culturales, antiguos y modernos, nacionales y extranjeros; de vencer las dificultades técnicas del oficio y de realizar obras fundamentales de difusión cultural, excluía en ellos la posibilidad de ocuparse demasiado de sus sentidos o de su condición excepcional. Y al proponerse la superación de especies literarias más complejas y de mayores exigencias, transformaban en su ánimo aquella ciega confianza en la virtud del propio talento, distintiva de sus antecesores, en una actitud más humilde y realista que los llevaba a concebir el ejercicio de la literatura como un oficio que, al igual que cualquier otro, debía aprenderse y ejercitarse.

Solicitados al mismo tiempo por estos dos ejemplos, los escritores mexicanos contemporáneos han sido más sensibles a las seducciones del primero que a la austeridad de este último. Pero aunque en términos generales puede decirse que siguen adictos en lo fundamental a aquel modelo de formación y actividad literarias, debe señalarse también que lo han adaptado y adicionado con algunas notas peculiares. Reconocidos ya los modelos, examinemos cuál es el proceso

y cuáles son las características principales de la formación cultural y de la práctica del oficio literario en nuestros hombres de letras actuales.

Continuando un proceso tradicional, los escritores contemporáneos reciben su educación fundamental en universidades o instituciones de cultura superior o bien se procuran por sí mismos aquellos conocimientos y técnicas que están a su alcance y que consideran necesarios. Los que han pasado por la escuela recibirán, junto al provecho de una educación más o menos congruente y sistemática, el lastre de esquemas arbitrarios y de modelos preferentemente académicos; y los autodidactos se encontrarán cercados por las inercias del gusto ambiente cuya evolución retardada les ofrecerá como literatura viva la que, nacida cincuenta o cien años antes, ha logrado asimilar la mente popular en sus días. A unos y otros les es preciso, consiguientemente, deslindar por sí mismos, de aquel repertorio de conocimientos, recibidos por uno u otro camino, lo que es útil para su formación literaria de lo que es solamente un peso muerto, e iniciar luego, guiados por su propio sentido estético o por la lección de algún maestro, su verdadera educación. Pero en una tarea tan ardua como ésta, en la que se han empeñado con tan débiles armas y para la que han preferido los ejemplos menos heroicos, difícilmente pueden salir airosos. Los resultados suelen ser una formación en muchos aspectos insuficiente. La elección de sus lecturas se guía con frecuencia por incitaciones externas u ofertas de una moda o una propaganda y no por la búsqueda de lecciones perdurables, por el reconocimiento de afinidades y tradiciones o por la curiosidad intelectual. Emprenden la creación literaria sin otro criterio que el del capricho, iniciándose muchas veces en el oficio con tareas que, por sus dificultades y por la plenitud de criterio y de información que implican, se reservan a la madurez. No siguen otra disciplina interior que el azar y así, intentando un día la poesía y otro la novela, el teatro o el ensayo, va sobreviniendo la producción literaria de nuestros días, fruto de la incertidumbre y de la concepción absurda que de las letras tienen la mayoría de los escritores mexicanos actuales.

Pero como no todos los llamados géneros literarios exigen con el mismo rigor una formación cultural y una dis-

ciplina orgánicas, nuestros escritores prefieren aquellos para los que, según suponen, basta la espontánea excrecencia de su sensibilidad o de su inteligencia. De allí su predilección por la poesía lírica que, expresión al fin de la fluencia individual, no requiere más que decorarse con la retórica en boga, de fácil adquisición. Mas aunque el engaño tuviera un éxito inmediato —entre otros monederos falsos, por lo común—, el tiempo se encargaría de olvidarlo. Existe un tipo de poesía que no requiere, ciertamente, una educación ni una disciplina, pero, desde el principio de los tiempos, sólo ha sido concedida a unos cuantos elegidos entre los que no puede encontrarse, según parece, a nuestros contemporáneos. No les queda pues otro camino que labrar, a costa de toda la paciencia y de la experiencia que puedan acumular, el canto que sienten nacer dentro de sí para que surja al menos limpio de impurezas y de lugares comunes.

Los géneros en prosa ofrecen dificultades menos sutiles que las que esconde la poesía. La materia, por más franca, hace más difícil la ilusión óptica. La novela y el teatro exigen una concepción arquitectónica, una riqueza de elementos y una capacidad de objetivación cuya ausencia o insuficiencia no se presta a engaños. En los últimos años, sin embargo, se ha cultivado insistentemente un género narrativo que parece haber encontrado el secreto para esquivar estos rigores. Consiste en un relato de construcción lineal en el que se atribuyen a un personaje inconsecuente una serie de análisis psicológicos preferentemente autobiográficos. Es pues una nueva forma de expresión lírica, complicada con las preocupaciones psicológicas características de nuestro tiempo, en cuya misma facilidad residen sus exigencias. Proust acertó a crear con esta materia una novela memorable; pero no se limitó, como nuestros contemporáneos, a narrar, mediante un rudimentario recurso novelesco, el curso monótono de unas sensaciones artificiales o vulgares.

El teatro, a causa de la precisión de su retórica, ha permanecido casi intocado por los nuevos escritores y en ello puede verse una de las pruebas más patentes de la inconsistencia de éstos. La forma cerrada del teatro, su reducción a medidas justas y la claridad con que transparenta las

debilidades que se le imponen, exigen una inteligencia madura y un dominio técnico consumado. No es suficiente en él la simple extraversión de las imágenes o las sensaciones internas; son necesarias, además, la concepción orgánica de una historia y la encarnación de cada uno de sus factores en protagonistas diferenciados y dueños de una verdad psicológica y la articulación de estos elementos en una obra capaz de transmitir con eficacia a sus lectores o espectadores el mundo concebido por el creador. La representación misma de obras teatrales, en los días que corren, no parece haber sido más afortunada. Los campos se han partido claramente en dos bandos, inútilmente antagónicos. En los teatros comerciales han quedado los viejos equipos de comediantes, tan familiarizados con la escena como encallecidos en sus vicios; y junto a ellos, sin pretender aún robarles un público que saben complacido, han ido surgiendo grupos experimentales cuyo propósito es el de renovar tanto los repertorios dramáticos como el arte escénico mismo. Su persistencia, su proliferación y aun su heroísmo no pueden ser equivalentes, desgraciadamente, al éxito. No basta substituir las obras efectistas por las más modernas producciones ni basta tampoco alejarse de la vieja escuela de nuestros comediantes: improvisándolo todo, en un arte más exigente que ninguno de un paciente y sólido aprendizaje, las representaciones de estos grupos de jóvenes no han pasado aún de aquella etapa experimental, ya aludida por el nombre con que se les conoce, y no tienen muchas posibilidades de superarla. La pobreza de la producción teatral y la inconsistencia de la actividad escénica en el México contemporáneo, responden sin embargo, a causas bastante complejas. Acaso no tengamos teatro porque su posesión implica una madurez cultural que aún no alcanzamos. Pero acaso retardemos su conquista si la perseguimos en incursiones tan superficiales y caprichosas como las que presenciamos. Para afirmar al teatro como una función viva en nuestra sociedad será preciso que todos sus realizadores materiales se sometan, tantos años como sea necesario, al aprendizaje que requieren y que sólo pueden recibir de quienes en el mundo son poseedores de ese arte; será preciso también que los escritores teatrales, luego de recibidas todas las savias del teatro universal, encuentren

el secreto para entroncar, en la tradición cultural y en la realidad y el carácter de nuestro pueblo, un teatro vivo y elocuente, espejo y rector de nuestras pasiones.

Por lo que se refiere a aquellos géneros en prosa como el ensayo y la crítica, ancilares de la literatura y que suelen ser más propiamente historia, filosofía o ciencia, las dificultades que debe superar el que los intenta son tan engañosas como de lenta y disciplinada conquista. El ensayo tienta a nuestros escritores contemporáneos por su versatilidad y por aquella ausencia de exposición orgánica que lo distingue; y a la crítica se acercan confiados en la posibilidad de exponer acerca de una materia determinada una opinión personal. Pero ambas disciplinas exigen concepciones maduras, vigorosas y originales, una cultura amplia y lúcida y una serie de técnicas cuya carencia inutiliza las mejores voluntades y aun los mejores talentos. Suponiendo la existencia de concepciones profundas en nuestros ensayistas y críticos actuales, la pobreza de su cultura los lleva muchas veces a descubrir el Mediterráneo, cuando no a insistir sobre materias agotadas a las que no añaden sino la exhibición de sus cortos alcances. Aún más visible es la insuficiencia de conocimientos técnicos como la bibliografía, los procedimientos documentales y eruditos y los nuevos métodos críticos e historiográficos. Fieles a esa tradición mexicana que nos alienta a improvisarnos en todos los oficios, negándonos a reducirnos a las convenciones establecidas y a aprender métodos y técnicas—frutos de la experiencia y condición de claridad y precisión—, nuestros escritores de hoy afrontan estos problemas guiados por su propio discernimiento o por el modelo que encuentran más asequible. Las consecuencias suelen ser procedimientos caóticos y rudimentarios. Su documentación ignora con frecuencia los trabajos fundamentales acerca de la materia que estudian; sus referencias proceden a menudo de ediciones sin autoridad y las indican según la forma que les parece más natural, pero que sólo excepcionalmente coincide con los modelos adoptados en el mundo cultural; los métodos críticos e historiográficos, finalmente, que siguen, son aquellos que la costumbre les ha transmitido y que cada uno ha reducido a sus propios recursos y preferencias: crítica o historia literaria impresionistas, es decir, opinión personal

y sin compromisos, carentes de rigor y de autoridad científicos. Pocos se han interesado, por ejemplo, en los nuevos métodos críticos e historiográficos de la ciencia literaria contemporánea, cuya aplicación convierte la nebulosa del ejercicio crítico en una disciplina regulada, capaz de entregar resultados objetivos y tan precisos como es posible dentro de la literatura.

Todas estas limitaciones e insuficiencias técnicas en cada uno de los géneros literarios o cercanos a la literatura tienen su origen en el tipo de vida literaria que siguen nuestros escritores, en el cual el capricho y la superficialidad son la principal norma. La literatura se considera una emanación espontánea y fatal y no un oficio en el que, como en cualquiera otro, es preciso educar y ejercitar los dones originales. Un oficio que exige una disciplina interior, una educación de la sensibilidad y la inteligencia que vaya ampliando y organizando nuestro propio universo y vaya descubriendo en él las vetas susceptibles de aprovechamiento, y una disciplina externa que adiestre nuestra pluma, con laborioso y constante empeño, en la resolución de los escollos más sensibles y que nos mantenga en permanente contacto con aquellas creaciones del espíritu que puedan fecundar nuestra propia creación y con aquella tradición cultural de nuestro pueblo que es nuestra raíz y en la que podemos encontrar nuestra razón de ser, nuestra misión y la tarea que nos está confiada.

LEALTAD A LA TRADICION

EL escritor, como el árbol, crece de su propia semilla pero debe alimentarse y asentarse en la tierra y recibir los alicientes vitales de la atmósfera que lo circunda. No puede desarrollarse pues en sí mismo, aislado y fuera de su tiempo; se debe, tanto como a sí mismo, a cuanto le rodea; su circunstancia lo modifica y condiciona y él, a su vez, modifica y condiciona su realidad en torno.

Siguiendo este símil, la atmósfera, aire y lluvia recibidos del exterior, equivale para el escritor a los estímulos y a las lecciones de la cultura universal que él acierte a captar y a toda la vida misma que haya convertido en su experiencia; la tierra que lo nutre y lo asienta es la tradición

cultural y vital de su pueblo, de la cual él forma parte y es un elemento activo, la que le ha impuesto sus rasgos distintivos, sus posibilidades y sus limitaciones y a la cual su obra personal ha de agregarse, nueva tierra y nuevo sustento para su posteridad, enriqueciendo aquel sedimento o añadiéndole sólo una materia inerte.

El escritor que aspire a una formación orgánica requiere pues, tanto como el impulso de sus propios dones y la conquista de experiencias vitales y culturales, la conciencia plena de la tradición de que él forma parte. Cuando esa tradición es modesta, como ocurre en el caso de México, la actitud del escritor contemporáneo suele ser de desprecio para un acervo que considera que no habrá de mejorarlo ni deleitarlo. Se acerca con una curiosidad prudente a la cultura de su tiempo, que en cierta forma se le impone, pero sólo excepcionalmente procura conocer la literatura que le ha precedido. La brevedad de la vida, piensa, basta apenas para leer, escuchar o admirar las obras maestras de la cultura universal—entre las cuales la contribución mexicana es exigua— y sería insensato gastar el tiempo en obras por lo general secundarias o superables como las que se han producido en nuestro país. Es evidente la necesidad de nutrirnos en los grandes monumentos del espíritu, pero, si por satisfacer esta necesidad o sus aproximaciones ignoramos nuestra tradición cultural—lo que equivale a ignorarnos a nosotros mismos—, corremos el riesgo de destruir las raíces que nos sustentan y las únicas que pueden proporcionarnos un punto de apoyo para nuestras empresas.

Por ignorar estas raíces, algunos poetas provincianos comienzan a descubrir el romanticismo y otros escritores pretenden que conquistemos en unos meses las cumbres que se escalan en siglos de constantes esfuerzos. Unos deciden levantar una columna ya erigida y otros resuelven adornar los salones de un edificio que aún no hemos concluido, antes de resolverse a averiguar en qué estado se encuentra la construcción en que todos hemos de cooperar. Es posible que no nos parezcan satisfactorias las contribuciones de nuestros antecesores; mas aunque prefiramos contemplar la grandeza de la casa de nuestros vecinos, nuestra obra personal habrá de añadirse a la casa en que hemos nacido y a la que pertenecemos. ¿Cómo conseguir que esa

edificación se levante armoniosamente y siempre superada si decidimos ignorar la obra de los que nos han precedido? Satisfáganos o no ese pasado, es preciso reconocer en él nuestro punto de partida, una lección y un estímulo y aun una parte de nuestra propia imagen.

Si nos preguntamos a qué se debe en la actualidad este juicio adverso para nuestro pasado literario, advertiremos que tiene su origen menos en la modestia de ese pasado —alumbrado aquí y allá por valores eminentes—, que en la escasa atención que le concedemos. Esa atención es conocimiento, estudio, investigación, difusión, en suma, lo que se llama en la actualidad propaganda. Vivimos, en lo literario también, bajo el imperio de la propaganda y no hemos aprendido a concederla a nuestras propias obras. Pero si fatalmente hemos de conducirnos con reacciones tan primitivas, sometiendo nuestras preferencias al repertorio de lo que se nos ofrece seductoramente, seamos generosos también con nuestra literatura. Y cuando, gracias a nuestra conciencia o solidaridad cultural o a los milagrosos efectos de la propaganda, nuestro pueblo comience a leer el *Periquillo* o los poemas de Sor Juana, *Astucia* o las obras de Altamirano, descubrirá sin duda que las encuentra más interesantes y expresivas —para él mismo— que muchas de las lecturas que hoy lo invaden. Reconocerá también, que esas obras le hablan con un lenguaje y unos sentimientos conocidos, los suyos propios, y que le hacen respetar y amar con más verdad a México.

Esta actitud de recelo frente a la tradición literaria —más preponderante entre nuestros escritores contemporáneos que aquella otra que procura conocer y exaltar la tradición—, suele substituirse frecuentemente por un nacionalismo de cortos alcances. Consideran algunos, en efecto, que la mejor manera de ser leales a su patria es patentizar su adhesión a la causa del pueblo, desde una perspectiva política, liberal o conservadora, y dedicarse a la descripción de su historia y sus costumbres. Dueños o no de auténtica sensibilidad popular, se empeñan en obras que si excepcionalmente alcanzan con verdad literaria y humana sus propósitos, por lo general resultan artificiales e ineficaces, como literatura no menos que como propaganda. Su falla fundamental radica, según puede colegirse,

en la inconsistencia de su actitud. Carecen, en la mayoría de los casos, de aquel sentido de continuidad esbozado antes y sólo aciertan a cubrir su desarraigamiento, respecto a la compleja realidad espiritual y material de su patria, con un nacionalismo inmediato y deformado. Y si esperan ser más mexicanos por ocuparse de "lo mexicano", no consiguen, en el mejor de los casos, más que ser folkloristas. Una peculiaridad nacional no proviene de los asuntos, que pueden ser tratados por cualquiera, sino de una conformación espiritual distintiva y ésta se manifiesta fatalmente lo mismo en una obra de inspiración cosmopolita que en otra de asunto típicamente nacional. La lealtad a nuestro país, que es lealtad a nosotros mismos, no tiene otro camino que enderezar nuestra obra literaria hacia el desarrollo orgánico y progresivo de la cultura de nuestro pueblo, y uno de los más seguros caminos para lograrlo es continuar, rectificándola o prosiguiéndola, la empresa colectiva en que participamos, bien aseguradas nuestras plantas en el suelo que nos es propio.

EL LIBRO Y EL PUEBLO

EN las épocas, muy remotas ya, en que la cultura fué una forma plena y general de vida, la literatura como el arte todo era expresión de una sociedad que respondía entusiastamente a aquellas manifestaciones surgidas naturalmente de sí misma. Debilitado aquel acuerdo por las transformaciones espirituales que han creado la mente moderna, la cultura se ha ido convirtiendo en el saber de unas minorías, saber que no se manifiesta ya espontáneamente en formas vitales ni trasciende, si no es por medios artificiales, al pueblo. La magnitud y el crecimiento de este divorcio pueden reconocerse en la lentitud con que suelen llegar a los hombres comunes las creaciones artísticas e intelectuales. La sensibilidad popular, en efecto, sigue un ritmo evolutivo cuyo retardo, respecto al de las minorías cultas, puede considerarse en nuestro país de un siglo. Acaso en otras naciones de mayor integración cultural este retardo se reduzca a lapsos menores; pero ni aun en las más avanzadas deja de existir. El arte contemporáneo, particularmente, ha violentado esta escisión. Surgido del propósito de romper

con la tradición, de extremar la originalidad y de penetrar en territorios del espíritu o de las formas nunca antes explorados, ha provocado en los no iniciados un sentimiento de repulsión que sólo muy lentamente da acceso a las concesiones. Mientras éstas van abriéndose paso en su sensibilidad estética, continúan dueños de ella los conceptos y las creaciones artísticas de un pasado considerado por ellos terreno firme. Pero antes de procurar la reconquista de este público lector, por medio de adaptaciones que no impliquen abdicaciones estéticas o sociales, los escritores de nuestro tiempo han aceptado esta separación y han seguido su propio camino que los aparta cada vez más radicalmente de su pueblo. Ninguna consecuencia más desalentadora han tenido las deformaciones del ejercicio literario aquí examinadas que este divorcio entre el libro y el pueblo. Por supuesto que han conspirado a este resultado todas las deficiencias tradicionales de la cultura popular, agravadas particularmente por la crecida proporción de analfabetos; mas pesa sobre los escritores mexicanos la responsabilidad de haber perdido el contacto, la solidaridad, con la escasa población letrada y de no haber obrado movidos por la convicción de que el aumento de esos lectores era una tarea fundamental para México y vital para ellos mismos.

Destruído así uno de los objetivos primordiales de la literatura, ésta se ha deslizado fatalmente hacia el enrarecimiento de sus propios jugos. Si los libros, las revistas, las conferencias no son leídos ni escuchados por el pueblo ni aun por la minoría letrada, lo serán por los mismos compañeros del oficio y la literatura se convertirá en un ejercicio privado, vacío, sin respuesta pública. Literatura burguesa o aristocrática, podría dictaminarse con benevolencia; pero fuera más exacto decir literatura para literatos que difícilmente se convertirá con el paso del tiempo en literatura pública. Y mientras los escritores continúan devanando en su mundo cerrado, hasta agotarlo, el juego de reflejos de su inteligencia o de su imaginación, el pueblo se aparta de unas creaciones inexpresivas para él y busca su alimento literario allí donde cree encontrarlo. Lee acaso una literatura vulgar y primitiva que le substituye lo que no le dan los escritores pero que, si exalta su imaginación y cristaliza su sensibilidad, no se las educa. Existe, sin em-

bargo, otro camino para que el libro llegue al pueblo, además de éste que le habla en necio, según decía Lope. Recordemos cómo, tarde o temprano, han sido adoptadas por el pueblo algunas obras de indisputable calidad literaria y de auténtica condición nacional. *Astucia*, quizá la más hermosa novela mexicana del XIX, aún se vende en los mercados rurales; colecciones poéticas de Acuña, Gutiérrez Nájera, Nervo, Díaz Mirón y López Velarde pueden encontrarse en manos humildes y aun algunas obras de escritores contemporáneos han alcanzado con mayor o menor amplitud este acatamiento popular. Mas a pesar de que, en ocasiones, semejantes conquistas se apoyen más en los halagos de un sentimentalismo quejumbroso que en las solas virtudes literarias, éstas, de una u otra manera, van creando su propio reino en las mentes sencillas. Y aunque no puede esperarse que toda la producción alcance esta accesibilidad pública, existe un sector de nuestra literatura que puede y debe llegar al pueblo y convertirse en mitos, imágenes y expresiones populares. Al igual que las demás funciones del espíritu, las letras operan también sobre distintos dominios, pero si llegan a convertirse casi en su totalidad, como ocurre actualmente en México, en una actividad vuelta sobre sí misma, han perdido su razón de ser y no pueden abrigar siquiera la esperanza de que el futuro descubra en ellas una vitalidad de que carecen desde su origen.

En la raíz de esta incapacidad de nuestra literatura contemporánea para llegar al pueblo se encuentran todas las deficiencias y corrupciones aquí esbozadas, pero, además, un conflicto pocas veces resuelto entre técnica y espíritu. El equilibrio que requiere toda obra madura y poderosa entre el impulso interno y el instrumento expresivo se ha visto trastornado frecuentemente por la invasión desproporcionada o la deformación de algunos de los factores. Quienes ponen su atención en los problemas formales consideran que, habiendo obtenido una maestría técnica, pueden desentenderse de la misión social de la literatura y, por el contrario, quienes han nacido bajo el signo de las preocupaciones sociales, juzgan que sería una frivolidad el ocuparse de superar problemas formales. Diríase pues que nuestra literatura ideal debiera escribirse con el oficio de éste y las convicciones de aquél; pero mientras no surjan

quienes reconcilien estos extremos del dilema, las creaciones literarias seguirán resintiéndose por debilidad en uno u otro sentido.

Una literatura que ha sido víctima de estos extravíos debe optar necesariamente entre seguir en esta ceguera suicida o procurar la reconquista de un público —defraudado y rechazado— y conciliar de nuevo los elementos de la creación literaria. Aquella reconquista y esta reconciliación vendrán naturalmente cuando la actividad literaria se convierta en una actividad profunda y total, con todas las implicaciones y las disciplinas que le son propias, y cuando esta meditación intensa sobre la vida del espíritu tenga su asiento en la tradición y en la realidad que son su circunstancia y su apoyo. Si todas las virtudes estéticas, filosóficas o sociales de una obra son ineficaces y estériles cuando esa obra no ha nacido de esta autenticidad y de esta lealtad, cuando, por el contrario, en ellas ha tenido su origen, sus virtudes llegarán, tarde o temprano, a convertirse en cultura viva.

CAMINOS EN EL FUTURO

SI advertimos que en los últimos años la literatura mexicana ha sufrido un aflojamiento en todos sus órdenes; si percibimos cómo se han ido agotando una a una las fuerzas que la animaban y cómo no han tomado su lugar nuevas fuerzas ni nuevas personalidades, acaso debamos buscar los orígenes de este desplome en conflictos y en males remotos. Los escritores no pueden ser, ciertamente, los únicos responsables. Ellos, hasta cierto punto, vienen a ser resonadores de la vida y de los sueños de su tiempo y, si no parecen tener nada que decir y si continúan haciendo literatura como un ejercicio vano, tedioso y fatal, quizá sea porque su tiempo los ha penetrado de su confusión desolada.

Una literatura se levanta o se hunde junto con la vida y la cultura del pueblo en que surge; es una de las expresiones de la carga vital de una sociedad; nace como una flor imprevista sólo para los que no saben reconocer las sales y los jugos, el aire y la lluvia que han hecho posible la germinación de la semilla. Pero cuando no existe ninguno de

estos elementos externos, la semilla se pudre. Es posible que el letargo de nuestra literatura contemporánea sea consecuencia natural de una sociedad vacía de mensajes, angustiada y confundida. Mas suponer que las letras no tienen sino esta función pasiva, es confiar muy poco en su virtud o en la autoridad moral de los escritores. Estos son tan responsables de la situación actual como cualquier otro hombre, y además, en la medida en que sus obras la han promovido y en la medida en que no han empleado las armas de que disponen para conjurarla.

No ha sido esta deserción, sin embargo, privativa de nuestros escritores. Recuérdese a este propósito cómo, durante la pasada guerra y aun en los años que la precedieron, intelectuales de diversos países alzaron la voz para recordar al escritor las responsabilidades que le incumbían y que parecía haber olvidado. Y ya en el presente 1948, menos confiadas en la eficacia de su llamado y cada vez más escépticas, esas voces y otras nuevas siguen denunciando la general deserción de los escritores de la misión social que les está destinada. Y para completar los malos augurios, no faltan tampoco los balances y los exámenes de conciencia pesimistas. Junto a admoniciones como las de Jean-Paul Sartre (*¿Qué es la literatura?*) y Roger Caillois (*Babel. Orgullo, confusión y ruina de la literatura*), pueden encontrarse escritos como el de Raymond Dumay (*Muerte de la literatura*) que atestiguan hasta qué punto la literatura francesa, al igual que las de la mayoría de los países europeos, ha ingresado en una crisis cuya salida no se vislumbra.

Mas aunque pueden encontrarse paralelismos a la situación actual de la literatura mexicana, creo que el letargo que padece responde en parte a problemas particulares. Animadas tradicionalmente por su adhesión a un credo o a una causa política, las letras mexicanas parecen inútiles en la neutra calma de nuestros días, tan cargada de negros vaticinios. Volverán a reanimarse y proseguirán su tarea, apenas iniciada, de expresar la conciencia y la imaginación de México, cuando el pueblo de que proceden tenga de nuevo una esperanza y una empresa común que realizar o cuando los escritores sepan proponer al pueblo unas esperanzas y unas empresas dignas de conquistarse. Porque en

los días de desaliento y en los de entusiasmo, los escritores siguen siendo portavoces del espíritu y sólo acertarán a cumplir su misión si toman conciencia de las responsabilidades, del sentido y del destino de la expresión literaria y si se imponen a sí mismos un ejercicio más disciplinado y orgánico.

Las grandes obras literarias, que pueden llegar a ser para un pueblo bienes superiores, aparecen cuando se han conjugado una larga serie de factores. Muchos de ellos están fuera de nuestro control y no podemos crearlos sino al cabo de una larga paciencia y cuando han participado en su realización todas las fuerzas de una nación; pero otros nos pertenecen y se encuentran dentro de nosotros mismos: los conquistamos cuando, sin perder de vista las exigencias de los otros reinos del espíritu, entregamos lealmente nuestras fuerzas al servicio de lo que llamamos cultura y arte; cuando creamos una literatura que, al defendernos a nosotros mismos, defienda a la patria.

Mayo - julio de 1948.

INVITACION A LA POESIA DE ALFONSO REYES

Por Francisco GINER DE LOS RIOS

DESDE que escribí hace unos años un breve comentario sobre los *Dos o tres mundos* que con su buena mano de siempre le organizó Antonio Castro Leal en las ediciones de Letras de México, he sentido deseos de escribir acerca de la poesía de Alfonso Reyes. A ello me mueve, hace ya mucho tiempo, el deseo de destacar en la obra de Reyes la parte que a mí —frente a la mayoría de las gentes— se me antoja esencial por diversas razones. Quizá no puedan esgrimirse éstas como valederas con esa rotundidad con que ahora se me escapa la afirmación a los puntos de la pluma, sobre todo si se deja uno intimidar o vencer por la importancia, el encanto o el interés de otras facetas de su obra. Pero ello no mengua en ningún caso en mi convicción ni en mi gusto el valor que quiero darle a esa afirmación y que intentaré darle en las líneas siguientes.

Volviendo al comentario de *Dos o tres mundos* —releído ahora—, veo que señalaba yo entonces que Castro Leal había prescindido en la arquitectura de aquel libro de las obras que pudiéramos llamar científico-literarias y de la poesía en verso de Reyes. Y que esta omisión —la de los versos— no era omisión del poeta Alfonso Reyes, que estaba presente en *casi* todos los ensayos y cuentos que había recogido el antólogo. Subrayo el *casi* porque me parece ahora inadecuado y carente de sentido: el poeta que es Alfonso Reyes no estaba entonces ni puede estar ahora en *casi* todo lo que escribe, sino absolutamente en todo. Su poesía —lo aprecien así o no quienes anteponen a ella determinada o determinadas regiones de su escritura total— es algo así como el centro y la esencia última de su obra. Es más, si Alfonso Reyes no fuera, antes que cualquier otra

cosa, poeta —y precisamente el poeta Alfonso Reyes—, su obra no tendría la calidad que tiene ni ofrecería al lector que se adentra por ella ese equilibrio, ese tono medido, esa gracia precisa y fina que la caracterizan.

Yo no me atrevería a afirmar que la poesía de Alfonso Reyes sea lo más importante de su obra importantísima, ni aun siquiera —aunque ello no acabe nunca de saberlo a ciencia cierta, sobre todo ante ciertos poemas— que sea su poesía lo que más me remueva e interese dentro del rico conjunto. Pero sí creo que Reyes es ante todo poeta, y que todo lo suyo —crítica, pensamiento, historia y teoría literaria, relato, ensayo general— está informado directamente por su inteligencia poética y precisamente por ella. En el libro más abstracto e intrincado que pudiera encontrarse a Alfonso Reyes, en el tema o problema más alejado de la poesía que pueda asediar, surge una como chispa poética que lo electriza todo, que le presta una luz especial a lo que se dice. Y en toda la organización y disposición de sus materiales se hace patente el sentido poético. El poeta está siempre presente en su obra no estrictamente poética, dándole en definitiva ese tono que hay en todos sus escritos que los hará más perdurables todavía.

Enrique Díez-Canedo, certero y justo siempre, se preguntaba al aparecer *Huellas* cuál era el verdadero Alfonso Reyes y se contestaba en seguida que todos, pero apoyaba su respuesta en la verdad del verso: "el verso nunca miente". El erudito y el escritor, el ensayista "rico de jugo personal, de experiencia viva", que era ya Reyes por aquellos días de 1922 se resumían en cierto modo para él en aquel itinerario poético de casi quince años (1906-1919) que le entregaba a un Alfonso Reyes que comprendía a todos los demás, que era igualmente verdadero en ese "todos" inmerso en el poeta que motivaba pregunta y respuesta. El poeta Alfonso Reyes, que se hacía presente como tal, con un libro en la mano, mucho después de darse a conocer como crítico e investigador literario, abarcaba y corroboraba a todos los otros Alfonso Reyes, daba testimonio de ellos con la verdad de su verso. El verso no mentía y entregaba a nuestro don Enrique la medida y en cierta manera la clave de todos los otros aspectos de la obra —ya por entonces crecida— del escritor mexicano.

Quizá insistir sobre el verso mismo —que como tal tiene su propio campo, rico en matices y en colores y acentos— pueda debilitar el argumento general frente a los que considerarán incluso una herejía anteponer el poeta Reyes al humanista, crítico, ensayista y todos los demás etcéteras que cabe añadir para adjetivar a este “varón literario” por excelencia. Pero triunfadora en el verso y del verso, fuera de él, en todos sitios, está la poesía de Alfonso Reyes, y lo que sostenemos es que ella es esencial en su obra toda, que constituye —aparte de lo que es en la obra aisladamente, con su palabra y su mensaje propios— la fuerza evidente o secreta, resplandeciente o escondida que la recorre y sustenta. Insistimos en que si no fuera fundamentalmente poética la inteligencia de Reyes, si Reyes no hubiera tenido para alimentar la gran hoguera armoniosa y equilibrada de su obra total el fuego de su poesía, —armonioso y equilibrado también, sereno casi siempre—, sus libros serían muy otros y hubieran carecido de ese tono preciso, distinto —quizá el más próximo a la perfección entre los escritores contemporáneos de nuestra lengua— con que nos acercan su luminosa escritura.

PERO el artículo que nos proponíamos escribir —y la atención se nos ha ido escapando en las lecturas hechas para escribirlo hacia mucho caminos— pretende ceñirse a la obra estrictamente poética de Reyes y, de modo más preciso, a la obra poética en verso, dejando a un lado al poeta en prosa que nos entregan muchos de sus cuentos y relatos, *cartones* y *visiones*, recuerdos y semblanzas y todas aquellas travesuras que el mismo Castro Leal le cargaba en cuenta a Alfonso enfrentado a su Reyes inseparable en aquel memorable diálogo que les hacía sostener en su “fantasía a dos voces”.

Proporcionalmente, la poesía de Reyes, o de Alfonso, no desmerece en cantidad al lado de otros aspectos de su ya enorme bibliografía. Son diecisiete los libros de poemas que lleva publicados quien en el prólogo del primero de ellos afirmaba: “Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos y me propongo seguir escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos”. Quizá no sobre enumerarlos antes de entrarnos por

su contenido y saltar de uno a otro, para llegar a los versos que vendrán en próximos volúmenes, "al paso del alma" siempre incansable del poeta mexicano. Aparte de *Huellas*, ya mencionado, y que editó en su Biblioteca Nueva España el veterano Andrés Botos, México, 1922, Alfonso Reyes ha dado a las prensas los siguientes títulos de poesía:

Ifigenia cruel, Madrid, S. Calleja, 1924 (Segunda edición: México, La Cigarra, 1945);

Pausa, París, 1926;

5 casi sonetos, París, Poesía, 1931;

Romances del Río de Enero, Maestricht, 1933;

A la memoria de Ricardo Güiraldes, Río de Janeiro, 1934;

Golfo de México, Buenos Aires, 1934;

Yerbas del Tarabumara, Buenos Aires, 1934;

Minuta, Maestricht, A. A. M. Stols, 1935;

Infancia, Buenos Aires, Asteria, 1935;

Otra voz, México, Fábula, 1936;

Cantata en la tumba de Federico García Lorca, Buenos Aires, 1937;

Villa de Unión, México, Fábula, 1940;

Algunos poemas, México, 1941;

Romances y afines (1916-1943), México, Nueva Floresta en la Editorial Stylo, 1945;

La Vega y el Soto, México, Editora Central, 1946.

Cortesía, México, Editorial Cultura, 1948.

Algunos de estos libros son pequeñas *plaquettes* que contienen a veces un solo poema, como *Yerbas del Tarabumara*, el poema a Güiraldes o el dedicado a la muerte de Federico García Lorca, y el emocionante *Villa de Unión*, en que el amor filial recoge devotamente, con sobriedad ejemplar, el relato de una hazaña del general Bernardo Reyes en 1880.

Sería curioso, y es labor que habrá de emprender forzosamente quien intente un estudio a fondo de la poesía de Alfonso Reyes, establecer y fijar a través de las reiteraciones las preferencias del poeta por algunos poemas a lo largo de su obra. Dos o tres de ellos tienen en la organización de sus libros el papel de elementos casi constantes y podrían servir quizá—por lo menos desde el punto de vista del propio autor— para señalar lo que él considera permanente

en las diversas épocas y maneras de su poesía. En ese sentido tiene un valor inapreciable *La Vega y el Soto*, organizado con un claro y evidente afán antológico aunque deje precisamente fuera de sus páginas muchos de los poemas de antología que el poeta había mantenido en otros libros anteriores. El libro abarca prácticamente entre sus fechas (1916-1943) la casi totalidad de la producción poética del autor. Con su mismo título —tan de Alfonso Reyes por su sabor clásico, y tan expresivo de su poética con lo llano de la vega y lo intrincado del acto que para él vió el licenciado Tomé de Burguillos— cumple ya el poeta mexicano, aun dentro de la acumulación de poemas de distintas épocas que representa el tomo, un proceso de depuración y de poda que se inició desde el primer libro suyo, cuando declaraba en el prologo: “De los versos antiguos he procurado salvar cuanto era posible, esforzándome dolorosamente por respetar y aceptar lo que ya apenas es mío. De los versos nuevos sólo doy algunas muestras aisladas”. (De *Huellas*, por otra parte, aún queda algún poema en *La Vega y el Soto*, salvado para la unidad de una obra poética que van redondeando el tiempo y el poeta). Estas muestras aisladas de lo entonces nuevo eran las que todavía podían engarzarse y reunirse con los versos anteriores, para prestar al libro —rico en temas distintos, muestra a su vez de primeros tanteos llenos de pericia, de gustos y aficiones definidos más por los días que los recogían que por el espíritu mismo del poeta joven— la necesaria unidad siempre sentida por Reyes en todo lo suyo. De aquí lo representativo de *Pausa*, no ya poéticamente hablando y como conquista de nuevos contenidos y formas, sino en ese camino mismo hacia la unidad y hacia la depuración de materiales y, también, como afirmación y reafirmación de lo que seguía teniendo valor para el poeta unos años después. Incorporado al nuevo libro —exigente ya del todo consigo mismo, hasta en el papel y los tipos—, recibía el espaldarazo de una adhesión en cierto modo definitiva. En efecto, la huella definitiva de *Huellas* queda indeleble en la primera parte de *Pausa*, que va a fijar con su publicación (1926), si dejamos aparte el poema dramático *Ifigenia cruel*, diez años casi de la poesía de Reyes, los que van de 1922 a los casi sonetos de 1931. Con “gusto de releer; y, sobre todo,

lo que no estaba impreso de igual modo" (P. L. Bibliophile Jacob), queda ahí —hecha para siempre— la antología del primer libro de Alfonso Reyes, que se sostiene, a nuestro entender y gusto, sobre la *Tonada de la sierva enemiga* tan llena de claro misterio, la conocidísima *Glosa de mi tierra*, la preciosa y sensual *Amenaza de la flor*, y el aire perfecto, llena de sabor nuevo la recreación fiel de la traducción, del *Abanico de Mlle. Mallarmé*, piezas, las cuatro, capitales en toda la primera poesía de Alfonso Reyes y quizá en toda su poesía.

Pero volvamos a *La Vega y el Soto*, que tiene para el lector de poesía la virtud de reunir en sus páginas poemas que se habían quedado perdidos en ediciones limitadísimas, inasequibles prácticamente en el día de hoy. Señalábamos más arriba que en este libro se cumple el proceso de depuración iniciado por Reyes desde su primera obra poética. Y es así, porque aunque el libro reúne los materiales dispersos aludidos, el poeta ha cuidado su disposición de tal manera que cada una de las partes en que lo divide y las subdivisiones respectivas señalan y matizan los temas de su poesía a lo largo de toda su vida. Si bien Alfonso Reyes es indudablemente un poeta difícil de analizar —y de ello hablaremos después—, quien se acerque a su poesía con ánimos de estudiarla no podrá quejarse de las facilidades que le brindan el cuidado y la atención siempre vigilantes del poeta. Todos los poemas tienen su fecha al pie e indicación generalmente del lugar en que fueron escritos. Ello permite seguir la evolución de un tema o de temas análogos a lo largo de muchos años e incluso situar los poemas en una geografía que arroja sobre ellos una luz especial y en muchos casos podríamos decir que hasta los determina, no sólo, naturalmente, cuando es su paisaje (poeta de paisajes, Reyes) el que los provoca, sino cuando se corresponde ese paisaje, dentro ya de un clima sentimental, con determinados momentos de la vida del poeta. Casi me atrevería a afirmar que con varios poemas de Alfonso Reyes se podría reconstruir su biografía entera, sus dolores y esperanzas de Madrid y de París, sus alegrías y placeres de Río de Janeiro y Buenos Aires, la nostalgia constante de México en todos sitios, su tierra mexicana siempre presente. (¿Quién ha dicho que Alfonso Reyes, con la lejanía de sus

largos años en el extranjero, se había olvidado de lo suyo y de los suyos? Que lea o relea con atención su poesía —y no digamos otros libros suyos que han contribuído quizá en mayor medida que nadie al conocimiento amoroso de México— si quiere averiguar lo que Reyes llevaba en el hondón de su pecho, su ternura siempre a flor de labio. Creo, por otra parte, que son muy pocos los poetas contemporáneos de México que resistirían con ventaja un cotejo de temas mexicanos en su obra frente a la del poeta de Monterrey.)

Esa constancia a través de los años en un tema determinado, ese volver con voz nueva —siempre renovándose en su acento !o formal—, con aliento distinto, a lo que ayer se señaló sólo, podría llevarnos a hacer una serie de consideraciones sobre la unidad de Alfonso Reyes, unidad patente sobre la diversidad de sus maneras y sobre lo encontrado de sus temas, tan distintos, tan variados, tan ricos. Asíomese el lector a *La Vega y el Soto* por lo menos, y lo comprobará de inmediato. Los otros libros, en general, están organizados más parcialmente, son libros solos y por sí solos, cerrados en su propio aire, en su poema largo de pequeños poemas vecinos en la emoción y en el tiempo. En éste se reúnen varios y muy distintos libros, pero esa unidad surge triunfante no ya en cada una de las partes del libro (vega o soto), sino en todo él. Hay una voz que lo abarca todo con su acento, que no permite que se desdibuje en la escapatoria aislada, en este o aquel intento, el tono general.

EL tono general. Aquí está la cuestión. Porque la pregunta de Enrique Díez-Canedo para todo Alfonso Reyes se podría repetir frente al poeta. De *Huellas a Cortesía* —para hablar sólo ahora de los poemas coleccionados—, ¿dónde está el poeta Alfonso Reyes, cuál es el verdadero? Y habría que contestarse que está en todos los rincones de su poesía y que todos los poetas diferentes dentro del mismo y único poeta son verdaderos. Nos lo encontramos tan pronto en la angustia y en el dolor como en la risa y la alegría (quizá veríamos en él sin alboroto, con una discreción muy mexicana, representado cabalmente el aforismo del genio de la música de todos los tiempos: “por el dolor a

la alegría”), en la elegía honda y secreta y en el poema de circunstancias, en el poema de alcance y corte épico y en la cancioncilla o el epigrama, siempre un suave humor, teñido muchas veces de melancolía, bañándolo todo desde el alto verano de su luz. Y en un libro entero lo veremos comer y cantar las excelencias de la comida con todos sus aditamentos de conversación, cuentos de sobremesa y caldos con que regar una y otros.

Pero ese tono general, que es indudablemente el que da en poesía—como en todo lo suyo—al verdadero Alfonso Reyes, ¿de dónde viene, qué elementos contribuyen a su manifestación y a su color particular? Porque si bien se han señalado en Alfonso Reyes influencias e incluso ejemplos (el traído y llevado Góngora, que él comenzó a traer y llevar por cierto; su en cierta manera inseparable Mallarmé, al que ha vuelto recientemente en preciosa conferencia), lo que no deja ya lugar a discusión es que Alfonso Reyes, como poeta, tiene desde hace mucho tiempo su propia personalidad y un lugar bien definido—aunque no tan bien estudiado—en la poesía contemporánea hispanoamericana.

No es sólo en el acento personal donde centraríamos esa personalidad poética de Alfonso Reyes, sino precisamente en eso que quizá impropriamente hemos dado en llamar el tono general, probablemente indefinible como toda poesía y como todo tono en su esencia última, pero lleno por sí mismo, con el genio y figura de las creaciones que ampara, de precisión y contornos determinados cuando se entrega. El precioso “no sé qué” juanramoniano—que tampoco dejaba de ser precioso en el dieciochesco Feijóo, y sería curioso sacarle consecuencias con respecto a Reyes a esta en apariencia disparatada asociación—hubiese con toda seguridad definido mejor, con su deliciosa precisión imprecisa, ese tono general que tenemos con nosotros en la poesía de Reyes y que buscamos interpetar.

Poeta abierto Alfonso Reyes. Abierto a todo. Si otro poeta dijo que todo lo que se quema es poesía, Reyes podría decir que todo lo que nos entra por los ojos y el espíritu es material poético. Su rico y armonioso espíritu y sus ojos siempre abiertos y curiosos, los dos incansables en su colaboración constante, recogen de la vida diaria, del re-

cuerto y del conocimiento—incluso del dato y la papeleta erudita, con los que se sabe jugar maravillosamente—el temblor de la poesía. Todo se ata en la emoción subjetiva de Alfonso Reyes para subir con él, entrelazado ya en su aspiración artística sempiterna. Noble y sereno su arte, que es decir aquí su poesía, como sería decirlo también en otros sectores de lo suyo, siempre trasminados de ella. Popular y aristocrático a un tiempo, el poeta Alfonso Reyes es tradicional en el más puro y verdadero sentido de la palabra e innovador en el menos estridente de los sentidos, porque—siempre atento a lo nuevo, siempre nuevo él mismo—su sabiduría y su finura, la claridad de su inteligencia, le hacen estar ya de vuelta de todo. Y este estar de vuelta, este sabérselo ya todo sin pedantería, sin detrimento de la frescura, sin que nada se reste al hallazgo y a la sorpresa siempre bien hallados y gozados, es fundamental. En él reside para mí el secreto de esa serenidad que domina toda la poesía de Reyes, y el secreto también de ese equilibrio que le hace parecer y ser clásico en medio de los atrevimientos más inusitados. Y con ello—que sería lo que el poeta mismo pusiera de su condición humana y de su estatura intelectual—la oposición, sólo aparente, de esos dos mundos que se encuentran en su poesía y antes señalados en su personalidad: lo popular y lo tradicional.

Entrecruzados con armonía (no sabemos si también gracias al saber del poeta o porque en él encuentran asiento de manera natural las dos corrientes que representan) esos dos mundos entregan a su verso un cauce nuevo, que será sin duda bastante común en la poesía contemporánea hispánica, sobre todo en la España que atraviesan las últimas generaciones, pero al que la formación de Alfonso Reyes y su situación especial dentro de las letras dan un sello personalísimo. En ninguno de los poetas a que pudiera aludirse en este sentido tiene este fenómeno de entrecruzamiento de lo tradicional y lo popular la perfecta armonía y naturalidad con que se da en Alfonso Reyes. Unos resultan demasiado populares; los otros demasiado intelectuales. Y Reyes no es un poeta intelectual a pesar de la dictadura de su inteligencia, porque el sentimiento fresco y espontáneo de su corazón triunfa siempre—sin derrotarla—de la inteligencia, ni es sólo poeta de senti-

miento, gracias al dominio y vigilancia que sobre su sentir —muchas veces desbordado, aunque sea de manera soterrada— ejerce aquélla. (Entre paréntesis y sólo de pasada, como señal que sumar a estas notas, sin tiempo para desarrollar sus ricas implicaciones, yo creo que no resulta nada desdeñable en este equilibrio de fuerzas tan ligeramente esbozado la aportación del humor, elemento esencial y conjugador la mayoría de las veces, aunque en muchas ocasiones no se haga patente en forma abierta, en toda o casi toda la poesía de Reyes).

¡CUÁNTAS notas habría que añadir para intentar un asedio a fondo de la obra poética de Alfonso Reyes! Pero irlas ordenando sobre el desordenado montón anterior, aderezándolas con los necesarios ejemplos y citas, exigiría un espacio y un tiempo de que no disponemos. El tema general es tentador y la gozosa excursión por la poesía de Reyes que este artículo nos ha regalado, aunque los resultados directos de ella no aparezcan en él, arroja material para un ensayo grande que ojalá nos fuera dado hacer algún día. Esbozar siquiera el índice de temas y notas sueltas que serían susceptibles de desarrollo inmediato, aun cuando sea en la misma deslabazada primera forma de una anotación marginal a una lectura, quizá sirva de acicate e invitación a quien quiera y pueda emprender la empresa, seguramente con mejores armas críticas que nosotros. (Yo sé concretamente quien sobre poderlo hacer —aunque ahora esté entregado a otras cosas— tiene en cierto modo la obligación de hacerlo si es fiel a sus afanes de esclarecimiento de los problemas de la literatura mexicana contemporánea. Y espero que si lee estas líneas se sienta aludido y ponga manos a la obra.) Sigo el orden con que las notas están puestas al margen de la lectura de los libros de poesía de Reyes y encuentro las siguientes: determinar sitio exacto de *Huellas* en su hora. Influencias patentes. Preocupaciones y temas no evidentes, pero enlazados con la obra no poética del poeta, a señalar en la manera de enfocarlos. Mitología griega y helenismo. Los poetas franceses. Mallarmé traducido (en general, Mallarme y la poesía de A. R.). Y luego los romances españoles. Góngora y Lope con más Lope que

Góngora. Literatura y poesía en lucha con triunfo indudable de la primera en *Huellas*. Depuración y triunfo no menos indudable de la poesía (por lo menos en el fondo) en *Pausa*. Salto que representa este libro: conquistas personales. Qué permanece vigente de lo anterior y qué hace la *Ifigenia* en medio. Recreación del mito: lo personal dentro de él. Historia y poesía. Vuelta a *Pausa* y a lo permanente de *Huellas*. La nostalgia: *Glosa de mi tierra*. Monterrey y A. R. Lo mexicano y lo español: el siglo de oro español y el tono mexicano. Los viajes. Las ciudades de Castilla y las "Ventanas". Los epígrafes en Reyes (aquí y en otros libros). La preocupación tipográfica. Los *Romances del Río de Enero*. Los dos paisajes y los otros. Los paisajes internos. Erudición y poesía. Notas o poética de los romances. Seguridad y escepticismo. Rigor. Al mismo tiempo, belleza suelta, fidelidad a la emoción. *Minuta*: juego intelectual y "juego poético". Erudición fresca y traviesa. Ayer en la poesía de hoy. Discreción y medida, objetividad triunfante, humor sobre todo. *Otra voz*. Miedo a la cristalización: los "versos a contrapelo". La *teoría prosaica* y la poética que lleva dentro: cotejo con otras en otros sitios (*Romances*). El erotismo de A. R. aquí (ceniza de la *Tonada*) y en toda su poesía (ensayarlo, por ejemplo, con *La amenaza de la flor*, etc.). Insistencia en lo mexicano. Y en la infancia del poeta (recuerdos constantes en esta y otras obras). *La Vega y el Soto*—siguiendo el orden del libro, que acumula poemas y libros de distintas épocas—: la permanencia todavía de *Huellas* con lo español. El paisaje y la geografía mexicana: el golfo de México y Veracruz. Tierras americanas. El misterio del *Hombre triste*. Las *Yerbas del Tarabumara* y Francisco Hernández: lo intelectual y las calles de Chihuahua evidentes. Cervantes, Güiraldes y el paisaje argentino (importancia de éste—y el del Brasil— en la poesía toda de Reyes). Otra vez la infancia siempre presente, ya de vuelta en la vida. Honduras de *A media voz* y escepticismo en los poemas. Los sonetos y casi sonetos. La presencia de México (1939, etc.) frente a la nostalgia de antes. Nueva poética en el *Consejo* (1943): el número (contraste con poemas posteriores no coleccionados, como la *charla en sonetos*). La *cantata* por Federico García Lorca, simbolismo dominador del sen-

timiento vivo; la preocupación musical. *Villa de Unión*, emoción y sobriedad. Técnica del romance: ver sobre todo los *Romances y afines*, que abarca mucho. Por otros motivos, *Undecimilia*, que los cierra, con su claro misterio tristísimo (1945). Salto a *Cortesía*. Valor de los versos de circunstancias y panorama del poeta que completa este libro de manera específica. Y contraste (el tiempo de publicación para la cronología tan fácil y difícil de establecer) con los poemas últimos no coleccionados todavía: *Charla en sonetos*. El contraste era antes en cuanto a la poética; ahora sería en relación con el sentimiento. ¿Nueva voz? Desde luego otra fuerza dentro del *tono Reyes*. Y dentro de él —del tono—, el poeta da un poco el *do de pecho* que critica en el divertido prólogo a *Cortesía*. Situar estos sonetos en la obra entera de Reyes. Y quizá partiendo de ellos, en lo que representan de plenitud verdadera, intentar una nueva valoración de todo, por los distintos caminos y temas generales a través de cada libro, siguiendo las constantes en todos ellos, más que en lo que cada libro arroje individualmente.

TEMEMOS que sólo cierta confusión se deduzca de todas las notas anteriores, sin que sea posible extenderse sobre ellas y sin posibilidad tampoco de añadir ejemplos con los poemas que les corresponden y algunos de los textos del autor que se aducen. (Por ejemplo, transcribir las notas que Reyes puso a sus *Romances del Río de Enero* hubiera sido utilísimo para la comprensión de muchas de las afirmaciones que aquí se aventuran, pero quedan por hoy —hasta que él se decida a publicar su poesía completa— en la preciosa edición limitada en que le llegaron a unos cuantos amigos privilegiados.) Mas lo que importa en definitiva —y éste es el único sentido que tiene este artículo— es provocar el examen y discusión del tema. ¿Por qué la poesía de Alfonso Reyes se deja generalmente en un segundo plano o se olvida cuando se habla de su obra? ¿Por qué no encuentra el sitio verdadero que tiene —aunque lo encuentre formalmente en antologías, citas, referencias históricas, etc.— en la estimación de los admiradores del poeta como humanista y como escritor? Es injusto

el hecho, sobre todo cuando es indudable —a lo menos así nos parece a nosotros— que la poesía de Reyes es el fondo esencial, el espíritu ordenador, la llama viva de su obra general. Volvamos, pues, sobre su poesía. Hecha “al paso del alma”, como declaraba desde su primer libro, “sin volver los ojos” (pero volviéndolos constantemente en gozoso pasar y repasar), la poesía de nuestro gran Alfonso es el hilo que nos conduce a su secreto entrañable, a esa vida cristalina y honda que se siente latir atormentada o alegremente en su escritura. Y eso es lo que importa en la obra del escritor, por encima incluso de los grandes valores formales y de los grandes saldos de cultura que nos pueda entregar y nos entregue.

En mis mañanas de hace años, cuando la vida me acercaba en presencia a Alfonso Reyes más que ahora (cerca siempre), era raro que pasara alguna sin lectura suya. Parecía llegar al Colegio de México cargado con los frutos de la noche, cuidadosamente doblados los papeles en el bolsillo. Y al humanista admirable que me leía sus capítulos de literatura española, sus ensayos sobre teoría literaria o sus magistrales retratos de griegos y latinos, le brillaban como nunca los ojos cuando lo que traía de sus noches luminosas era alguno de sus desbordados sonetos —que suele guardar para su angustia— o el claro romance en que mejor se entrega. Para salvar estas notas no me resisto a transcribir uno de ellos (*Arte*), incluido en el tomo de la Nueva Floresta que le hicimos Joaquín Díez-Canedo y yo, y que es para mí cifra cabal y certera del poeta Alfonso Reyes, que es decir de todo Alfonso Reyes:

Perfecta rosa que adoro
y en sus pétalos de viento
lleva las aromas mudas,
suma los vórtices quietos.
Cifra y cápsula de mundos
que en mil años de secreto
ha juntado los arrobos
de lunas y de misterios.
Húmeda como creada,
fugitiva como sueño,
como los vislumbres rauda,
miedosa como el acecho:

si a desvanecerte vas
en los ahogos del pecho,
debe antes de mi sangre
toda la sal que te debo.
Llévate mi ser al fondo
de tus abismos de cielo:
no me dejes en el mundo
cautivo de mis deseos.
Número soy de tu cuenta,
danza de tu movimiento,
y a la vez que tu remolque,
ámbito soy de tu vuelo.
Cuando aspiras, cuando subes,
alondra de sentimiento,
para saciar tus auroras
la luz no tiene sustento.
Una leyenda de sabios
que hace mucho estoy leyendo
te esconde como mentira,
te desaira como cuento.
Mas yo que tus leyes sigo
y en tus aires me gobierno,
sé que en los usos del alma
eres el uso perfecto;
que eres, como la música,
dulce plenitud del tiempo,
y maestra en ajustar
la voz con el pensamiento.
Que vives de no vivir
en otro vivir más cierto:
insaciable sed del agua
que no bebe su elemento.
Perfecta rosa que adoro:
para implorarte no encuentro
sino medir las palabras
con los latidos del pecho.

PARRASIO O DE LA PINTURA MORAL*

Por Alfonso REYES

¿QUÉ otra cosa puede ser la pintura moral sino el retrato? Sócrates nos ilustra al respecto. Hijo del pedrero Sofronisco, entendía de arte y desde niño frecuentaba el taller paterno. Hijo de una comadrona, aprendió de ella a partear el alma. Los amigos de las letras humanas reverenciamos en Fenareta a la patrona de las vocaciones reveladas.

Sócrates ejercía su deporte —la Mayéutica— sometiendo a todos al interrogatorio, pidiéndoles cuenta de sí mismos, confesándolos. La Atenas exacerbada por las guerras del Peloponeso y la rebelión contra los Treinta Tiranos no pudo perdonárselo: de aquí la cicuta. Preguntaba a los sabios, y los encontraba ignorantes. Preguntaba a los poetas. Tuvo poca suerte: no los encontró bastante lúcidos. También preguntaba a los artistas, e iba modelando una estética entre los toques impresionistas de la conversación. Imposible disimularse que su idea de la belleza está inficionada —desvío de larga descendencia— por aquel virus que un autorizado maestro califica como funesto concepto de la utilidad. Cuando su insistencia moral comience a cansarnos, abstengámonos de juicios ligeros: respetémosla, recordando que es sincera y profunda. Prefirió morir a traicionarla.

Nietzsche afirma que aquella preocupación ética de la antigüedad, desde Sócrates en adelante, aquel entregarse a la razón hasta los extremos del absurdo, son ya síntomas de dolencia, naufragio y pérdida del sentido vital. Si el corazón da en escarbarse es que se va volviendo obstáculo, es que está enfermo.

* Del libro *Junta de Sombras*, próximo a publicarse en las ediciones de El Colegio Nacional de México.

¿Explicará esto que el poeta Platón, al sentir las resistencias ya débiles, se acautele contra los furros del estro en la fortaleza civil de su *República*? ¿Explicará esto la incansable campaña de Aristófanes, en nombre de la antigua virtud, de los rudos maratonianos, contra las delicias pasionales de Eurípides?

Porque Platón no admite poetas en su Estado, o los tolera apenas como huéspedes sospechosos, les da libertad bajo caución. Y entonces los somete al papel de dómines a quienes hay que gobernar por la rienda contra los dañinos arrebatos de su fantasía, pautándolos conforme a tristes cánones al estilo de los egipcios. Y en cuanto a Aristófanes, los eruditos se enloquecen por justificarlo de una culpa en que no incurrió. Aristófanes padecía de un odio de amor hacia Eurípides. No podía vivir sin él. Aun después de muerto, lo evoca y lo resucita en la escena. Lo confiesa un mal, pero lo admira a pesar suyo, lo que habla en favor de su clarividencia. Se lo sabe de memoria y a cada instante lo recuerda. De repente, entre una y otra sátira, se sorprende a sí mismo casi rindiéndole alabanzas. Extraña fascinación que dura veinte años, pegadizo veneno. No es, no, una rencilla vulgar, ni es fuerza que la admiración lo defienda. Es una tempestad en un cráneo. Es toda la crisis de Atenas que vacila entre dos destinos. La crisis, investida en el fantasma del trágico, atraviesa el alma del cómico.

Epoca de conflictos morales, de fuertes horizontes sañudos. Sócrates hacía de barómetro. Pericles, desde su grandeza, había comprometido a su pueblo en una carrera de imperialismos que era el espanto de las dulces y sufridas islas, más vasallas que aliadas. Detrás de la risa de Aristófanes —que se enfrenta valerosamente contra un patriotismo provinciano—, hay rugidos de rabia por las injusticias de aquel demagogo con suerte, del canalla Cleón. En Aristófanes se ha escuchado por primera vez la extraña palabra "panhelenismo" (¿O antes en Gorgias?). Palabra lanzada a la posteridad en imploración, tras de tanto error intencional, de un saldo favorable. En Tucídides, el contraste entre la orgullosa Atenas y la Melos sacrificada significa un ceño de la Historia.

Sócrates anda por las calles, descalzo y sin sombrero, predicando la conciencia en el bien. Aun no bajaba la ca-

ridad hasta este valle hondo, oscuro. El bien le parece cosa de la inteligencia, y ambos, cosa de la belleza. Al menos, hasta donde es dable traslucir a Sócrates por entre la trama de Platón.

El deslinde no es fácil, porque a Sócrates sólo le conocemos de oídas. Nunca, el cruel, escribió una línea. Caso extremo del moralista. ¿Qué se le da a él de escribir? ¿Qué, si lo lean? La verdadera operación moral tiene que ser de viva voz, en el fuego de los contactos. En principio, para el moralista, lo primero es la presencia humana. Aquel hombre ausente, el lector, supone ya una relación eminentemente intelectual. El diálogo directo, en Sócrates; la parábola, en Cristo: éstos son, para el moralista, los instrumentos por excelencia. El Buda escribe, cierto, no sólo medita y predica. De sus manos, aunque sin su firma, viene un tesoro novelístico. En sus palmas brota la espiga. Los granos, traídos por las escalas del Oriente próximo —Persia, Arabia— llegan, entre otros, a los españoles Pedro Alfonso y Don Juan Manuel; se derraman por la Edad Media de Europa; todavía germinan, en el Renacimiento, con los Novellieri y con el teatro isabelino; aún reverdecen, en nuestros días, transportados por la ráfaga de las fábulas que a todos visita. Pero en el Buda —sumo letrado y, por este concepto, hombre de nuestro oficio— el orden intelectual domina sobre los otros órdenes, como en Aristóteles o en Tomás de Aquino, aunque en manifestaciones muy diferentes. El Cristo teórico, incorporación de un principio eterno, habla para toda la humanidad. El Buda habla y dicta para el espíritu, accidentalmente repartido en individuos transitorios. Aristóteles y Tomás, prendidos a las esencias, escriben para todos los espíritus. Sócrates habla para sus coetáneos, y no le importábamos nosotros, o al menos no nos tenía en la mente aunque no ignoraba que sus enseñanzas serían imperecederas. Hasta donde es lícito el deslinde.

Por suerte, junto al testimonio de Platón poseemos el de Jenofonte. Este excelente narrador sin genio, tenía mucho menos que decir por su cuenta. Es de creer que nos da de Sócrates una imagen más sobria; o para usar el lenguaje de nuestro asunto, un retrato mínimo, desteñado. Con esto, y con uno que otro aviso oportuno —aunque ya

distante—del discípulo del discípulo. Aristóteles, no es aventurado inferir a Sócrates y recomponer su silueta, dispersa en el “spáragmos” a que lo sometían sus propias criaturas.

Por desgracia, si Platón transfigura a Sócrates en la sollama de su genio —retrato moral contaminado de autorretrato, por compenetración mágica entre las dos personas del Diálogo de la Pintura, artista y modelo— Jenofonte sencillamente nos engaña una que otra vez. ¿Pues no pone a disertar a Sócrates sobre la estrategia en el Asia Menor, tema familiar al mercenario del *Anábasis*, no al filósofo de las cigarras? Otra vez lo hace discurrir sobre agricultura, cuando bien sabemos que Sócrates era el más urbano de los griegos. Al decir de Platón, “los árboles no tenían nada que enseñarle”. Interpretemos: los árboles nunca contestaban sus preguntas, no eran sujetos de Mayéutica. La moral es reciprocidad, simpatía. Para los socráticos y sus predecesores, el campo era física. Los elementos se combinan, no se aman. El hombre los emplea, no los ama; no son personas.

Lo que a Sócrates le importaba es el hombre, o sea la conducta. Verdad o comento, un relato lleno de sentido asegura que unos indostánicos, caídos en Atenas, fueron a Sócrates y le preguntaron a qué oficio se dedicaba. —“Me dedico a investigar al hombre”. Y los indostánicos se le reían a las barbas. —“¿Cómo quieres entender al hombre, sin entender antes a los dioses?”. No es difícil imaginar —retrato hipotético— la sonrisa desengañada con que Sócrates los dejó decir, en silencio, aunque sin hurtarles los ojos.

Sócrates era valiente, paciente y, en el sentido vulgar, descreído. Cabeza insobornable, que ni el vino la trastornaba. Después del *Banquete*, mientras todos los demás rodaban debajo de la mesa, helo que sale, tan campante, al fresquecillo de la mañana, lamentando haberse quedado sin interlocutores. Era gloriosamente feo, Sileno habitado por la Atenea, como los cofres o “silenas” que vendían en el mercado. Cara de malas pasiones. Al que se lo dijo, le contestó: “Tú, extranjero, me has conocido. Lo que pasa es que me contengo”. El menos engraido de los hombres. Virtuoso sin melindres. No le asustaba la devoción de Alcibiades, muchacho tan muelle que pronunciaba “cuelvo”

en vez de "cuervo"; peligroso muchacho a quien él había salvado la vida en un combate, y a quien muchas faltas le serán borradas—incluso la escandalosa mutilación de los Hermes— en gracia de lo bien que supo querer y admirar a su Sócrates.

Sócrates, pues, —cuenta Jenofonte— se acercó un día por casa del escultor Critón:

—¿Cómo haces para infundir tanta vida a todos esos corredores, luchadores, púgiles y atletas?

Critón hizo un gesto de modestia, creyendo que se trataba de elogios y no, como en Derecho se dice, de "absolver posiciones".

—Ya entiendo: es porque imitas las formas vivas.

Y la respuesta vaga:

—Sí, en efecto. . .

—¿De modo que puedes también imitar, en las expresiones corporales del ademán, de la mirada, lo que bulle detrás de ellos?

—Me figuro que sí.

—Concluyo que el secreto de la escultura, para que de veras tenga vitalidad, está en imitar, mediante la forma, los afectos del ánimo.

No conocemos bien a Critón. No sabemos si, ante este descubrimiento de Sócrates sobre el valor jeroglífico de la forma, Critón, sólo interesado —al igual de muchos plásticos— por resolver extremos de técnica, habrá dicho para sí, como el olmo en cierta fábula nunca escrita: "¿De modo que yo, el olmo, produzco peras?".

Otro día, Sócrates se pasó por la casa del pintor Parrasio.

—Entiendo —comenzó— que el arte de pintar consiste en representar, por medio de colores, las cosas que los ojos captan. Pero veo, además, que cuando los pintores representáis una figura hermosa, como la naturaleza es incapaz de producir un hombre perfecto, a uno le pedís prestado esto, y lo otro al de más allá, procediendo a la selección de las partes que en cada uno encontráis más bellas.

Parrasio —en boca cerrada no entran moscas— contesta con algo que pudiera traducirse así:

—M-m. . .

Ahora vas a ver, Parrasio, con quién tienes que habértelas:

—Pero dime ¿puedes imitar también un alma graciosa y dulce? ¿O es que el pincel no atrapa el alma?

Parrasio, negando con la cabeza:

—¡M-m! Sócrates ¡pero si el alma no es visible, no tiene forma, color, proporciones; no tiene calidad, ni peso! . . .

Y aunque Jenofonte no lo cuenta, yo creo que Parrasio, para apoyar sus explicaciones, comenzó aquí a darse importancia y a dibujar con el pulgar en el aire, ese gesticillo tan antipático.

—Bien, bien, Parrasio. Pero dime: la expresión graciosa y dulce de un alma ¿no sale a los ojos, a la cara?

—Eso ya es otra cosa —consiente Parrasio.

—¿Y acaso no puedes reproducir esta expresión impresa en la cara, en los ojos?

—Claro que sí.

—Entonces también puedes representar los afectos del ánimo.

—Cierto, cierto.

Detengámonos a saber qué ha pasado. Pasa que Sócrates busca en las artes la expresión moral. En el curso de la charla, habla de los caracteres odiosos o atractivos, de los temperamentos amigables o ariscos. Todo ello puede ser asunto de la pintura.

La lección es breve; las consecuencias, largas.

El naturalista Plinio, escritor tan inteligente y ameno como el naturalista Buffon, cuenta que Timantes, en su *Sacrificio de Ifigenia*, tras de pintar los rostros de todos los personajes transidos de dolor, todavía consiguió acentuar la imagen de la angustia en Menelao, el tío paterno de la víctima. ¡Ah, pero Agamemnón, el padre, condenado a presenciar la muerte de su hija para que las naves aqueas —según la sentencia de los adivinos— puedan seguir el rumbo hacia Ilión! Aquí Timantes, no pudiendo ya subir el tono en la pintura de lo patético, echó mano de un buen recurso: Agamemnón se cubre la cara con el manto. Si este caso es posterior al ataque socrático en el taller de Parrasio —que sin duda fué muy discutido en todas las tertulias de Atenas— la reticencia de Timantes puede conside-

rarse como un acatamiento a la doctrina de la expresión moral.

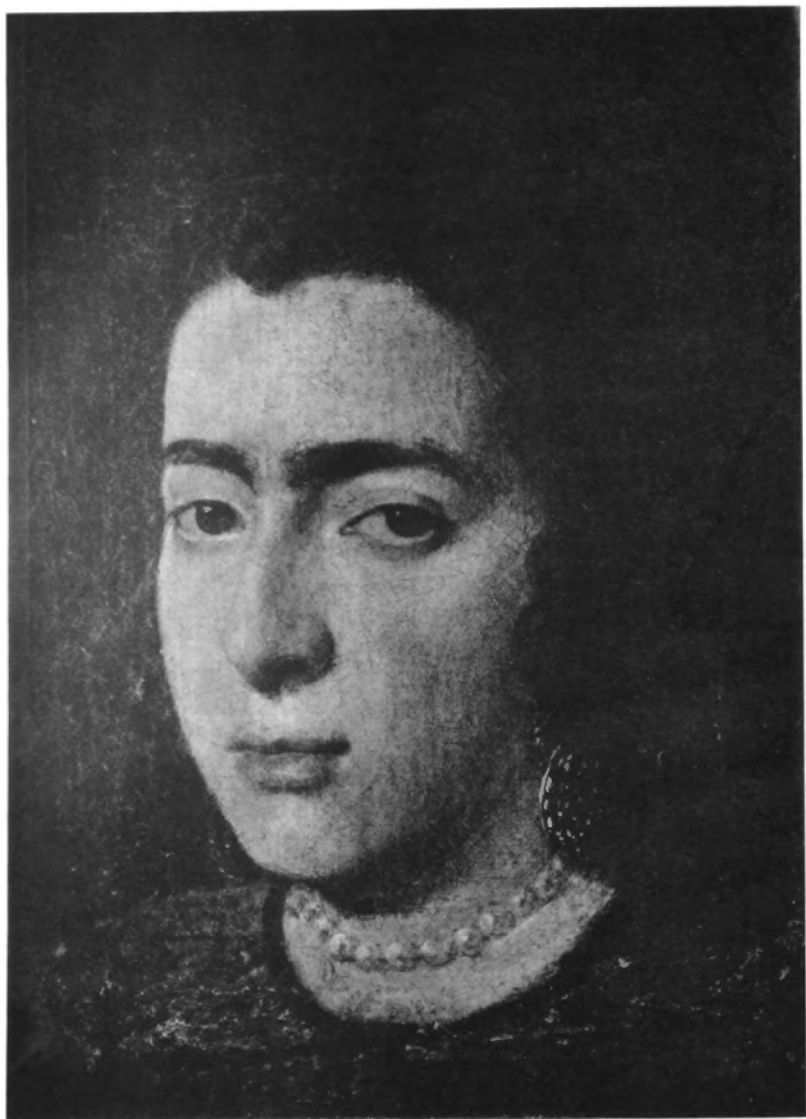
En cuanto a Parrasio, parece que la reacción fué más grave. Parrasio se había especializado en las figuras masculinas, como Zeuxis en las femeninas. Se recuerdan su Teseo, su Ajax y Odiseo disputándose las armas de Aquiles. Y aunque Quintiliano le llamará más tarde "dibujante severo", los griegos —que entendían mejor de estos achaques y conocieron a Parrasio de cerca— le notaban la sensualidad licenciosa y hasta le pusieron un apodo alusivo. Sospecho que Critón, a lo mejor, pudo ser un artista más interesado en la técnica que en las doctrinas ético-estéticas. De Parrasio es menos incierto afirmarlo, hasta el día de la memorable irrupción de Sócrates. De él es sabido que se divertía en buscar efectos de ilusionismo. Zeuxis vino a sorprenderlo con sus naturalezas muertas: unas frutas pintadas tan al vivo que los pájaros querían picotearlas. "Aparta —le dijo Parrasio— aquella cortina para que podamos ver mejor". Y Zeuxis, burlado, descubrió de pronto que alargaba la mano hacia un cuadro de Parrasio que representaba una cortina. Zeuxis había engañado a los pájaros. Pase por ésta. ¡Pero Parrasio había engañado nada menos que al maestro Zeuxis!

Sócrates, que escogía bien sus blancos, tal vez quiso alejar a Parrasio de estos juegos inferiores, tal vez quiso concentrarlo en empresas más nobles, como aquella alegoría del pueblo ateniense, donde el pintor consiguió dotar cada rostro de una intención distinta. Y el cauterio no resultó inútil. Pero Parrasio aprovechó la lección a lo artista, no a lo moralista. Se interesó cada vez más por la expresión del dolor, no por el dolor. A creer a Séneca, Parrasio compró años más tarde a uno de los olintianos que Filipo hizo vender como esclavos, y —tranquilamente— le mandó dar tortura para estudiar con toda frialdad, con absoluto candor de demiurgo plástico, las muecas y las contorsiones del martirio. (La verdad es que esta anécdota, parecida a la de Miguel Angel, presenta dificultades cronológicas).

En todo caso, la lección de Sócrates, en aquella época, hacía de vacuna. Hoy, aunque sea por acumulación de experiencias, estamos ya inmunizados. Buscamos "eso" en la pintura, o buscamos muchas otras cosas. Pero, en materia



Decoración de un vaso griego del siglo V a. de C.



VELAZQUEZ. Retrato de una dama.

de retrato, no hay más remedio que atenerse a la expresión moral. Lo cual no quiere decir que el artista deba atenerse a los procedimientos de la imitación realista. A cada paso tropieza el pensamiento con las perversiones que el uso va produciendo en las palabras. La "imitación", de que tanto hablaban los antiguos y que ellos entendían como "representación de la naturaleza", con una latitud bastante aceptable, acabó por convertirse —tomada al pie de la letra— en un precepto esterilizador. Para rectificar el estrecho punto de vista que se ha dado en llamar realismo, no hace falta sumergirse en grandes honduras estéticas. Cualquier naturaleza sincera reconoce la verdad moral en aquel retrato de Mallarmé que Whistler dibujó en una hojita de papel de fumar, con unas cuantas rayas de lápiz. Nada más real, nada menos realista. Nos comunica la electricidad de una plena presencia. Ahí está el poeta en alma entera. No en cuerpo entero, porque para la verdad moral del retrato sobran muchas redundancias del cuerpo. De modo que si Critón, según Sócrates, construía un arquetipo de la figura humana mediante la selección de partes escogidas entre un conjunto de individuos, el pintor moderno acierta a representar la intención de un individuo —su verdad moral— por la selección y aprovechamiento de las únicas partes expresivas que el mismo individuo trae en su envoltura corpórea.

El ejemplo más agudo de este procedimiento nos lo da la caricatura. Es de común experiencia encontrar mayor verdad en tal caricatura que en tal retrato. ¿Dónde está el misterio de la caricatura? La caricatura es una etimología de la persona. Es una investigación en las tendencias, en las direcciones de un carácter. Las tendencias han sido exageradas, para mejor rastrearlas, como el anatómico inyecta una vena para mejor recalcar su derrotero entre los tejidos. El foco eléctrico queda reducido a la fibra incandescente, al esqueleto de luz. Aristóteles, hablando de muy otro asunto, ha definido así este principio: "Las cosas —dice—, las cosas *son* sus tendencias".

Exageremos a nuestra vez la frase, para mejor acusar su sentido: "Las cosas son *ya* sus tendencias". Regla del pensar ontológico, guía del pensar crítico; puesto que una vez establecida la tendencia con nitidez, siempre es fácil

jalonar el punto en que se detuvo, al manifestarse en cada humilde fenómeno. Así, el candoroso, que ignoraba la reputación y los antecedentes de Sócrates, hacía una caricatura hablada de Sócrates cuando le vió cara de mala persona. Sincero hasta la muerte, Sócrates confesó que su único mérito era reconocer sus malas tendencias y evitar que lo dominaran. Sócrates, así, jalonaba el hito de aborto voluntario en el desarrollo de la tendencia. Este jalonar es la moral, arte de operar sobre la naturaleza de acuerdo con una idea del bien libremente escogida. Vemos aquí de qué manera el retrato nos lleva a la doctrina moral.

Pero demos un paso más. Si la moral es psicología o cuidado de la conducta, está gobernada por un desenvolvimiento en el suceder, en el tiempo. El retrato moral supone una implicación de tiempo. ¿Cómo reducir a especie comprensible la operación de la pintura en el tiempo? Terrible noción la del tiempo. El filósofo argentino Francisco Romero ha escrito: "El tiempo ha vivido filosóficamente de incógnito hasta hace unas decenas de años". En efecto, son dos los motivos de su pasada desventura: primero, su índole difícil, fugaz; segundo, las malas compañías, sus contubernios con el espacio. A ver: acudamos al distinguo. Por una parte hay el tiempo real, el sentimiento de un despliegue interior, de un transporte y flujo que no fluye ni transporta nada sino un sabor de flujo y transporte, una música sin melodía ni notas que es lo que más se parece al alma, la "durée réelle" de Bergson, que —bajo la autoridad del Marqués de Santillana— pudiéramos llamar en nuestra lengua la "durada" real. Por otra parte, hay el tiempo físico, el de la ciencia, el que miden los relojes, el tiempo acostado sobre el espacio, el tiempo como lapso de un movimiento, de un movimiento que a su vez se acuesta sobre el espacio para darnos ese estetograma que se dice la trayectoria. Si el reloj se considera como un absoluto, como una referencia estática, tenemos la física de Newton. Si el reloj es una referencia relativa, puesto que en la realidad sólo puede haber puntos fijos por convención, si el pretendido punto estático sufre a su vez una corrosión temporal desde el instante en que vive transportado, tenemos la física de Einstein. Pero hechos estos distinguos abstractos, volvamos a disolverlos en el fenómeno artístico, el cual opera en

concretos intuitivos. La emoción estética de la pintura y el ser material de la pintura anudan inefablemente las representaciones del tiempo.

¿Cómo así? ¿No se ha dicho siempre que la pintura es arte del espacio, contrapuesta a las artes del tiempo, o sea a la literatura y a la música? ¿No se ha dicho que la única síntesis artística se encuentra en la danza, donde hay a la vez figura y sucesión? Esta digresión nos llevaría muy lejos. Hay que reinterpretar los motivos del *Laoconte* de Lessing, a la luz de nuevas experiencias, hoy que contamos con una pintura antes insospechada, con un espacio pictórico que se mueve, luego se mueve en el tiempo físico: el cinematógrafo. Hay que preguntarse si los que parecían principios absolutos no son más que reglas descriptivas del objeto artístico, en un solo instante de su historia. Dejémoslo ahí; no nos desviemos con la fotografía disolvente. Vamos otra vez a la pintura estable, a la Pintura.

Espacio fijo, la pintura sólo puede referirse al tiempo por implicaciones simbólicas, por ideograma. El paisaje del siglo XIX, por ejemplo, nos presenta con frecuencia la nube de tempestad. Ya sabemos que la nube es cambiante, y más si agitada por la tormenta. Ora finge figuras de lobo, de leopardo y de toro, como en Aristófanes; ora, como en el *Hamlet*, un camello, una comadreja, una ballena. Pues bien, el paisaje, en este flujo posible, recorta un instante. Y el flujo posible queda suspenso en el alma, como evocación. El valor pictórico está en el recorte, en la coagulación ofrecida. Pero las implicaciones psicológicas de la mudanza giran en torno. El ideograma de tiempo es aquí una mera alusión.

Pero otras veces, y singularmente en el retrato, la referencia al tiempo, más que un sentido de alto en la marcha, asume un sentido de remate, de suma final, de efecto general de los cambios. Mejor es tratarlo por parábolas:

Recuerdo ahora que Valle-Inclán explicaba la quietud de algunos retratos de Velázquez por un efecto del cambio de luz a lo largo de las horas del día, en aquellos galeones del Palacio Real donde pintaba. El continuo cambio —venía a decir— conduce al estatismo, al quietismo molinista. El accidente desaparece, queda la esencia. Velázquez no pinta lo que pasa, sino lo que perdura. No ve el flemón

que le salió aquel día al buen señor. No la mañana o la tarde, ve la luz total. No pinta la hora, pinta el tiempo. Discutible, pero digno de la discusión. ¿Qué parangón, desde luego, entre la teoría socrática y la ramoniana? Cae de su peso: Don Ramón buscaba en los cuadros una mística, como Sócrates andaba buscando una moral. La moral, conducta, es especie de la elaboración en el tiempo. El molinismo, mística, encamina a una anulación del cambio en el tiempo. No podemos alejarnos del tiempo.

Lo cual me conduce a otro recuerdo: sin ser Sócrates, yo suelo charlar con los artistas. Como le acontecía a Sócrates, es posible que yo también, algunas veces, busque en los cuadros la pintura, y además. . . (aquí un coeficiente indeciso). Me abstengo generalmente de decir a los artistas todo lo que se me ocurre, para no importunarlos. Critón y Parrasio no padecían por las teorías: creadores, gente de una pieza, almas en bloque. Critón y Parrasio apenas le contestaban a Sócrates. Es mejor no distraerlos. Es mejor que sigan trabajando. Siempre me interesaron más las tallas directas de Mateo Hernández que sus divagaciones estéticas. Pero Mudo se explicaba mejor con la espada que con la lengua, dijo el Cid. Mateo se explicaba bien con los cinceles. Cuando los dejaba de lado, le daba por desvariar —como él decía— sobre el arte de los “egicios”.

Pues bien, hace muchos años cierto pintor, cuyo nombre no viene al caso, me dijo:

—Lo importante no es pintar la cara que el señor se ve en el espejo al afeitarse, sino aquella cara con que la posteridad de veras habrá de imaginarlo.

La posteridad: he aquí, en esta teoría anónima, una nueva intromisión del tiempo, y ahora bajo especie de saldo. Sea el saldo por abstracción de accidentes, o teoría ramoniana; sea el saldo por juicio final, por sentencia sobre el movimiento cerrado de una vida, teoría socrática. Hay aquí de todo a la vez: psicología, estética, ética. Cuando el hombre se acerca a un peligro de muerte, como si la conciencia quisiera enriquecerse por compensación al saber que se acerca el término, se echa de un golpe sobre todo su caudal, sobre el pasado, y lo condensa en la memoria vertiginosa de un solo instante. Cuando el hombre se acerca a su retrato, se diría que en la mente artística —según la



LEONARDO. Gioconda. (Fragmento).



MASACCIO. Adán y Eva expulsados
del Paraíso.

teoría que analizo— tiene que operarse bruscamente una condensación pareja, con vistas a la posteridad. En cierto modo, el retrato es un peligro de muerte.

La teoría anónima contiene algo más: la autenticidad del retrato desligada ya de su modelo; la autenticidad del retrato como representación subjetiva de lo que ha podido ser el hombre. ¿Y qué es lo que nos garantiza, a los pósteros, la autenticidad de un retrato de ayer, siempre tinto en la vaga melancolía de las cosas desaparecidas? Aquí damos vuelco a la noción y le encontramos su fondo verdadero. El valor estético, he aquí nuestra única garantía; el valor estético que nos obsequia una unidad psicológica y algo ya como un paradigma; una armonía que se impone como necesaria, y a través de la cual el retrato evoluciona desde el individuo hasta la abstracción, cualquiera que sea el punto de arranque, hombre mortal o mito imperecedero. ¿Quién revoca a duda la autenticidad del *Caballero de la mano en el pecho*? La confirma una necesidad superior a las contingencias. Así fué él, no nos cabe duda; así concibe la imaginación a un hombre de su categoría humana. Y si él no fué así, él se equivocó sobre sí mismo. La expresión artística ofusca el pretexto real que la provoca. El retrato se desprende de su modelo, como el edificio de su andamio, y ccha a vivir por cuenta propia. El señor, que quería perdurar en su retrato, ha sido burlado. El retrato absorbió al señor, mató al señor. Vampiro del hombre, el retrato. Y si es el mito, ved a la “Eva expulsada”, del Masaccio. Adán, como el Agamemnón de Timantes, solloza a su lado cubriéndose la cara, imagen del dolor varonil que prefiere “llorar como la fuente escondida” según la palabra del poeta. Eva en tanto —portento de agobio y de vergüenza—, como la hembra siempre se da, nos da la cara desolada, los ojos hinchados de llanto, y es tan consistente como la caída de la mujer eterna. Ya no nos importa para nada la pobre criatura mortal que sirvió un día de modelo, de alimento al Minotauro de la Pintura. Esta es la verdad del arte. Por consecuencia, ésta es la moral del arte.

Los hombres se echan a perder con la mala educación casual que la vida les va imponiendo. Pero los niños tal vez lo entiendan, ellos que nunca disimulan su exigencia moral. Yo conocí un niño, hijo de soldado, criado en el ambiente

del cuartel. Salió del sarampión, y lo llevaron a la iglesia a que diera gracias al cielo. Lo pusieron ante un Crucifijo lamentable. El niño permanecía impávido.

—Anda —le decían—, dale las gracias a Dios.

Y el niño:

—¿Pero ese es Dios? ¡Ese será su asistente!

Si esto no significa, por negativa, el reconocimiento de la verdad moral en las artes, yo no sé lo que signifique.

Sobre esta noción de humana síntesis y armonía de necesidades interiores que el retrato expresa, es inevitable, aunque se haya hecho mil veces, volver sobre la sonrisa de la Gioconda. Permitid que cite una vieja página: "Aquella insondable sonrisa, siempre adornada con un toque siniestro perseguida siempre en múltiples tanteos juveniles en torno a los trazos del Verrochio, que un día se deja aprisionar, adormecida al halago de las flautas de los bufones, como una paloma viva que cae poco a poco bajo el hipnotismo de la serpiente".* Walter Pater ha cantado así a Mona Lisa, más viva en la posteridad de los lienzos que en el ropaje carnal de un día: "Todos los pensamientos y la experiencia del mundo se juntaron y acuñaron aquí, en cuanto tienen poder para refinar y hacer expresivas las formas exteriores: el animalismo de Grecia, la gula de Roma, el ensueño de la Edad Media hecho de anhelo espiritual y de amor meditabundo, la vuelta a las cosas paganas y los pecados de los Borgias. Es más antigua que las rocas que la circundan. Como el vampiro, ha muerto ya muchas veces y ha arrebatado su secreto a la tumba. Ha buceado en mares profundos, de donde trae esa luz mortecina en que aparece bañada. Ha traficado en raros tejidos con los mercaderes de Oriente. Fué, como Leda, madre de la Elena de Troya y, como Santa Ana, fué madre de María. Y todo esto, a sus ojos, no significa más que el rumorero de aquellas liras y flautas que entretenían su sonrisa. Ni vive ya todo ello sino en la delicada insistencia con que todo ello pudo modelar sus rasgos mudables, dar tinte a sus párpados y a sus manos".

La idea de la luz reposada, de que Valle-Inclán hablaba a su manera, y la inevitable aparición de Leonardo, todavía despiertan en mí otro recuerdo, que ya sólo toco

¹ *El Coleccionador*, en *Calendario*, Madrid, 1924, pág. 168.

a manera de digresión de amor. Paseaba una tarde por la galería de los Oficios. A la hora en que la luz comienza a amenguar, me encontré frente a la *Adoración de los Magos*, una obra no acabada, como tantas cosas de aquel investigador incansable. Acaso haya en este cuadro menos fervor que en todas las "Adoraciones" que conozco. En cambio, posee, entre todas ellas, una cualidad única, de ruido y de entusiasmo. La multitud se agolpa en torno a la Virgen y al Niño con un movimiento de acometida, como una ola curiosa. Andan por lo alto los fardos de presentes. En el fondo, los caballos de los Reyes Magos se encabritan. Y conforme caía la tarde, el cuadro, que por lo demás es muy nítido, me pareció que emergía con más vigor. Al volver a la posada florentina, creí descifrar el enigma con cierto pasaje encontrado al azar entre los cuadernos de notas de Leonardo, pasaje en que advierte que las caras dejan ver mejor su carácter bajo un cielo nublado: "Prefiere para tu retrato —dice— la hora del atardecer, cuando hay vaguedades y nieblas, porque esa es la hora de la luz perfecta".

Y en fin, para hablar de lo que ignoramos menos, trataremos ahora del retrato, no ya como objeto artístico, sino como palabra. Permítase a un alumno de la Gramática el decir aquí que, antes del verbo "retratar" —verbo de segunda intención y ya derivado del sustantivo "retrato"— encontramos en los viejos libros el verbo "retraer", en la acepción de reducir y concentrar una cosa; de sacar "retractos" (cuasi "extractos", de extraer quinta-esencias; o dicho de otro modo, de "rompre l'os et sucer la substantifique moelle" como lo hace el perro de Rabelais, bestia entre todas filosófica.

Así, en el *Retrato de la Lozana Andaluza* —libro de erudición escabrosa, libro que lleva en la frente la fecha fatídica del saco de Roma por el Condestable de Borbón, y que apareció en Venecia el año de 1528— el autor dice, refiriéndose a lo que en su obra retrata: "...Quise *retraer* muchas cosas *retrayendo* una, y *retraje* lo que ví que se debía *retraer*". Y más adelante, el autor mismo se enfrenta con sus personajes, se mete de rondón en su propia novela. Sus personajes lo convidan a pasar un rato alegre en su compañía. Pero él, curándose en salud: "...No quiero ir, porque dicen después que no hago sino mirar y notar lo

que pasa, para escribir después, y *que saco dechados*". Gran retratista el autor Francisco Delgado. De su libro dijo Don Marcelino: "Caso fulminante de realismo fotográfico". Como prevenía el sargento instructor: "Aquí lo enseñamos todo. No es como en infantería". Allí se ve todo y se ve de todo. Allí se oye todo, hasta los jadeos íntimos de la alcoba. El sacar dechados, el retraer, el retratar tan a lo vivo, le ocasionaban a Delgado muchos disgustos. Por eso prefiere no ir a la fiesta. Y es que el retraer es hechicería que roba la sustancia de los modelos, se adueña de su voluntad y la somete al retratista. Ya lo hemos dicho: el retrato es un peligro de muerte, vampiro del hombre su retrato. Por algo el retratista encuentra una sorda resistencia en el no sofisticado, en el primitivo. Cuando él se acerca, tiembla el ave supersticiosa que anida en el pecho. El salvaje huye de la Kodak, porque el que se lleva su imagen se le lleva su albedrío, su doble, su cuerpo astral. Dorian Gray descarga en su retrato, en su doble, la decadencia progresiva de su carácter, su creciente crueldad, su acrimonia, su vicio, su envejecimiento, como el Dr. Jeckyll los almacenaba en Mr. Hyde. Dorian Gray se conserva incólume: sólo en el retrato se advierten las cicatrices de los años y los errores. Pero Dorian Gray ha venido a ser la mentira. Es él—modelo—quien se engaña. La verdad pasa a su retrato. Hasta que un día, Dorian Gray es atraído hacia la muerte, magnéticamente, por su retrato, por su retrato cansado ya de la mentira real.

No aconteció de otra suerte con aquel otro snob de Tespías, el descubridor del retrato, el hermoso y turbador Narciso, el primero que vió el reflejo de su imagen y, cediendo al misterioso imán, se dejó caer en las aguas.



LEONARDO. Adoración de los Magos.



GRECO. Fragmento del Entierro del Conde de Orgaz.

LA MUERTE DE LAS COSAS

Por *Daniel DEVOTO*

(*Al Dr. José S. Devoto*)

QUIZÁS sea porque todavía estoy débil, desganada, pero nada es satisfactorio aquí. Sin embargo, todos hablan del gusto creciente por el aire y las cosas que tenemos los convalecientes, y del sabor delicado del primer té con leche al retornar de una enfermedad (cama, almohadones, una ventana sobre una copa de árbol). Pero no es así: ya he pasado la última crisis, me dicen, pero estoy hundida en un hastio redondo como una cueva. Además, nunca había advertido que mi habitación (¡cuántos días aún sin poder salir!) fuera tan pobre, tan gris, tan inhospitalaria. El papel de las paredes es horrible, y hace pliegues en las esquinas; los cortinados, de un color sucio, detienen la luz con avaricia, y hasta la misma luz se diría que es fea, o que teme entrar y se disminuye, rehusando mirar estos muebles agrios que chillan a los ojos y al abrirse.

A veces llueve, o es como si lloviera. Gruesos chorros oscuros corren por los rincones, como ratas sin piel, desde el techo hasta el suelo y se pierden o se acercan reptando hasta la cama, que parece de fósforo. Yo, entonces, me siento como si estuviera perdida en una esquina y me partiera en cuatro, en veinte yos todos unidos por mis pies y desplomando sus miembros lejanos por las otras esquinas que se pierden allá, mientras otra yo, vertical, perpendicular a las que están cayendo, sintiera el choque, de pronto, sobre sí, y no pudiera caer. Pero eso es a veces, pocas, y en general sólo me queda el fastidio continuo, el hastio de la ventana que no muestra nada: desde mi lecho, por lo menos. Nadie viene a verme. A veces, espaciadas (no conviene insistir, confirmar la menor sospecha) unas flores, de la

única persona a quien todavía me importaría ver (¿para qué?) y que no puede venir, porque no sería correcto, y porque no hay relaciones —exteriores— suficientes para justificarlo. ¡Y si supieran, si hicieran algo más que sospecharlo!... *Nefritis, ¿necrosis?* Yo tengo algo así...

Y estas paredes... ¡Qué horrible cosa son las paredes, húmedas, llenas de náuseas que no pueden mostrar porque son paredes y no deben moverse! Creo que en los terremotos deben verse cosas... ¡Qué cansancio tengo, resbalando como un líquido grueso, mineral, detrás de la nuca! ¡Si pudiera alzar las manos, solamente, para rechazarlo apenas, lo bastante como para que no me doliera respirar, en ciertos momentos!... Pero no puedo: mis manos son paredes húmedas, y oigo gotear la sangre —poco, apenas— atravesando la cama y sus ropas, sin descanso...

El médico viene —nunca me pareció tan viejo, tan cansado de callar las cosas que sabe— sonríe y me palmea (creo que tiene las manos húmedas, un poco pegajosas, y las uñas que brillan demasiado, unas uñas de linfa apenas sólida y de mica) y me dice lo que se acostumbra: “—Vamos bien, ya pronto...”. ¡Si supiera que lo único que quiero es salir de este pantano de paredes, o acabar de una vez! Ya estoy cansada de estar cansada, cansada de no merecer el cansancio. No he hecho nada. Apenas si he callado, otorgando un permiso ya innecesario, cediendo una voluntad inerte ya... Todo lo he sentido resbalar por encima o por dentro —anestésicos, inyecciones, metales. *Necrosis*... Lo pasado, ¿pasado? Yo estoy fuera, sólo el campo que ha sustentado todo: no he dicho que sí; todo ha sucedido entre cuatro paredes. Paredes sin ojos, sin oídos, espesas detrás de una lluvia de musgo que resbala sin cesar hasta el suelo.

Mi madre viene a veces a verme. Hace bajar su silla desde el piso de arriba y la acerca a la cama, y me mira desde su universo gris, ya sin mareas:

—Cecilia...

Y no dice más. Sentada, pero con manos que pueden tocar, todavía, manos tibias y secas que me tocaban la cabeza, hace años, para besarme. Mis manos no pueden moverse de donde están no puedo tocarme la nuca y juntar las dos corrientes fangosas que mi cuerpo separa. Las ma-

nos de mi madre me llevaron alzada, me lavaron, recorrieron sin miedo todo mi cuerpo, como las manos de su madre hicieron con el suyo, y así hacia atrás, en una cadena de manos maternas, alas sonrosadas que emergen del tiempo para pasarse unas a otras la carne de una niña nacida para engendrar, con el mismo signo con que había sido engendrada, para recorrer el mismo río de la sangre de mujer, afluente de la luna, vaca sagrada circulando en la misma sangre ritual, de la primera sangre de la virgen a la primera sangre de la mujer, hasta la primera sangre del nacido, desde los antiguos pantanos, desde las hachas o las águilas o el cemento, acarreado la vida, río opuesto a las paredes de piedra húmeda, mar viviente alzado contra las paredes del tiempo inexorable. . .

CUANDO vino la enfermera le pedí un espejo. Me miró un poco extrañada, como si debiera repetírselo.

—Sí, un espejo. . .

¿Tenía miedo? Ella, sí. Yo no, ni aun cuando sentí que ella sí lo tenía. Es que un espejo es a veces tan cruel, aunque no queramos creerlo. . . Y para ella siempre ha debido ser tan cruel. . . Sin embargo lo sostuvo con las dos manos, en un gesto de segura entereza. Yo me miré sin temblar. Sabía que estas cosas dejan rastros, generalmente al cabo de un tiempo. Pero no tenía miedo, ni por qué tenerlo. Todo está en su sitio, ojos, boca, cabello. La fiebre me ha afilado un poco la nariz, ha adelgazado algo sus aletas flexibles, pero no estoy mal. En cambio, las dos manos de la enfermera, en el marco, me han dado un poco de asco. Las veía junto a mi rostro reflejado, y me parecieron. . . sí, me parecieron *despellejadas*, del color rosa pálido de las ranas peladas o los ratones recién nacidos, horrendos. . . Pensé en el algodón mojado, en los objetos de curar que hay que lavar continuamente. Ya era tarde para recoger mi pregunta, mi absurda pregunta:

—¿No tuvo usted hijos, Margarita?

La respuesta fué dura, metálica, inmediata:

—Yo soy soltera, *señorita*.

Y la última palabra sonó en bastardilla, agria, disonante, verídica.

HE soñado. Yo descendía por una cripta. Las paredes, mullidas y secas, tenían el color pardo dorado de los gruesos terciopelos antiguos, de los panales secos. La luz venía de adelante y las curvas del techo resaltaban con una arista amarillenta, como de polen, cambiante a medida que descendíamos. El fondo no se veía. En un recodo, entre llamaradas rojas y verdes —yo estaba vestida de rojo brillante, con un ropaje que me cubría los pies— una muchedumbre de pequeñas criaturas me esperaba entre murmullos. Me acerqué y me incliné ante el jefe. Me contestó:

—Somos los pequeños premártires, los que testimonian.

Pensé en los Santos Inocentes, los protomártires que canta la Iglesia. El supo que me equivocaba, que quizás yo quería equivocarme. Dijo:

—Somos los pequeños Mesías que no han nacido. Somos el Germen sin el fruto. Somos y no somos. Hemos llegado al río y no ha habido río. El nombre del Arco es Vida y su obra es obra de muerte. Llevamos ojos y no vimos, llevamos oídos y no nos cantaron. Buscábamos a la Gran Madre, la única, múltiple madre, y nos recibió la Vergüenza con dedos de silencio y tijeras frotadas con algodón empapado en alcohol. Veníamos para las ventanas abiertas sobre las copas de los árboles, y entramos al mundo de las paredes húmedas y sin puertas.

Yo me iba hundiendo sobre las rodillas apretadas. . . Quise tomarlo, y extendí los brazos, pero no tenía manos sino un marco de espejo vacío, y miraba a través de él como a través del hielo de los ríos, a veces, aparecen los pescados muertos.

LLEGARON más flores. El canasto estaba lejos de la cabecera (“Huelen mucho; no deben dejarse flores cerca de los convalecientes aún débiles”). Desde la cama no las veía, y no me importaba: no me importaba nada de lo que me rodea, ni puede importarme nada de todo esto que me resulta cada vez más asqueroso. Mi única salida es el espejo (ahora es un espejo redondo, pequeño, que puedo manejar sola) y comprobar que estoy restableciéndome. Mis manos están todavía un poco pálidas, pero son de verdad. No sé cómo los otros no ven ciertas cosas. Ayer el médico tenía una man-

cha, verde con un borde de llamitas azules, en la solapa. Se lo hice notar (¡y qué delgado está!) y me miró curiosamente y se pasó la mano por el traje, como para complacerme, y *la mano se le despellejó* y un gran pedazo de piel quedó flameando sobre la tela. Tuve que hacer un esfuerzo para no gritar. Las manos de la enfermera me dan una repulsión insostenible. Creo que le veo los huesos bajo una carne reseca y estirada, parecida a las láminas de los gabinetes de anatomía. Por eso me consuelo conmigo misma. Me arreglo los cabellos sobre la frente, ante el espejo (¡ah, no la nuca!) y me miro largamente las manos, tibias y secas, de verdad inocentes, como para tocar flores o plumas o niños. Hace muchos años, no sé si en un jardín o a la orilla del mar. . . Quisiera tocar flores. Si las mías no estuvieran tan lejos. . . Es porque huelen demasiado fuerte. Margarita me cortará una y me la traerá. (Si pudiera pedirle que se pusiera los guantes para tocarla, como se lo pone. . .). Son flores cortadas, y no les duele que las corten de nuevo. (Debe dolerles, la primera vez. Una flor es para hacer un fruto; las rosas dan un globito lustrado, color de canela, al madurar, y arriba lleva los cinco sépalos que tenía la flor, y un cepillito como quemado. . .). La primera vez que las cortan deben hacer como un *crac* doloroso. La savia no gotea, la savia no es roja. Quiero y no quiero una rosa: la flor es obra de vida, y su nombre. . .

Sé que la he pedido. Los pasos de Margarita, de la cama al florero, suenan con esos mareos que me daban los túneles de donde salen trompeteando los automóviles, sólo que son menos y hay una enorme gruta de silencio entre cada uno de esos pasos llenos de golpes sin término. Ya está, ¡y la quiebra con el ruido que hace la nuca de un niño que nace vivo, que hay que romper de un golpe porque es vergonzoso que se sepa y porque me duele debajo del pelo y estoy loca y grito y lo digo y no me callo y lo saben y se ha acabado y me hundo y no me salvo y me pisan y no no lo quise y lo hicieron y es negro y

ME han dejado sola. Los oigo en la otra pieza y la luz me llega desde lejos. Eran asquerosos, sin nariz, con grandes agujeros de ojos llenos de gusanos. Apenas estoy sola;

ya volverán: el doctor, Margarita, mi madre, las flores y todo, cada vez más asquerosos, más podridos, más fétidos, hundiéndose más en mí que estoy sana y quiero salir y sol hermosa, y no puedo desprenderme de este asco y este miedo que me rodearán cada vez más estrechamente hasta no llegar nunca. Porque ya sé, ya creo. Este es el Infierno, y seguirá hasta que pueda tocarme la nuca, podrida bajo el pelo.

I N D I C E S

D E

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 4 8

Año VII. - Vols. XXXVII a XLII. - Nos. 1 a 6

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
JESÚS SILVA HERZOG. La cultura y la paz	I	7
JOSÉ GAOS. El filósofo en la "ciudad humana"	I	22
DANIEL COSÍO VILLEGAS. Rusia, Estados Unidos y la América Hispánica	I	40
FRANCISCO AYALA. Ojeada sobre este mundo	II	7
RISIERI FRONDISI. Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón.	II	40
MARGARITA NELKEN. París 1948. Aspectos cul- turales	II	61
RICARDO A. FRONDISI. La doctrina de Mon- roe y la tesis de Truman	III	7
ANDRÉS IDUARTE. Rómulo Gallegos en España	III	20
EMILIO FRUGONI. La religión y las iglesias en la URSS.	III	34
MARIANO PICÓN-SALAS. Esquema de Venezuela	IV	7
JORGE L. TAMAYO. Lo que perdimos y lo que queda	IV	31
MANUEL MORENO SÁNCHEZ. El imperialismo en América Latina	IV	54
FRANCISCO ROMERO. Inventario de la crisis	V	7
VÍCTOR MASSUH. La esperanza europea	V	30
ANTONIO CARRILLO FLORES. El desarrollo eco- nómico de México	V	42
MANUEL J. SIERRA. Elecciones presidenciales en los Estados Unidos	VI	7
ORLANDO BARAHONA S. Hacia un incendio en el Caribe	VI	20
MARIANO RUIZ FUNES. Alemania y la guerra	VI	30
FERNANDO BENÍTEZ. En el principio era el mito	VI	50

Notas

	Núm.	Pág.
<i>Meditaciones sobre la conferencia de la UNESCO</i> , por ROMÁN I. DUQUE	I	59
<i>La Conferencia mundial sobre comercio y empleo</i> , por MIGUEL MANTEROLA	I	67
<i>La Conferencia de La Habana</i> , por MIGUEL MANTEROLA	III	62
<i>Advertencia de un peligro</i> , por HORACIO QUIÑONES	IV	67
<i>Encuentro con los lacandones</i> , por NORBERT FRYD	IV	70
<i>Wallace: símbolo de la reconciliación entre Hispanoamérica y los Estados Unidos</i> , por JOSÉ E. ITURRIAGA	V	60
<i>Retorno al futuro</i> , por ANDRÉS HENESTROSA	V	66
<i>Recuerdo de Ramón Iglesia</i> , por SILVIO ZAVALA	V	70

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

PIERRE MABILLÉ. Luz y sombra en el camino	I	79
RAÚL ROA. La venda de Cupido	I	91
JACINTO PARRAL. Amiel y su tragedia	I	97
JORGE CARRIÓN. Efectos psicológicos de la guerra de 47 en el hombre de México	I	116
GUILLERMO DÍAZ DOIN. El feudalismo del siglo xx y el gobierno mundial	II	89
JAN BAZANT. Un estudio comparativo de la revolución mexicana	II	106
RAIMUNDO LIDA. Vossler y la historia de la lengua	II	113
OSCAR MORINEAU. El camino de la paz	III	77
ROSARIO REXACH. El proceso de la autonomía de la razón	III	92
DARDO CÚNEO. Unamuno y el socialismo	III	103
EDUARDO NICOL. Libertad y comunidad. En el centenario de Francisco Suárez	IV	79
ALBERTO ZUM FELDE. Ética y Estética	IV	105
RAMÓN XIRAU. La expresión de lo concreto	IV	120
JUAN CUATRECASAS. El obstáculo epistemológico en el pensamiento político	V	75

	Núm.	Pág.
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. Imagen de Martín Fierro	V	99
JOAQUÍN ALVAREZ PASTOR. Moralidad y moral	V	126
SAMUEL RAMOS. Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos	VI	83
CORTES PLA. El radium y sus descubridores	VI	98
MIGUEL HERRERA FIGUEROA. La criminología en la novela policial	VI	124

Notas

<i>Supremacía constitucional y soberanía</i> , por CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE	I	133
<i>Alfred North Whitehead, inspirador de una generación</i> , por PAUL WEISS	II	128
<i>Reflexiones sobre una metafísica de la muerte</i> , por JUAN ADOLFO VÁZQUEZ	III	117
<i>Un homenaje a Antonio Caso</i> , por LUIS VILLORO	III	127
<i>La filosofía en Cuba</i> , por JOSÉ GAOS	III	131
<i>Un tratado de sociología de Francisco Ayala</i> , por JOSÉ LUIS ROMERO	III	137
<i>Civilización a prueba</i> , por EMILIO URANGA	IV	136
<i>Historia Institucional de Argentina</i> , por JESÚS REYES HERÓLES	V	137
<i>La filosofía de Andrés Bello</i> , por LEOPOLDO ZEA	VI	137

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

FRANCISCO APARICIO. Primeros encuentros con el indio en territorio argentino	I	137
LUIS NICOLAU D'OLWER. América en la obra de Cervantes	I	163
ERWIN WALTER PALM. España ante la realidad americana	II	135

	Núm.	Pág.
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. La revista literaria "El Renacimiento"	II	168
SILVIO ZAVALA. La historiografía norteamericana y la guerra de 47	II	190
ROBERT H. BARLOW. El derrumbe de Huexotzinco	III	147
LEOPOLDO ZEA. Norteamérica en la conciencia hispanoamericana	III	161
WILBERTO L. CANTÓN. Justo Sierra, héroe blanco de México	III	184
RAFAEL GIRARD. Génesis y función de la greca escalonada	IV	141
PEDRO BOSCH-GIMPERA. Cervantes y un momento crucial de la historia de España	IV	152
ARTURO USLAR PIETRI. Bolívar	IV	162
RAFAEL HELIODORO VALLE. El hondureño Ramón Rosa	IV	173
AGUSTÍN YÁÑEZ. El ideario educativo de Justo Sierra	IV	188
PEDRO ARMILLAS. Fortalezas mexicanas	V	143
LUIS AZNAR. Las etapas iniciales de la legislación sobre indios	V	164
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI. La infancia mágica y real de Sarmiento y José Martí	V	188
JUAN ROCAMORA CUATRECASAS. Patología de las brujas	VI	143
PETER FRANK DE ANDREA. Saavedra Fajardo y su visión del gobernante	VI	170
ROSA ARCINIEGA. Flora Tristán, la precursora	VI	190

Notas

<i>¿El sol o el huracán?</i> , por FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA	I	186
<i>Tres libros conmemorativos de un triste centenario</i> , por AGUSTÍN YÁÑEZ	I	206
<i>Primera reunión panamericana de consulta sobre Historia</i> , por JOSÉ MIRANDA	II	207
<i>Razas y pueblos de la tierra</i> , por JUAN COMAS	III	205

<i>Anales de Tlatelolco</i> , por SALVADOR TOSCANO	III	211
<i>Macbu Picchu</i> , por CARLOS OBREGÓN SANTACILLA	V	209
<i>Imagen documental de José Enrique Rodó</i> , por EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL	V	214
<i>Solórzano Pereira y su Política Indiana</i> , por RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA	VI	203

DIMENSION IMAGINARIA

Ensayos

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ. Ensalmos y Conjuros	I	211
ALFREDO SANCHO. Genealogía de Erasmo	I	216
JEAN CAMP. La casa del caballero loco	I	218
ROBERTO IBÁÑEZ. Americanismo y modernismo	I	230
GUILLERMO DE TORRE. El existencialismo en la literatura	I	253
ROMUALDO BRUGHETTI. Consideraciones sobre la pintura argentina actual	I	273
GABRIELA MISTRAL. Ocotillo	II	217
SARA DE IBÁÑEZ. Pastoral	II	219
GUILLERMO DE TORRE. El existencialismo en la literatura. (<i>Concluye</i>)	II	223
JUAN LARREA. Toma del "Guernica" y Liberación del arte de la pintura	II	235
MAX AUB. De algún tiempo a esta parte	II	258
MANUEL CALVILLO. Primera vigilia terrestre	III	217
JOSÉ ANTONIO PORTUONDO. "Períodos" y "generaciones" en la historiografía literaria hispanoamericana	III	231
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Introducción a la historia del arte del Perú precolombino	III	253
GABRIELA MISTRAL. Aniversario	IV	211
ROSAMEL DEL VALLE. Profundo Verano	IV	213
VICENTE LLORENS CASTILLO. El retorno del desterrado	IV	216

JUAN LÓPEZ MORILLAS. Unamuno y sus criaturas: Antolín S. Paparrigópulos	IV	234
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Rufino Tamayo. Un nuevo ciclo de la pintura en México.	IV	250
LINO NOVÁS CALVO. Esto también es gritar	IV	261
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Del fondo de la vida	V	222
GABRIELA MISTRAL. El costado desnudo	V	231
EMILIO ORIBE. La contemplación de lo eterno	V	235
OCTAVIO PAZ. El girasol	V	241
ERNESTO G. DA CAL. Don Segundo Sombra, teoría y símbolo del gaucho	V	245
CARMEN R. L. DE GÁNDARA. El lugar del diablo	V	260
JUAN REJANO. El oscuro límite	VI	211
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. Situación de la literatura mexicana contemporánea	VI	229
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. Invitación a la poesía de Alfonso Reyes	VI	252
ALFONSO REYES. Parrasio o de la pintura moral	VI	266
DANIEL DEVOTO. La muerte de las cosas	VI	281

Notas

<i>Al filo del agua</i> , por JOSÉ ANTONIO PORTUONDO	I	284
<i>Música popular del Brasil</i> , por ANTONIO ALATORRE	II	279
<i>Historia y novela del Ecuador</i> , por FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS	III	286
<i>La música en la sociedad europea</i> , por ISABEL POPE	IV	283
<i>Un pintor holandés en el Ecuador</i> , por ALFREDO PAREJA DÍEZ CANSECO	V	282
<i>La vida literaria y artística en París</i> , por MARGARITA NELKEN	V	284

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: *Nuestro Tiempo*. - A. del P.: *Aventura del Pensamiento*. - P. del P.: *Presencia del Pasado*. - D. I.: *Dimensión Imaginaria*).

	Núm.	Pág.
ALATORRE, Antonio.— <i>Música Popular del Brasil</i> . (D. I.)	II	279
ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael.— <i>Solórzano Pereira y su Política Indiana</i> . (P. del P.)	VI	203
ALVAREZ PASTOR, Joaquín.— <i>Moralidad y Moral</i> . (A. del P.)	V	126
APARICIO, Francisco.— <i>Primeros encuentros con el indio en territorio argentino</i> . (P. del P.)	I	139
ARCINIEGAS, Rosa.— <i>Flora Tristán, la precursora</i> . (P. del P.)	VI	190
ARMILLAS, Pedro.— <i>Fortalezas mexicanas</i> . (P. del P.)	V	143
AUB, Max.— <i>De algún tiempo a esta parte</i> . (D. I.)	II	258
AYALA, Francisco.— <i>Ojeada sobre este mundo</i> . (N. T.)	II	7
AZNAR, Luis.— <i>Los etapas iniciales de la legislación sobre indios</i> . (P. del P.)	V	164
BARAHONA S., Orlando.— <i>Hacia un incendio en el Caribe</i> . (N. T.)	VI	20
BARLOW, Robert H.— <i>El derrumbe de Huexotzinco</i> . (P. del P.)	III	147
BENÍTEZ, Fernando.— <i>En el principio era el mito</i> . (N. T.)	VI	50
BOSCH-GIMPERA, Pedro.— <i>Cervantes y un momento crucial de la historia de España</i> . (P. del P.)	IV	152
BRUGHETTI, Romualdo.— <i>Consideraciones sobre la pintura argentina actual</i> . (D. I.)	I	273
BAZANT, Jan.— <i>Un estudio comparativo de la revolución mexicana</i> . (A. del P.)	II	106
CALVILLO, Manuel.— <i>Primera vigilia terrestre</i> . (D. I.)	III	217
CAMP, Jean.— <i>La casa del caballero loco</i> . (D. I.)	I	218
CANTON, Wilberto L.— <i>Justo Sierra, héroe blanco de México</i> . (P. del P.)	III	184
CARDOZA Y ARAGÓN, Luis.— <i>Rufino Tamayo. Un nuevo ciclo de la pintura en México</i>	IV	250
CARRILLO FLORES, Antonio.— <i>El desarrollo económico de México</i> . (N. T.)	V	42
CARRIÓN, Jorge.— <i>Efectos psicológicos de la guerra de 47 en el hombre de México</i> . (A. del P.)	I	116
COMAS, Juan.— <i>Razas y pueblos de la tierra</i> . (P. del P.)	III	205

	Núm.	Pág.
COSÍO VILLEGAS, Daniel.— <i>Rusia, Estados Unidos y la América Hispánica.</i> (N. T.)	I	40
COSSÍO DEL POMAR, Felipe.— <i>Introducción a la historia del arte del Perú precolombino.</i> (D. I.)	III	253
CUATRECASAS, Juan.— <i>El obstáculo epistemológico en el pensamiento político.</i> (A. del P.)	V	75
CÚNEO, Dardo.— <i>Unamuno y el socialismo.</i> (A. del P.)	III	103
DA CAL, Ernesto G.— <i>Don Segundo Sombra, teoría y símbolo del gaucho.</i> (D. I.)	V	245
DEVOTO, Daniel.— <i>La muerte de las cosas.</i> (D. I.)	VI	281
DÍAZ DOIN, Guillermo.— <i>El feudalismo del siglo xx y el gobierno mundial.</i> (A. del P.)	II	89
DUQUE, Román I.— <i>Meditaciones sobre la conferencia de la UNESCO.</i> (N. T.)	I	59
FRANK DE ANDREA, Peter.— <i>Saavedra Fajardo y su visión del gobernante.</i> (P. del P.)	VI	170
FRONDIZI, Risieri.— <i>Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón.</i> (N. T.)	II	40
FRONDIZI, Ricardo A.— <i>La doctrina de Monroe y la tesis de Truman.</i> (N. T.)	III	7
FRUGONI, Emilio.— <i>La religión y las iglesias en la URSS.</i> (N. T.)	III	34
FRYD, Norbert.— <i>Encuentro con los lacandonos.</i> (N. T.)	IV	70
GÁNDARA, Carmen R. L. de.— <i>El lugar del diablo.</i> (D. I.)	V	260
GAOS, José.— <i>El filósofo en la "ciudad humana".</i> (N. T.)	I	22
— <i>La filosofía en Cuba.</i> (A. del P.)	III	131
GINER DE LOS RÍOS, Francisco.— <i>Historia y novela del Ecuador.</i> (D. I.)	III	286
— <i>Invitación a la poesía de Alfonso Reyes.</i> (D. I.)	VI	252
GIRARD, Rafael.— <i>Génesis y función de la greca escalonada.</i> (P. del P.)	IV	141
HENESTROSA, Andrés.— <i>Retorno al futuro</i> (N. T.)	V	66
HERRERA FIGUEROA, Miguel.— <i>La criminología en la novela policial.</i> (A. del P.)	VI	124
IBÁÑEZ, Roberto.— <i>Americanismo y modernismo.</i> (D. I.)	I	230
IBÁÑEZ, Sara de.— <i>Pastoral.</i> (D. I.)	II	219
IDUARTE, Andrés.— <i>Rómulo Gallegos en España.</i> (N. T.)	III	20
ITURRIAGA, José E.— <i>Wallace: símbolo de la reconciliación entre Hispanoamérica y los Estados Unidos.</i> (N. T.)	V	60
JIMÉNEZ, Juan Ramón.— <i>Del fondo de la vida.</i> (D. I.)	V	229
LARREA, Juan.— <i>Toma del "Guernica" y Liberación del arte de la pintura.</i> (D. I.)	II	223
LIDA, Raimundo.— <i>Vossler y la historia de la lengua.</i> (A. del P.)	II	113
LÓPEZ MORILLAS, Juan.— <i>Unamuno y sus criaturas: Antolín S. Paparrigópulos.</i> (D. I.)	IV	204

	Núm.	Pág.
LLORENS CASTILLO, Vicente.— <i>El retorno del desterrado</i> .	IV	216
MABILLE, Pierre.— <i>Luz y sombra en el camino</i> . (A. del P.)	I	79
MANTEROLA, Miguel.— <i>La conferencia mundial sobre comercio y empleo</i> . (N. T.)	I	67
— <i>La Conferencia de La Habana</i> . (N. T.)	III	62
MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando.— <i>¿El sol o el buracán?</i> (P. del P.)	I	186
MARTÍNEZ, José Luis.— <i>La revista literaria "El Renacimiento"</i> . (P. del P.)	II	168
— <i>Situación de la literatura mexicana contemporánea</i> . (D. I.)	VI	229
MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel.— <i>Imagen de Martín Fierro</i> . (A. del P.)	V	99
MASSUH, Victor.— <i>La esperanza europea</i> . (N. T.)	V	30
MEJÍA SANCHEZ, Ernesto.— <i>Ensalmos y conjuros</i> . (D. I.)	I	211
MIRANDA, José.— <i>Primera reunión panamericana de consulta sobre Historia</i> . (P. del P.)	II	207
MISTRAL, Gabriela.— <i>Ocotillo</i> . (D. I.)	II	217
— <i>Aniversario</i> . (D. I.)	IV	211
— <i>El costado desnudo</i> . (D. I.)	V	231
MORENO SÁNCHEZ, Manuel.— <i>El imperialismo en América Latina</i> . (N. T.)	IV	54
MORINEAU, Oscar.— <i>El camino de la paz</i> . (A. del P.)	III	77
NELKEN, Margarita.— <i>París 1948. Aspectos culturales</i> . (N. T.)	II	61
— <i>La vida literaria y artística en París</i> . (D. I.)	V	284
NICOL, Eduardo.— <i>Libertad y comunidad. En el centenario de Francisco Suárez</i> . (A. del P.)	IV	79
NICOLAU D'OLWER, Luis.— <i>América en la obra de Cervantes</i> . (P. del P.)	I	163
NOVÁS CALVO, Lino.— <i>Esto también es gritar</i>	IV	261
OBREGÓN SANTACILIA, Carlos.— <i>Machu Picchu</i> . (P. del P.)	V	209
ORIBE, Emilio.— <i>La contemplación de lo eterno</i> . (D. I.)	V	235
PALM, Erwin Walter.— <i>España ante la realidad americana</i> . (P. del P.)	II	135
PAREJA DÍEZ CANSECO, Alfredo.— <i>Un pintor holandés en el Ecuador</i> . (D. I.)	V	282
PARRAL, Jacinto.— <i>Amiel y su tragedia</i> . (A. del P.)	I	97
PAZ, Octavio.— <i>El girasol</i> . (D. I.)	V	241
PICÓN-SALAS, Mariano.— <i>Esquema de Venezuela</i> . (N. T.)	IV	7
PLA, Cortes.— <i>El radium y sus descubridores</i> . (A. del P.)	VI	98
POPE, Isabel.— <i>La música en la sociedad europea</i> . (D. I.)	IV	283
PORTUONDO, José Antonio.— <i>Al filo del agua</i> . (D. I.)	I	284
— <i>"Períodos" y "generaciones" en la historiografía literaria hispanoamericana</i> . (D. I.)	III	231
QUIÑONES, Horacio.— <i>Advertencia de un peligro</i> . (N. T.)	IV	67

	Núm.	Pág.
RAMOS, Samuel.— <i>Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos.</i> (A. del P.)	VI	83
REJANO, Juan.— <i>El oscuro límite.</i> (D. I.)	VI	211
REXACH, Rosario.— <i>El proceso de la autonomía de la razón.</i> (A. del P.)	III	92
REYES, Alfonso.— <i>Parrasio o de la pintura moral.</i> (D. I.)	VI	266
REYES HEROLES, Jesús.— <i>Historia Institucional de Argentina.</i> (A. del P.)	V	137
ROA, Raúl.— <i>La venda de Cupido.</i> (A. del P.)	I	91
ROCAMORA CUATRECASAS, Juan.— <i>Patología de las brujas.</i> (P. del P.)	VI	143
RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir.— <i>Imagen documental de José Enrique RoJó.</i> (P. del P.)	V	214
ROMERO, José Luis.— <i>Un tratado de sociología de Francisco Ayala.</i> (A. del P.)	III	137
ROMERO, Francisco.— <i>Inventario de la crisis.</i> (N. T.)	V	7
RUIZ FUNES, Mariano.— <i>Alemania y la guerra.</i> (N. T.)	VI	30
SÁNCHEZ VIAMONTE, Carlos.— <i>Supremacía constitucional y soberanía.</i> (A. del P.)	I	133
SANCHO, Alfredo.— <i>Genealogía de Erasmo.</i> (D. I.)	I	216
SCHULTZ DE MANTOVANI, Fryda.— <i>La infancia mágica y real de Sarmiento y José Martí.</i> (P. del P.)	V	188
SIERRA, Manuel J.— <i>Elecciones presidenciales en los Estados Unidos.</i> (N. T.)	VI	7
SILVA HERZOG, Jesús.— <i>La cultura y la paz.</i> (N. T.)	I	7
TAMAYO, Jorge.— <i>Lo que perdimos y lo que nos queda.</i> (N. T.)	IV	31
TOSCANO, Salvador.— <i>Anales de Tlatelolco.</i> (P. del P.)	III	211
TORRE, Guillermo de.— <i>El existencialismo en la literatura.</i> (D. I.)	I	253
— <i>El existencialismo en la literatura.</i> (Concluye)	II	223
URANGA, Emilio.— <i>Civilización a prueba.</i> (A. del P.)	IV	136
USLAR PIETRI, Arturo.— <i>Bolívar.</i> (P. del P.)	IV	162
VALLE, Rafael Heliodoro.— <i>El hondureño Ramón Rosa.</i> (P. del P.)	IV	173
VALLE, Rosamel del.— <i>Profundo Verano.</i> (D. I.)	IV	213
VÁZQUEZ, Juan Adolfo.— <i>Reflexiones sobre una metafísica de la muerte</i>	III	117
VILLORO, Luis.— <i>Un homenaje a Antonio Caso.</i> (A. del P.)	III	127
WEISS, Paul.— <i>Alfred North Whitehead, inspirador de una generación.</i> (A. del P.)	II	128
XIRAU, Ramón.— <i>La expresión de lo concreto.</i> (A. del P.)	IV	120
YÁÑEZ, Agustín.— <i>Tres libros conmemorativos de un triste centenario.</i> (P. del P.)	I	206
— <i>El ideario educativo de Justo Sierra.</i> (P. del P.)	IV	188

	Núm.	Pág.
ZAVALA, Silvio.— <i>La historiografía norteamericana y la guerra de 47.</i> (P. del P.)	II	190
— <i>Recuerdo de Ramón Iglesia.</i> (N. T.)	V	70
ZEÁ, Leopoldo.— <i>Norteamérica en la conciencia hispano-americana.</i> (P. del P.)	III	161
— <i>La filosofía de Andrés Bello.</i> (A. del P.)	VI	137
ZUM FELDE, Alberto.— <i>Ética y Estética.</i> (A. del P.)	IV	105

INDICE DE LIBROS RESEÑADOS

	Núm. Pág.
ALVARENGA, Oneyda.— <i>Música popular brasileña</i> . (Antonio Alatorre)	II 279
AYALA, Francisco.— <i>Tratado de Sociología</i> . (José Luis Romero)	III 137
BELLO, Andrés.— <i>Filosofía del entendimiento humano</i> . (Leopoldo Zea)	VI 137
BERLÍN, Heinrich.— <i>Anales de Tlatelolco y Códice de Tlatelolco</i> . (Salvador Toscano)	III 211
BIASUTTI, Renato.— <i>Le razze e i populi della terra</i> . (Juan Comas)	III 205
CARDOZA Y ARAGÓN, Luis.— <i>Retorno al futuro</i> . (Andrés Henestrosa)	V 66
CASO, Antonio.— <i>Homenaje a...</i> (Luis Villoro)	III 127
FERRATER MORA, José.— <i>El sentido de la muerte</i> . (Juan Adolfo Vázquez)	III 117
FUENTES DÍAZ, Vicente.— <i>La intervención norteamericana en México</i> . (Agustín Yáñez)	I 208
IBÁÑEZ, Roberto.— <i>Imagen documental de Rodó</i> . (Emir Rodríguez Monegal)	V 214
ORTIZ, Fernando.— <i>El Huracán</i> . (Fernando Márquez Miranda)	I 185
ROA BÁRCENA, José María.— <i>Recuerdos de la invasión norteamericana</i> . (Agustín Yáñez)	I 206
ROJAS, Angel F.— <i>La novela ecuatoriana</i> . (Francisco Giner de los Ríos)	III 286
SALAZAR, Adolfo.— <i>La música en la sociedad europea</i> . (Isabel Pope)	IV 285
SÁNCHEZ VIAMONTE, Carlos.— <i>Historia Institucional de Argentina</i> . (Jesús Reyes Heróles)	V 137
TOYNBEE, Arnold J.— <i>Civilization on trial</i> . (Emilio Urangá)	IV 136
VALADÉS, José C.— <i>Breve historia de la guerra con los Estados Unidos</i> . (Agustín Yáñez)	I 207
VITIER, Medardo.— <i>La filosofía en Cuba</i> . (José Gaos)	III 131
YÁÑEZ, Agustín.— <i>Al filo del agua</i> . (José Antonio Portuondo)	I 284

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMANN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).
- 13.—*Europa-América*, por MARIANO PICÓN-SALAS.
- 14.—*Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas*, por JESÚS SILVA HERZOG.

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.00 dólar

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
- El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.
- Sugestiones para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.
- Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1948:
(6 números)

MEXICO	30.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA	5.00 dólares
EUROPA.	6.50 „

Precio del ejemplar:

México	6.00 pesos
Otros países	1.00 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Manuel J. Sierra* Elecciones presidenciales en los Estados Unidos.
Orlando Barabona S. Hacia un incendio en el Caribe.
Mariano Ruiz Funes Alemania y la guerra.
Fernando Benítez En el principio era el mito.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Samuel Ramos* Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos.
Cortes Pla El radium y sus descubridores.
Miguel Herrera Figueroa La criminología en la novela policial.

Nota, por Leopoldo Zea.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- J. Rocamora Cuatrecasas* Patología de las brujas.
Peter Frank de Andrea Saavedra Fajardo y su visión del gobernante.
Rosa Arciniega Flora Tristán, la precursora.

Nota, por Rafael Altamira y Crevea.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Juan Rejano* El oscuro límite.
José Luis Martínez Situación de la literatura mexicana contemporánea.
Francisco Giner de los Ríos Invitación a la poesía de Alfonso Reyes.
Alfonso Reyes Parrasio o de la pintura moral.
Daniel Devoto La muerte de las cosas.

INDICE GENERAL DEL AÑO